

S U M A R I O

- Luis y Agustín Millares
Canariadas de antaño
- Agustín Millares
Ella y yo
- Benito Pérez Armas
De padres a hijos
Recuerdos de la niñez
Un viaje al Teide
Páginas isleñas
Tradiciones y anécdotas
La santa y el corsario
Las parrandas
Zapatero a tus zapatos
Una claraboya
A perpétuo silencio
¡Que te pierdes, Pedro!
Escenas marineras
- Marcos Pérez
Páginas humorísticas
El Carnaval en Sta. Cruz
y otras narraciones
- Angel Guerra
Andanzas y añoranzas
- Luis Maffiotte
El lazo azul

J. M. Alzola
Peregrina, 15
Las Palmas de G.C.

BIBLIOTECA CANARIA

CANARIADAS DE ANTAÑO

POR

LUIS Y AGUSTIN MILLARES

J. M. Alzola
Peregrinos, 15
Las Palmas de G.C.

LIBRERIA HESPERIDES, — (CANARIAS).

Santa Cruz de Tenerife

Suicidio

En aquellos tiempos (mediados del siglo anterior) era muy frecuente ver en las esquinas de la calle de Triana unos cartelones amarillos encabezados por un barco con las velas desplegadas, debajo del cual había un letrero que decía poco más o menos:

**«Para Santiago de Cuba y la Habana.
Del cinco al diez de Mayo próximo saldrá de este puerto la rápida fragata «Hermandad Isleña». Admite carga y pasajeros a los cuales su capitán don Buenaventura Ariñez dará el buen trato que tiene acreditado».**

Pues bien; en el otoño de 185... la «Hermandad Isleña», Capitán D. Buenaventura Ariñez, navegaba de regreso, saludando al

padre Oceano con lentas y respetuosas cortesías.

Empezaba la aurora. El sol aun estaba debajo del horizonte, pero su marcha hacia arriba se revelaba en el avance de la luz que, al extenderse por el cielo pálido, apagaba aquí una estrella, más allá otra.

Un pasajero se paseaba hacia rato por la cubierta, con rápido y nervioso andar. Aquel sujeto flaco, pequeño, de nariz de cotorra y patillas grises, era don Pedro Galindo, comerciante de la calle de la Peregrina, conocidísimo en toda la isla por el apodo o «nombre» de D. Pedro el «físico».

Entonces abundaba más que ahora el individuo, varón o hembra, de fino y euresado hablar, amateur de palabras tan raras e inusitadas que, para entenderlas bien, era forzoso acudir al Diccionario. Añádase a esto una pronunciación extremadamente correcta y minuciosa, con mucho silbido de «eses» y exótico zumbido de la «zeta».

D. Pedro Galindo era uno de los físicos más conspicuos de la Canaria de antaño. Cuando subía a la Vega de Enmedio donde su señora doña Juana tenía un «finquejo», a coger las papas, les decía a sus amigos que iba al campo, «a la recolección de las Miseses». En cierta ocasión, dejó estupefacto a

su amigo y tocayo el Procurador D. Pedro Merino, llamándole en plena calle mi querido «colondroño». Decía de sí mismo que estaba próximo a cumplir sus cuarenta y ocho «anualidades» y hasta a la Muerte, la fresca y desaprensiva tarasca que con todo el mundo se mete, la trató siempre con extremadas finura y cortesía. Nunca la llamó con su nombre vulgar, tan feo y desapacible, sino con el de gala y ceremonia: «el Obito».

Pues bien, a D. Pedro Galindo le había ido muy mal en su última expedición a la Habana. Volvía a Las Palmas sin un cuarto, con el rabo entre piernas, con la consoladora perspectiva de afrontar el negro y pavoroso entrecejo de doña Juana.

...En una de las vueltas de su nervioso andar, don Pedro notó la presencia de un bulto cuadrado y negro, apoyado en la obra muerta. Era el contramaestre, «nuestramo» Pedro Piletas (otro «colondroño»), más conocido por Periquito «Poliadas», apodo este último inmemorial en su familia. Aquel canariote de pura cepa, domiciliado en el Risco de San Bernardo, fumaba en una «cachimba» corta y negra y de cuando en cuando injuriaba al padre Oceano con un salivazo amarillento.

Acercósele D. Pedro.

—Nuestramo, ¿me permite una palabra?
El bulto levantó la cabeza y en la cara ce-
trina brillaron los ojillos de ratón.

—Pues bien, mi querido Piletas, ha de sa-
ber usted que vuelvo de «Cubasss» sin una
blanca, en plena bancarrota, enteramente
ayuno de todo numerario. Por ende, mi que-
ridísimo «nuestramo» y aunque aun no he
cumplido mis cuarenta y ocho anualidades,
he determinado suicidarme.

Y, al observar una leve interrogación en
los ojos ratoniles, D. Pedro explicó:

—O sea, en términos más asequibles a su
rudo intelecto, tirarme al agua.

...Silencio absoluto. La fragata continua-
ba sus lentas y respetuosas cortesías. La luz
se extendía cada vez más, borrando una tras
otra las estrellas rezagadas, como el sacristán,
terminada la fiesta, apaga las últimas velas
del altar.

—Pues bien, apreciable Periquito, he pen-
sado en usted para confiarle una delicadísima
misión, y es la siguiente: tan pronto llegue
el barco a Canaria me hará el favor de «ti-
rarse un salto» a la calle de la Peregrina y
de darle, con las debidas precauciones, a mi
señora doña Juana, la nueva fatal de mi
«óbito». También le hará usted entrega de mi

equipaje y de mi último pensamiento, a ella consagrado... ¿Qué le parece, nuestro amo?

El viejo se quitó la pipa de la boca y dijo con su voz ronca y perezosa.

—Bien, Sr. D. Pedro.

—¿Puedo tener la plena y absoluta confianza de que Vd. cumplirá mi última y deliberada voluntad?

—Sí, Sr. D. Pedro.

—¿Irà usted a la calle de la Peregrina...?

—Sí, Sr. D. Pedro.

—¿Entregará usted a mi señora doña Juana mi baúl, mi maleta y el último latido de mi corazón?

—Sí, Sr. D. Pedro.

—¿Qué me resta, pues? ¡Oh, cáliz de la amargura! ¡Oh, cieuta! Nada: ¡seamos hombres, seamos fuertes!

(Voz lastimera).

—Adios, Periquito!

—¡Adiós, señor don Pedro!

—¡Adiós, nuestro amo!

—¡Adiós, señor D. Pedro!

—¡Adiós, mi querido Piletas!

—¡Adiós, señor D. Pedro!

En esto, atraídos por el incipiente drama, algunos muchachos se acercaron, dejando la faena. Allí estaban, negros como «casones»,

olorosos, descalzos, el Quino, Espiguilla, los dos Mamertos, Boquirria...

—¡Adiós, muchachos!

—¡Adiós, señor D. Pedro!

—Adiós, mi querido «colondroño».

—¡Adiós, señor D. Pedro!

La catástrofe era inminente. ¿Qué faltaba? Un gesto, casi nada. D. Pedro se dirigió hacia la proa con la majestuosa lentitud de un rey condenado, que encamina sus pasos al patíbulo... Saturados de sorna canaria, los isleños no movieron un dedo para detenerle... Apenas el suicida tocó la borda húmeda cuando despegándose de ella con repentino terror, corrió como una exhalación hacia la cámara. Al llegar al umbral se detuvo y con los brazos extendidos hacia los canariotes, clamó con voz enfática y cavernosa:

—¡Corazones de tigre, entrañas de cocodrilo!

Y luego, con eutonación aunque aflautada no exenta de severidad:

—¡Mal educados, incorrectos!

...En el preciso instante en que el padre Sol, rubio y colorado como un inglés, se asomaba al horizonte muerto de risa,

Kli-Klu-Foch-Chung

Don Agustín Joseph Pamochamoso, nació en el barrio de Triana de la vieja ciudad de Canaria.

Kli-Klu-Foh-Chung nació en un arrabal de Tchong-King-Tchouan, ciudad populosa del Tschoung-Kwo, (Imperio Central, China de los europeos), situada en la margen del caudaloso río Vang-tsé-Kiang.

Don Agustín Joseph y su hermana Remeditos, viejos, solterones y ricos, vivían juntos en la casa en que ambos nacieron, aquella antiquísima mansión de la calle de la Carrera que, desde el siglo XVII, pertenecía a la familia.

Los dos viejos, altos, morenos y enjutos,

eran perfectos ejemplares de la casta de maniáticos que tanto abunda en las Canarias, producida por la inactividad moral y física de la vida sedentaria y precursora de los que, andando el tiempo, habían de llamarse neurasténicos.

Cuando le conocimos, hacía años que don Agustín Joseph no ponía los pies en la calle. La causa de aquella estrambótica reclusión fué, según parece, un desaire (él lo llamaba un «feo») que le hicieron sus paisanos, o sea un voto de censura que, para protestar de sus insoportables majaderías, le dieron los «herederos», siendo él presidente de una Heredad de regantes.

Confinado en su casa, don Agustín se entregó por completo a la sucesiva satisfacción de sus monoideismos. Primero le dió por aprender el clarinete sin maestro (era uno de esos tipos que pretenden saberlo todo) y tenía medio loco al vecindario con interminables ejercicios desafinados y chillones, hasta que un día, hastiado del nasal instrumento, se lo regaló al medianero de la Cruz del Padre, cortijo que los Pamochoamosos poseían en la jurisdicción de Tejeda.

Dedicóse luego a la cría de palomas y en poco tiempo llenó el palomar de ejemplares de las especies «finas» (colaftas, capuchas,

volteadoras, buchudas). Se pasaba los días en la azotea, extasiado en la contemplación de sus discípulos, soñando con la creación de inéditas variedades, sin atender a la lluvia de plumas que ensuciaba los patios ni a los dibujos que en las paredes trazaba el incansable intestino de la gente alada.

A la manía colombófila sucedió la del ajedrez que intentó aprender solo, con la única ayuda de un libraco. A los pocos días congestionado y medio loco, mandó que tirasen a la «marca» el tablero y las piezas.

Después le entró una devoción fanática por la sociedad y las costumbres de la España del siglo de oro. La peluda cruz que en su faz cetrina dibujaban el bigote y la perilla, acentuaba su parentesco con los Arias o los Gutiérrez del Teatro clásico. Sacó de los desvanes del viejo caserón los muebles carcomidos de otras épocas, que en aquellos dormían el sueño de los siglos: vargueños, sillones frailunos, mesas de retorcidas patas... Proscribió los quinqués de petróleo, poniendo en lugar de éstos los velones de aceite «de comer», a cuya luz mortecina pretendía leer los periódicos con grave riesgo de perder la vista, y hasta llegó a decirse, aunque no a comprobarse, que andaba por los corredores vestido a la antigua usanza española, con gregüescos, goli-

lla y tizona, y que una vez intentó pagar con antiguas piezas de un monetario a una mujer de los Altos de Guía, que andaba vendiendo por las puertas huevos y manteca.

Pero ninguno de sus caprichos, por absorbente y dominador que fuese, lograba desarraigar en nuestro hombre su fundamental manía, consistente en la distribución parsimoniosa de las horas, en la absoluta sumisión al reloj, cosas todas que habrá que tener por anormales y vesánicas por cuanto, no teniendo el señor Pamochamoso nada que hacer en todo el día, el tiempo para él carecía de valor.

Tenía formado un cuadro en el que constaba el empleo de cada hora del día y de la noche, y de tal cuadro no se apartaba ni consentía que se apartasen Reditos ni las dos criadas, Sebastiana la cocinera y Dominga, la de «dentro».

Era inflexible en lo de comer a la hora fija y un solo minuto de tardanza era motivo para que armase una trapisonda. Solía decir que si él fuese Corregidor, todos los habitantes de la ciudad comerían a la misma hora, bastando para determinarla poner atento oído a las campanas de la Catedral.

A las ocho de la mañana, al primer toque agudo del esquilón, el desayuno. Las graves

campanadas de las doce, invitaban al almuerzo. A las tres, el esquilón apuntaba la idea de un ligero «taco» (pan y queso o pan y rapaduras). A las oraciones, la merienda y al toque de ánimas, la cena. Quiso introducir otra hora de yantar, o sea un vaso de leche al toque romántico del alba, pero casi nunca logró despertar a esa hora y además una vez amaneció el vaso con una «cuca» dentro.

... ..
Kli-Klu-Foh-Chung fué vendido por su padre a un empresario de obras del campo que reclutaba obreros para llevarlos a Filipinas.

El pobre chinito corrió con tan mala suerte que, a los pocos meses de trabajar en una finca resultó, sin saber él cómo, enredado en un conato de levantamiento de los indígenas contra las autoridades de la Provincia. La policía echó la zarpa a los conspiradores y los infelices chinos que eran poco más de una docena, condenados a la deportación, fueron trasladados a Cádiz y de allí a Las Palmas, cuyo Ayuntamiento, no sabiendo qué hacer con ellos, los alojó por lo pronto en la casucha de galante memoria llamada «el seis de copas» (dos puertas y cuatro ventanas) escondida en los recovecos de San Antonio Abad.

Pasaron dos o tres meses y en vista de que la situación se prolongaba, la Corporación

municipal, deseoso de quitarse de encima aquella pejiiguera, acordó «explorar la voluntad de los vecinos» para ver de colocar a los amarillos como criados de casa. De dicha exploración se encargaron algunos concejales, y uno de éstos, don Jerónimo Sabina, primo de don Agustín Joseph, le visitó expresamente para ofrecerle como doméstico uno de aquellos deportados, un reo político, casi un personaje histórico.

Como don Agustín tenía entonces vacante el departamento cerebral de sus extravagancias, acogió con entusiasmo la proposición de su pariente, contemplando en el conspirador que había de barrerle los patios y de cepillarle las botas, a un personaje imperial de alto rango, a un mandarín de botón de nácar o siquiera de botón de coral, e inmediatamente le ocurrió la idea extraordinaria, maravillosa, de aprender el chino, el más difícil de los idiomas que se hablan en el universo terráqueo.

Pero, ¡ay!, las alas del corazón se le cayeron, como suele decirse, tan pronto como Kli-Klu-Foh-Chung se presentó ante su vista. El se lo había imaginado revestido de una dalmática violeta, tocado con un gorro exornado con el simbólico botón blanco o rojo, con la trenza sobre la espalda, inquieta y movedi-

za como una serpiente negra... ¡Oh, desencanto! El soñado mandarín era un infeliz, un pobre diablo pelado al rape, sucio como un peine, con un traje de mahón que parecía un archipiélago de manchas y unas alpargatas cuya blancura era sólo una reminiscencia lejána.

Otra ilusión se le deshizo enseguida y fué la de aprender de aquella vez la lengua que él, no sin erudición, llamaba de Confucio. En efecto, el chinito no sabía una palabra de español, de modo que había que empezar por inocularle la hermosa lengua de Castilla. A ello se consagró el Sr. Panochamoso con el entusiasmo y la tenacidad que en todas sus cosas ponía.

Con protesta de Remeditos y aún de las criadas, que desde un principio declararon la guerra al intruso, D. Agustín se encerraba largas horas con aquél en su despacho, sometiéndole a minuciosas prácticas de deletreo y silabeo. Como notase en el muchacho una especial dificultad para pronunciar la B de palo, exigía de él un dificultoso ejercicio que a veces duraba horas, con arreglo al tema siguiente:

—Un burro bebía en un buen balde de bambú.

Para darle mayor amenidad a los estu-

dios el profesor hermanaba la teoría con la práctica (lecciones de cosas). Pretendía que el chico aprendiese el nombre castellano de los objetos, metiéndoselos por los ojos.

De repente exclamaba, pronunciando con minuciosidad y energía, señalando con el índice el carnoso órgano de peludos orificios:

—¡Nariz!

O bien, levantando una pierna y acercando uno de sus pies al imperturbable rostro del alumno:

—¡Babucha!

Sin embargo de que aquél no daba señales del más ligero progreso, siendo muy probable que estuviera al cabo de meses tan raso como el primer día, el profesor ponderaba la inteligencia del discípulo, sosteniendo que el día menos pensado se soltaría a hablar en castellano, dejando a todo el mundo con la boca abierta. Le elogiaba también por su mansedumbre y fidelidad, virtudes que, tal vez con ligereza, extendía a toda la raza amarilla.

La verdad es que el chinito, a quien su amo bautizara por sí y ante sí con el dulce nombre de José María, desempeñaba sus menesteres, impasible y silencioso, barría los patios delanteros y trasero, la casa puerta,

fregaba los tablados, betunaba las botas, pelaba las papas... ¿Sería mudo?

Ya don Agustín Joseph empezaba a creerlo, cuando una mañana, al encontrarse con él en el corredor, José María, inclinado el busto, con una mano en cada rótula, pronunció con su extraña voz gutural una frase que en los oídos occidentales sonaba más o menos así:

«Chau, chau, palanqueta».

Grandes fueron la sorpresa y el júbilo de D. Agustín. Al cabo, era poseedor de una frase entera, auténtica, del misterioso lenguaje de los Hijos del Cielo. Por poco se empieza, y al observar que en presencia de Remedios y de las dos criadas, José María prodigaba los «chau, chau, palanqueta», el Sr. de Pamochamoso acabó de convencerse de que se trataba de un saludo respetuoso, de una fórmula impregnada de la refinada cortesía oriental, algo equivalente a las nuestras: Beso a usted la mano, caballero. A los pies de usted, señora...

De ello persuadido, y ansioso de lucir ante sus amistades sus incipientes progresos en el idioma de Confucio, cuando venían de visita D. Jerónimo Sabina o el canónigo D. Policarpo Cazorla, les alargaba la mano y doblado el espinazo pronunciaba con gravedad:

—Chau, chau, palanqueta.

—Y... ¿quiere decir eso, Agustinito?

—Traducido en correcto castellano, beso a usted la mano, caballero.

Tenía Remeditos tres amigas que con frecuencia la visitaban, las tres hermanas conocidas por las Paulinitas, en cuyos rostros morenos y caballares fraternizaban los lunares con las verrugas. A estas «niñas» (la benjamina pasaba de los sesenta) las recibía don Agustín galautemente, hecho un arco.

—Chau, chau, palanqueta.

—Y... ¿quiere decir eso, Agustinito?

—Señoras mías: conviene saber que en el idioma de Confucio una misma frase, según el modo como se pronuncia, persona a quien uno se dirige, gesticulación que la acompañe, etc., etc., puede tener varios significados. Para saludar, *verbi gratia*, los orientales emplean esta fórmula armoniosa, «chau, chau, palanqueta», que de un modo imperfecto pudiéramos traducir en este caso por «A los pies de Vd., señora»... Vamos, y no me extrañaría que además envolviese una delicada imagen poética, de las que tanto abundan en la Literatura oriental, por ejemplo, «tu sonrisa es como el reflejo del astro de la noche en la rizada superficie de un lago...»

—Tanto bueno, Agustinito.

La felicidad de D. Agustín Joseph hubiera sido completa, si su caro discípulo se hubiera amoldado al régimen alimenticio del país Afortunado. Desgraciadamente, «el hijo del cielo no podía con el gofio» y le tenía al puchero una aversión insuperable. Sólo transigía con el «tasarte» y con los «tollos» y aguardaba para «apiparse» a que hubiera judías y sobre todo arroz, del cual consumía casi una plena calderada, con la ayuda de dos palitos de tea, que manejaba con increíble ligereza ante los ojos estupefactos de las dos criadas, Sebastiana y Dominga, las cuales, celosas del exótico servidor, tomando por disimulo e hipocresía la impasibilidad y mansedumbre de aquél, le tenían por adulón y «zorrocloco».

Una sola vez, el hombre amarillo dió muestras de que, detrás de sus ojos oblicuos, funcionaba un cerebro sensible y pensante.

Una noche, después de la cena en la que José María se puso «al dos de bastos» con un platazo de judías, al pasar por delante de Sebastiana la cocinera, que estaba moliendo café, exclamó aquella con súbita indignación:

—¡Fó!

El oriental se detuvo estupefacto. ¿Quién había podido revelar a aquella infiel, nacida en Cueva Grande, al pie de la Cumbre, a

tantísimas leguas del sagrado Tschung-Kwo,
El nombre mil veces santo del divino Foh?

Su cara amarilla se plegó con un conato de
sonrisa, de sus ojos oblicuos brotó un bene-
volente rayo y, acercándose a la cocinera,
pronunció despacio, con toda la melosidad y
la dulzura compatibles con la modalidad gut-
tural de su garganta:

—¿Fóooh...?

—¡Fó!...

... ..
Pocos meses después empezó a circular por
la ciudad la noticia de que el Sub-Goberna-
dor había recibido de la Superioridad la or-
den de repatriar a los amarillos.

Súpose luego que en el vapor corréo «Amé-
rica» había llegado un Teniente de infantería
con un sargento y algunas parejas para con-
ducir a Cádiz a los repatriados.

Una mañana sonaron en el patio unas fuer-
tes palmadas. Era el sargento, que venía en
busca de José María. En la calle quedaron
los soldados, custodiando a los chinitos que
habían ido recogiendo de puerta en puerta
y no tardó en formarse un corro de mujeres
vocingleras y de chiquillos malcriados.

Era llegado el momento del último adiós,
José María, arqueado ante doña Remedios y
las dos criadas, con una mano en cada rótula,

les tributó por última vez el homenaje de la cortesía oriental.

—Chau, chau, palanqueta.

Las mujeres, aunque veían con satisfacción la marcha del intruso, se creyeron en el caso de consagrarle alguna lagrimita.

—Adiós, José María. Que la Virgen y tu santo patrono de acompañen.

Don Agustín Joseph, liberado del contagio emocional por su gravedad castellana y la conciencia de su incalculable superioridad, acompañó a su discípulo hasta el postigo.

Le había regalado un par de duros, unos zapatos viejos y un terno de lanilla que él usaba dentro de la casa hacía cosa de diez años.

Al abrir el postigo, se detuvo suspenso y, algo picado ante la impasibilidad del chinito,

¿Sería capaz de marcharse sin la suprema despedida, sin la fórmula poética y cordial, vibrante de filial y respetuosa emoción?

No, señor, que en el preciso instante de traspasar el umbral, José María se volvió y, acercando su hocico amarillo al rostro cetrino y bigotudo de su amo y profesor, le dijo al oído muy bajito, con acento interrogativo y dulzón:

—¿Chau, chau, palanqueta?

—Sí, sí, «chau, chau, palanquetas», mi querido alumno y fiel servidor. Adiós, adiós,

Que la tierra y el mar te sean propicios. Pórtate bien. Si te portas bien, te llamarás José María.

... ..
Aquella misma tarde recibió D. Agustín la visita del Teniente, quien, cumpliendo las órdenes de la superioridad, tenía que dar las gracias a las familias caritativas que habían acogido en sus casas a los pobres deportados.

Era aquel oficial un mozo de buena estatura, colorado, simpático, con un grueso bigote rubio y unos ojillos azules y maliciosos.

Como estábamos entonces en época de Semana Santa, D. Agustín y doña Remedios le hicieron pasar al comedor y le obsequiaron con bollos «de alma» y vino dorado.

En grata conversación se hallaban, cuando de pronto, D. Agustín interpeló al Teniente en esta forma:

—Oiga, Sr. de Garcés. ¿Ha estado usted alguna vez en Filipinas?

—Ya lo creo. He servido algunos años en el Archipiélago.

—Tengo entendido que allí abundan los chinitos.

—Sí que los hay.

—Y...¿conoce usted el idioma de esa gente?

—¿Que si conozco el chino? ¡Cá! Ya sabe

usted que es una lengua de las más difíciles. Entiendo, sí, alguna expresión de las más usuales.

—Hombre, hombre... pues me va Vd. a traducir una frase que nuestro excelente servidor usaba a cada momento.

—¿Cuál era?

—«Chau, chau, palanqueta».

El oficial se puso aún más colorado de lo que estaba. Sus ojillos claros expresaron primero un profundo asombro y luego una inmensa gana de reír.

—Cómo, señor Don Agustín?—balbuceó. ¿Quiere Vd decir que el chinito...?

Sí, señor. «Chau, chau, palanqueta...» Lo decía a cada instante. A mí, a «éstas», a las criadas... Para mí... No creo estar equivocado... era una fórmula de respetuoso saludo, algo equivalente en nuestra hermosa lengua de Castilla, a

—Beso a Vd. la mano, caballero... A los pies de Vd., señora.

El rubio oficial tosió violentamente en su pañuelo. En su garganta empezó a borbolar una suerte de estertor ronco y entrecortado.

—Pero ¿qué tiene usted, Sr. de Garcoés?

—Nada, nada, no haga Vd. caso; es que padezco... de estrechez... de los vasos capilares... ¡Ay!

—Pues bien, tan persuadido estaba yo del sentido ideal y poético de esa frase, que con ella acostumbraba saludar a mis amigos.

—¡Ay!

—A mi primo D. Jerónimo Sabina, al canónigo don Policarpo Cazorla...

—¡Ay, ay!

—Y a las amigas de mi hermana, las niñas Paulinitas.

—¡Ay, ay, ay!

—Ya Vd. comprenderá, querido Garcés, mi curiosidad por conocer la traducción exacta... Si Vd. tuviera la amabilidad...

—Sí, Sr. D. Agustín... yo... ¡ay!... lo que Vd. quiera... pero...

—Venga, pues...

—Don Agustín... la verdad... delante de una señora...

—Sí, ya me hago cargo... habrá alguna imagen erótica, sensual... Estos orientales son incorregibles... Remeditos, retírate.

La vieja salió del comedor, de muy mala gana.

D. Agustín se levantó, temblando de emoción y de curiosidad.

—¿Y ahora?

El Teniente, inclinándose, susurró en el oído de don Agustín algunas palabras...

... ..

El viejo se llevó las manos a la cabeza.

—¡No me lo diga!... ¡Oh!

Y cayó desplomado en una silla exclamando con voz reconcentrada y profunda.

—¡Qué educación!

Y se quedó estupefacto, confundido, ante el impudor y la duplicidad de la raza amarilla.

La filosofía de Juan Rapadura

Juan Rapadura, perteneciente al honorable gremio de los «Palanquines», tenía su despacho en uno de los poyos de la Plazuela, junto a sus colegas Domingo Maita, Pescarrranas, Resplandor, etc., y su domicilio en una casa terrera, exigua y viejísima, que ya ha desaparecido, de la calle del Diablito.

Juan Rapadura no era un mal hombre. Para ser del todo bueno le sobraba su inmoderada afición a cierto establecimiento acerca de cuya invención dudaba el poeta si era o no moderna, o dicho llanamente y en buen canario, Rapadura acostumbraba «ras-

carse» y cuando se «rascaba» no admitía contradicciones ni aplazamientos en su servicio personal y sabía gratificar con algún «banicazo» a su mujer, la pobre Leonorita, «que salía a planchar» para atender a las escasas necesidades de la familia. No tenían hijos.

Pues, señor, una noche, entre nueve y diez, estaba Leonorita sentada junto a un fétido quinqué, apuntando la ropa, mientras su marido, tendido en la estera de palma, dormitaba con un «cabo» de virginio pendiente del labio inferior, cuando de pronto sonaron unos pasos estruendosos en el silencio de cierta calleja.

—¿Quién será, a estas horas?

Leonorita, dejando la costura, se asomó a la estrecha ventana. Calle arriba, se acercaba un enorme «galibardo», casi gigantesco, vestido de paño azul, con unas botas de agua que debían pesar una tonelada.

La señora de Rapadura reconoció inmediatamente en aquel sujeto a un tripulante de una de las fragatas yanquis que en aquellos tiempos visitaban, cargadas de guano, los puertos del Archipiélago.

Al llegar junto a la ventana, el coloso se detuvo, clavando en Leonorita sus ojos claros, inexpresivos. Probablemente su fantasía de bruto, alumbrada tal vez por la llama evo-

cadora del alcohol, rejuveneció de golpe las facciones marchitas de la pobre mujer. El caso es que, envalentonado sin duda por el silencio y apartamiento del lugar, abrió con un rudo empujón las puertas y entró en la salita, cuyo techo casi tocaba con su cabeza rojiza.

Un chillido de terror:

—¿Quién es? ¿Qué se le ofrece?

Y como el extranjero continuaba mirándola con fijeza aterradora, Leonorita la emprendió a puntapiés con el inconsciente Juan Rapadura, el cual se levantó al cabo tambaleándose y al ver al intruso, tartamudeó medio dormido:

—Hé, «mister» (para el isleño de aquellos tiempos todos los extranjeros eran ingleses). ¿Qué es lo que busca?

El otro seguía mirando a la mujer con insistencia de bruto.

—Cuando menos se ha figurado que «ésto» es el «seis de copas». Póngase enseguida en la puerta de la calle, si no...

El yanqui, por única contestación, enarboló un puño, erizado de pelos rojos, tan grande como una libra de «bichillo», y lo puso con cierta lentitud debajo de la nariz de Rapadura, el cual, de un salto, se plantó en la puerta de la calle.

Leonorita corrió detrás de él, gritando:

—Pero, Juan, ¿qué haces? ¡Que me dejas sola? ¡Ayúdame, hombre, socórreme!

Entonces fué cuando Juan Rapadura pronunció la frase que la Historia ha conservado y que es como el extracto y la sustancia de la filosofía resignada y alcohólica del hombre viejo, cansado de «cosas»:

—Mira, «jija», arréglate como «pueas».

NOVELISTAS ISLEÑOS

ELLA Y YO

POB

AGUSTIN MILLARES

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa-Cruz de Tenerife

F

Sucedía esto cuando estaba yo en Madrid, allá por los años de 1848.

Tenía entonces 21 años, y vivía en un segundo piso de una casa situada en la calle del Olivo alto, segundo piso que nuestros amigos de Madrid llamaban «La Pajarera», porque en él, y bajo las respetables alas sin plumas de una patrona de 50 años, nos anidábamos cinco o seis «canarios» de todas edades y condiciones.

Dividía yo mi tiempo entre las clases del Conservatorio de Música y alguna redacción de periódico, que admitía con benevolencia mis primeros ensayos literarios, paseando por las tardes con mis paisanos, ya por el Retiro, ya por la Castellana, y asistiendo por las noches al teatro de la Opera cuando el bolsillo me lo permitía, o a la tertulia de una respe-

table familia que me recibía siempre con cariño.

Era costumbre entre nosotros, los pocos canarios que entonces vivíamos en la coronada Villa, el vernos con frecuencia, estimarnos mucho, favorecernos mutuamente, y tendernos la mano para ayudarnos a saltar sobre alguna zanja que a fin de mes solía encontrarse en el camino.

Desde mi llegada a Madrid, que fué a fines de diciembre de 1846, había recibido la visita de un joven de mi edad, llamado Salvador, que hacía tres años residía en aquella villa, estudiando, según me dijo, algunas materias que creía indispensables para seguir la carrera de la diplomacia, carrera nebulosa, hija del favor y la política, que no estaba sujeta entonces a exámenes, grados ni diplomas.

La visita de Salvador obedecía al precepto, que se había impuesto, de conocer y saludar a todos los canarios que llegaban a Madrid, por la circunstancia de ser, según me aseguró, hijo de Tenerife, así como sus padres; aunque mejor hubiera podido llamársele hijo de la isla de Cuba, donde había pasado sus primeros años, y, en cuya rica Anti-

lla su padre había adquirido una fortuna colosal.

Era Salvador pequeño de cuerpo, delgado, de tez pálida, con hermosos ojos de color oscuro y de facciones aniñadas, expresivas y simpáticas. No había perdido aún ese especial tonillo propio de los cubanos, ni la afición a usar en su vestido de colores fuertes especialmente en sus chalecos que eran un verdadero arco-iris.

A los pocos meses de habernos conocido éramos casi inseparables. Salvador adoraba la música y la literatura, y esta comunidad de aficiones contribuyó a estrechar los lazos de nuestra amistad, que por mi parte se aumentó con la convicción que pude adquirir de la bondad de su carácter, de su generosidad y de la franqueza y sencillez de su trato íntimo. Aunque adulado y mimado por sus numerosos amigos, que conocían la fortuna de su padre, y recibido con interesado cariño en muchas de las principales casas de la alta Banca y de la política en Madrid, prefería acompañarme a la Opera o al Príncipe, o dar conmigo solitarios paseos por la Ronda, hablando de Victor Hugo, de Lamartine, de Dumas, Sue o Sand, que entonces eran los poetas y novelistas de quienes más se ocupa-

ba Europa, que asistir a un baile, a una tertulia o a un círculo, donde yo no podía ni quería acompañarle.

Sus padres y una hermana, únicas personas que componían su familia, estaban en París; de modo que yo no los conocía, porque durante el año anterior de 1847 habían viajado por Suiza e Italia habiendo Salvador pasado en su compañía el verano; sin embargo, con la franqueza y amistad que entre nosotros existía, varias veces me había hablado Salvador de su familia y ya sabía yo que su padre era un poco orgulloso, brusco y amigo de lisonjas, siendo su única aspiración la concesión de un título de Castilla que ennobleciera su plebeyo origen; y digo plebeyo, no porque yo lo supiera de ciencia propia, sino porque Salvador me lo había confesado de la mejor buena fe.

—Es preciso—me decía— perdonar a mi padre esta debilidad. Figúrate que nuestro apellido es Sánchez, apellido honrado, pero que no suena al oído, como Alvarez de Toledo, Mendoza, Sandoval, Rojas y otros de nuestra antigua nobleza castellana. Verás, pues, lo que ha hecho: ha suprimido las dos últimas letras, y ha dejado a Sánchez conver-

tido en Sanchi, que hace derivar de un hijo bastardo de los Reyes de Navarra.

Y al decir esto mi amigo se reía con tanta espontaneidad, que yo, sin quererlo, le acompañaba seguro de no ofenderle.

—Mi madre—continuó diciendo— es una pobre señora inofensiva, callada y de escasa instrucción. No ve ni oye sino por los ojos y los oídos de mi padre, y es eco constante de todo lo que él dice. En cuanto a mi hermana, la señorita Amelia, es un pequeño portento. Ya la verás; no quiero privarte del placer de la sorpresa.

A esto contestaba yo que mis recursos de estudiante no me permitían frecuentar los salones de su casa, que lo mejor sería no visitarla, y que me dejase en mi modesta oscuridad, contento con poseer su amistad y confianza.

Replicaba él, yo insistía en mi negativa, y después de largas discusiones concluía siempre mi amigo por sonreírse, como si para resolver la cuestión a su favor poseyera un secreto, independiente de mi voluntad.

Había llegado el año de 1848, y al estallar en Francia la revolución de febrero, la familia de Salvador, temiendo alguna «degollina» nobiliaria como la del 93, y comprendiendo

que los descendientes del bastardo del Rey de Navarra habían de ofrecer una presa demasiado apetitosa a los pícaros republicanos, salió de París precipitadamente y se trasladó a la coronada Villa, donde el sable de Narvez la ponía a cubierto de todo desmán.

Una tarde del mes de marzo mi amigo vino a buscarme, y después de darme cuenta de la llegada de su familia y de su instalación en un piso principal de la calle de Alcalá, salimos a dar un paseo por el Botánico, hablando, como éra natural, de la conmoción revolucionaria que se sentía en todos los Estados de Europa, y de los planes que se atribuían a ciertas personas que trataban de darle un susto al Ministerio español.

Conspirábase en Madrid, como sucede siempre, a cielo descubierto; y aunque nosotros no pertenecíamos a ningún partido político, sabíamos de pública voz los nombres de los generales, coroneles y sargentos comprometidos, y hasta el día en que había de estallar el pronunciamiento.

¡Feliz edad! Anhelábamos la lucha, sin pensar en la sangre que iba a derramarse y deseábamos la caída del Ministerio, creyendo inocentemente que un cambio de personas iba a dar a los españoles la ilustración y los hábi-

tos de trabajo de que carecíamos hacía ya tres largos siglos.

Entre tanto había cerrado la noche, y llegado la hora en que, abandonando el paseo, me retiraba a estudiar o escribir a mi humilde celda. Dejamos, pues, el Botánico, y atravesando el Prado, subimos por la calle de Alcalá, deteniéndonos en el suntuoso portal que daba ingreso a las habitaciones ocupadas por la familia de mi amigo.

—Es preciso que subas—dijo éste apoderándose de un botón de mi gabán de abrigo, movimiento que le era familiar:—quiero que veas mi nuevo aposento.

—Será otra noche—le contesté—, tengo que concluir una correspondencia de Canarias que ha de publicarse mañana en «El Heraldo».

—¡Desgraciado! —exclamó con seriedad cómica llevándome hacia el portal—¿cómo te atreves a escribir en ese nefasto diario? ¿No temes las iras del pueblo... y las de tu amigo Salvador? Tú, un republicano libre-pensador, vaciar tus ideas en el molde de los Moras, de los Donoso-Cortés y de los Pastor-Días? Quita allá; entra en casa, y de ese modo alejarás la tentación.

—No puedo... mañana será.

—Ya te conozco, hipócrita. «El Heraldo» es un pretexto; tú tienes encontrar a mi padre o a mi hermana, y una presentación te asusta. Desecha todo temor, mi cuarto es el entresuelo y a nadie encontraremos. Vamos, sube y no seas tan salvaje, que es defecto muy perjudicial en Madrid y en todas partes.

—Pero, ¿me dejarás marchar luego?

—Cuando quieras.

—Vamos, guía a tu aposento y que espero «El Heraldo».

—Todo sea por Dios—contestó Salvador— y cinco minutos después estábamos cómodamente instalados en un saloncito alfombrado y decorado con gran lujo, donde ardía en una chimenea de mármol blanco un buen fuego, al cual acercamos nuestros sillones, mientras mi amigo encendía un legítimo habano.

—¡Cómo se parece tu celda a la mía!—exclamé yo mirando con curiosidad a mi alrededor.

—¡Bah!, ya estás envidioso. Los bastardos de los Reyes de Navarra, no son tan comunes como tú crees.

—Dichosos los que no tienen que pensar en el día de mañana,—contesté yo suspirando.

—Las luchas de la vida—replicó Salvador—son el elemento más poderoso del progreso. Tú lucharás, y serás algo; yo no lucharé, y pasará olvidado. El trabajo perfecciona, la ociosidad vicia. Todo está bien, como decía Cándido; esto es lo que llamo yo el sistema de las compensaciones. La naturaleza es muy sabia; nos ha dado el hambre como estímulo para escalar toda clase de posiciones.

—Gracias por mi lote:—contesté yo riendo.

—Y es envidiable. Aquí ves a tu amigo—siguió diciendo Salvador—que está condenado a ser un estúpido.

—No digas tonterías, tú puedes ser lo que se te antoje.

—¿Un futuro marqués de Casa-Sanch? Tú deliras. Mi padre no lo consentirá jamás.

—Tu padre ha trabajado.

—¡Calla, infeliz! ¿Qué has dicho? ¿Trabajar mi padre? ¡Horror!

—El trabajo ennoblece.

—Antiguallas, mejor es heredar y no hacer nada. Deja esas filosofías y cuenta algo de revolución. ¿Qué dicen los alumnos de la Universidad, del Colegio de San Carlos y del Conservatorio? ¿Están dispuestos a unirse al pueblo? ¿Tendremos república como en Francia?

Sonríeme al oírle y le pregunté:

—¿Un futuro marqués se interesa por la revolución?

—Pertenezco a la aristocracia moderna— replicó con fingida petulancia—, a esa aristocracia de las contratas, de los ferrocarriles y los vapores, del cacao, del café y del tabaco, que busca el aire de la libertad, tiende a todos la mano, y habla de progreso y humanidad para pescar con más seguridad en el río revuelto de las revoluciones.

—De modo— le contesté yo— que el torneo es para esa aristocracia el salón de la Bolsa, la dama de sus pensamientos el dinero, y sus armas el tanto por ciento.

—Exacto. Así como para la nobleza antigua el torneo es hoy el campo carlista, la dama de sus pensamientos Roma, y sus armas el cirio y la ex comunión.

—Algo hay de verdad en eso.

—¿Algo? Todo.

—Nada—, contestó una voz de mujer a nuestras espaldas, con esa entonación decidida y energética que da la costumbre de mandar y ser obedecida.

Yo di un salto en el sillón, y me puse en pie, mi amigo permaneció sentado, y se con-

tentó con decirme tranquilamente mientras apagaba el cigarro.

—Te presento a mi hermana Amelia, que ya te conoce por tus versos y tus romanzas. Te advierto que es ultramontana y absolutista.

En aquel momento hubiera preferido que la tierra se abriese bajo mis pies.

Encendido como un pimiento, hice una grotesca cortesía, y acerqué un sillón.

Salvador me miraba, y la risa retozaba en sus labios. De buena gana le hubiera apaleado.

II

Después de aquella noche, todos mis escrúpulos fueron cediendo uno a uno a las reiteradas muestras de aprecio que la familia de mi amigo Salvador me dispensaba, y que yo atribuía, con la candidez e inexperiencia propias de mis pocos años, al interés que les inspiraba mi humilde posición estudiantil, mis dotes personales, mis versos espeluznantes y los acordes de mi violín.

Amelia era, a mi juicio, un pequeño portento. Blanca, sonrosada, pelinegra, de cara redonda, con hoyuelos junto a sus rojos labios, con una boca provocativa y apetitosa, mirada fija y atrevida, que sus ojos de indeciso color hacían más significativa, de redondeados contornos, andar voluptuoso y palabra fácil y elegante, poseía los suficientes encantos para alborotar la imaginación callejera de cualquier estudiante de mi edad.

Tocaba el piano con bastante maestría, y cantaba con afinación y gusto, aunque su voz no era muy extensa ni de mucho volumen.

Tan luego supo ella que yo poseía algunos conocimientos en música, me obligó a que la acompañase sus romanzas inglesas y alemanas, y las arias italianas que entonces estaban a la moda. Sin embargo, justo es decir que prefería la música clásica de salón, cuya afición se había despertado en ella en París, oyendo los conciertos del Conservatorio. Así es que mi humilde violín hacía oír sus discordantes voces junto a las melodiosas de su magnífico piano de Erard, que ella pulsaba; y la sonata en fa de Beethoven, el rondino de Mayseder, las sonatinas de Mozart, y los cuartetos de Weber, atronaban el salón principal de la casa, mientras el papá movía la ca-

béza con aire inteligentē, la mamá dormía, Salvador criticaba, ya la expresión, ya el compás de los trozos elegidos.

A pesar de la favorable opinión que yo de mí mismo tenía, como todo hijo de vecino, no dejaba de preocuparme la facilidad con que había ingresado en aquella casa, y el aprecio y consideración que me demostraban, especialmente el futuro marqués, hombre de pocas palabras, avaro de su amistad, aficionado a investigar el abolengo y los bolsillos de todos los que se le acercaban, y poco dispuesto a dar la menor importancia a un chico que hacía versos, escribía correspondencias en «El Heraldo», y tocaba el violín.

Ello es que así sucedía, y hasta la soñolienta mamá me festejaba con un «querido paisano», que me encumbraba al quinto cielo.

Inútil será decir, porque ya lo habrán adivinado mis lectores, que la señorita Amelia me interesaba más que el papá y la mamá. Su franqueza, que cualquiera otro más experimentado hubiera traducido por desenvoltura, su amabilidad, hija de una innata coquetería, su obispeante gracia para analizar la última novela, el último poema, la última ópera, y la confianza que inspira siempre la hermo-

sura, el ingenio y el dinero, prestaban a la hermana de mi amigo un poder tan superior, que yo, francamente, lo creía irresistible, y temblaba, solo de encontrarme junto a ella.

Después de visitarla algunos días, comprendí que, si mi razón no ponía freno a mi inmodesta costumbre de «novelizarlo» todo, era hombre al agua. Acordéme muy oportunamente de que no descendía de ningún bastardo de los Reyes de Navarra, y de que, al comprar guantes, procuraba fuesen de color oscuro para que me durasen más; y con éstas y otras poderosas reflexiones de la misma índole y naturaleza, mi imaginación se calmaba, y oponía fuerte dique a las miradas coquetuelas de mi traviesa paisana.

En aquellos días, y creyendo que en eso no pecaba, le llené el álbum de poesías calenturientas, comparándola con el sol, la luna y las estrellas, hablándole de trovadores y donceles desgraciados, y escribiéndole sendas romanzas con cinco y hasta con seis hemoles. Esto era para mí una especie de válvula de seguridad.

Entretanto, Salvador continuaba sonriéndose mefistofélicamente, y parecía complacerse en aquella lucha moral que yo diariamente sostenía, que él, de seguro adivinaba.

Proponíame a veces suspender mis visitas, pero Salvador me buscaba, y concluía por ceder a mis instancias. Entonces el papá encontraba siempre alguna palabra amable que decirme, la mamá me apretaba con cariño la mano, y la niña, al verme, sacaba su romanza favorita, me obligaba a sentarme al piano, y para cantarla se acercaba tanto a mí, que solo el roce de su vestido me daba terciana.

Cuando regresaba a mi humilde aposento, después de estas sabrosas e íntimas veladas, me ponía a hablar conmigo a solas, costumbre que nunca he perdido, y me decía con gran seriedad: —¿Qué es esto? ¿Se están burlando de tí? ¿Qué se propone esa familia? No lo sé; pero estoy seguro de que ni por tu figura, ni por tu gracia, ni por tu posición, ni por tu dinero, puede Amelia enamorarse de tí. Eres muy feo, tienes poco atrevimiento, tu cuna es de tea, y sólo con milagrosos equilibrios te sostienes en Madrid. ¿Por qué, pues, te sonríe ese señor Sánchez, te da la mamá su mano, y la niña te hace guiños?

Resolví hablar a Salvador, y preguntarle a qué parte ignorada y recóndita de mi ser debía tan estupenda y simpática amistad; pero, la tarde misma en que me decidí a aven-

turar tan escabrosa pregunta, tuvo lugar un acontecimiento grave que paso a referir.

Era el 26 de Marzo; todo parecía tranquilo; las familias bajaban, como de costumbre, al Prado, y aunque se dejaba sentir el frío no escaseaban los grupos junto a las rejas del Botánico. Allí estaba yo, meditando en el problema cuya solución buscaba, y esperando descubrir a mi amigo, que me había citado la tarde anterior para aquel sitio.

Anocheía ya, cuando en dirección hacia la Carrera de San Jerónimo oí distintamente algunos tiros, y luego dos o tres descargas de fusilería.

—La revolución ha estallado—exclamé yo. Y mientras me dirigía esta pregunta, la gente desaparecía, buyendo por cuantas calles confluían con el Prado.

En tales circunstancias, lo más prudente era llegar sin tropiezos a la calle del Olivo, y encerrarme con doble llave en mi casa; pero el demonio de la curiosidad, poniendo en derrota a la prudencia, guió mis pasos hacia el Palacio de la calle de Alcalá, donde encontré en un estado lastimoso a mis dos respetables amigos, los futuros títulos de Castilla.

El caso era en verdad alarmante. Desde la tarde habían salido Salvador y Amelia a vi-

sitar una familia que vivía en la calle del Príncipe, a pesar de que sabían que en la del Lobo se levantaban barricadas, que la guarnición estaba dispuesta a batir; y aunque hacía largo rato que la lucha estaba empuñada, mis dos jóvenes amigos no llegaban.

Entonces yo, como verdadero caballero andante me ofrecí a buscarlos en medio de aquellas calles, donde ya la sangre corría, y salí por la de Sevilla a la carrera de San Jerónimo, que presentaba en aquellos momentos un aspecto aterrador. Veíase a lo lejos la artillería, situada en la Puerta del Sol, esperando la orden de marcha, y en la parte opuesta, hacia la plazuela de Cervantes, espesas columnas de infantería, precedidas de algunos escuadrones de coraceros, que ocupaban la calle de una a otra acera.

Qualquiera otro de mejor criterio, hubiera sin duda retrocedido, aguardando una ocasión favorable; pero yo, ignorante del peligro, y sin adivinar que mi vida estaba pendiente de encontrar una tienda o portal abierto, avancé impávido hasta llegar a la casa donde suponía que Salvador y Amelia hubiesen pasado la tarde, hallándola cerrada. Retrocedí entonces a la Carrera de San Jerónimo, y observé que las pocas personas que atravesar-

ban la calle, huían como sombras, procurando ocultarse junto a las paredes, mientras a intervalos seguía oyéndose el ruido de las descargas, y los gritos de los combatientes, en dirección a la plazuela de Santa Ana.

Desde aquel momento principié a comprender mi imprudencia, y medí con la vista la distancia que me separaba de la calle de Sevilla para refugiarme en ella; pero, al emprender mi retirada, observé con terror que una columna asomaba por aquel punto sus fusiles, y avanzaba en combinación con la artillería. Detúveme otra vez, y miré a todos lados con angustia. El recuerdo de mis padres, de mi familia, patria y amigos, cruzó doloroso por mi cerebro, y paralizó mi conato de evasión. Apoyeme en el dintel de una puerta, que estaba también cerrada, y procuré confundirme con la sombra que proyectaban sus balcones, para sustraerme, si era posible, a la primera carga de caballería que se preparaba. El sitio donde me había refugiado me permitía descubrir las personas que salían de la calle del Lobo, y huían despavoridas en todas direcciones; entre esas personas me fijé en una, que parecía mujer, y la cual, pasando velozmente a la acera don-

de yo estaba, corrió hacia mí y se arrojó llorando en mis brazos.

Figúrense ustedes mi sorpresa, al reconocer en aquella aterrada criatura a mi adorable paisana, la señorita Amelia.

—¿Dónde está Salvador?—fué mi primera pregunta al desasirla suavemente de mis brazos, y colocarla a mi lado junto a la puerta que me servía de abrigo.

—No lo sé—me contestó con voz entrecortada por la emoción y el llanto,—le he perdido en medio del tumulto. Al verme sola creí encontrar refugio en la casa de mi amiga, pero no he podido llegar a ella. Entonces reconocí a usted, y mi susto ha desaparecido: Usted me salvará.

—¡Qué imprudencia!—exclamé yo, oyendo sobre el pavimento de la calle el crujir de los cañones y el trote de la caballería. —¿Cómo salvar a usted? Estamos cercados. Si nos descubren nos fusilan.

—Moriremos juntos—me contestó ella con exaltación.

—Mejor será que usted no muera—repliqué yo verdaderamente alarmado. —Examinemos estas puertas: tal vez encontremos algún portal abierto. Sígame usted sin desviarse de la pared, y evitaremos así una bala.

Hablando de este modo principié a subir la calle, empujando con desesperación todas las puertas que hallaba al paso.

Según nos aproximábamos a la de Sevilla, íbamos observando que la artillería se había detenido a la altura de la del Príncipe, esperando tal vez que se le uniera la columna que subía del Prado. No había medio de escapar; estábamos en el vórtice del huracán, e íbamos a ser arrastrados en su vertiginoso movimiento.

Llegó un instante de aquella aciaga hora, en que a pesar de la protectora oscuridad de las casas, creí que íbamos a ser descubiertos y alanceados. Un escuadrón de caballería, que, como avanzada, se había separado de la columna principal, corría a toda brida, ocupando el ancho de la calle, y escudriñando todos los rincones con la punta de sus lanzas.

Desesperado, me detuve de nuevo, atraje hacia mí a mi aterrada compañera, y me dejé caer sobre una gran puerta, que a mi furioso empuje se abrió. El portero sin duda la había dejado abierta, porque esperaba la llegada de algún extraviado inquilino.

De un salto atravesé el portal, y llevando casi en brazos a Amelia, subí los primeros

tramos, no descansando sino cuando alcanzamos el cuarto piso.

Amelia apenas podía respirar, y cayó desfallecida sobre los últimos escalones.

Estábamos salvados.

III

Pasaron algunos minutos; y cuando ya nos convencimos de que el peligro había pasado, aunque nuestra posición singular siendo tan singular como poco satisfactoria, el recuerdo de nuestra anterior agonía nos produjo una tranquilidad relativa, que calmó el desordenado latir de nuestros corazones y el ciego terror que por un instante había oscurecido nuestra razón.

Amelia continuaba sentada en el último escalón del cuarto tramo, y parecía escuchar con redoblada atención el fragor de la batalla. La casa donde nos habíamos refugiado estaba silenciosa, como si el miedo se hubiese apoderado de todos sus inquilinos. De vez en cuando se oían algunos furtivos pasos, y

el brusco cerrar de las puertas y balcones. La luz que iluminaba la escalera en los tramos inferiores, llegaba debilitada hasta el sitio donde nos ocultábamos.

Ametía fué la primera que rompió el silencio.

—Nunca hubiera creído sentir una emoción semejante. Estoy temblando todavía. Esto es hermoso, novelesco, sublime.

—Señorita—, contesté yo con dolorosa sorpresa— no diga usted eso; en este momento mueren engañados una multitud de españoles, y su hermano tal vez sea de ese número. Maldigamos esta extemporánea sublevación, y veamos el medio de llevarla a usted a su casa, para calmar la angustia de sus padres.

—No piense usted en eso. Yo no salgo de esta casa mientras Madrid no recobre su acostumbrada tranquilidad.

—No era esa mi intención. Aquí permanecerá usted hasta que el peligro haya desaparecido; pero, entretanto, pidamos hospitalidad al conserje: no está usted bien en este sitio.

—Cualquiera diría que siente usted verse a solas conmigo.

—Tal vez—exclamé yo involuntariamente.

Ella, al oírme hablar así permaneció algunos instantes silenciosa, y luego se levantó, y se acercó a mí que la contemplaba apoyado en la pared.

—Seamos francos—me dijo con decisión—, usted me ama.

—¡Señorita!

—Ya ve usted; todo es singular en esta noche; yo soy el hombre y usted la mujer. Amar no es un crimen: si usted me ama puede usted confesarlo sin temor.

—El respeto que a usted profeso, es todavía mayor que mi cariño—contesté yo evasivamente—; y en todo caso, no sería tan descortés que me aprovecharse de esta triste ocasión para hablar a usted de amores.

—Ya veo que me he equivocado. Dejemos ese asunto.

—Sea como usted guste.

Calló ella y sus maliciosos ojos se volvieron hacia mí con cierta expresión de lástima, que yo recibí con estoica firmeza.

Hubo un largo silencio. Amelia se había envuelto en su afelpado chal, que la cubría el cuello y la parte inferior del rostro, y de nuevo tornó a sentarse en el mismo escalón.

De pronto, y como cansada de aquel silencio, que parecía importunarla, y sin cuidarse de la tempestad de fuego y hierro que en los aires estallaba a poca distancia de nosotros, se volvió hacia mí, y me dijo elevando la voz:

—¿No sabe usted que voy a casarme?

El golpe era rudo para un estudiante pobre y soñador. Sin embargo, procuré recibirlo con calma, y le respondí:

—Esperaba de un momento a otro que así sucediera. Una joven tan rica y hermosa como usted, debe encontrar muchos que la amen.

—Mi futuro esposo es francés; nos conocimos en Vichy el año pasado. Su fortuna es inmensa, y espera obtener en breve una embajada.

—La felicito a usted cordialmente.

—¿Se alegra usted?

—Si usted le ama ¿por qué no?

—A decir verdad ni le amo ni le odio. En los primeros días le tuve cierta afición, que luego se ha calmado.

—Pues entonces, no debe usted casarse.

—¿Y qué le importa a usted?

—Es cierto; disimule mi franqueza.

—Es usted un niño.

—Tal vez.

—El matrimonio es un contrato. Dos personas ricas unen sus fortunas para gozar mejor la vida. Esto no lo habrá usted leído en las novelas, pero es lo que pasa en el mundo.

—Lo siento.

—Vamos, señor puritano, no sea usted intransigente; así hemos encontrado la sociedad y así la dejaremos.

—No me opongo; pero, en cambio, no seré yo el que sancione con mi humilde ejemplo semejante abominación. Felizmente no estoy destinado a vivir en esa sociedad a que usted se refiere. En mi patria hay todavía corazones honrados, y leales aficiones. Allí se ama, no en virtud de un contrato, sino de un lazo simpático, que no se desata sino con la muerte.

—Páreceme, señor poeta, que me está usted ofendiendo.

—¿Y tengo yo la culpa? Vamos, Amelia, calle usted y bajemos al portal. Usted es mejor mil veces de lo que sus palabras revelan. Feliz el que posea verdaderamente el corazón de usted.

Ella suspiró, bajó los ojos y me siguió en silencio hasta el portal. Allí, después de bre-

ves explicaciones, el conserje nos recibió, y, mediante una propina superior a todas sus esperanzas, consintió en salir y solicitar el permiso del jefe de las tropas acantonadas en la calle, para llevar a los padres de Amelia la noticia de nuestra aventura.

Dos horas después, y cuando la victoria había coronado los esfuerzos de las tropas del gobierno, los futuros marqueses llegaron en coche a la carrera de San Jerónimo y nos llevaron en triunfo a su casa, donde nos había precedido, salvo e ileso, mi amigo Salvador.

Al siguiente día, estando yo en mi aposento de la calle del Olivo, pensando involuntariamente en los extraños sucesos de la noche anterior, se abrió la puerta de mi cuarto, y por la primera vez vi entrar al padre de Salvador; quien, después de saludarme con el mayor afecto, tomó asiento, y no sin revelar en sus facciones la sorpresa que sin duda le causaba la sencillez de mis muebles y la humildad de la casa, me habló de esta manera:

—Generoso paisano, vengo a dar a usted las gracias por el inmenso servicio que prestó usted anoche a mi hija Amelia. Crea usted en nuestro inmenso reconocimiento, y ponga usted a prueba nuestra amistad. Dispuestos

Estamos á servir a usted en todo lo que se
digne mandarnos.

Contestéle yo en breves y corteses frases,
y él continuó diciendo:

—Conmigo no debe guardar usted el incógnito que se ha propuesto en esta villa. Salvador, faltando tal vez a la confianza de usted, me ha revelado todo.

—¿Decía usted?

—Que todo lo sé. Me consta que es usted de noble alcurnia, que su familia posee una gran fortuna, y que usted, huyendo de aceptar un matrimonio que no estaba de acuerdo con su corazón, ha venido a ocultar en Madrid sus disgustos, hasta que se pase la cólera injusta de sus padres.

Pueden mis lectores figurarse la expresión de mi semblante al oír tan estupenda novela. Entonces comprendí el secreto de la simpatía de aquellos señores, y las sonrisas de Salvador.

El descendiente de los reyes de Navarra, al observar mi asombro, se inclinó hacia mí con cariñoso abandono, y siguió hablando de este modo:

—No se ofenda usted. Su secreto está bien guardado. Ahora sólo me resta hacer a usted una proposición que los extraordinarios su-

cesos de anoche en cierto modo disculpan y autorizan. Mi hija me ha revelado que usted la ama, y yo creo, sea dicho esto con el mayor sigilo, que ella no le desprecia a usted. Mi fortuna y posición son conocidas, usted es rico y noble, mi esposa, mi hijo y yo estimamos a usted como un corazón honrado, leal y generoso. ¿Qué más diré a usted? Si ustedes se aman, ¿a qué oponernos? Eso es ya ridículo y está fuera de moda. Solicito usted el beneplácito de sus padres, y asunto concluido.

—Pero, señor...

—Nada, no admito excusas. Está usted aceptado, aunque sus padres no le señalen a usted pensión alguna. Soy bastante rico y usted vivirá con nosotros.

—Pero, está usted equivocado, caballero, yo...

—Adiós, hasta la noche. Allí arreglaremos todo con Amelia. Adiós, adiós.

Y sin esperar explicación alguna, desapareció dejándome lleno de confusiones, y furioso con esta tan pesada burla de mi amigo Salvador.

Entonces, y sin vacilar, tomé la pluma, y escribí estas pocas palabras, que enseguida envié al marqués.

«Caballero, mil gracias por una honra que nunca he merecido. Una equivocada interpretación de su hijo de usted es causa de que usted y su familia hayan creído lo que no existe. Ni soy noble, ni rico. Soy un pobre chico, hijo de honrados padres, que ha venido a estudiar en este Conservatorio algo de música y de composición, y a quien sus aficiones literarias le llevan a escribir de lo que no entiende. Perdone usted esta mixtificación de que solo es culpable Salvador. Si usted todavía duda, puede informarse por todos mis paisanos que confirmarán la verdad de mis palabras. Quedo de usted etc.»

Al siguiente día supe que Salvador y Amelia habían salido para París.

El marqués no volvió por casa, y él y su esposa, cuando me encontraban en paseo, volvían los ojos al otro lado.

Aquel mismo año la repentina muerte de mi padre me obligó a volver precipitadamente a Canarias; poco después recibía una carta con el timbre de París. Era de Salvador y en ella me decía:

«Perdona, querido amigo, las necesidades de mi familia, que me obligaron a inventar la fábula que te abrieron las puertas de mi casa. Yo no contaba con las coqueterías de mi her-

mana. Creo inútil advertirte que mi amistad es inalterable. Amelia va a casarse; no lo sientas, porque el honor de ser mi cuñado no compensaría nunca el sacrificio de tu felicidad.»

Salvador vive hoy en París, y de vez en cuando me escribe con el mismo cariño. Su hermana reside en Madrid, y es un modelo de elegancia y buen tono. Su marido viaja por Europa.

Los padres de mi amigo han alcanzado un título, y forman parte de la nobleza haitiana.

Yo sigo siendo plebeyo, y sin más cruz que la del matrimonio, que todos los días bendigo.

LA NOVELA REGIONAL

De padres a hijos

POR

BENITO PEREZ ARMAS

xi

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

CAPITULO I

La Punta del Hidalgo Pobre es por diversas razones digna de ser visitada. Llégase hasta ella por un camino estrecho, faldeando empinadísimas montañas de formas imponentes, cuyas enormes estribaciones se ocultan entre las linfas del oceano.

En ocasiones el sendero desciende hasta el nivel de las playas o la cuenca de los barrancos; otras se retuerce y sube, loma arriba, como si quisiera trepar a las alturas. El paisaje es agreste, salvaje; laderas de pendientes violentísimas, apenas transitables por pastores y cabras; barrancos profundos; cuevas de formas caprichosas, abiertas en riscos oscurecidos por el aliento del oceano; vetas basál-

ticas que corren a lo largo de los precipicios en forma de láminas de acero; cardones agarrándose a los riscos para extender hacia arriba sus brazos espinosos, tabaibas, pitas, brezos... todo, en fin, lo que constituye un trozo de naturaleza bravía, donde el hombre no ha podido aún hincar sus garras... Enfrente el mar inmenso, ora sañudo y colérico, ora apacible y rumoroso, bañando las sinuosidades de la costa, que, o se repliega formando una playa espaciosa, o penetra mar adentro para despanzurrar las olas y recrearse en los artificios de la espuma...

Al dar vuelta a una de las montañas aparece la primera parte del caserío de la Punta. Estiéndese ésta hacia el Poniente, en suave inclinación, ganando terreno al mar, que a no ser por el lado de la sierra, la baña y circunda en todas las restantes direcciones. Es una lengua de terreno de bastante extensión que parece escapada milagrosamente de los avances del Atlántico, allá cuando las Canarias, según la leyenda, dejaron de ser un continente para convertirse en islas codiciadas que rompen la monotonía de las enormes llanuras por donde cruzaron los viajeros de dos mundos.

Tres montañas levantan sus cabezas por en-

cima de las restantes: el «Roque Guacada», enorme pirámide de granito, casi inaccesible, de entonaciones rojizas, que atestiguan igniciones volcánicas; el «Roque Carnero», de forma cónica, cubierto de varias especies vegetales, por donde se asoman las primeras cortinas de los bosques próximos, y el llamado «Dos Hermanos», dividido por el centro de suerte tal, que sus crestas parecen dos vigías petrificados, mirándose frente a frente... Las casitas se extienden en la parte más alta de la tierra labradía, ya agrupándose para vivir en sociedad, ya solas, gozando del fresco de parras, higueras o morales; son todas pequeñas, de corte parecido, blancas como la espuma, o enjalbegadas de amarillo con franjas azules, las más coquetonas.

Echase de ver desde luego que allí no viven más que pobres, y que aquellas tierras bien cultivadas, que corren hacia abajo, divididas en «suertes» igualmente simétricas, son del dominio de forasteros poderosos que habitan en la ciudad de San Cristóbal de La Laguna o Santa Cruz de Tenerife. Así es en efecto; la Punta del Hidalgo, que, como se sabe por la Historia, fué la parte que le tocó al hijo natural del rey Tinerfe, cuando se dividió la isla, pertenece a unos cuantos terra-

tenientes que radican fuera de la jurisdicción.

Aquel pueblecillo está formado por gentes que lo mismo viven del mar que de la tierra; diríase que son anfibios, habitantes de los dos elementos. La tierra no es tanta que pueda dar ocupación a todos los brazos, de manera permanente, ni el mar tan ingrato que no merezca dedicarle muchas horas de fatiga. Los hombres son allí labriegos y pescadores, tan expertos para surcar los mares como la tierra; las mujeres complementan ambas clases de faenas, bien vendiendo pescado en las ciudades próximas o mariscando, bien tomando parte en escardas, siegas y trillas.

Los habitantes de la Punta llevan aún en sus venas sangre guanchinesca, sangre de los primitivos pobladores canarios, que gozaban de una independencia selvática, adorando a su terruño, fuera del que no comprendían la vida, y persuadidos de que la libertad es el mayor de los bienes humanos. Más o menos todos son allí iguales, porque todos trabajan para vivir pobremente. Nadie se preocupa de adelantos, ciencias ni artes, sino de continuar, alegres y felices, las rutinas heredadas de los viejos, dejando que la existencia se consuma entre la gran cordillera por donde bale el sol, y el mar, por donde con indife-

rencia musulmana lo ven ocultarse, sin que una vez siquiera se pregunten por qué sucede aquel fenómeno grandioso de, que depende de la vida universal.

En todos los contornos tienen los hijos de la Punta justo renombre de ser gentes muy avisadas, sobre todo las mujeres, que en Tenerife no las hay más donosas y dicharacheras. Las playas y los caminos por donde cruzan con sus cestas de pescado a la cabeza, contoneando el cuerpo, siempre a paso vivo, son las escuelas en que desarrollan sus naturales facultades, batallando con maleantes de faldas calañas y procedencias.

Póngase ahora por contera que los habitantes de la Punta son tan supersticiosos como despreocupados en materia de religión; tan devotos del baile y la francachela como ignorantes, y ya se tienen las líneas más salientes de sus condiciones éticas y su vida social.

X

Existía en la Punta, por los años a que nos referimos, una persona que se destacaba del resto de los mortales; un hombre tenido en muy alta estima y al que todos acataban con respeto.

El Patrón Ruiz había sido uno de tantos, hasta que, por su mala estrella, tuvo que entrar en los barcos del Rey para navegar por los mares de todas las naciones. Luchando como un valiente, según el mismo dejaba comprender, fué herido en la batalla del Callao, y entonces le dieron el pasaporte para que regresara a las islas, ya libre del servicio militar.

Era todavía un muchachote fornido, de genio alegre y sangre ardorosa, cuando se casó con Señá Constanza, una de las mejores hembras del pueblo, y sin discusión alguna la hormiguita más agenciadora de toda la comarca.

—Como aquella—decía el Patrón—no sé jalla otra en tierra de cristianos. ¡Lo que yo he perdido, puñales! ¡Lo que yo he perdido!

Con tal denuedo y fervor trabajaron durante su vida el Patrón y la mujer, que, a despecho de los escasísimos medios de capitalizar con que contaban, pudieron adquirir unas tierrecillas, una casa y un barco de pesca, suprema aspiración de los que allí se llaman «personas que tienen posibles», familias «con acomodo», «gentes de buen pasar».

Cuando esto se había logrado quedó viudo el Patrón y en compañía de una pequeñuela

más linda que una flor, fruto tardío (de crisis según decía él) tanto más querido, cuanto menos esperado. Nunca se consoló de la pérdida de su compañera, a quien recordaba incesantemente con frases muy laudatorias, demostrando que desde el día de aquella gran desgracia su hacienda no aumentaba en un solo céntimo, por más que trabajara como un animal a quien no le han echado el agua del bautismo.

—Siempre tengo sudao el cuarto trasero— solía decir—y no consigo guardar unas onzas. ¡Si ella viviera, puñales!

Dígame en honor del Patrón, que si esto era verdad, fué porque entonces habían caído los altos precios de la cochinilla, venero prodigioso de riquezas, y además las blanduras de su corazón (harto distinto del de la difunta) le abrían demasiado el puño para consolar desamparados.

Tenía el Patrón mucha competencia, no sólo en asuntos de pesca, labranza y astronomía «rural», sino también en luchas, juego del palo y demás linaje de deportes y ejercicios favoritos de los canarios. Lo que él decía era acatado como bueno, hasta el punto de que siempre decidía las disputas, como una especie de tribunal supremo, contra

cuyos fallos no es posible intentar apelaciones.

Este importante papel, unido a los miramientos que le dispensaban los ricachos que vivían fuera de la Punta, eran sus títulos de satisfacción interna, su orgullo legítimo, solamente a la hija confesado,

CAPITULO II

La casita del Patrón levantaba su rostro alegre sobre una altura desde la que se domina el mar. Había sido un capricho suyo, para desde allí ver los barquillos de pesca cuando entraban y salían en la playa que pomposamente denominan «El Puerto».

—Colocado en mi atalaya—decía muy ufano—estoy como un capitán en el puente. No se me escapa un mosquito.

Y así era en verdad, porque abajo, en el límite de aquella pendiente que parecía cascada a pico, se encontraba el único varadero aprovechable; la playa donde se refugian todas las embarcaciones de la Punta. Los cuatro terrones de su pertenencia, estaban, ade-

más, muy cerca, y el Patrón no tenía que molestarse gran cosa para ejercer una constante vigilancia.

¡Y qué vivienda! Era la envidia de todos los vecinos, así por su solidez, como por la buena distribución y comodidad. Justo es reconocer que mucho de aquel ambiente simpático, limpio, que se respiraba allí dentro, era debido a Trina, la hija del Patrón, que lo tenía como un espejo, de puro brillante y resplandeciente. No se diga nada del patio, que era una gloria verlo: un aromero que perfumaba los aires; infinidad de rosales, albahacas, claveles y pensamientos por los «poyos», y la pila del agua destilada cubierta de musgos y culantrillos, como una grupa donde caía gota a gota el agua de un manantial.

Aunque a los novelistas les es concedido el privilegio de hacer retratos sin pinturas ni pinceles, yo no me atrevo a intentar el de Trina. Diré solamente que la hija del Patrón era una muchacha de diez y ocho o diez y nueve años, un poco más exuberante de lo que las exigencias de la estatuaría demandan, muy bien proporcionada de cuerpo, alegre de carácter y con dos ojos tan negros como los de la Sulamita del poema hebreo.

Ni qué decir tiene que el Patrón vivía para ella, que la quería con locura, aunque desde algún tiempo estaba muy contrariado con las inclinaciones de su hija.

¡Dónde había ido a poner los dos luceros de sus ojos! ¡Qué cosas tienen las muchachas!

Precisa saber ahora quién era el novio de Trina y sus antecedentes.

Hacia muchos años que en la Punta, un hombre rudo, como remate de un drama pasional, concluyó con la vida de otro. El crimen, por las circunstancias jurídicas en que apareció envuelto, caía en los límites del asesinato, por más que verdaderamente no tomaron parte en él esos fermentos psicológicos que diría Ferri, de las almas perversas, de los que han nacido para el delito.

El autor fué condenado a muerte, y la Punta presenció el horrible espectáculo de un ajusticiamiento, a pleno sol, en un día hermosísimo de primavera.

Ni antes ni después se ha vuelto a levantar el patíbulo en aquella comarca tinerfeña. Es el único borrón—al decir de sus habitantes—que mancha el buen nombre de la Punta.

La influencia de las doctrinas modernas de la responsabilidad individual, no ha lle-

gado todavía a ciertas gentes que, a despecho de las leyes escritas, continúan aplicando los bárbaros principios de castigar por familias o tribus. Son restos de salvajismo perpetuados en épocas de civilización.

Sobre los descendientes de aquel ajusticiado de la Punta cayó la más terrible de las penas: el desprecio social.

Entre aquellos ignorantes nadie podía parar mientes en las circunstancias en que el delito fué cometido, para hacer deducciones lógicas, buscando leyes de herencia moral. Ellos no vieron más que el hecho, y ateniéndose a él, lanzaron sobre los sucesores de quien lo había perpetrado, todo el rigor de sus penas.

La madre de Victor se encontró en un ambiente que la arrastraba a la degradación. Las acciones humanas son resultantes de dos poderosas fuerzas: el carácter del individuo y el medio social en que vive. Hallóse aislada, sufriendo el desprecio de todos, y, poco a poco, fué descendiendo, olvidando el precepto de la propia dignidad, hasta caer en manos del vicio. Sólo los héroes, las grandes personalidades morales, pueden vencer en casos semejantes.

De aquellos amores nació Victor, una po-

bre criatura que tuvo que sufrir, desde muy temprano, el desvío social, el desprecio de todos.

Era la tercera víctima de un delito pasional. A medida que pudo irse dando cuenta de su situación, se fué haciendo taciturno, hurañoso, amigo de la soledad. Vivía en una casucha, único bien que le dejó su madre, aspirando a conquistarse el aprecio de sus semejantes por medio del trabajo y de la honradez.

Nadie le aventajaba ni en la mar ni en la tierra. Muchas veces decían de él:

—Si Víctor no lo trajera de atrás, nos en-
ganaría. Cuando menos se calcula larga el
rejo y amuela al que trinque delantre.

Para las viejas el alma de Víctor estaba,
como la de Macbeth, llena de escorpiones, y
era menester huir de su contacto.

¿Por qué Trina, a pesar de todo esto, se
enamora de él locamente? Inútil tratar de
investigarlo: el amor, afinidad electiva, se-
gún Goethe, genio de la especie para Schopenhauer, no nace en el cerebro, como pro-
ductor de juicios, sino en el espíritu, después
de la comunión íntima de dos seres que se
necesitan para vivir.

Trina amó a Víctor desde pequeña, cuan-

No todavía era una niña, y la pasión fué creciendo en silencio, hasta que la juventud, con sus hervores de vida, rompió el misterio para todos los hijos de la Punta.

¡Qué atrocidad; el nieto del ajusticiado, novio de Trina! Aquel bribón había vuelto el cerebro a la pobre muchacha, corderilla inocente, sin experiencia de la vida. Ya el Patrón se encargaría de arreglarlos. ¡Dios bendito, qué cosas se ven en este mundo!

Trina tuvo que sufrir las amenazas de su padre y los consejos de todos los que «miraban por su suerte», los que «la querían bien». ¡Un infierno de constantes martirios!

Venciendo obstáculos continuaron los novios amándose cada día con más ardor: consagrados en cuerpo y alma al culto de una pasión inmensa, imposible ya de contener.

CAPITULO III

Después de que el Patrón Ruiz hubo pasado lista a todos los luchadores de alguna nombradía, se puso en marcha, a eso de las ocho de la mañana, la gente alegre de la Punta del Hidalgo. Eran más de cuarenta personas, entre ambos sexos y formaban un conjunto animado. El grito salvaje, mezcla de relincho y de carcajada, con que los guanches, los bravos y primitivos pobladores de Canarias, exteriorizaban sus grandes alegrías, resonó en los aires como la voz de un clarín formidable:

—¡Ajijiii! ¡Ajijiii!...

Al frente del rancho iba, naturalmente, el Patrón Ruiz, empavesado como un navío de

tres palos, los días que repican gordo. ¡Para algo se tienen posibles, puñales!—como él decía—. Y sin más, que el Cristo de La Laguna no es un «firringallo» en la corte celestial. Mucho mundo tenía él corrido, y mucha fiesta «gozadas», pero como la del Cristo de La Laguna no había visto una tan sola. Y luego—añadía carraspeando— «que cuando se le «desina» a uno pa juez de unas luchas, es menester izar la mayor».

Por lo dicho se comprenderá que el Patrón Ruiz y su mesnada iban de fiesta. De fiesta, y de algo más, que es lo de tener el honor comprometido en unas luchas de las que pueden resultar mal parados el nombre del pueblo y la fama del partido. Necesario se hace aquí explicar, para los lectores que no sean hijos de Canarias, basta donde han podido y pueden llegar aún, en los pueblos y hasta en las ciudades, los puntillos de amor propio en achaques de luchas y luchadores. Reuniendo todos los motivos que siempre han sido pábulo de discordias y rivalidades entre pueblos, cuales son, belleza del paisaje, bondad del clima, abundancia de mujeres hermosas, altura de torres, etc., etc., podrá llegarse a constituir una fuerza semejante a la que divide o junta las poblaciones canarias.

¡Tener los mejores luchadores, vencer o ser vencidos en los «terroros», he ahí los mayores y más poderosos motivos de orgullo o de vergüenza! Por eso las luchas terminan muchas veces en cosecha de palos y turbión de bofetadas. No se pasan los unos a los otros por movimiento mal hecho; se vigilan incesantemente, y guardan las reglas y cánones a que debe ajustarse el combate, con estricta fidelidad.

Cuando algún tramposo o marrullero se sale de las lindes de lo legislado, la protesta es inmediata y la indignación calienta la sangre, hasta poner en movimiento los garrotes.

La lucha, como se practica en Canarias, es un ejercicio sano, viril, conveniente a los pueblos que no quieren perecer de afeminamiento, a manos de los vicios. Algunos espíritus poco observadores, rindiendo culto, como en jerga usual suele decirse, al «progreso», han protestado de «ese espectáculo bárbaro, salvaje, que rebaja los hombres a la categoría de brutos»... Son los eternos cacareadores, los «fosforitos», según gráficamente se les designa, que no han podido digerir la palabra «progreso» y hablan como locos sin profundizar un poquito. En todas las razas vi-

gosos se encuentran siempre ejercicios de fuerza y de agilidad. Los gobiernos, cuando merecen este nombre, aplicando principios de higiene social, protegen esas manifestaciones sanas que roban hombres a las tabernas, y tienen cierta misión educadora. Los luchadores en Canarias comienzan dándose las manos, como amigos leales, antes del combate, y al concluir, el vencedor levanta al vencido. ¿No es éste un espectáculo noble y útil? Sí; que de esa suerte, mientras se tenga el amor propio en tales cosas, no se piensa en otras que envilecen y pervierten. En estas islas lo hemos visto prácticamente: para los campesinos no existen distracciones, y en días de fiesta, suprimidas las luchas, no quedan más recursos que el naípe (donde se juega siquiera el valor de unos litros de vino) o las tabernas. La lucha, por otra parte, según apuntábamos, tiene indiscutiblemente una labor educadora. Allí se acostumbran los hombres a tratarse con lealtad; a distinguir el vencimiento de la humillación; a saber que el que conserva la pujanza y la salud triunfa del que la ha dilapidado; a respetar las leyes consuetudinarias, y además, no influyendo sólo la fuerza física, sino también, de modo muy importante, la habilidad y la astucia, a poner en ejer-

cicio las funciones intelectuales, desarrollándolas poderosamente. Esto es bueno, esto es conveniente, lo repetimos, pero de algunos años a esta parte va en visible decadencia: muere una costumbre viril, heredada de los guanches, para ser sustituida con el alcoholismo. ¡Donosa manera de servir al progreso y a la regeneración!

Volviendo al Patrón Ruiz y a sus acompañantes, que hora es ya de cortar digresiones, diremos que adelantaban con paso vivo por la estrecha vereda que desde la Punta del Hidalgo conduce hasta Tejina. El tiempo era fresco, y, del mar azul, intensamente azul, soplaban una brisilla impregnada de emanaciones salitrosas. Dos o tres guitarras y un timple, dejaban oír los hermosos acordes de las folías, y mozos y mozas (también viejos y viejas en ocasiones) cantaban por rigurosos turnos.

Trina estaba tentadora. Llevaba un vestido llo de vivos y bien combinados colores; un sobretodo sujeto únicamente en la cabeza por el blanco sombrero de esterilla, cayendo a lo largo del cuerpo en pliegues sueltos, como una clámide o un péplum, y contoneaba toda su persona de manera tan natural como atractiva. La agitación del camino encendía

su rostro de salud y movía las dos aletillas de las narices, donde ligerísimas gotas de sudor remedaban el rocío de la mañana cubriendo la película de una fruta exquisita y sazónada. Iban con ella diez o doce muchachas de diferentes cataduras y todas muy alegres. La risa y las folías se mezclaban como el sonido de una cascada de agua y el canto de un capirote. Los hombres iban aparte, un poco más atrás, hablando de la futura lucha, cambiando bromas y risotadas con las muchachas. Victor, como siempre, era el que menos hablaba.

En Tejina se detuvieron lo necesario para apurar unos vasos de vino y reclutar los luchadores de dicho pueblo, que estaban diseminados, si bien todos esperando la voz de la partida. La dosis de alcohol, aunque pequeña, y la alegría de haberse fundido los expedicionarios de ambos pueblecillos, hizo que los mozos y las muchachas se mezclasen caprichosamente, para continuar carretera adelante. Trina, con esa astucia ingénita en la mujer enamorada, se colocó de tal suerte, que podía mirar a Victor sin ser espíada por su padre, que venía a la retaguardia discutiendo acerca de varios preliminares relacionados con la próxima lucha.

Los acordes volvieron a sonar con el importante refuerzo de dos guitarras. Ya cerca de Tegueste, Juan el del «Burgado», un mal pájaro camorrista, dueño de ciertas propiedades heredadas de un cura, se permitió cantar una copla alusiva a los amores de Víctor y Trina. Como cosa de la cosecha de aquel «parrandista» sin vergüenza, la tal coplilla fué un dardo envenenado que se hundió en el pecho de Víctor. Quedóse éste en silencio, porque ni era hombre de cantares improvisados, ni tampoco momento aquel de dilucidar insultos; pero Trina, enardecida por la ofensa y como para dar una satisfacción a su novio, cantó de modo magistral, con aliento robusto, la siguiente copla:

«Cuando una canaria quiere
a quien la sabe querer,
de tanto querer se muere,
y muerta quiere también».

Y de aquel modo quedaba contestada la indirecta, pues si con ella quiso decir el del «Burgado» que a Víctor lo echaba el Patrón Ruiz de su puerta como a un perro tiñoso, Trina le decía que ella, en cambio, jamás le cerraba, a pesar de los pesares, las entradas de su corazón.

En Tegueste se incorporaron también los luchadores, y sus amigos y allegados de aquellos contornos. El partido estaba ya completo, pues los tres pueblos unidos, formando un solo haz, debían contender con la ciudad de La Laguna, las Mercedes y la Esperanza. ¡Empeñada y difícil batalla!

X

La lucha del día del Cristo de La Laguna, desde tiempos remotos ha sido siempre una de las más famosas de Tenerife. De todas partes de la isla acudían aficionados, ansiosos de presenciar el espectáculo, que siempre era al aire libre, en sitio abierto, donde podían reunirse muchos cientos de personas.

Al poco tiempo de llegar el Patrón Ruiz con sus numerosas huestes, dió comienzo la lucha. Celebróse ésta aquel año en un sitio inmediato a la plaza de San Francisco, protegido de corpulentos eucaliptos, que con sus copas debilitaban los ardorosos rayos del sol. Como es costumbre, los del partido de La Laguna se colocaron a un lado, formando medio círculo y los de la Punta, Tejina y Tegueste al otro, completando el círculo. Detrás de los dos ejércitos, capitaneados

por sus jefes, se amontonó el público constituido en gran mayoría por gentes de campo, trajeadas a la usanza tinerfeña, con las galas de domingo. Los agentes de la autoridad acomodaron a los luchadores de suerte que las personas colocadas en las últimas filas pudieran ver lo que sucediese en el «terro-ro» y los jueces (el Patrón Ruiz y otro veterano de laureles inmarcesibles), entregaron las ropas de faena, a dos muchachotes robustos, de cara lampiña y reluciente.

Ya hemos dicho que en la lucha, al estilo canario, no es todo, ni mucho menos, la fuerza, sino que intervienen como factores esenciales la habilidad y el conocimiento de las numerosas y variadísimas reglas en que estriba el sistema. Para ser buen luchador se hace necesario un aprendizaje que comienza de los seis a los siete años, y concluye en términos generales, cuando ya se ha llegado a completa y sazónada juventud.

Es consuetudinario en estas especies de torneo que se comience por los luchadores más inexpertos, y gradualmente se vaya ascendiendo hasta las grandes reputaciones, consagradas por el triunfo de cien batallas. Así sucedió en aquella ocasión.

Los dos jóvenes, vestidos con calzones cor-

tos de lienzo, que dejaban al desnudo la atlética musculatura de las piernas, y camiseta de igual tela, se saludaron afablemente. Después se encorvaron al mismo tiempo que se asían fuertemente con la mano izquierda a los calzones y con presteza acometedora se llevaban las diestras a las espaldas. Así quedaron como un animal de cuatro patas y dos cabezas. Los jueces, que habían presenciado toda esta faena, atentos a los detalles, para dejar a los contendientes en igualdad de condiciones, se retiraron a sus sitios. Había comenzado la jornada. La sangre moza no tardó en revelarse, ni la experiencia en hacer de las suvas, y ambos contendientes comenzaron a acometerse mutuamente, sin oportunidad ni verdadera precisión. Por último, el de La Laguna, gracias a un «toque para atrás», quedó vencedor, con la misma facilidad que hubiera podido ser derrotado.

Sin notables emociones, ni marcados privilegios de la fortuna, por parte de ninguno de los dos bandos, continuó la lucha por espacio de dos horas. Ya movía las hojas de los árboles el vientecillo de la tarde, cuando en las filas capitaneadas por el Patrón Ruiz, entró «la mar atravesáa», según decía valiéndose de, una frase marina, mientras se ras-

Taba de esperadamente la cabeça. ¡Y que no había timón que sirviera, puñales...! Uno de los prestigios más sólidos del partido, Juan el «Dorado», por uno de esos azares desgraciadísimos, sin posible previsión, que se registran con frecuencia en este linaje de torneos, cayó a manos de cierto bisoño que por primera vez arrimaba su cuerpo al de un luchador de prestigio. ¡Brecha terrible de fatales consecuencias!

Detrás de aquella desgracia vinieron otras. los primeros campeones caían sin producir destrozos en las filas del adversario que, animado por los triunfos, se mostraba provocador y hasta insultante. Sí, insultante, porque la chusma procaz, el público menudo, y aun el que no lo era, aplaudía y vociferaba cada vez que un luchador de Tegueste, de Tejina o la Punta, «medía el suelo con las costillas». Aquello era una cochinada que encendía la rabia en el pecho del Patrón Ruiz y los suyos; «familiaje»—como el decía—que no sabe guardar los respetos debidos. Una «caída» se va por donde quiera y de hombre a hombre no medía un jeme. Están en su pueblo, con el señor Alcalde a la cabeza, que si no, ¡bonita «tafeña» de palos se preparaba! A tal extremo llegó el rigor

de la desgracia, que al Patrón no le quedaba más que un luchador de empuje, una columna robusta, terrible, como la de un templo egipcio, mientras el partido de La Laguna contaba aún con ocho o diez luchadores de primera fila. Por todo el público, estremecido de emoción, corrió esta frase: «se está despojando Julián, el de Pedro Alvarez». Era llegado el momento supremo, el que decidía la victoria. Todas las miradas se fijaron en un hércules, magnífico ejemplar de una raza primitiva, robusta, formada en el ambiente de las libertades salvajes y el equilibrio de las acciones humanas. Uno de esos seres en que se vé correr la vida de un modo amplio y mesurado (como diría Taine) a modo de hermoso río; uno de esos seres de vigor floreciente que pintaba la escuela florentina de tiempos de Leonardo, Ghiberti, Donatello y Miguel Angel.

Tres fortalezas del partido de La Laguna se rindieron, no a su gran pesadumbre, como las torres del clásico, sino porque Julián, el de Pedro Alvarez, les supo socavar los cimientos. Bajo la cuarta cayó desplomado el famoso adalid, última esperanza del Patrón y los suyos. La algazara fué terrible. Los laguneros, considerándose vencedores ex-

teriorizaron sus alegrías sin ninguna clase de atenciones, mientras los jefes gritaban en son de reto.

—¡Lucha!, ¡lucha!, ¡lucha!

Estas palabras eran para el Patrón como mazazos en el cerebro. ¡Rayos encendidos confundan a esa canalla! Nunca había visto otra; tan poco acostumbrados estaban a vencer que ni sabían ser hombres. Y encarándose con los más cercanos, les gritaba, rojo de ira:

—¡Volveremos por el desquite! ¡Preparad las costillas!

—¡Lucha!, ¡lucha!, ¡lucha!...

Bajo esta granizada vergonzosa iban a retirarse, para lo cual ya se habían puesto de pie, cuando uno de los más exaltados le dijo al Patrón Ruiz:

—Victor debe agarrar. Es el único que nos queda, y si usted se lo manda no podrá excusarse.

Vaciló un momento el Patrón, que jamás había oído decir que Victor fuese buen luchador, pero hostigado por los gritos del enemigo, se acercó al pretendiente de su hija y con actitud de mando le habló de esta suerte:

—Despójate volando, y al terrero con las tablas.

Reza el aforismo que donde manda capitán no manda marinero, y así sucedió en aquella memorable jornada.

Victor, visiblemente contrariado, salió a la liza, trémulo de emoción, encogido, con la cabeza baja, como una bestia resignada al sacrificio. Sólo sus amigos, en contadísimas ocasiones, le habían visto luchar. Los adversarios, en presencia de aquel desconocido, mostraban su extrañeza entre burlas y sátiras.

—¿Quién es? ¿De dónde ha salido ese tigalate?

—Uno de la Punta que ya está buscando echadero. ¡Míralo cómo aparta las piedras!

—¡Quiere caer en blando! ¡El patrón no es hombre mísero y nos da el reboso!...

Nadie, hasta que Victor estuvo agarrado a su adversario, pudo darse cuenta de la gran pujanza de sus músculos bronceados. Tenía menos volumén que Julián, el de Pedro Alvarez, pero en cambio era más ágil, más gimnasta y bien proporcionado.

—¡Buen cachorro!, gritó un viejecillo inteligente, de esos que han conocido durante setenta años todos los luchadores de prestigio.

La posición de Victor (cosa muy importan-

te en la lucha) delataba desde luego a los ojos peritos, que no se trataba de un advenedizo vulgar. Ladeaba el cuerpo, entorpeciendo los movimientos del adversario, inclinaba acentuadamente la cabeza y abría las piernas para procurarse una gran base de sustentación. No obstante su postura era noble, desahogada y de acuerdo en absoluto con los principios clásicos de la genuina escuela guanchesca.

Luchaba Victor con uno de esos monstruos espantosos, de pies de elefante, garras de león y poder de dromedario, que suelen verse en los «terreros» para desesperación de los inteligentes y aficionados. La fuerza era el único título para que aquel hombretón estuviese allí. Victor comprendió que su adversario no le «armaba» lucha, sino que esperaba a sofocarle, a dejarle sin alientos, triturándole poco a poco, y, contra su voluntad, después de un estudio rapidísimo, lo atacó por una palmada por dentro en combinación con un desvío formidable. La tierra pareció temblar al recibir bruscamente el peso de aquella mole humana, que caía como un tronco secular cortado por el rayo.

El Patrón Ruiz y sus leales no pudieron reprimir una exclamación de alegría, seme-

jante al silbido de una válvula de vapor. Ya estaba fuera la muralla china, el roque invencible, la fortaleza de granito. Ahora vendrían luchadores buenos. Victor caería, pero a manos de un hombre, defendiéndose como corresponde. ¿Quién pensaba en el triunfo, cuando los laguneros contaban aún con seis grandes puntales?

—Con este golpe podemos dirnos tranquilos—dijo el Patrón—que más vale un gusto que quedarse en el terrero.

En lo sucesivo Victor esperó siempre a que le atacasen. Su fuerza consistía en acudir veloz, solícito a las defensas: era lo que los inteligentes llaman un «contrista». Con nombre de todos, amigos y adversarios, Victor tiró cinco luchadores más. A cada uno de manera distinta, según las circunstancias lo exigían, demostrando no solo poseer los secretos del arte, sino también mucha serenidad.

La exaltación había llegado a su límite máximo, cuando salió a la arena el último campeón de La Laguna, el más temible. ¡Qué ansiedad! Los dos luchadores se agarraron en medio de un silencio angustioso, y todos los ojos humedecidos por la emoción, buscaron sus cuerpos de gladiadores romanos.

—Se acechian—decía el público después de esperar algunos instantes por la solución—, cuando el de La Laguna le «armó» con la «levantada». Era su lucha favorita, su arma terrible, de fatales consecuencias. Victor, sin perder un solo instante, hizo lo mismo que su rival, y ambos, con los cuellos tirantes y todos los músculos en desesperada tensión, hacían fuerzas inauditas, levantándose el uno al otro sin poder vencerse. ¡Hermoso grupo digno de los cinceles del paganismo! El público, olvidado de todo, completamente abstraído, hacía fuerzas y sudaba como los luchadores. En tan terrible actitud permanecieron éstos algunos segundos, pero al fin el de La Laguna, desfallecido, medio asfixiado, soltó la presa; Victor arremetió entonces con ímpetu colosal, y levantando a su enemigo, casi a pulso lo encaderó para luego lanzarlo como a un objeto inanimado o un cuerpo incapaz de ofrecer resistencia.

Imposible es describir lo que pasó entonces. El partido de la Punta, Tejina y Tegueste abrió las braveras, y salieron todos los vapores envenenados que momentos antes le hacían rugir de cólera y desesperación. Se habían cambiado las tornas y ahora eran ellos, los del Patrón, los que gritaban:

—¡Lucha!, ¡lucha!, ¡lucha!...

Victor estaba en medio del terrero, sentado sobre la arena, aguardando un adversario que ya no podía venir, limpiándose el sudor de la frente, pálido, con la cabeza baja y la respiración agitadísima. Los laguneros comenzaron a retirarse; en sus rostros se retrataba la estupefacción y parecían como recordados de un sueño fantástico, donde les persiguiera una visión dolorosa.

—¡Lucha!, ¡lucha!, ¡lucha!...

El Patrón no pudo menos que estregar sus ojos, pitarrosos y darle un abrazo al pretendiente de su hija, que en aquellos momentos se le antojaba el hombre más grande de la tierra.

—¡Bueno, bueno has estao, Vitorillo! ¡El diablo me coma si he visto otra en mi vía!

Trina buscó con sus pupilas relampagueantes, encendidas, por donde se le iba toda el alma, los ojos de Victor, y entre los novios se cruzó una mirada de fuego.

El sol se iba y el Teide lucía su enorme mole violácea, coronada por resplandores de incendios apocalípticos. Casi era de noche.

CAPITULO IV

Se dividieron en grupos. Con el Patrón Ruiz quedaron los parientes y sus más íntimos amigos. La plaza de San Francisco estaba engalanada con todos los arcos, faroles, banderas y ramas de costumbre en día tan señalado. Las vendedoras de turrónes, baratijas, vinos y aguardientes, esperaban la batalla de la noche; algunas de ellas se ocupaban todavía en armar los ventorrillos con sábanas y palos clavados en el suelo. Por todas partes circulaban chiquillos y vagos, ansiosos de que llegase el momento de la fiesta.

—Casa de Juana Oliva—dijo el Patrón— allí tendremos carne en adobo, pan y vino y cuanto haga falta:

—Andando—añadió una vieja—pa no perder la entrá del Cristo.

—¡Eso nunca, puñales; aunque esté sin comer ocho días!

Como pudieron se acomodaron en tres mesillas, pati-cojas, de diferentes alturas y dimensiones. Siguió hablándose de la lucha y todos sus incidentes, al mismo tiempo que desaparecían bandejas de carne, libras de pan y botellas de vino. ¡Qué satisfacción la de aquellas buenas gentes! Trina, olvidada de las amenazas de su padre, o quizás considerándolas desaparecidas, muertas, por el triunfo de Víctor, no separaba de éste sus ojazos apasionados. Hablaba muy poco; desatendía la conversación de las amigas, algunas de ellas picadas del aguijón de la envidia, para entregarse por entero al magnetismo nervioso, intenso, de las miradas de Víctor.

—¡Qué sería estás, mujer!—le dijo una prima.—¡Parece que no te alegras de lo sucedido!

Trina movió sus labios carnosos para enviar a Víctor una de esas sonrisas en que las mujeres honradas condensan todo el fuego de la pasión que las devora, y no dijo nada. Cualquier palabra hubiera profanado aquella sonrisa, más elocuente que un poema. El

Patrón Ruiz, de sobra advertido de lo que sucedía, se puso en pie y dijo:

—Si os queréis, quereos. Victor me ha tumbado también a mí; suyo es el terrero.

Las lágrimas se mezclaron con la risa y estalló un beso en la cara del Patrón.

—Dende que murió tu madre no lloro. ¡Vaya, vaya, déjame tomar un buche que estoy añusgao, Trinilla! ¡Puñales con la muchacha, que me ha esprimío el pecho!...

Cuando salieron del ventucho de Juana Oliva, ya la calle de los Alamos estaba por completo invadida de gente. La procesión del Cristo se acercaba. Cohetes y bengalas dejaban ver sus resplandores continuados.

La plaza de San Francisco, pródigamente iluminada, estaba dispuesta para el momento supremo; infinidad de astas distribuidas de forma conveniente, sostenían ruedas, castillos, barcos y una constelación de estrellas de artificio. ¡Oh, los fuegos! ¡los célebres fuegos de la fiesta del Cristo!; el templete levantado en el centro, donde la sagrada imagen debía detenerse algunos instantes parecía un ascua, de tan encendido y resplandeciente; el petróleo, la brea y el alquitrán ardían por todas partes llenando la atmósfera de humos pestilentes; la cordillera de San

Roqué, destacándose sobre el cielo azul, mostraba también su línea de fuego, formada por cien hogueras distribuidas a lo largo de la gran arista como si un ejército vivaqueara en las alturas.

La multitud agitada, sudorosa, impaciente, llegaba empujándose por las bocacalles, que parecían arroyos desembocando en una gran laguna.

—¡Qué gentío!—solía oírse—. Cada año acuden más forasteros.

—Es la fiesta de la provincia. No hay otra que le iguale.

El Cristo avanzaba, poco a poco, entre dos líneas de fuego. Las luces de las bengalas de diversos colores, iluminaban los rostros y cuerpos más próximos, dándoles formas espectrales; los esclavos del Señor y los hermanos de varias cofradías, envueltos en sus capas, con las cabezas descubiertas, llevaban largas antorchas. Cánticos litúrgicos resonaban en los aires siempre que las músicas concluían sus inspiradas tocatas, y sobre todas las cosas parecían haber descendido espíritus misteriosos que despertaban sensaciones vagas, indescriptibles, de ansias supremas y vaivenes medrosos.

Un rumor sordo, contenido, anhelante, re-

sonó en los aires como el zumbido de una gran colmena. Iba a penetrar en el templete el hijo de Dios, clavado en el madero de la Cruz; se acercaba el instante supremo, y la multitud se agitó febril.

Millares de cohetes disparados a un tiempo, hendieron los aires como culebras de fuego que explotaban después, convirtiéndose en lluvia de estrellas de mil colores. Una cascada inmensa, atronadora, deslumbrante, magnífica. Infinidad de ruedas giraron locamente sobre sus ejes, lanzando chisporroteos fugaces, y una nube de humo parecida a la de los campos de batalla envolvió todo el ámbito de la plaza.

La procesión llegó por último a la ermita donde debía quedarse el venerado Cristo hasta el año próximo.

El público, hasta entonces confundido, se dividió en clases.

Para la más distinguida estaba dispuesto un paseo adornado con arcos de percalinas, ramas y maderas. Debajo de copudos árboles, cubiertos de follajes frondosísimos, había centenares de sillas.

El resto de la plaza, como ya se ha dicho muy espaciosa, lo ocupaba el pueblo que ni tenía asientos ni los quería. ¿Para qué, si

nadie se cansaba de dar vueltas y bailar?

Trina y Víctor no se habían separado un solo instante. Por primera vez saboreaban la dicha de entregarse libremente a sus tiernos coloquios. Mientras los compañeros (incluso el Patrón) cantaban y bailaban folías, seguidillas, isas y tajarastes, ellos dos, sin separarse del rancho, no pensaban más que en sus negocios de amor, de manera tan inesperada resueltos en el espacio de algunas horas.

—Nos casaremos pronto—decía él entusiasmado. —Cuanto antes mejor.

—Sí;—respondía ella—pero tú sabes que a mi padre no le gusta segar el trigo verde.

—El trigo ya hay rato que debía estar en el granero. Tu padre bien lo conoce, y el aguardar es cosa que nada trae y a nosotros mucho que nos quita.

—Dícelo tú cuando topes coyuntura, que yo por mi parte araré la tierra a toda hora.

Estos diálogos eran con frecuencia interrumpidos por bromas de los amigos de Víctor o puyitas de las compañeras de Trina.

—¡Jesús y Ave María! ¿No os cansáis de mosiar?

—¡Echate unas folías, Víctor, que la noche es larga y el tiempo da pa too!

Los novios bailaban entonces, confundién-

dose entre la multitud bulliciosa. Cuando alguna de las bandas de música tocaba aires populares, hasta los viejos danzaban, moviendo las piernas y brazos con agilidades de mozos.

—Y que haiga siempre bebía pa que el resuello tenga de donde jalar!

Los ventorrillos estaban constantemente llenos. La algazara había llegado a su momento álgido, y de todos los puntos de la plaza la multitud comenzó a gritar.

—¡El tajaraste, el tajaraste!

Cuando una de las bandas dejó oír las notas de la música más guanchinesca que se conserva en las islas, la plaza ofrecía el aspecto de un enorme manicomio. El sonido de la copla primitiva, única en su género, de ritmos salvajes y naturalismo candoroso, se oía como la respiración entrecortada de monstruos jadeantes. Miles de personas daban saltos a compás y la algazara era indescriptible. ¡Atavismo de un pueblo sano que lleva en sus venas sangre de los primitivos guanches!

Ya muy entrada la noche comenzó el desfile de los que vivían más distantes de la ciudad.

El Patrón Ruiz puso en movimiento a sus huestes.

—Pa casa—decía—que el camino muérdé
un poco. ¡Andando, puñales! ¡Andando!

Al salir de La Laguna los vencedores de la
Punta del Hidalgo, volvieron a gritar con
fuerza:

—¡Ajijüüü! ¡Ajijüüü!...

CAPITULO V

La noticia de lo ocurrido en la ventucha de Juana Oliva corrió por todo el pueblo, suscitando comentarios. Las mujeres, sobre todo, no se explicaban que el Patrón, después de tanto oponerse a los amores de su hija, hubiese accedido de una manera tan categórica.

— ¡Cuánta facha pa parar en eso!

— ¡Jegás, si seña Constanza levantara la tabesa y viera a su hija mujer del nieto del aborcao!

— ¡Pobrecita muchacha, qué cara le va a salir la boa! ¡Dejichasta Trina!

Victor, acostumbrado a leer en los rostros los secretos del alma, comprendió lo que pensaban casi todas las mujeres de la Punta, y

gran número de hombres, de los mismos que le brindaban noble amistad. De esta vez sus secretas investigaciones, sus sondeos, si bien le causaban dolor, le producían un cierto sentimiento de orgullo, una profunda satisfacción, nueva en su espíritu formado en el aislamiento y el desvío social. Pensaba en que a pesar de todo, venciendo aquella horrible corriente en que se encontraba al nacer, Trina, la muchacha más guapa y principal del pueblo, le pertenecería. Haciéndola muy feliz, viviendo para ella y sus hijos, conduciéndose siempre como un hombre de bien, daría una bofetada al pueblo. Moriría anciano, respetado de todos como el Patrón Ruiz, libre del peso infamante de las culpas ajenas.

La vida moral de Victor había sido una lucha empeñada, sorda, entre las preocupaciones de las gentes, el medio social y su espíritu resistente a las adversidades, rebelde a entregarse. Era uno de esos espíritus perfectamente analizados por las modernas escuelas antropológicas, que nacen para el bien, para la vida honrada, y hallándose por circunstancias ajenas a su voluntad en un ambiente social que les arrastra al rebajamiento, a la degradación, luchan por salvarse. 151

novio de Trina obraba así porque su organización psíquica lo mandaba, porque era tendencia natural, instintiva, si se quiere, pues falta de educación, abandonado desde chico, el poder de sus juicios, no era gran cosa para determinar orientaciones sociales.

Huía del oprobio, y Trina, además del objeto de su amor, era un medio de reivindicarse, quizá el único posible.

A Trina no le importaba nada la opinión del pueblo. Pensando en su Victor, cada día más adorado, pasaba los días esperando el dichoso momento en que el padre autorizara el matrimonio. Una fuerza invencible la arrastraba; la fe le decía que Victor era muy bueno, muy noble, que la quería con locura; todo su ser estaba rendido, apasionado, sintiendo las fiebres del deseo.

Tempranito, cuando la claridad del amanecer apenas si permitía adivinar los objetos, ya Trina estaba en pie. Esperaba siempre a que sobre las brumosas aguas del oceano, apareciesen las lonas de los barquichuelos de pesca que regresaban después de una noche de fatigas. A una milla de distancia conocía cuál era el de su padre (ya patronado por Victor) y bajaba ansiosa, más fresca que las brisas

del mar, por el estrecho sendero, que haciendo esos, conduce hasta la playa.

—Se quieren mucho—decían los marinos—parecen dos pichones.

Victor, con la caña del timón en la mano y los ojos puestos en Trina, guiaba al obediente barquichuelo de modo que entrara entre dos pequeños arrecifes, que sirven de puerto desde fecha inmemorial. Ella aguardaba en el sitio oportuno, con una sonrisa de amor que devoraban los ojos soñolientos y febriles de su prometido.

—¿Qué tal ha pintao? ¿Cómo estuvo eso?

Unas veces le respondían de a bordo y otras no tenían tiempo, porque en un avance rápido, aprovechando el «ajido», el barquillo llegaba hasta las rocas y ella podía contemplar la pesca. Victor saltaba y los novios repartían amorosamente, durante el tiempo que tardaba la faena de repartir el pescado entre las mujeres que debían venderlo por las calles y plazas de la ciudad de La Laguna. Entre aquellas gentes curtidas por el sol, de maneras procaces y hablar silencioso, se establecían diálogos pintorescos.

—¡Quita allá, perro maldito! ¿Qué me estás poniendo en la cesta? ¿Por qué he de

cargar yo siempre con los chicharos y las caballas?

—De tóo va. ¡Lástima no te pongan tan sólo cabrillas! ¡Arsa, arsa, que ya estás despacháa!

—¡Guirres te saquen los ojos a tí y a Dióscora, ese enjalmo que te tiene untao el beso!

—¿Qué dices, jambrienta, con ese joci-co de picúa, cuando tú eres la que sales siempre gananciosa!

—¡A callarse! ¡La que no quiera el pescao que lo deje! ¡Demonio de familiaje que le consume a uno la paciencia!...

Trina intervenía muchas veces amistosamente para evitar cuestiones.

Después que las vendedoras salían y el barco quedaba varado sobre las arenas de la playa, en sitio donde no corriera peligro, los novios se despedían hasta más tarde y Trina le iba a dar las cuentas al Patrón que, como estaba maľucho de las piernas, no bajaba ya la cuesta sino en los casos de necesidad absoluta.

—Muy bien anda el negocio—dijo cierto día el Patrón—desde que Victor manda el barco. ¡Ni yo mesmo, puñales, ni yo mesmo!

Trina no dijo nada, pero la satisfacción se

añomó al cristal de sus ojos. Bien conocía ella al viejo: aquellas palabras querían decir que Victor sería pronto su marido.

Cuando se halló fuera de la presencia de su padre, tuvo que enjugar con la punta del pañuelo una lágrima que corría por sus mejillas. Quedóse después al trabajo como quien entrega todas las facultades a la adoración de una idea dominadora, y por último rompió a cantar folías, tan alegre como un pájaro que recobra la libertad.

En cuatro días quedó dispuesto todo. El Patrón era así; cuando decidía una cosa no se daba momento de reposo hasta verla realizada.

—No me encuentro güeno—decía— este gánigo está ya rajao y lo que ha de ser qué sea, pa bien o pa mal. Un navío, cuando jace viaje, no puede decir si güerve a puerto, ni er trigo si nace, cuando allega al surco, ;Arria está el que lo sabe y abajo el que lo aguanta, puñales!

Trina y seña Micaelita, la que hacía la feria, arreglaron las viandas para el refresco; el Patrón Ruiz procuró el vino de buena cepa, y a cargo de Victor estuvo cuanto con el papeleo y la iglesia tuvieran relaciones. Todo en un santiamén, porque si el Patrón

deseaba concluir cuanto antes, a los novios les corría mucha más prisa el arreglo del asunto.

Llegó el domingo señalado y los novios salieron para la iglesia, donde los esperaba el cura de Tejina. Iban con ellos lo mejor de la Punta. ¡Aquello sí que era una boda en grande, como Dios manda!

Siguiendo las costumbres, marchaban delante las mujeres, acompañando a Trina, y los hombres detrás, completamente separados, departiendo con Victor y el Patrón.

En el camino, a lo largo de las paredes, en los portillos, a las puertas de las casas, por todas partes se aglomeraba el vecindario, ansioso de ver el desfile. Al pasar la novia, jóvenes, viejas y muchachas la cubrían de flores, símbolo de la felicidad, y de trigo, muestra de la abundancia que se le desea a los esposos. Es ésta una costumbre muy antigua observada en casi todos los pueblos de Tenerife.

Trina, roja como una grana, reía nerviosamente sacudiendo la cabeza cubierta de hojas de flores, que remedaban mariposas, y granos de trigo que brillaban como oro sobre el ébano del pelo. La emoción hacía palpitar sus pechos opulentos, semejantes a los de una

Venus de Rubens, y todo su cuerpo de carnaciones espléndidas, parecía agitado por interiores tempestades.

—¡Dios la guarde!—exclamaban unos— ¡es más bonita que un lucero!

—¡Malimpliáa! —añadían otros—. ¡Malimpliáa pa ese hombre, que por último se ha de virar como el vino de la uva podría!

Al regreso ya venían juntos los esposos. Entonces se estableció una verdadera batalla; el pueblo tiraba flores y trigo en mayor cantidad, y la novia, la madrina y el padrino, anises de todos colores. La chiquillería, sucia, andrajosa, enseñando las carnes tostadas, hacía casi imposible el tránsito, arrojándose al suelo para recoger las golosinas, demandando más con las manos abiertas, empujándose, loca de alegría, reventando de satisfacción.

Victor regalaba tabacos a los viejos y camaradas que le salían al paso, estrechándoles las manos fuertemente como para dar algún empleo al flúido nervioso que recorría todo su ser, agitándole los músculos, haciéndole circular impetuosamente la sangre joven de su cuerpo de atleta.

Ya cerca de la casa del Patrón, una momia

viviente, una octogenaria escualida, dijo al pasar Trina:

—No puedo echarle ni flores ni trigo, porque mis ojos vieron lo que vieron y fui compañera de tu madre. ¡Pobrecita!

La muchacha atontada, muda y ciega, que caminaba como un autómata, no oyó aquella frase, pero Victor, puesto siempre alerta, las recibió como una boia de acero. Harto comprendía él, desventurada víctima de culpas ajenas, todo el alcance que tenían. Por todas partes le acompañaba su desventura: salía al paso, mordiéndole como una víbora de cien cabezas!

Cuando llegaron a la casa, los novios se pusieron de rodillas ante el Patrón para que les bendijera.

—Dios vos dé mucha suerte y la Virgen no os abandone.

Para festejar la boda sirvióse a los invitados una opípara comida, haciéndose derroche de alegría y buen humor.

El maestro de escuela se distinguía entre todos los concurrentes. Un viejecito rapado como un abate, muy limpio, de ojillos libidinosos, que hacía treinta años desempeñaba, según él decía, el notable sacerdocio del magisterio, en la Punta del Hidalgo. Era una

Institución respetada por todos. Allí donde no existe ni cura, ni médico, ni boticario, el maestro es el único baluarte de la cultura y de la ciencia. ¡Harto lo sabía él y más que satisfecho estaba de sus diversas e importantes misiones!

Lo que principalmente le enorgullecía era su «venilla de poeta». Cuando le hablaban del asunto, contestaba ineludiblemente:

—Eso sí; yo mismo me admiro de la facilidad con que hago «ensaladillas», loas y romances. ¡Jesús, pues si a mí me las pagaran a «real de plata» que fuera, no quisiera más para comprar toda la Punta! ¡Y eso que de la poética no sé más que la medida!...

Después añadía, cogiendo la oportunidad por las greñas, si era menester, que Don Antonio, el gran poeta laureado en todos los certámenes, cuando iba los veranos a la Punta del Hidalgo, le llamaba compañero.

Era el abogado, el escribiente, el consejero y el médico. En este último ramo de los conocimientos humanos tenía creencias absolutas, radicales, incontrovertibles.

—Lo que no vaya con sangrías—afirmaba—o con el «le roy», es incurable. Esos dos remedios son las grandes verdades de la

ciencia; lo demás pamemas, mentiras, ¡farsa!

Aquel día, como en todas las ocasiones solemnes, llevó un romance dedicado a los novios. Después que lo hubo leído, entre aplausos y admiraciones, dió comienzo el baile delante de la casa del Patrón, en el sitio donde Trina tenía los claveles, las albahacas y los rosales.

—Hasta el bautismo—dijo el maestro—. Ese día no tendremos por qué dejar la fiesta a la mitad; ¿no es verdad, Trinilla?

La contestación fué una risotada fresca, intermitente, armoniosa, como el «glú, glú» de un chorro de agua cayendo entre las peñas.

CAPITULO VI

La vida de Victor cambió de una manera radical. Ya no estaba solo, metido en las cuatro paredes del casucho materno, sin cariños ni cuidados: Trina alentaba para él y su suegro le miraba como a un hijo por quién se tienen grandes predilecciones.

Con entera libertad (aunque siempre consultando respetuosamente al Patrón) disponía del barco y los terrenos, para los que eran todos sus sudores, todas sus fatigas. Las malas lenguas habían enmudecido un poco, según le vieron irse apoderando de los bienes, considerándole una potencia, y si no se había olvidado el trágico fin del abuelo, nadie por lo menos se lo recordaba.

Para colmar la dicha del matrimonio y distraer los ocios del Patrón, vino al mundo una niña robusta, trasunto fiel de su madre, según unos, y espejo clarísimo de su padre, según otros. Era lo único que faltaba, al decir del maestro, para que en aquella casita la felicidad fuese completa y el capullo de una nueva vida perfumase las últimas horas del Patrón.

No salía ya éste de los alrededores de la casa porque las piernas se le habían hinchado considerablemente, y entre juegos con la nieta o charlar con los amigos que venían a visitarlo, iba pasando, pasando nada más, como él decía, puesto que cuando el hombre no trabaja está como un buque varado, que el sol se lo va comiendo despacito. Hoy se abre un boquete, mañana otro, hasta que por último suelta la quilla.

—A mí ya no hay estopa que me calafatée. ¡Tengo los maeros muy carunchados y la pintura se fué de bolina! ¡Bastante que lo siento, puñales, bastante que lo siento!

Un médico de La Laguna ya lo había dicho: el viejo estaba mal del corazón y el día menos pensado daría un disgusto. Era cosa incurable, completamente incurable.

Victor no quiso confiar a Trina estas fa-

tales noticias, pero sí le dejaba entrever sus temores, para ir la preparando. Un día en que el Patrón jugaba con la niña a la sombra del pajar, se quedó muerto de repente; al decir de las comadres más curiosas, que vieron primero el cadáver, los labios del padre de Trina indicaban que se estaba riendo cuando le sorprendió la muerte.

Todo el vecindario acudió ofreciéndose para velar al Patrón. La pobre Trina estuvo a punto de perder la cabeza con tantas visitas, lágrimas, ofrecimientos y consuelos.

—Se fué lo mejor que teníamos; como el Patrón no nace otro; ¡nunca se le olvidará en la Punta!

—¡Desdichaíto, cuando podía vivir gozando de lo suyo, al lado de la nietilla! ¡Perro mundo; qué mal pago das a los que se rompen el alma trabajando!

Nadie quería quedarse sin ver el cadáver, que ya colocado en su ataúd, estaba cubierto con una sábana blanquísima y entre cirios amarillentos.

Cuatro o cinco viejas, contemporáneas del Patrón, rezaban con voces gangosas, salves y padrenuestros, de una manera mecánica.

El entierro fué lo que se llama una verdadera manifestación de duelo. Durante el tra-

vectó qué debía entre la Punta y Tejina, donde debía enterrarse el cadáver, se discutieron todos los hombros el honor de cargar los restos del Patrón. Era la última prueba del afecto que les inspiraba el viejo marino de la guerra del Callao, que los dirigía siempre con enseñanzas y consejos.

Contrastaba con aquella triste comitiva la alegría de los campos cubiertos de verdura.

Trina tardó algún tiempo en reponerse de la enfermedad que le había ocasionado el disgusto del fallecimiento de su padre, y cicatrizadas las heridas, con más facilidad de lo que ella esperaba, volvía la alegría a resplandecer en aquel hogar tranquilo y venturoso. Víctor no se daba paz un solo instante, y va en el mar, por las noches, va en la tierra durante las horas del día, sudaban sus músculos hinchados por la fatiga tremenda a que se había lanzado lleno de un ardor inquebrantable.

Muerto el Patrón, Víctor, al mismo tiempo que amo del barquillo y de las tierras de su mujer, fué poseedor del respeto, la consideración y el aprecio que eran la suprema dicha de su espíritu. ¡Ya no le miraban de manera esquiva! ¡Ya nadie le lanzaba la afrenta injusta del crimen ajeno! Dentro de

las condiciones de aquella sociedad era rico, y esto bastaba para la rehabilitación por él pretendida. De tesoros morales suele entenderse poco en este mundo de lo tuyo y lo mío, lo que posees y lo que vales. ¡Victor había conseguido por el dinero lo que no pudo lograr por sus virtudes!

Cierto día recibió una sorpresa muy agradable. Andrés Tacoronte, el íntimo amigo de su vida, el inseparable compañero de su juventud, se presentó sin esperarlo, después de una ausencia larguísima. Había llegado a Santa Cruz en un fragatón, donde estaba dando viajes por el mundo en calidad de marinero, y no quiso irse sin visitar la Punta y a Victor, sus recuerdos más vivos de la tierra canaria. ¡Qué emociones tan sabrosas!

Victor estaba deslumbrado y Andrés satisfechísimo de ver a su amigo, unido con Trina, el amor de su existencia, feliz, atendido de los que antes le trataban como un réprobo.

Aquella misma tarde tenían que separarse nuevamente, porque Andrés debía estar a bordo antes de media noche.

La comida, a la usanza canaria, con su chesne, su mojo de pimientos verdes, su gofio y demás viandas complementarias, estaba dispuesta por las propias manos de Trina.

—Eso es lo que me pide el cuerpo—decía Andrés—. ¡Chesne y gofio con mojito y papas negras. ¡Alabado sea Dios, y quién me dá lo que deseo!

Fuera, en el patio que estaba frente de la casa, con el mar a un lado y las montañas al otro, se colocó la mesa. Cinco o seis amigos de Andrés, los más íntimos, y algunas muchachas de la parentela de Trina, completaban el número de los comensales.

Como panarras, con las bocas abiertas, oían contar a Andrés lo que había visto en su larga carrera de marino. Describíanlos, empleando comparaciones caprichosísimas, pero gráficas, las inmensas ciudades, los grandes puertos, los enormes campos cortados por ferrocarriles, y en una palabra, cuanto de extraordinario existía en el mundo para aquellas pobres y sencillas gentes.

—¡Qué grande es er mundo! ¡Dichoso tú, Andrés, que has corrió por él como nosotros por esas playas y riscos!

—Que los demonios me lleven si yo no levanto también cualquier día la caña. Estoy de la Punta hasta los mismos imbornales; ¡que pesque otro samas y abadejos!

—Si no fuera por la vieja, que ya no sé

puede valer, también me diría yo ahorita mismo con Andrés.

—No todos son flores—replicaba éste—. Se pasan muchos tragos y nada es tan bueno como el cachito de tierra querida. El año pasado, quería venirme a ella, comprar un barco y vivir tranquilo, pero unas fiebres que me atacaron en las costas de Méjico se lo llevaron todo, y ahora es menester volver a sudarlo. ¡Qué fatigas, amigos, qué fatigas!

—Sí, hombre—dijo Victor—te vienes acá y buscas una de estas muchachas, la que más te tire, que ellas son tan güenas como las mejores que hayas visto.

Andrés hizo una disertación acerca de esta interesante materia. El mundo estaba lleno de mujeres muy guapas, lo más guapas que ellos podían figurarse, pero para mujeres propias el diablo que las quiera: son como las «aguas vivas», muy bonitas, de colores hermosísimos, pero que ronchan apenas se las toca. ¡Mujeres como las de Canarias, tan hacendosas, tan houradas, tan fieles, eso en ninguna parte!

Andrés terminó con estas palabras:

—Las mujeres, además, deben buscarse como las cabras, teniendo en cuenta las agüe-

las, y por esos mundos no hay agüelas, ò por lo menos yo no las he visto nunca.

Rieron todos y varió el curso de la conversación.

A interrumpirla vino un sujeto muy conocido de todos. Era el cacique feudal de la Punta, el más rico de los forasteros que se tenían repartidas las tierras de la comarca, el célebre Don Dimas, ex presidente de la Diputación y hombre de grandes influencias políticas.

Mezcla de garduña y de sátira, aquel viejo era uno de esos seres que bajo la capa de la hipocresía más refinada, van por el mundo cometiendo crímenes, sin que leyes previsoras, de defensa social, les pongan el grillete infamatorio. Uno de esos seres que siendo bandidos de nacimiento y de profesión encuentran abiertos todos los caminos, aprietan todas las manos, frecuentan todos los círculos, sin protestas de nadie. Son conocidos, pero como tienen dinero o talento, en lugar de aplicarles hierros candentes para contenerlos, se les deja en libertad y a veces hasta se les encumbra. ¡Son los lobos de este gran rebaño de corderos!

Pasaba Don Dimas por el camino que cruza frente a la casa de Victor, montado en un

caballejo hambriento, y en compañía de un labriego que desempeñaba los oficios de espáñique. Su aspecto era sórdido, repulivo, a pesar de que una mueca con pretensiones de sonrisa, parecía dibujarse en sus labios sensuales. Vestía un chaquet que debió ser negro en los años de su remota juventud y entonces tenía el color de los moscardones verdosos.

Al pasar frente a Victor y sus compañeros, saludó afectuosamente, llevándose la mano hasta el ala del sombrero.

—Todavía vive este pájaro—dijo Andrés.
—En otras tierras ya lo habrían quitado de enmedio.

—Vive—contestó Victor—y el otro día me dijo que tenía derecho a un censo sobre las tierras que ha heredado Trina.

—Pues guárdate de ese mal bicho, que si es como antes, no sólo te cobrará el censo sino que te quitará la mujer. Las casadas son la fruta de su gusto. Así que ojo alerta, que el peje es de cuidado!

Todos menos Trina, que no estaba presente en aquel instante, rieron la broma de Andrés. Algunos recordaron en silencio que Don

Dimas siempre había demostrado grandes predilecciones por la hija del Patrón.

Se acercaba la noche cuando Andrés se despidió prometiendo volver muy pronto, así que la suerte se lo permitiera, para ya no dejar la Punta del Hidalgo pobre.

La vida de Victor era el ideal de sus ensueños.

¡A luchar, a luchar en el vértigo del mundo, para conseguir la independencia en el rincón de su patria querida!

CAPITULO VII

Hacia días que el abadejo y la brota abundaban mucho por aquellas playas. Era menester aprovechar la oportunidad, y Victor se despidió de los suyos, más contento que nunca, para descender hasta la playa, donde esperaban sus compañeros. Ya en la estrecha veredilla, volvió como de costumbre la cabeza, y su mujer levantando por los aires a la pequeña, que reía locamente, le dió el portar adiós.

—Sois mi vida—pareció decirle Victor con sus ojos africanos, siempre calenturientos y apasionados.

Poco después el barquillo de dos proas, ligero como un esquife, daba al viento su vela

latina, navegando hacia el sol, que se sumergía en las aguas del horizonte.

Trina no tardó en acostarse. Vivía con la luz solar, y así como siempre la esperaba por las mañanas, casi nunca permanecía en pie después que se extinguía por las noches; y con ella se iba y con ella venía su Victor!...

Don Dimas, el viejo usurero y libidinoso, seguía rumiando los mismos pensamientos. La audacia era siempre base de su estrategia; todo es ganar la primera batalla, tener la unidad, que los cerros vienen solos y se colocan en perfecta formación. El triunfo es un golpe dado a tiempo, con denuedo, sin vacilaciones. Harto lo sabía él por los resultados de una experiencia fecunda!...

—El pretexto está bien buscado—se decía—lo demás allá lo veremos. Las mujeres son todas de la misma carne y yo soy también el mismo Dimas, con la suerte de un emperador y las habilidades de un felino... Saber agredir, buscar la hembra en sazón, y rodearla de seguridades, he ahí la ciencia de estas lides... Medidas las consecuencias del fracaso y los resultados del triunfo, el haber es brillante: digamos como el otro: ¡la suerte está echada!...

Todo estaba sumergido en una oscuridad

lúgubre y no se oían otros ruidos que los del mar batiendo contra las playas. Don Dimas, que conocía perfectamente el camino que pisaba, echó a campo traviesa, saltando tapias, escurriéndose por entre zarzales, huyendo de las casas próximas, evitando por todos los medios el ladrido de los mastines.

¡Cuántas veces tenía realizadas parecidas excursiones! Era una más en su vida, seguramente no sería la última; mientras pudiera gozaría de aquellas emociones que le rejuvenecían con los cosquilleos de la ansiedad y los azotes del temor.

Había visto embarcar a Victor, único temor serio de su villana empresa; los pescadores no regresarían hasta la mañana siguiente; todo, pues, estaba reducido a lograr que Trina se pusiese al alcance de sus manos...

Un perro dió dos ladridos que resonaron en la tranquilidad de la noche, como campanadas de atención. Era el maldito centinela de Domingo Socorro; aquel verdino que le había puesto en varios apuros... Agacharse, agacharse detrás de la pared sin hacer ningún movimiento, para despistar al condenado enemigo. ¡Mano a una piedra, por si acaso!

Don Dimas oyó un ruido vago, casi imperceptible, como si alguien se deslizara por

entre los maizales, arrastrándose sigilosamente.

Un temblor frío le recorrió las carnes poniendo de punta los pelos de su piel de oso. ¿Qué sería aquéllo?... Vigiló como un urogal, convertido en estatua inanimada, conteniendo la respiración, sin hacer el ruido más insignificante... Seguramente había sido una ráfaga de viento o algún animalillo que cruzaba a toda carrera.

Y completamente encorvado, volvió a emprender la marcha a lo largo de las paredes, deteniéndose de trecho en trecho, para sacar la cabeza por encima de las zarzas y rectificar los derroteros. Parecía lo que era: un criminal cobarde rastreando el sendero de la víctima que aguarda inocente.

Por último se vió en el patio de la casa de Victor: se detuvo y le pareció oír el rumor acompasado, rítmico, de la respiración de Trina; dormía tranquilamente. ¡Qué hermosa debía estar!

Avivado por ardores insanos de pasiones seculares, tocó a la puerta.

La voz de Trina, agitada por el sobresalto de quien es bruscamente separado de las ficciones del sueño, contestó:

—¿Quién llama? ¿Quién es?

—Dimas, que quiere entregarme unos documentos a Victor antes de marchar para Santa Cruz. ¿Ya están ustedes durmiendo? ¡Si son como las gallinas!

—Victor está en el mar—dijo Trina— y no viene hasta el amanecer. El recogerá mañana los papeles.

—Mé marche en este instante, porque necesito estar temprano en la capital. Abre un poco la puerta y yo te los daré: son las copias de los documentos del censo. Los perjuicios serían grandes si tu esposo, persuadido de mi derecho, no reconoce la deuda. Ya la demanda está en el Juzgado.

Don Dimas hablaba conteniendo la voz por si algún transeunte pudiera oirlo, pero dándole la entonación ordinaria, a fin de que Trina no cavese en sospechas, de las que la infeliz estaba bien ajena.

«Ya la demanda está en el Juzgado»; esa frase trastornó a la esposa de Victor, que temía a Don Dimas como a los diablos de los infiernos. Por su imaginación atontada, sofocada, cruzó el horrible cortejo de la justicia rural desposeyéndola de sus bienes, arrebatándole las tierritas de la niña... Una luz se encendió.

—Allá voy; aguarde usted un poquito.

En el interior de Don Dimas sonó un casabeleo satánico. La dificultad mayor estaba vencida: ¡suerte, más suerte que un emperador!...

Victor venía subiendo en aquel instante por el empinadísimo camino que desde la playa conduce hasta su casita. Un incidente repentino les había quitado la pesca de aquella noche y era menester resignarse. Detrás de él, a poca distancia, subían los compañeros de tripulación.

Cuando Trina abrió para coger los papeles, Don Dimas hizo un esfuerzo por entrar, pero comprendiendo aquélla, súbitamente, las intenciones del usurero, le dió tan fuerte empujón que a poco no le hace rodar por tierra. Después cerró precipitadamente la puerta y todo quedó de nuevo en la oscuridad.

Victor había llegado a la esplanada y pudo presenciar la última parte del suceso: sus ojos vieron la silueta repugnante de Don Dimas que salía precipitadamente de su casa... No había duda: era el malvado gavilán de honras, que acababa de quitarle la suya.

Le resonaron en los oídos las palabras de Andrés y una ola de sangre en ebullición subió hasta su cerebro, dándole terribles arietazos. Todos los atavismos de una raza salvaje

le empujaron a la venganza y se lanzó sobre el usurero como una fiera mal herida, dando zarpadas en la obscuridad.

Hizo presa y don Dimas sintió que un vaho de fuego le quemaba la cara y unos brazos formidables le empujaban al abismo, al desfiladero, a la muerte.

Las tinieblas envolvieron la terrible escena y un silencio absoluto le prestó las garantías del misterio. Ni Trina pudo darse cuenta de lo sucedido.

Pasado el primer instante de locura impetuosa, de ceguera moral, en que el hombre se convierte en fiera indomable, Víctor comprendió las horribles consecuencias de su conducta.

Por uno de esos fenómenos psíquicos, semejantes a los de la Naturaleza, tras de la lóbreguez espantosa, vino la claridad espectral alumbrando los abismos del cerebro. Estaba perdido; muy cerca, a pocos pasos, venían sus compañeros de faena; no podía aguardar un momento; les estaba oyendo hablar... Corrió hacia la vereda... No había aún puesto en ella los pies, cuando pasó por su cerebro la idea del patíbulo, el drama del abuelo repetido en el nieto... Vió a todos los habitantes de la Punta maldiciéndole; firmes

ya en la idea de que era un criminal como su antepasado, y se entregó a una carrera desesperada, frenética, camino de los picachos de las cumbres, buscando las solitudes del bosque...

Bajo aquel vértigo, las funciones intelectuales se nublaron nuevamente; diríase que la marcha violenta gastaba todas las energías de su ser. Fue máquina de músculos y huesos, animal huyendo del peligro, hasta que cayó afixado al pie de los primeros árboles... Después lloró, y una especie de hipo angustioso levantaba alternativamente su pecho. ¡Qué desgraciado era! Se habían deshecho todas sus ilusiones y la fatalidad le ponía en el camino de donde apartó siempre los ojos horrorizados. ¡Como su pobre abuelo! Le madre le había contado la negra historia de aquel otro infeliz que metió sin querer en el momento en que la desgracia le partía el corazón. ¡Y él nunca había querido creerlo!...

Una luz brilló abajo, cerca de la playa, y Victor se puso rápidamente en pie. Ya le andaban buscando: le perseguían. ¿Cómo marcharse y dejar la niña?... Vaciló unos instantes, pero después el pánico, la visión sangrienta del patíbulo, le hizo emprender nuevamente la huida: aquella idea era más fuer-

te que su voluntad; por lo mismo que había pasado la existencia tratando de alejarla de su vida, ahora, al verla frente a frente, el horror le dominaba por completo.

El monte era cada vez más tupido y la marcha se hacía penosa a través de los troncos seculares, las zarzas y las helechas.

Iba a la ventura, sin seguir camino conocido, por una de las regiones más hermosas y salvajes de Tenerife. La niebla lo envolvía todo; los árboles destilaban finísimas gotas de agua; tenía las ropas mojadas, y a pesar de ello sudaba copiosamente. Cortando montañas y bajando desfiladeros, seguía la orientación de Santa Cruz, donde estaba la única esperanza. ¡Andrés, su íntimo amigo!

Cuando salió del monte para entrar en uno de los vallecitos que dan frente a la capital de las Canarias, se detuvo porque las luces de la ciudad se le antojaron pupilas iracundas que escudriñaban en las sombras. Después siguió bajando por aquellos riscos escarpadísimos, agrestes, espantosos y sombríos, como los descritos por Alighieri o Brest-Jouv.

Ni una sola vez pensó en la posible inocencia de Trina. En su ofuscado entendimiento no podía penetrar ese halagüeño rayo de luz.

¿Cómo explicarse que Don Dimas saliese a tales horas de su casa, sin que la hija del Patrón fuera culpable? Teniendo en cuenta los antecedentes del viejo usurero, para el pobre Victor no cabían vacilaciones: el gavilán le había robado su amor y su honra.

¡Pagó con la vida!... Olvidado del patíbulo, su tormento terrible, y removidos los sedimentos salvajes de su alma impetuosa, saboreaba la satisfacción de la venganza. Aún le parecía tener entre sus manos el cuerpo de Don Dimas. ¡Ya no gozaría el tesoro que le robó!

Cuando estuvo en las calles se hizo la reflexión de que a pesar de la calidad de Don Dimas, aún no se podía saber nada en la ciudad. Lo importante era llegar al buque antes de que aclarara el día.

¿Y la niña? ¿Y la pobre niña?... Quería llevársela, porque era suya, solamente suya; pero, ¿cómo? Si él se quedaba se perderían los dos: al uno le aguardaba el patíbulo y a la otra la orfandad.

—Cuando pase tiempo—pensaba— volveré por ella. Andrés quizá pueda llevármela. Si me salvo, lo demás se arreglará.

El «Pelayo»—éste era el nombre del buque en que navegaba Andrés—se hizo a la

vela muy de mañanita y Victor lloraba en la bodega, oculto entre dos fardos.

×

Dejémosle correr hacia las costas americanas para referir lo que sucedió en la Punta del Hidalgo.

La Naturaleza, que según las investigaciones de la Biología y las ciencias antropológicas, determina en cada ser direcciones peculiares, tendencias definidas, actitudes especiales, parece también intervenir en los acontecimientos humanos, para favorecer prodigiosamente o castigar sin compasión. Cualquiera, lanzado como Don Dimas por un precipicio de muchos metros de altura, hubiese perecido, pero él, en toda ocasión dueño de la fortuna, después de rodar algunos metros, encontró un arbolucho que lo contuvo milagrosamente.

Aquel vegetal solitario, prendido en una grieta basáltica, que tendía sus entrecruzadas ramas sobre los abismos, fué su salvación.

Maltrecho, arrastrándose como una alimaña a quien le han disparado una perdigonada, regresó a su escondrijo, y nadie supo nun-

ca la intervención que tuviera en el drama de Victor y Trina. ¡La Naturaleza fué en aquella ocasión, como en muchas, cómplice de un malvado!

Trina pasó la noche agitadaísima, desvelada, nerviosa, pero sin sospechar ni remotamente lo ocurrido entre Don Dimas y su Victor. Dudaba si confiar a éste los propósitos de aquél.

—Mejor es callarse—pensaba—. Tiene un carácter muy fuerte y es capaz de aplastarle. ¿Para qué le habré abierto yo la puerta a Don Dimas?

Cuando aún sin ser de día vió el casco del barquillo luciendo como una mancha blanquísima sobre las arenas de la playa, se quedó estupefacta. ¿Qué había pasado?

Descendió corriendo. Efectivamente el barco estaba varado, fuera de la acción de las olas y con la quilla completamente seca. Hacía mucho rato que lo habían sacado del agua. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Dónde estaba su marido?

CAPITULO VIII

La explosión llevó sus ecos a todos los rincones de la Punta. Nadie se había equivocado: la maldad se transmite de padres a hijos, y tan criminal era Victor como había sido su antepasado.

Bien escapó la pobre Trina cuando no la había degollado como a una res. Todo estuvo en que no se le ocurriese, porque quien deja a la familia abandonada, por irse con un amigo a correr la tuna por esos mundos de Dios, no tiene entrañas de cristiano ni sentimientos de criatura.

—¡Desventurada Trina! Por supuesto, bien merecido se lo tenía por haber fijado

los debieron sacar los cuervos!...

Se había ido sin darle siquiera un besito a la niña. ¡Criminal, cien veces criminal! ¡Y qué bien sabía fingir!

Trina no hablaba, parecía una estúpida a quien le tuviera sin cuidado lo sucedido, ni le hiciesen mella aquellos juicios del vecindario. Estaba en la alcobita, encogida sobre la cama, junto a Pinillo.

La casa del Patrón era un jubileo incesante, la entrada y la salida de una gran colmena. Todas las comadres, en compañía de sus chicos, iban a consolar a la hija del Patrón, a maldecir del nieto del ahorcado, a soltar la esencia del chismorreo que llevaban dentro del alma.

—¡Buen clavo nos dió—decían los hombres—¡buen clavo!

Era menester convencerse; los que lo traen de casta son como el mulo que la pega cuando más descuidado se está. La voz de la sangre es la fuerza de las fuerzas; Víctor estuvo tranquilo hasta que le picó la mosca, la araña que llevaba dentro y se fué con Andrés, para lo que nadie sabe, quizá a cometer crímenes y robar talegas.

Estaban fuera en el patio, encendiendo pi-

pas, llenando el suelo de salibazos. Los más viejos eran generalmente los que hablaban, y los muchachotes, aguijoneados de la curiosidad, tendían los cuellos, formando coro, estrechándose, para no perder ni siquiera una sílaba.

Tras unos venían otros y otros. La Punta del Hidalgo entera desfilaba repitiendo las mismas maldiciones, pronunciando las mismas sentencias.

Trina seguía entregada a sus cavilaciones profundas, a sus amarguras solitarias: la idea de que Víctor la abandonó sin motivo, para irse con Andrés a correr otras tierras, no estaba en su cerebro. Había algo muy grande, algo terrible... Aunque jamás lo vio agitado, ella sabía por delicadas percepciones del instinto, que el alma de su marido era impetuosa como el mar, cuando motivos poderosos le hacían estremecer... Víctor había visto a Don Dimas, no queda duda, y suponíendola traidora, huyó antes que matarla... ¡Infeliz, cuánto estaría sufriendo!

Las comadres la interrumpían a cada paso sus soliloquios, ya con una taza de caldo de gallina, ya con un vaso de toronjil, ya con preguntas impertinentes. ¡Cómo le molestaban! A nadie podía confiar sus secretos,

... sus ideas, y entre tantas personas estaba sola dándose cuenta de la verdad, viendo el alma pura de Victor, comprendiendo el drama oculto, silencioso, ignorado de todos. ¡Si al menos pudiera desahogar el alma!

La hija del Patrón no tenía fuerzas para emprenderla contra aquellas gentes y echarlas de la casa.

—Después de todo me quieren mucho—reflexionaba a veces.

Era imposible seguir en la Punta; tenía que abandonarlo todo para irse a Santa Cruz en busca de noticias de Victor. Allí únicamente podía averiguar dónde se encontraba para luego escribirle, marcharse si fuere menester para persuadirlo con besos y abrazos, poniéndole delante su corazón, donde no había entrado más que él, ¡su Victor adorado!

La resolución era firme, y después de dar algunas instrucciones al marino que estaba patroneando el barquichuelo, se puso en marcha llevando la niña a cuestas. Quería que nadie lo supiese, y salió antes de amanecer, sola, entregada a sus dolores.

Trina siguió sin pararse por la carretera de Santa Cruz. Nada llamaba su atención. Iba abstraída, hipnotizada por la idea de averiguar el paradero de Victor.

CAPITULO IX

Seña Cándida era una antigua amigota de los padres de Trina. En vida de su esposo abandonó la Punta, el pueblo natal, para establecerse en Santa Cruz.

En tiempos de su esposo fué la reina de la pescadería. Durante muchos años ejerció una especie de monopolio en este orden de transacciones: los que deseaban comer buen pescado, a ella tenían que dirigirse, porque todos los marinos que saltan a la mar le reservaban la flor de sus sudores.

Muerto su esposo, el bueno de Caitiano, había venido poco a poco a menos, y ahora se dedicaba a una serie de «medios de vivir», que no dan para vivir, como dijo Larra.

Quando tuvo conocimiento de las desgracias de Trinilla, a quien ella quería «como a las luces de sus ojos», soltó la lengua y casi no concluye de maldecir a Victor, el malvado continuador de una familia de criminales.

—¡Si cogiera a ese desollao le sacaba los tuétanos! ¡Ladrón, sinvergüenza; abandonar dos rosas por irse con otros bergantes a correr la tuna! ¡Perro maldito, los demonios te ajorquen!...

En aquel casucho destartalado, con sus dos puertas sobre el mar, casi en la playa, se instalaron Trina y su pequeña. Señá Cándida estaba gustosa en estrecharse, en facilitar todo lo que tuviera a la pobre muchacha, la desventurada hija del Patrón y de Constanza, los dos amigos a quienes había querido más en este mundo de «culebrones sinvergüenzas».

Trina empezó sus correrías infructuosas, sus indagaciones estériles. No vivía más que para la idea avasalladora, tiránica, de encontrar a Victor.

Esperaba las lanchas de los buques que entraban en el puerto, para pasar revista a los pasajeros a ver si conocía a alguno que pudiera orientarla, darle norte del paradero de su marido.

¡Inútil, todo inútil! Por ninguna parte

se vislumbraba un resquicio de luz. Pero la fe no la dejaba caer; la idea de que Victor aparecería estaba incrustada en su cerebro, firme, con tenacidad inquebrantable. Hallarlo era seguro; de todo punto indiscutible. Sus dudas consistían en persuadirlo, en hacer que volviese a sus brazos, pero en último término la confortaba la idea del viaje, de ir ella a decirle llorando: «soy inocente, vivo para tí, devuélveme tu cariño!»

Nunca tuvo albergue en su espíritu el sentimiento de la recriminación. Lejos de esto, en sus horas de laxitud, de abandono moribundo, se complacía como hembra en pensar que su Victor la quería tanto que dejó su patria, el bienestar, todo ¡hasta su hijo! porque la suponía infiel. ¡La quería mucho, muchísimo!... Sus ojos adquirían entonces un brillo metálico, húmedo, de pasión concentrada que calcina los huesos, y se estremecía como las plantas cuando reciben el saludo de la primavera. Creía sentir los balazos de Victor, el roce de su cuerpo sano, robusto, que le comunicaba los impulsos ardorosos de la juventud, y se embriagaba hasta olvidarse de su tristísima situación.

Trina amaba a su esposo con todo el corazón, de una manera pura, noble, pero no por

eso dejaba de experimentar los estímulos de la sangre, el hervor de la vida, los apetitos e instantos propios de su sexo y de su juventud.

Seña Cándida perdía la paciencia en exhortaciones cariñosas, pero no lograba vencer la inapetencia de la hija del Patrón.

—¡Condenado tunante, cómo tiene a esta niña, mientras se divierte con baladronas y desorejados!—decía ¡Se me va a morir de pena! ¡Vivo lo debían asar en esparrillas como a San Lorenzo!

Algunas veces la pobre Trina no podía sufrir aquellos insultos a su Victor, y le suplicaba que no lo ofendiese. La vieja respondía entonces, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano:

—Boca amarga no puede escupir dulce. ¡Tengo las jielel salíendome por los ojos!—
Y luego añadía para sí: —Está traspasua; ca-
lla día lo quiere más...

Las tardes las pasaba siempre en la orilla del mar. Después de las inútiles pesquisas del día iba con Pinillo a sentarse en la gran playa a que da frente la casucha de Seña Cándida.

Allí, acurrucadita, encogida como un animal enfermo, dejaba vagar la vista por las

inmensidades del Atlántico, y su espíritu, influido por los misterios del crepúsculo y el martilleo de las olas, se aletargaba en una especie de sueño ideológico. Trina era una sabia, pero el amor es la ciencia de todos; a sus sutilezas, a sus secretos, pueden llegar cuantos tengan sensibilidad exquisita y sangre joven, por más que sean de muy baja extracción y vivan en el limbo de la ignorancia.

La esposa de Victor soñaba, soñaba mucho, y sus sueños tenían el perfume de las oraciones de un mal creyente que se olvida de sí, y pospone todo su ser, todas sus energías, para consagrarse al objeto adorado. Eran aquellas las horas de exaltación espiritual.

Los meses pasaban, pasaban, llevándose rápidamente la salud de Trina. De su hermanura no restaba más que los ojos, aquellas dos mariposas negras moteadas de oro, que crecían a medida que el óvalo de la cara se iba reduciendo. Era un cadáver viviente.

Y con la enfermedad del cuerpo aumentaba la del alma. En ocasiones temió volverse loca. La idea de su culpabilidad, de que era la única responsable de todo lo ocurrido, se iba convirtiendo en una obsesión que la devoraba sin dejarle un momento de reposo, de

reparadora tranquilidad. Nadie en la Punta, — pensaba — sino ella, hubiera sido capaz de abrir su casa durante las horas de la noche, al criminal de Don Dimas. ¿Por qué accedió, conociendo los antecedentes del usurero, constándole de experiencia propia que gustaba de ella?

A Don Dimas casi lo había olvidado. Por un fenómeno psíquico, de difícil explicación, no lo recriminaba como verdadero autor de su desdicha. Tenía de él una idea semejante a la del fuego, u otro de los agentes naturales que, acercándose a ellos, queman, ahogan o trituran: ella era la responsable y no Don Dimas: el que se asoma al precipicio, busca la desgracia.

Un día se levantó tan enferma que no pudo hacer sus excursiones por los muelles y calles de la ciudad: se había quebrado definitivamente el hilo de su salud.

Por la tarde quiso ir a la playa; le era muy doloroso prescindir del placer de entregarse a los sueños de aquellas horas crepusculares.

El mar estaba muerto; semejaba una gran estepa azul, una de esas enormes llanuras en que la esterilidad, la ausencia de la vida, abisma el espíritu y parece desligarlo de la materia. Arriba, en la inmensidad inexplorada,

la región de los misterios impenetrables, moría la luz sin los resplandores de las puestas del sol meridional; agonizaba el día en una consunción dolorosa de enfermo agotado en los sufrimientos. Todo estaba sumergido en una melancolía infinita.

Trina se sintió influida por aquel ambiente de tristeza.

Un trasatlántico con las luces eléctricas ardiendo, cruzó frente a la bahía. Pasaba sin detenerse, como un viajero que tiene las horas contadas y le es indiferente todo, menos su itinerario. Se iba, quizás a perderse en pocas horas... Un llanto convulsivo agitó el escuálido pecho de Trina. ¡Quién sabe si Victor no volvería tampoco!... ¡Pudiera estar muerto, perdido para siempre!... Al cabo de una hora la encontró Señá Cándida helada y rígida como un cadáver. Se había también roto el hilo de oro de la esperanza: ya la muerte era dueña de todo su ser.

Cuando se recobró del síncope, estaba en la cama, con un médico a la cabecera.

CAPITULO X

La enfermedad entró a galope y no hubo modo de contenerla.

Seña Cándida batallaba como una heroína para que no le faltara nada de lo que la ciencia prescribía; pero era imposible continuar en aquella situación. De la Punta no mandaban más que malas noticias: hoy que el barco se había desfondado contra los arrecifes, mañana que la cosecha de las trosaditas de terreno estaba perdida; siempre la misma cantinela.

Y a todo esto, el médico hablando de una alimentación esmeradísima, fuerte, nutritiva, mientras que recetaba drogas y más drogas.

—Los pobres no pueden estar malos—de

«¿Seña Cándida—, ¿Qué me jago yo con esta criatura de mis entrañas? ¿Cómo puedo yo consentir que la lleven al hospital? ¡Ay María Santísima, qué congojas tengo en el corazón!

Pero no hubo más remedio; era cosa de que el hambre «se las comiera a las dos», y eso no podía consentirse teniendo una fórmula de resolver el angustioso problema.

—Allí estaría muy bien—añadía el médico—yo mismo la seguiré visitando. La pequeña al Asilo. Todo lo tengo ya arreglado con el Director del establecimiento, y mañana temprano vendrán a trasladarla.

Seña Cándida la acompañó llorando. ¡Válgame Dios, las cosas que se ven en este mundo! Si el Patrón resucitara! Y la pobrecita sufría resignada, pidiendo solamente que no la separasen de la niña, que se la pusieran lo más cerca posible.

Trina entró en el hospital sin la repugnancia, el terror, que sentía solamente de oírlo nombrar cuando disfrutaba de salud. Halló aquello mucho mejor de lo que se lo había imaginado, y al meterse en la cama, el roce de las ropas limpias, blancas como los copos de nieve, le recordaron su lecho conyugal, su casita abandonada... Nunca había visto salas

tan grandes y su imaginación no concebía un edificio de tantos patios y tantas dependencias. ¡Aquello era mayor que la Punta del Hidalgo!

A ciertas horas le permitían levantarse y ver a Pinillo que hablaba, «con lengua de trapo», según decían las hermanas, sin estarse quieta un solo instante.

No la preocupaba la enfermedad; como no sentía dolores creíase ajena a peligros inmediatos; pero ¿qué era la salud sin Victor?

Lloraba, lloraba sin cesar, unas veces con la cabeza oculta, metida entre las sábanas, y otras vuelta abajo, para evitar la curiosidad de las vecinas y las jaculatorias de las hermanas, que eran muy buenas, pero no comprendían sus dolores.

Después vinieron las horas de fiebre, de delirio, en las que apenas si conocía a las personas. Los nombres de Victor, Pinillo y Cándida, salían de sus labios con mucha frecuencia unidos a palabras incoherentes.

—El fin se aproxima—dijo el médico—. La fiebre la devora.

A los pocos días las niñas del Asilo, las hospicianitas, regresaban de su paseo del domingo por las afueras de la ciudad. Iban for-

madras de dos en dos, como de costumbre, al cuidado de una hermana de la Caridad.

En sus caritas se dibujaba esa sombra vaga, triste, de los que no han conocido los besos de la madre, ni tienen la esperanza de lograrlo... El sello indeleble de las almas que no saben de dónde han venido, ni presumen a dónde van a parar.

Cerca ya del hospital se encontraron con un entierro. La hermana ordenó que se detuvieran haciéndose a un lado, para dejar que pasara el enorme gentío que acompañaba al cadáver.

Iba éste colocado en un lujoso carro fúnebre, cubierto de coronas y tirado por dos caballos. Era un entierro a todo lujo, con cuantas pompas puede hacerse en tierras canarias, tanto por lo que se refiere a la iglesia, como por lo que atañe al mundo y sus ostentaciones. Santa Cruz enteró marchaba detrás. Sin ser arqueólogo, ni estar siquiera iniciado en los secretos de ciencia tan complicada, podía cualquier espíritu observador estudiar allí gráficamente, la historia y desenvolvimiento de la levita y el sombrero de copa.

Las niñas estaban entusiasmadas. ¡Qué lujo, Dios bendito! ¡Cuánta corona! Debía de

tratarse de un señor muy principal, querido de todos, muy bueno y muy santo.

Pinillo estaba subida en una piedra, entusiasmada, con los bracitos estirados para señalar los objetos que más solicitaban su atención, tartamudeando palabras de júbilo.

El carruaje, después de una parada de algunos momentos, volvió a rodar y el viento agitando la cinta de una de las coronas, hizo que las hospicianas mayores pudieran leer esta inscripción: «Al eximio patriota Don Dimas Castaños».

Poco después, cuando aún las recogidas no habían llegado al hospital, pasó otro entierro. Un ataúd, mal pintado, conducido por cuatro hombres de blusa.

Las niñas no pudieron contener un movimiento desdeñoso. ¡Qué feo era aquello!, ¡nadie acompañaba!, ¡no tenía flores ni cintas!, ¡cómo se conocía que el que iba allí no era buena persona!

La vida, maestra suprema en el arte de novelar y urdir dramas, quiso que el de Trina tuviese un desenlace trágico.

En la realidad se vio entonces lo que de ser concebido por un artista, se hubiese tachado de recurso escénico. Trina y Don Dimas habían muerto el mismo día y aquellos

Los entierros eran la forma en que el mundo daba el último adiós al criminal y a la víctima antes de que bajaran a la tierra, madre igual para todos.

Pinillo soñó por la noche con un alma a quien le abrían las puertas de la Gloria, mientras bandadas de serafines la cubrían de flores, confites y mariposas. ¡Qué bonito era al Cielo!

CAPITULO XI

Andrés tuvo por último las noticias que Víctor esperaba todos los días y a todas horas.

Cartas de un amigo íntimo llevaron a Costa Rica la verdadera historia de lo que sucedió en Punta del Hidalgo. Trina estaba enferma, muy enferma, a causa de los disgustos; Don Dimas paseándose por las calles de Santa Cruz; el pueblo maldiciendo al nieto del ahorcado; el barquillo hecho añicos y los «terrenitos» cubiertos de maleza. ¡Un desastre completo!

Después venían los detalles de como Trina, con su Pinillo estaba viviendo de la caridad con Señá Cándida, «media tocada del sentido»

siempre en busca del sinvergüenza de su esposo.

La carta terminaba así:

«Pa acabar, Andrés, te diré que la hija del Patrón se está muriendo y la niña va a quedar botáa a esos caminos u recogía en el hospital. A tí también te sacan la badana, pues dicen que le distes consejos a Victor, pero yo vuelvo por tí la cara como es debío.

Ya te digo lo que me preguntas de Don Dimas, lo cual que no barrunto por qué quieres averiguar el paradero de ese tiburón. De lengua ya sabes que soy seguro, y a naide diré lo que me encargas que callé.

De que sigas güeno me alegraré, etc., etc.»

Victor se quedó ante aquel papelucho amarillento, lleno de garrapatos que él no entendía, como un imbécil que no se da cuenta ni de su propia existencia. Fue necesario que Andrés le hiciera reaccionar con los siguientes razonamientos.

Lo que él siempre dijo: Trina no podía haber faltado. Era muy buena la hija del Patrón para cometer el crimen de entregarse al granuja de D. Dimas. Si algo hubiera existido todo el pueblo lo sabría (¡buena era la gente de la Punta!) y las relaciones, lejos de cortarse, estarían ahora en su mayor fuerza,

aprovechando la libertad... Una mujer que se ha vuelto medio loca y lo deja todo por buscar al hombre a quien faltó con un viejo indecente, ¡imposible! Trina era honrada, Trina estaba muerta por él, su Victor, «consumiéndose de pena y de sufrimientos»...

Después entraba con otra serie de consideraciones.

Don Dimas se complacía, como buen criminal que era, en perder a las mujeres que no se le entregaban. Esto hartó lo sabían todas; en la Punta nadie lo dudaba. ¿No era bien claro que Victor había caído en la trampa del viejo usurero?...

¿Que cómo se salvó éste? ¿Quién sabe?; lo cierto es que estaba vivo y que en el pueblo ni sospechas se tenían de que Victor lo hubiese querido matar. De seguro que Trina, la misma Trina, lo ignoraba todo. ¡Desventurada; qué martirio el suyo!

Aquellas ideas tuvieron franco y expedito acceso en el corazón de Victor. Eran para su espíritu algo así como oleadas de oxígeno para unos pulmones cansados de respirar aires nocivos, con los que se hace imposible la vida.

Se consideraba expatriado para siempre, sin mujer y sin hogar, bajo el peso de un

crimen que si bien tenía para él debida justificación, le roía sin cesar las entrañas.

Su única ilusión era apoderarse de la niña, por un procedimiento o por otro, para llevársela y que estuviera con él: Pinillo le pertenecía; era lo que le restaba en el mundo, ¡por lo que podía vivir en países lejanos con el corazón deshecho!

La carta recibida por Andrés lo hizo variar todo. ¡Si le parecía mentira tanta felicidad!

No quiso perder ni un día, y tomó pasaje en el primer trasatlántico que de regreso a España, hacía escala en Santa Cruz de Tenerife. Cuando se vió a bordo, navegando con rumbo a Canarias, donde estaban sus amores y su vida, no pudo menos de llorar de júbilo. ¡Cómo juega la suerte con los hombres! Por aquellos mares había él cruzado derramando lágrimas de odio y desesperación; ahora eran de amor y de alegría... Entonces iba para mundos desconocidos, huyendo como un criminal; en aquellos momentos caminaba para el rinconcito canario, perdido en medio de las aguas, en busca de los dos pedazos de su corazón.

Estaba seguro que Trina comprendería

que cuánto él había hecho en un momento de locura, era hijo del amor sin límites que le profesaba: la creyó infiel, perteneciendo a otro y no pudo contenerse. ¡Maldito Don Dimas!

De estas cavilaciones pasaba a trazar las líneas de su nueva existencia. Viviría para los suyos, sin salir del barco y los terrenos, despreciando lo que pudieran decir en la Punta. Después de pasar por la idea de haber perdido a su esposa y de considerarse expatriado para siempre, le parecía sin valor alguno el desvío con que le pudieran tratar en el pueblo. Teniendo a Pinillo y a Trina, lo demás ¿qué le importaba? ¡Ya sabía él lo que era el mundo!

Señal Cándida estaba enferma, tendida en la cama, cuando lo vio entrar «con ojos de facineroso»—según decía después— y como buscando algo con gran ansiedad. Apenas la vieja le hubo reconocido soltó todos los registros y a punto estuvo de acometerle con las uñas.

Victor se quedó atontado en presencia de aquella armazón de huesos que se revolvía como una fiera vomitando insultos y maldiciones.

—¿Dónde estarían?—se preguntaba.

La vieja no tardó en decirlo brutalmente, con rabia que hacía silbar los vocablos.

¡La madre muerta, y la hija en el Hospicio!

No pudo oír más. El mundo había caído otra vez sobre su pecho y la nube negra se le subió a los ojos.

Tomó el sendero de la playa y anduvo, anduvo, hasta salir del radio de la ciudad. El hervor de sus sollozos se confundía con el de las olas; por último se detuvo al socaire de unos riscos, a dar sueltas a la desesperación, revolcándose en las arenas húmedas, manoteando como un loco, dando aullidos desgarradores.

Como cuando estaba en América, la sombra de Pinillo le separaba de la idea del suicidio. Tenía que vivir para ella: era lo que nunca le faltaba.

—A sacarla de allí—pensó súbitamente emprendiendo la marcha.

Victor llegó al hospital y después de un gran rato pudo ver a las hermanas.

¿Negarle a su hija? ¿Qué decían aquellas mujeres de las tocas blancas? ¿Estaban en juicio?

El director intervino y previas algunas

Formalidades, que cumplimentó sin dilaciones, le dieron a su Pinillo.

Las hermanas de la Caridad no comprendían cómo un hombre que lloraba de aquella manera, abrazando a su hija, pudiera ser un criminal sin conciencia, según les habían dicho.

— ¡Misterios de la vida! — reflexionaron. —

¡Misterios!

Y se marcharon sin inmutarse, con esa insensibilidad de las almas que viven entre dolores y apenas si se estremecen en presencia de las grandes catástrofes.

Victor salió con la niña en los brazos sin saber dónde iba, como un sonámbulo que marcha al azar, que no tiene conciencia de sus acciones. La curiosidad importuna de los transeuntes le hizo volver en sí y entonces pensó: ¿Qué hago ahora? ¿A dónde voy?

No le quedaba otro remedio; tenía que volver a la Punta, donde estaban los bienecillos de su hija.

Victor emprendió el camino de la cumbre, el que había recorrido la noche de la fuga. Por allí entraría en el pueblo sin ser visto, así que la noche cerrara por completo.

A medida que las sombras iban avanzando fué enseñoreándose de su espíritu una sen-

sación de terror invencible; una debilidad cobarde, que le producía vergüenza. Parecía oír la voz de Trina que lo llamaba con acento cariñoso, desde un sitio muy lejano, muy lejano, quizás desde el cielo: en ocasiones llegó hasta tal punto el extravío de su excitada imaginación, que se le antojaba ver repentinamente la silueta de su esposa, saliendo del tronco de un árbol o de las hendiduras de un peñasco.

—Todo figuraciones—se decía— pero no lograba vencer los estremecimientos de la carne. ¡Qué sudor tan frío! La otra vez, cuando iba huyendo, no temblaba tanto, ¡Pobrecita Trina!

Pinillo dormía como un ángel y Victor la estrechaba cada vez más contra su pecho, como si no quisiera perder nada de aquel calorcito que le daba fe de que aún tenía algo en el mundo, algo que era su amor y su vida.

El caserío de la Punta blanqueó ante sus ojos; ya estaba en los desfiladeros de «Roque Guacada»; frente a la playa del Puerto. Comenzó a descender procurando no resbalar en aquellos abismos espantosos, por los que se hacía muy difícil marchar con la oscuridad de la noche y el peso de Pinillo.

Cuando llegó a las primeras tierras labradas hizo alto para otear en todos sentidos y cerciorarse de que nadie podía descubrir su presencia. No oyó otros ruidos que los del mar y el viento, rebramando furiosos en una soledad que penetraba los nervios.

De un empujón formidable hizo saltar la puerta de la casa, donde nadie había entrado desde que Trina salió del pueblo. ¡Qué triste y qué frío era aquel ambiente húmedo, de sótano medroso, que llegaba a sus pulmones agitados por la emoción y el cansancio de la jornada! Le pareció que entraba en un sepulcro.

Cuando tuvo a Pinillo acostadita y bien defendida del frío, salió al patio porque allí dentro se asfixiaba.

Victor recorrió después los cercaditos de tierra, que estaban cubiertos de verbajos y rastrojos, como si fueran un erial despreciable; se asomó a la playa, buscando inútilmente el barco, del que ya no quedaba otra cosa que las costillas del armazón, semejante a un esqueleto arrojado por las olas; escudriñó el pajar de las vacas, el corralillo de las cabras, la empalizada de las gallinas, cuánto constituía el patrimonio de la hija del Patrón y el porvenir de Pinillo.

Nada se había escapado de la desgracia; todo tenía el sello de la fatalidad que perseguía a los de su casta en aquel pueblucho de maldicientes que le inspiraba odio profundo.

Todos tenían gran parte de culpa, tanto en sus desgracias como en las de su madre... Las plantas sin aire se secan, y los animales criados en la soledad se vuelven impetuosos... ¿Qué puede hacer una mujer despreciada desde que nace? ¿Cómo ha de ser reflexivo el que es educado para fiero?...

Estas, con otras palabras, fueron las cavilaciones de Victor después que se hubo serenado un poco de las primeras impresiones de aquella noche. Los dolores intensos del alma avivan la percepción del intelecto, y el esposo de Trina vio de una manera clara su situación y lo que esperaba a Pinillo.

¿A qué había venido? El hielo nada importa a un cadáver; para él ya era indiferente lo que pensara el pueblo; no se le daba una higa lo que antes tanto le preocupaba; pero, ¿y Pinillo?

Si continuaba en la Punta sería una nueva víctima. Una desgraciada sin posible salvación... porque las mujeres tienen aun menos elementos de defensa... ¡Era imposible, imposible!

Agitadoísimo se puso en pie y buscó con las miradas inquietas, encendidas, el caserío punta.

En medio de la exaltación creyó ver, asomándose por encima de las paredes, rostros pálidos de viejas que le maldecían; puños cerrados en son de amenaza; todo el pueblo sublevado contra él y su chica. Entonces echó bruscamente los brazos hacia atrás, abiertos como dos aspas y rugió esta frase:

— ¡Bestias! ¡Quedaos solas, bestias malditas! ¡Me la llevo! ¡Me la llevo!

Y sin perder un instante se puso en marcha, ladera arriba, con Pinillo a cuestas.

Era necesario irse lejos, muy lejos, a parajes grandes, donde cada cual responda de sus acciones; a pueblos donde la niña pudiera ser buena y morir honrada, como inútilmente lo había querido él y su madre...

— ¡Lejos, muy lejos!...



se
de

Recuerdos de la niñez y la juventud

ESCRITORES CANARIAS

Recuerdos de la niñez y la juventud

POR

BENITO PEREZ ARMAS

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

"Gurfín"

Todoñ acudimos puntuales a la cita. ¡Cómo que apenas habíamos dormido agujoneados por la ilusión de vernos en marcha! Aún no era de día, y ya estábamos en el «aljibe blanco», asociados a nuestros perros que trebejaban gozosos, a nuestros pollinos que se olían, reconociéndose, y a nuestros hurques que sacudían los cascabeles en las tinieblas de la estrecha y pestífera masmorra de los corchos...

Los vecinos del pueblo de Yaiza dormían tranquilamente. La mole de la iglesia se distinguía, en la semi-oscuridad del amanecer, entre las casitas de la plaza, como un gigante rodeado de enanos. La única lonja que

estaba abierta era la de tía Rosalía, una vieja que gastaba rapé y era viuda sin haberse casado. Guiados por una mortecina lucesilla nos dirigimos a la puerta del establecimiento y ¡cosas de hombres! nos tomamos nuestras correspondientes copitas de mistela. ¡Salir sin echar la mañana hubiese sido pecado mortal entre hombres de nuestras agallas! (Téngase en cuenta que ninguno de los seis expedicionarios pasaba de diez primaveras).

Los que teníamos pollinos trepamos en ellos y emprendimos la marcha. Los que de tan preciado cuadrúpedo carecían, iban a nuestras veras, a guisa de espoliques, armados de enormes «latas» y llamando a los perros con prolongados e incitantes silbidos. ¡Qué empeño poníamos en escandalizar todo lo posible para que el vecindario supiese que partíamos a la guerra!

Sí; a la guerra íbamos, no contra los hombres, movidos de espíritu bélico, sino contra los conejos y las pardelas, animados del natural instinto de destrucción.

A los pocos minutos de marcha entramos en el volcán por la veredita que conduce al «lote de la Vieja». Quien no haya visto aquel inmenso páramo de lava salvaje, feroz, truculenta, no puede tener idea de los

horrores de un paisaje donde todo es de color de ala de cuervo y jamás ha nacido una flor... Al encontrarse frente a tal panorama se crispan los nervios como ante los bordes de un abismo. Aquello es la Naturaleza muerta y vestida de luto. El que tenga corazón de artista pasa por aquellos lugares, silencioso, triste y poseído de ese respeto medroso que se experimenta en presencia de un ataúd cubierto de fúnebres crespones...

Nosotros, los expedicionarios, no sentíamos esa sensación. Al contrario, cuando en el volcán poníamos las plantas, nuestra alegría era indescriptible. ¡En aquellas covachas negras había cada «lebrancho» que daba envidia! Entrar los podencos y comenzar los aullidos precursores de la presencia de un conejo, todo era lo mismo.

Aquella vez no tuvo excepción la regla. La «Clavellina» de Juan Parrilla «apuntó» un conejo. Todos abandonamos la vereda, dejando los pollinos e impedimenta, y salimos corriendo por aquellos picachos agrestes, corrientes, amenazadores, gritando para alentar a los perros: ¡Ajírrio!, ¡ajírrio!, ¡ajírrioooo!

La «Clavellina» llevaba «pie a pie» al conejo; pero, de pronto, el asustado animalito se precipitó como una bala por cierta hendidura del volcán. ¡Fue un recurso desesperado!

que le costó grandes mechones de pelo y acabo algún desgarrón de sus carnes temblorosas. La perra llamó entonces doblemente y se paró, «con un palmo de lengua fuera», sin dar paz a su rabo que remedaba las aspas de un molino.

Apenas llegamos al sitio donde se ocultaba el fugitivo, tomó cada uno sus posiciones. Juan Parrilla nos distribuyó convenientemente y soltó el hurón más diestro y poderoso. ¡Qué cuadro! Sobre el fondo negro del volcán se destacaban nuestros seis cuerpecillos, inclinados ligeramente hacia adelante, con los garrotes enarbolados, conteniendo la respiración, inmóviles como estatuas. De pronto oímos sonar fuertemente el cascabel del hurón. ¡Ya le «dió»!, dijimos todos con voz ronca y ahuecada. Los perros adelantaron un paso sin poder sofocar un ligero aullido de ansiedad y emoción. Al cabo de unos segundos salió como un rayo el pobre conejo, que consiguió vencer la muralla perruna. ¡Esfuerzo inútil! Juan Parrilla le rompió los morros, hasta hacerle saltar los sesos, de un enorme palo. ¡Qué «collería» armamos, Virgen bendita!...

Sin cesar de coger conejos llegamos al punto donde termina el ancho de la enorme faja volcánica y comienza la tierra labradi-

za. Eran próximamente las diez de la mañana y decidimos almorzar a la sombra de unas frondosas higueras, propiedad de mi buen padre, que estaban «cuajaditas» de higos blancos, «rajaos» y frescos como flores. ¿A qué decir que engullimos de lo lindo, entre carcajadas que parecían gorjeos de pájaros, y que mi calabaza de agua (la que contenía el vino) no cesó de pasear su ventrudo y deforme cuerpo por entre los comensales? Pasó allí lo que sucede entre chicuelos que aún no saben lo que son dolores, penas y desengaños. Mucho comimos, pero reímos más, muchísimo más...

Era menester llegar pronto al cazadero de párdelas. Como no había más que tres burros y éramos seis los jinetes, tuvimos que cabalgar en parejas. Los perros marchaban detrás, dejando las huellas de sus patas ensangrentadas sobre la arena rojiza de la montaña. Iban los pobres animalitos «casliando» y soltando gotas de agua por sus lenguas, como si estuviesen a punto de ahogarse...

Al fin llegamos al cazadero, unos enormes riscos de color de hierro oxidado, intensamente negros, que daban al mar. Desde arriba, sólo ojos habituados y espíritus fuertes pueden, sin sentir vértigos, contemplar el furioso espectáculo de las olas deshaciéndose en

espumarajos de ira, al ser despanzurradas por los agrestes peñascos, jamás vencidos en la feroz pelea... El sol, ese gran sátiro de barbas rojas, lo inundaba todo de luz.

En la primera covacha donde vimos rastros de caza, echamos un hurón atado a una cinta que íbamos aflojando poco a poco a medida que la asquerosa fiera, ansiosa de sangre, penetraba sigilosa, arrastrándose con instintos de criminal empedernido. Desde la puerta de la guarida esperábamos con ansiedad el momento en que la alimaña hincase su diente en la presa. ¡Ya, ya!, dijo Juan Parrilla, y comenzó a tirar suavemente por la cuerda, con un arte que nos causaba pavor y envidia. Los demás nos precipitamos a poner una red para atrapar la pardela caso de que se escapase al hurón...

¡Que si quieres! La fiera sujetaba su presa fuertemente y ya en manos de Parrilla hubo que soplarle en el hocico para que soltase a la infeliz pardela, que en desesperadas contorsiones batía las alas y abría el pico hasta enseñar el amoratado gaxnate. Con igual fortuna continuamos un par de horas nuestra feroz y entretenida cacería. Ya teníamos recorridas todas las covachas, menos las que daban al mar... La empresa era peligrosa, pero ¡cuántas pardelas no habría en aquellas gua-

ridas casi inexpugnables, que abrían sus puertas sobre el abismo!

Era cosa de pensarlo. Se reunió el Areópago y después de mucho meditar acordamos unir todas las cuerdas de los burros, esto es, los ronzales, para «guindar» a «Gurfsín», el más ligero de los seis cazadores. ¡Imposible! Las sogas no alcanzaban a las profundidades donde se abrían las covachas... ¡Qué desesperación!

Estábamos en la cresta de una de las imponentes moles, oteando el abismo, midiendo las distancias, lamentando la imposibilidad de descender por el risco, sin decidirnos a dar fin a la jornada o ir en busca de otro cazadero, cuando el «Gurfsín», tirando la «cachorra» y poniéndose súbitamente en pie, gritó: «¡Vengá un hurón! Yo bajo sin soga. Cosas peores tengo yo hechas en los riscos de Janubio, cogiendo «orchilla».

Hicimos verdaderos esfuerzos para disuadirle de aquella osadía, pero el «Gurfsín» comenzó a bajar, agarrándose a las asperezas de las rocas con sus manecitas negras, encallecidas, y apoyando alternativamente los dedos de los pies en cuanto promontorio o hendidura tropesaba durante su peligrosísimo descenso. Ya próximo a la línea donde se abren las cuevas, alzó los ojos rebocantes de

satisfacción y nos envió una sonrisa de triunfo...

«Gurfin»—lo llamo por su nombre de guerra—pertenecía a la clase desamparada, a los que nacen condenados a ser bestias humanas, sin esperanzas siquiera de tirar del coche de lujo de un potentado.

¡Cómo le recuerdo!... Durante los meses estivales, «Gurfin» y yo vivíamos juntos, entregados a nuestras expansiones juveniles, sin acordarnos de diferencias sociales, cabalgando a lomos del mismo borrico.

Ya hacía buen rato que «Gurfin» estaba oculto; nosotros, los restantes cazadores, temerosos, trepados en las crestas de las ingentes moles, mirábamos hacia el abismo, buscando al temerario compañero. Por último, le vimos salir de una hendidura. Llevaba una pardela, que alataba, sujeta entre los dientes, y se trasladaba a otra guarida próxima... Rompimos en exclamaciones de júbilo. ¡Qué «Gurfin» tan valiente!... De pronto, la punta de un peñasco, al que estaba asido con la mano derecha, se hizo pedazos, y, ¡horror de los horrores!, «Gurfin» después de dar dos vueltas en el abismo, cayó abajo, en las tormentosas aguas del Océano... En breves instantes el cuerpecillo de «Gurfin» desapareció en un hervidero de espumas;

más tarde, dos o tres olas gigantescas, furiosas, se lo disputaron coléricas, hasta que una, la más fuerte, con golpetazo formidable, le arrojó sobre el acantilado de una roca... Ya no vimos más que la pardela que salió volando y una mancha de sangre que una nueva ola hizo desaparecer entre sus espumas...

El cuerpecillo de «Gurfsín» debió ir a parar a una de esas cavernas submarinas formadas por el constante martilleo de las olas, y allí permanecer sujeto como si manos ciclópeas le aherrojasen tenazmente...

Dr

Ya tarde, cuando el sol arrebolaba las nubes del ocaso y las aguas del Océano se teñían de resplandores cárdenos, dimos el último adiós al pobre «Gurfsín» y nos pusimos en camino... ¡Sólo Dios sabe cómo entramos en el pueblecito de Yaiza, en el momento preciso en que sonaba el toque de oración!

Durante muchos años no pude separar de mi mente aquel trágico acontecimiento, ni dormir una noche sin ver la pardela volando, saliendo de las aguas, como si fuese el alma del infortunado «Gurfsín».

El tío Pedro

Todos los días, cuando suponíamos que tío Pedro no andaba por los contornos, íbamos a «dar un tiento» a las palmas de D. José Páez. Dos o tres de la partida ejercíamos de centinelas, y otros tantos, los más hábiles tiradores, se dedicaban a apedrear los racimos.

Debo advertir que en el pueblecillo de Yaiza, como en todo Lanzarote, abundan poco las palmeras que producen dátiles apetitosos al paladar; pero las de D. José Páez tenían fama por la exquisita calidad de su fruta, dulce y carnosa, que la gente menuda se disputaba como una golosina.

Tío Pedro tenía muy malas pulgas y a pesar de sus sesenta corría como un gamo. No era, pues, empresa muy fácil robarle los dátiles, pero nosotros raro día dejábamos de probarlos. Bastaba un breve descuido del viejo, para que unos cuantos guijarros, dis-

parados con pasmosa puntería, trajeran a tierra unas cuantas docenas del anhelado fruto.

¡No he olvidado un solo detalle! Llegábamos hasta el tronco de las palmeras hurtando los cuerpecillos a lo largo de la pared, con andar cauteloso, encorvados y sin pronunciar palabra. Una vez allí daba comienzo el tiroteo. Cuando alguno acertaba a dar en el racimo nos precipitábamos todos en el suelo, como pollos a trigo, y en un santiamén hacíamos la recolección. Muchas veces ejecutábamos los movimientos con tal rapidez, que los dátiles caían saltando en nuestras cabecitas inclinadas sobre la arena volcánica... ¡Qué emoción! ¡Ni chorros de oro nos hubiesen alborozado tanto!

En ocasiones los espías daban la voz de peligro gritando: ¡tío Pedro! Y... «¡patitas para que os quiero!» En menos que se dice subíamos la cuesta «de los molinos» y nos salvábamos de las pedradas del terrible enemigo, que se quedaba en mitad del cercado jurando por Dios y su ánima que concluiría con aquellos «mataperros, sinvergüenzas...»

Un día observamos que el pobre viejo iba a lomos de su rucio, provisto de amplias y bordadas alforjas, para el valle de Fensuso, y a pesar de que el sol abrasaba las carnes y,

cegaba los ojos, decidimos dar un asalto a las palmeras.

- Como una bandada de esos pajarillos piadores, alegres, que parecen volar a saltos, tan comunes en nuestras islas, llegamos al pie de las palmeras. Unos instantes nos quedamos privados del don de la palabra, ¡mudos de estupor!... ¡Tío Pedro nos había vencido valiéndose de una estratagema!... Los dátiles estaban ocultos dentro de unos sacos sujetos fuertemente al tronco del racimo. «¡Diablo de viejo y qué ideas tenía!»

Los más exaltados de la partida, indignados por aquella «desvergüenza» de tío Pedro empezamos a tirar guijarros. ¡Nosotros no comeríamos más dátiles, pero lo que es D. José Páez no iba a darse tampoco ese gustazo!

Juan Parrilla nos disuadió de tal idea, haciéndonos ver que aún no había motivo para desesperar. Lo que necesitaba él era que nosotros le secundásemos decididamente, sin miedo ni vacilaciones. «¡Pa un tío de industria otro más industrialo!», dijo con aire de hombre iniciado en nociones recónditas, de Hierofante, que escribiría un clásico.

A los dos días estaba todo dispuesto. De-claro que si aquel amigo entrañable de mi

infancia conserva la travesura e ingenio de la niñez, debe ser en América, donde hoy está, hombre de gran porvenir. ¡Qué cosas se le ocurrían!

Dar el asalto por la noche era imposible por varias razones y principalmente porque a tío Pedro lo relevaba, desde que se oscurecía, un perrazo verdino, de la pura raza «majorera», que parecía un tigre. La arriesgada operación tenía que ser a plena luz febea, a despecho de tío Pedro y en sus propias narices, como si dijéramos.

Una tarde, después de juramentarnos, nos pusimos en marcha. Llegamos al lugar del suceso y el generalísimo con otros dos avanzó ocultándose hasta el portillo que da entrada a la finca donde están las palmeras. La tal propiedad se halla cercada de grandes paredes y constituye una depresión considerable de los terrenos que la circundan. Por estas razones, para descender hasta ellas, es menester tomar por una estrecha cortadura o portillo formado en la pared que da a uno de los caminos. En aquel punto de tránsito forroso, hizo Parrilla, ayudado de sus dos acompañantes, una zanja y después de ocultar en ella un lazo corredizo, lo cubrió todo de tal suerte y con tal habilidad, que nadie podría sospechar la existencia de semejante artificio.

Enseguida colocó sobre una piedra basáltica de superficie regular, encima de una «laja», varios canutos de caña llenos de pólvora, fuertemente atacados y unidos por una mecha de algodón. Hizo una seña y dándonos la punta de la soga con que estaba hecho el lazo corredizo, nos dijo: «Mucho ojo; cuando venga tío Pedro y vean que pone el pie en el portillo, tiren con toda su alma. Así que lo tengan trincado, sin aflojar ni un instante, éste (señaló a uno) le da fuego a la mecha de los canutos. ¡No tener miedo!».

Inmediatamente, andando en cuatro pies y mirando a los lados como gato receloso, se fué en dirección de la palma que tenía los dos mejores racimos. Ya allí, rodeó el tronco del vegetal de un fuerte arco de pipa, ató las dos puntas del arco y empezó a subir de la misma manera que los cortadores de palmas. Le vimos apoyar los pies en el tronco e ir ascendiendo sin precipitaciones, como quien realiza un acto legítimo.

Con su cuchillo canario cortó el primer racimo. ¡Qué esfuerzo hicimos para contener una exclamación de alegría al verle caer «de mandobles»!

Estaba Parrilla dando cortes al tronco del segundo racimo, cuando oímos las carreras del tío Pedro. Venía hecho un demonio, con los

puños cerrados, dando martillazos en el aire, ciego de ira. ¡Animo!, exclamó Juan Parrilla. ¡Animo!

Poner el viejo las plantas en el portillo, caer de bocas sujeto por el pie derecho y sonar la descarga cerrada, todo fué obra de un instante.

—¡Cuidado con soltarlo; mucha fuerza!— gritó Parrilla, dando al mismo tiempo duros golpes al ya casi desprendido racimo.

El viejo, atontado, fuera de sí, parecía nadar sobre la arena, mientras tirábamos con rabia por la punta de la sogá.

Cayó el segundo racimo, y Parrilla, casi al mismo tiempo, se tendió en el suelo. Esperamos un momento para que el atrevido muchacho cogiera los dátiles y... «¡a juir como rayos antes que el viejo se levantara!».

Os juro que las suelas de mis zapatillos de cordobán me fueron dando en las posaderas, hasta que, rendido, medio asfixiado, me vi oculto entre dos parvas de trigo...

Nos metimos en una era rebotante de mieses y un poco distante del poblado. Allí, entre espigas doradas, amapolas y tréboles, respirando un ambiente puro, saturado de aromas silvestres, comimos dátiles hasta dejarlos de sobra. ¡Qué bien nos había salido aquello! ¡Si más sabrosos aún que los dátiles habían

nido los detalles del suceso! «¡Bonita bolsa
da!».

A tío Pedro le costó el susto algunos días
de cama. El pobre vejete, según luego supi-
mos, juraba por la bendita Virgen de los Re-
medios (Patrona de Yaiza), que escapó de mi-
lagro. ¡Le habían hecho una descarga de fu-
gilería!... ¡Casi no lo cuenta!

“Cariñoso”

«Cariñoso» era el fruto de una hermosa pe-
rra de San Bernardo y de un verdino majo-
rero. Tenía el aire imponente de los de la
proscapia materna y el arrojo temerario de
su otra estirpe.

Había llegado a mi casa pequeño, burrañote,
receloso, cuando yo era una criatura. Al poco
tiempo se convirtió en mi más íntimo amigo
y, como yo, era un diablote de encargo.

Corriendo detrás de las gallinas, persiguien-
do los gatos y engolfados en toda clase de tra-

vesuras, pasamos muchos meses. Pero, al cabo de algún tiempo, «Carifosos» se tornó en un perrazo terrible.

¡Qué hermoso animal! Su hocico era un poco prolongado, como dispuesto a las acometidas violentas, su cuello firme, robusto, y su pecho semejaba un puente sostenido por dos gruesas y poderosas columnas. En la parte delantera del cuerpo, el pelo era largo, rubio, semi-arrebolado, y en la trasera, pequeño, oscuro, muy brillante y con reflejos de piel de lagarto.

Bien se echaba de ver en todo esto la extraña mezcla de las dos razas progenitoras. «Carifosos» era en extremo inteligente, noble, bravo y de una agilidad pasmosa.

En Lanzarote, donde siempre hubo afición a esta clase de animales, mi perro jugaba un papel muy principal. «¡Qué cachorro, jijo del demonio; si le coge a uno le rola de una charascada!», decían unos, dando estallidos con la lengua, en prueba de admiración. «¡Fuerte herramienta, madre de mi alma!» «¡Valiente fiara, contra!» decían otros, con lenguaje no menos pintoresco.

Efectivamente, mi perro era el rey de la comarca. Le había echado a pelear con todos los más bravos adalides del honor perruno y a las primeras de cambio dejó siempre fuera

de contienda a su enemigo, «Cariñoso» era un prestigio indiscutible.

Aún recuerdo los detalles de la última vez que salió a la liza. El guarda del Tablero, hombre acostumbrado a que sus perros fueran siempre los más bravos y adiestrados, quería «soltar» su «Relámpago» con mi «Cariñoso». Estipulados el día y la hora, le coloqué las «chapas» a mi perro, y me puse en camino.

El sitio designado era un corral cercado de gruesas y altas paredes. Cuando llegué ya estaba allí el guarda con su «Relámpago» y acompañado de una docena de personas que querían presenciar el espectáculo. «Cariñoso» se dió en seguida cuenta (¡lo había hecho tantas veces!) de lo que iba a suceder, y lanzó un ladrido breve y amenazador, como un clarín de guerra... El encuentro fué terrible. El «Relámpago» dió un salto a modo de felino y en vez de acometer de frente, haciendo una salida en falso, logró herir ligeramente a «Cariñoso». Este, entonces, se precipitó como un rayo sobre su enemigo y le hizo presa en la parte baja del gansate, de tal suerte y con tal denuedo, que el pobre «Relámpago» quedó muerto en menos que se cuenta. ¡Desde aquel día mi perro no halló con quien medir sus fuerzas!

Como buenos amigos vagábamos «Cariñoso» y yo por todas partes, haciéndonos temer y sin interrumpir nunca nuestra franca cordialidad.

Cierta día estaba echado el perro junto al quicio de una puerta durmiendo a sus anchas y acaso entregado, ¡vaya usted a saberlo!, a dulces ensueños amorosos. Llegueme hasta él y movido de la natural travesura de muchacho, apreté fuertemente el rabo de «Cariñoso» contra el filo de la puerta, que era de tea y cortaba como un cuchillo.

El animal, que debió sentir un dolor terrible, se volvió ciego, furioso, y me mordió en la mano con fuerza tal, que aún llevo la cicatriz como recuerdo de la travesura.

Aquello fué Troya. Mi santa madre, anegada en llanto, pidió la proscripción de «Cariñoso».

Más de un mes estuvo el pobre perro atado con una gruesa cadena, mal servido de alimentos y peor de cariños, en un lugar casi a la intemperie. Por último logró la libertad, pero a condición de que no volviese a pisar el suelo de mi casa, pues si tal osaba, era despedido con malos modos y hasta con garrotazos. ¡Desventurado animal; estaba flaco, triste, con la cola caída, resignado a sufrir con paciencia los horrores de su injusto castigo!

Cuando pasaba a mi lado me miraba humildemente, de una manera extraña, como si implorase perdón.

No estaba el horno para tales confites, sino que, por el contrario, en mi cerebro infantil germinaba la idea de la venganza. ¡Me las tenía que pagar!

Una mañana estábamos varios amigos, todos de mi edad, contemplando el agua cenagosa de un albercón destapado, que durante la noche anterior había recogido gran cantidad de agua, y echábamos desde arriba pequeños barquichuelos. «Cariñoso» llegó también por allí y colocándose sobre el muro, contemplaba inmóvil el rumbo de nuestras pequeñas embarcaciones.

Había sonado la hora de mi venganza. Llegué ocultándome sigilosamente y dando un fuerte empujón al perro le arrojé al agua. El animal nadaba de un punto para otro buscando salida sin hallarla, cansado, mirando hacia nosotros, jadeante, lleno de terror. ¡Qué sabrosa es la venganza! ¡Cómo me las estaba pagando! ¡Qué de improperios le lancé desde arriba!

Por último, unos hombres que acertaron a pasar por aquellos parajes y que conocían a mi padre, decidieron sacar el perro. Valiéndose de un lazo escurridizo y no sé qué otros procedi-

mientos, pudieron lograrlo, no sin gran trabajo.

Antes de que el «Cariñoso» estuviese a salvo yo corrí a ocultarme detrás de una pared a fin de burlar su ira. ¡Que si quieres! El animal, que tenía un olfato privilegiadísimo, después de sacudirse fuertemente emprendió veloz carrera, en dirección al sitio de mi escondite. Yo, entonces, huí desesperado, pero al perro logró cogerme y poniéndome bruscamente sus enormes patatas sobre los homóplatos, me tiró al suelo. Nunca he sentido tan fuerte la sensación del miedo. ¡Me ví descuartizado, hecho trizas...!

No hubo nada de eso. «Cariñoso» me halagó repetidas veces, llenándome de agua, dándome golpes con su hocico y luego, levantándose súbitamente, empezó a dar saltos, a corretear a mi alrededor con grandes muestras de alegría y como diciéndome: «¡Vaya, ya estás vengado, seamos buenos camaradas, reanudemos nuestra interrumpida amistad! ¡Olvidémoslo todo!»

Desde aquel día los vecinos de Yaiza en verano, y los de Arrecife en invierno, volvieron a vernos a «Cariñoso» y a mí vagando por todas partes y haciéndonos respetar como dos bravucones inseparables. ¡Habíamos firmado la paz!

Don Teodosio

Eramos diez o doce muchachos, más o menos estudiosos, aunque todos estudiantes... Por las noches, después de la cena, nos reuníamos en el oscuro y húmedo cafetín de «La Perla»... El camarero—un gallego espiritista,—nos servía el café, «vulgo achicoria», como diría el Torquemada de Galdós, y... ¡a discutir!

Mezclábamos allí la tauromaquia con la ciencia, el arte con la política, la religión con los chismes de la vecindad; ¡todo lo revolvíamos, de todo estábamos enterados! Sin que esto quitara que media hora después no diéramos «pie con bola» en el Digesto...

Cuando llegaban las vacaciones y nos marchábamos a nuestros pueblos, los parroquianos de «La Perla» decían: «El café sin los estudiantes está muerto». Efectivamente, éramos «el alma» del pequeño establecimiento,

Desde algunos viejos provincianos, con vistas a la «mojama», pasaban las horas muertas sobando las fichas del dominó...

Allí conocí a Don Teodosio; era uno de aquellos viejos: el único que no hallaba ocurrencias nuestros chistes; el único que no prestaba atención a nuestras discusiones; el único que no jugaba al dominó... Embutido en un ancho gabán, arrastrando la pierna derecha y moviendo acompasadamente la cabeza como un péndulo, entraba todas las noches en el café, y, sin decir palabra, tomaba asiento en uno de los rincones.

—¿Quién es este señor?—pregunté cierto día al camarero.

—Un buen parroquiano—me contestó—, que según creu está parálisis del lado derecho.

De nadie me fué posible adquirir nuevas noticias del curioso personaje. Su cuerpo atlético, con medio lado paralítico, sus largas y amarillentas patillas de marino británico, y sus ojos, a los que parecía asomarse un alma lacerada por el dolor, excitaban mi curiosidad. Este señor «misterioso», debe ser, me decía yo, el protagonista de alguna novela, y forzoso es dar con ella.

Mas no había medio de sacarle palabra. Todas mis habilidades de «repórter» en ciernes, eran inútiles; ya me cansaba de aquella im-

penetrabilidad que martirizaba mi paciencia, o por mejor decir mi impaciencia, cuando un día logré lo que tanto había deseado...

Don Teodosio aceptó, —¡milagro de los dioses!— mi invitación a dar un paseo... Era una bochornosa tarde de septiembre. Atravesamos el ruinoso puente, «que no se caía por no dar qué decir», y bajamos al río. Por su orilla, y en dirección «al pinar», caminamos un buen rato. Ya fatigados nos detuvimos. Mi compañero, con grandes esfuerzos, logró sentarse en una roca. Yo, frente a él, me tendí en el suelo alfombrado de hojas amarillas y yerbajos secos...

El río, que parecía adormitado sobre su lecho de musgo, llegaba casi hasta nuestras plantas; los añosos pinos elevaban sus copas inmóviles, como un «bosque» de teatro, y el campo, despojado de toda verdura, se extendía a un lado y a otro, solitario y mudo...

Después de algunos minutos de silencio, me atreví a decir a mi compañero:

—¡Vuelva usted al mundo, y deje esas abstracciones que le dan todo el aspecto de un filósofo!

—¿Filósofo?—me contestó—. ¡Quién sabe! Tarra ha dicho que en todo desgraciado hay un filósofo, y, si tal fuera, seguro es que soy un Descartes... porque...

Tras nuevas pausas y reiteradas arremetidas de mi curiosidad, don Teodosio habló del modo siguiente:

«Soy hijo único de una ilustre familia andaluza. Mi padre, a quien los pergaminos «se le subieron a la cabeza», fué un buen hombre, pero un mal administrador de su cuantiosa hacienda. A su muerte, heredé tantos timbres de nobleza como deudas; ¡por cada pergamino un acreedor! De éstos me fuí desentredando, y aquéllos los fuí rompiendo. Hijo de mi siglo, comprendí que en el trabajo está la fuente de toda nobleza, y a él me dediqué con todos los bríos de mi juventud, con todos los entusiasmos de mi corazón. ¡Sí, señor, puedo decirlo, trabajé mucho, más de lo que debía quizás! Diez años de rudo batallar. Al cabo de ellos fuí rico. Para completar mi felicidad, pensé en casarme. Usted comprenderá que siendo, como era, «un buen partido», fuesen muchas las mamás ansiosas de llamarme «hijo», y más aún las jóvenes que ambicionaban decirme esposo...

Quise seguir los impulsos de mi corazón y le dejé en libertad. Mi prima, en aquella época, seducía por su belleza; su edad guardaba relación con la mía; sus cualidades eran excelentes... Me casé. Mi felicidad no la hubiera trocado por la de reyes y magnates; adoraba

a mi esposa, que cada día se mostraba más apasionada; mis capitales crecían como la espuma, ¡todo eran resplandores de dicha, destellos de suerte!

De la noche a la mañana, medio lado de mi cuerpo quedó sin acción, sin vida, ¡muerto!, mi lengua atada; mis oídos sordos. La tragedia daba comienzo. La naturaleza, ¡oh sarcasmo!, me había robado todo menos el entendimiento y los ojos, que me quedaron indemnes, éstos para ver crímenes monstruosos, aquél para apreciar cosas horribles.. Mi mujer—hasta entonces tan cariñosa y ejemplar en apariencia—, se entregó al adulterio con un mi amigo a quien yo tenía por honrado; los antiguos sirvientes me abandonaron, y, en un cuarto interior, como un pedazo de carne muerta con ojos y entendimiento, pasé seis meses en cama. Si preguntaban por mí los allegados de la casa, contestaban que no se me podía ver, «¡lo habían prohibido los médicos!»

Un día, mi esposa y su amante me fueron a ver, acaso movidos de morbosa curiosidad. Se acercaron a mi lecho. Galvanizado por la cólera pude moverme, hice presa en mi esposa, pero volvieron a abandonarme las fuerzas y con ellas mis ilusiones de venganza... Vinieron los médicos, decretaron mi locura y co-

mencé a rodar por los manicomios. ¡Convénia alejarme; aquella tentativa me había hecho temible!

Llamé repetidas veces a las puertas de la justicia de los hombres. Todo inútil; los millones que yo había amontonado trabajando honradamente, me las cerraban. El oro todo lo puede en este país. Seguí siendo «loco» mucho tiempo, y si bien «legalmente», ahora también lo soy; como usted ve, disfruto de libertad, ¡no vivo en los manicomios!... De ellos salí cuando, conforme a las leyes, era indudable que estaba «loco», cuando fui incapacitado para administrar, y sólo tenía derecho a no sé qué pensión que nunca se me ha dado. ¡Horrores, amigo, horrores! ¿Cree ahora que tengo motivo para ser «filósofo»?

No sé qué contesté.

Días después arreglé mi baúl y me fui a la casa de huéspedes donde vivía D. Teodosio. Todo el invierno estuvimos juntos. Al año siguiente, por razón de mis estudios, tuve que volver a Madrid. Don Teodosio, que ya no sabía vivir sin mi compañía, se trasladó también a la Corte.

Luego de habernos instalado, salimos a dar un paseo. Ibamos por la calle de Alcalá, cuando, de pronto, por delante de nosotros cruzó un «landeau» arrastrado por dos hermosos

caballos. Dentro del coche iba una dama lujosamente ataviada y un «caballero»—es un decir—, de no mal porte... Don Teodosio enarboló el bastón, rugió como una fiera y dió unos pasos hacia el carruaje... Le faltó el equilibrio, cayó al suelo y su cabeza rebotó contra los adoquines...

Un ataque cerebral. Algunas horas de martirio; luego, una horrible carcajada que a un tiempo parecía la amenaza de un desesperado y la burla de un escéptico; después la muerte, el descanso eterno...

Enfermé. Por prescripción facultativa salí a dar una vuelta por las calles. No tardé en encontrar el mismo «landeau». Los lacayos iban rigurosamente enlutados. La dama y el caballero tenían las caras muy compungidas y también llevaban vestiduras negras... ¡Había que satisfacer la moda, había que cumplir con la hipocresía social!... En mis oídos volvió a sonar aquella carcajada que a un tiempo parecía la amenaza de un desesperado y la burla de un escéptico...

Un viaje al Teide

I

A las seis de la mañana nadie dormía en el hotel «Taoro». Los expedicionarios armábamos un alboroto infernal.

—¿Quién faltaba? ¿A quién se le habían pegado las sábanas?

—A Navarrito. ¡Al insigne Navarrito! ¡Era menester darle un «meneo»!

Y dicho y hecho. El conde de Pradere, espíritu alegre y decidido, si los hubo, a poco no echa al suelo la puerta del cuarto 161.

—¡Arriba, tumbón! ¡Arriba, capitán Aranas! ¡Arriba, mala persona!

Y a todo esto, las manos sin estar quietas un instante.

—¡Arriba! ¡pum; pum; pum!...

Navarro apareció por último a medio vestir; con los cabellos en desorden; los ojos hinchados, pidiendo una tregua de cinco minutos. Este plazo le bastaba para la «toilette».

—Espérenme tomando el café—decía casi

en tono suplicante—. Espérenme, voy en seguida...

Media hora después partíamos a lomos de nuestros mulos. La mañana era espléndida y, el Teide lucía despejado, imponente, magnífico... Comenzamos a subir por un camino de herradura. Cada expedicionario llevaba su correspondiente espolique, y delante iba Miguel, el guía, una especie de Castelar silvestre, que nos había proporcionado mi buen amigo Eliseo González Zárate. Indudablemente, la garrulería está en la entraña de nuestro ser. ¡Cuánto habla aquel hombre, Dios de la paciencia!...

Después de cruzar una serie de campos lozanos, bien cultivados, en que las parras levantadas sobre horquillas, formando hileras, parecen serpientes de esperalda, llegamos a «Palo Blanco». En este alegre caserío los mulos refrescaron bebiendo el agua de una acequia, y nosotros apurando un vinillo dorado, sin máculas químicas, servido por una maguita llamada Zoila, que arrancó una estrofa a Belmonte Müller.

—Sigamos—dijo el conde, que no puede estar quieto un minuto— y el práctico después de echarse un «tanganazo» de vino, como él decía, rompió la marcha limpiándose

los labios con el dorso de la diestra. ¡Arriba, arriba, arriba!

Camuábamos por un sendero estrecho, pedregoso, que sube haciendo eses, sin separarse gran cosa de la ladera de Furnias. A las dos horas de marcha ya estábamos a mucha más altura de la villa de la Orotava. El paisaje es encantador.

Se domina gran parte de la costa norte de Tenerife, sembrada de pueblos, pagos y villas. El mar de color de lápiz lázuli, se extiende inmóvil, marcando el límite de sus dominios con la espuma de las playas, a la sazón suavemente doradas por el sol radioso que luce desde Oriente... La caravana se detuvo unos instantes y los aficionados a la fotografía impresionaron algunas placas.

La vereda, cada vez más estrecha y pendiente, se oculta bajo una sabana verde de brezos que se extiende por todo el gran Valle de Taoro. Al paso encontramos algunas casuchas con techos de paja, donde viven personas y animales en fraternal unión.

—He aquí los hombres de la altura, que desprecian a los de tierra baja, —según Guimerá—, dijo uno de los expedicionarios.

—Bueno—añadió otro— pues que sigan

despreciando, que lo que soy yo maldito si los envidia. Están salvajes y miran con recelo.

--Nada de eso--interrumpí yo--. Veréis qué corteses son, y saludé a un anciano con la siguiente frase canaria: «A la paz de Dios, amigo». El viejo descubrió inmediatamente su blanca cabellera, y dijo:

—Dios sea con su merced y la compañía.

El sol abrasaba y los arrieros a cada instante buscaban un pretexto para hacer un pequeño alto.

—Miren esto, señoritos, que es muy celebrado. Allí, más allasito, al virar de aquel cerro está la fuente de Almagre, donde van las cabras a beber. Da un agua más fresca que el granizo.

Con estas o semejantes frases buscaban ocasión para tomar alientos. Esto de no declarar paladinamente el cansancio, el hambre, la necesidad de reposo, es muy característico de nuestros campesinos. «¡Cansados ellos, no; era sólo pa encender el cigarro!... ¡Pues no faltaba más!» Pensando en estas observaciones que tengo hechas desde aquel tiempo, le dije al práctico:

—¿Qué tal; vamos cansados? ¿Será conveniente almorzar bajo estos brezos?, y me contestó:

—Cansado, no, don Benito. Algo va uno sudando el cuarto trasero, pero ahora estoy como en el intre que salí. Lo del almuerzo, como le parezca, porque los mulos van desmayados.

Con lo transcrito, me bastó para entender que había llegado el momento de dar el primer asalto al abundante convoy, que venía a retaguardia despidiendo un olorcillo provocativo.

—¡Alto a la caravana! ¡Altoooo!, gritó Navarrito, que no veía la hora de tenderse sobre el suelo y olvidar por algunos instantes las durezas de la montura.

Entre bromas, pareados disparatadísimos que sublevaban a Belmonte Müller, y párrafos «regionalistas» con los arrieros, que eran nueve buitres feroces, almorzamos a la sombra de unos brezos, en un paraje muy agreste. ¡Hermoso panorama!, decíamos a cada momento, poniéndonos en pie para contemplar al Puerto de la Cruz, a Los Realejos y a la Villa de la Orotava, casi cubiertos por unas nubes albas, purísimas, de esas sobre las que los poetas y pintores místicos, en sus visiones fantásticas colocan a los angelitos trebejando como mariposas de luz... Aquello es

lo que, como en otro artículo tengo dicho, los pastores llaman «el mar de los herreños».

Cuando nos levantábamos para emprender la marcha, un vientecillo retozón había dado unos cuantos cachetes al «mar de los herreños» y todo estaba oculto bajo los «espumaraños» de sus «aguas» de leche... ¡Magnífico!

Vuelta a subir; vuelta a subir por veredas estrechísimas, penosas, interminables. Las mulas sudaban con sus cuellos tendidos; los arrieros no pronunciaban palabra y apoyándose en sus palos hacían esfuerzos titánicos; nosotros también habíamos enmudecido. ¡Qué sol de justicia! Todo echaba chispas y un pobre perrillo humedecía los gujarros del camino con las gotas de agua que de su lengua se desprendían. ¡Arriba, arriba, siempre arriba!...

Los brezos fueron haciéndose raquíticos, pequeños, miserables, hasta que desaparecieron. Después llegamos a los codesos: otra vegetación; la vegetación de las alturas. Por allí no se ve otro síntoma de vida que algún pájaro parduzco, que vuela a saltos, si así puede decirse, para ocultarse en el primer mato. ¡Subir, subir, siempre subir!...

Al cabo de varias horas de marcha, el guar-

da dijo: «Estamos en el roque del Peral». Dejamos de subir; el paisaje ha variado.

El llano de las Calderas—una extensión de doce leguas de diámetro—, se presenta a nuestros ojos como un desierto imponente. El viajero se empequeñece y siente el frío de la soledad... ¡Qué tristeza se apodera del corazón!

Lo único que alegra la vista son las retamas, las famosísimas retamas. En la época en que hicimos la ascensión que voy describiendo, no estaban en flor, pero es fácil imaginar la hermosura de aquella alfombra de flores blancas y amarillas, tapizando un suelo salvaje, truculento, digno de la pluma de Alighieri.

II

Desde los primeros momentos de la ascensión perdimos de vista al pico, al gran cono que admiramos cubierto de nieve en invierno y tocando las nubes en verano. Al llegar al Portillo que da acceso a las Cañadas, vuelve a aparecer ante nosotros, en medio de aquellas llanuras, como un gigante solitario, terrible, que está dormido, pero que continúa lanzando vapores por su boca de fuego, para que sepan que está vivo, que puede aún sembrar el espanto y la desolación.

Desde allí se contempla la enorme mole en su gran magnitud. El Teide parece haber sido formado en tres cataclismos distintos. las Calderas son el antiguo cráter; después surgió el cono de lava negra, áspera, feroz, y por último, el otro cono, lo que llaman nuestros labriegos el pilón de azúcar, que tiene el aspecto de la tierra calcinada, de las escorias de un horno espantoso... La imaginación excitada por la magnitud de lo que la retina reproduce, se precipita en el vórtice de las visiones fantásticas. Acude por misteriosas asociaciones de ideas, a nuestro cerebro cuánto hemos leído de horrores geológicos, y empequeñecidos no osamos emitir nuestra voz en los santuarios donde habla el trueno, alumbrado el rayo y escribe la piedra su historia colosal...

Seguimos andando por aquella planicie que parece una enorme vasija desportillada por tres partes. Ya vamos por un sendero amplio, de tierra virgen, a trechos rojiza, con rojo de fuego intensísimo. Hace pensar aquel fuego en un estado ígneo sorprendido por una helada, algo semejante a lo que sucede con el hierro de la fragua si se le enfría rápidamente

Después se llega a la piedra de pómez, a una extensión muy considerable cubierta de

esa especie de esponja terrestre, que se asemeja a los tontos, por su mucho aparato y poco peso. Allí trabajaban cuadrillas de obreros, y la mano del hombre, ha fabricado unas viviendas que lucen como un punto en la inmensidad del panorama. El viajero recibe la alegre impresión de contemplar a sus semejantes que, haciendo un alto en las faenas, saludan con cierta fraternidad cariñosa.

No distamos mucho del pie del cono de lava. Enormes monolitos de basalto brillante, como el carbón que se arranca del seno de las minas, aparecen dispersos por todas partes. ¡Son los inmensos aerolitos que lanza el Teide los días de sus cóleras terribles!... Algunos están medio hundidos en la tierra; otros partidos en dos por el porrazo; a los más se les puede seguir la trayectoria, marcada con trozos disgregados durante la marcha.

El paso por la lava es penosísimo. Los mulos andan difícilmente. La cuesta es cada vez más empinada y algunos expedicionarios comienzan a sufrir ligeros desvanecimientos, amagos de náuseas. El aire se enrarece por momentos. ¡Arriba! ¡Arriba!, grita el guía queriendo infundir un valor que le falta. Las paradas se repiten con frecuencia.

Como último síntoma de vida animal en-

contramos tres cabras, completamente negras, trepadas sobre un risco empinado, que miraban asustadas. Sus siluetas eran airoosas, distintas de las que nos surten de leche. Un arriero les disparó un pedrusco al mismo tiempo que lanzaba este grito guanchinesco, penetrante: ¡arrijojooooo!... Los animalitos saltaron como gamos y se perdieron en las hendiduras del volcán.

Más muertos que vivos llegamos por fin a Altavista, el lugar donde se encuentran las habitaciones en que debíamos hacer noche. El sol estaba muy avanzado en su camino, y el vientecillo fresco de la tarde traía las nuevas de que la noche, a pesar de ser del mes de agosto, demandaría los buenos oficios de una hoguera...

Dejamos con placer nuestras cabalgaduras. De allí arriba era menester subir andando, porque el camino no permitía otra cosa.

—¡Vamos, vamos, que no hay tiempo que perder!, gritaba el Conde.

Efectivamente, el tiempo apremiaba y era menester subir para presenciar desde lo alto la puesta del sol. No se me olvidará en la vida la figura y las contorsiones de Belmonte andando por las piedras del volcán. ¡Pobre poeta, cómo recordará aquel mal rato!

La mitad de los expedicionarios se rindió antes de llegar al sitio denominado «La Rambleta». Unos cuantos la emprendimos, maltrechos y jadeantes, con el «pilón de azúcar»; pero el sol se ponía y era forzoso ver el espectáculo desde el mismo cráter.

Nos sentamos. Cientos y millones de bocas abiertas en todas direcciones echan humo, y un olor de azufre quemado hace perder la respiración. Se oyen rugidos sordos, lejanos, como los de un mar oculto. Nada de esto, a pesar de ser extraordinario, logra conmovernos. Otro fenómeno reclama para sí todas las potencias y todos los sentidos...

El sol va a ocultarse en las aguas. Desciende lentamente; el horizonte está inflamado, magnífico; las islas de Palma, Gomera y Hierro semejan el rescoldo de tres hogueras que se destiñen; el oceano tiene todos los matices del oro y todas las claridades de un incendio infinito; cinco o seis nubes flotan en el cielo como girones de llamas apocalípticas...

Por Oriente se extiende el inmenso cono de sombra del Teide. Una región donde ya no existe la luz y que se destaca sobre el azul puro de las aguas, para después de pasar por encima de la Gran Canaria, terminar tocando

do las nubes. Nadie que no haya visto aquello puede concebirlo. Tan fiel es la proyección que se ve hasta el reflejo del humo de la caldera.

La isla de Tenerife está casi oculta por las nubes: no se ve más que la gran cordillera central, que trae a la mente el esqueleto de un enorme megaterio enterrado en las nieves polares... La luz se extingue, la luz se va, el día muere en un silencio augusto, que penetra los nervios infundiendo el horror de las soledades muertas.

Volvamos de nuevo los ojos a Occidente.

Las aguas palpitan como si se alborozaran gozando el placer de que el dios de los astros se oculta en sus cristales de rubí. Ya ha llegado el instante supremo: la bola ígnea toca con su disco inferior la faz del oceano, los dos monstruos se han besado... Las sombras han corrido sus velos misteriosos... El espíritu de la paz cierne sobre todas las cosas.

Es de noche.

III

Penosamente, andando a tientas por la lava, regresamos al sitio donde debíamos pasar la noche. Los arrieros se calentaban al fuego de hogueras, que chisporroteaban, en medio

de aquellos cerros escarpados, cerriles, capaces de poner espanto en el espíritu más sereno. Los mulos, sin olvidar sus piensos, levantaban de cuando en cuando las cabezas, como si recelasen la aparición de Cerbero u otra fiera cruel y monstruosa... En un sitio privado de todo rumor de vida, hasta los animales sienten el miedo de la soledad.

Estábamos tan rendidos de las fatigas del día, que apenas comimos. El buen humor nos abandonó, sin embargo, y entre bromas y risas preparamos las camas. ¡Qué camas! ¡Cómo echábamos de menos las que habíamos dejado en el gran hotel Taoro!

A Navarro y a mí nos fué completamente imposible sufrir por mucho tiempo aquellos colchones de paja húmeda, que hacían más ruido que un batallón de Caballería, y nos echamos fuera de la habitación, envueltos en dos o tres mantas. Allí dentro, además, se nos hacía imposible la respiración; las sienes latían fuertemente y un malestar incomprensible se apoderaba de todo el organismo.

—A respirar fuera,—dijimos—, dispuestos a pasarnos la noche completamente en claro.

Es indudable que ciertos temperamentos necesitan en aquellas alturas, respirar aire libre, completamente libre.

Al vernos salir de la luz de la puerta, los mulos más próximos se espantaron, y el perrillo de que hice mención al principio, lanzó algunos aullidos que se perdieron en el espacio. La noche era bastante oscura, pero a pesar de ello se vislumbraban entre las sombras las siluetas de los enormes riscos.

—¡Qué grandioso es todo esto!—dijo Navarro—. Cada vez que lo contemplo me parece más horrible.

Después empezamos a dar paseos delante de la casa para que el frío no nos entumeciera, y a tomar copitas de coñac, que allí parecían de agua inofensiva.

Las visiones del Dante volvieron a mi imaginación. Me parecía estar «en el doloroso valle del abismo, donde resuena el rumor de lamentos sempiternos»; en el valle terrible de los sufrimientos inauditos y las desesperaciones eternas. Empecé a temblar como si estuviera en presencia del horrible Minos, y me gritase como al poeta florentino: «¡O tú die vieni al doloroso ospizio!»

Después vino a mi memoria la idea de Antonio perseguido por los fantasmas que nos pinta Gustavo Flaubert, y mi temblor supersticioso aumentó. Ya me parecía estar viendo el «Grifón» con su enorme pico de buitre,

sus alas blancas, las patas rojas y el cuello azul; ya el «Basilisco», inmensa serpiente de color violáceo con una cresta de tres picos y dos enormes dientes diciéndome: «¡Espera! Tú vas a caer en mi garganta. Yo bebo el fuego y por todas partes lo aspiro. En las nubes, en las conchas, en los árboles muertos, en el pelo de los animales, en los pantanos de aguas cesagosas, mi temperatura alimenta los volcanes y yo doy brillo a las piedras preciosas y el color a los metales»; ya creía tener delante al «Ladhuzag», al «Marticoros» y demás monstruos, cuando Navarro usó estos términos:

—Tomemos otra copa de coñac. Estoy yerto. Mira el agua de las vasijas cómo se ha helado.

A las cuatro de la madrugada emprendimos de nuevo la marcha, animados del firme propósito de ver la salida del sol desde lo más alto del Pico. El Conde de Pradera y Belmonte Müller renunciaron «generosamente». Se quedaron adormitados como dos beodos, en los jergones de paja húmeda.

M. Mainfroy, Navarro y yo fuimos los héroes de la jornada. Caminábamos a la luz de un farol, dando tropezones, deteniéndonos, tocando el suelo como los ciegos que todo lo

confían al bastón, esperando el momento de caer sobre los picachos de la lava... Era aquella una peregrinación extraña y fantástica.

A durísimas penas llegamos al pie del «Pilón de Azúcar». Hicimos un alto y Navarrito, trepando sobre un risco negro rodeado de azufre casi fundido y otras sustancias químicas de colores rojizo y verde, se dispuso a no dar un paso más. Estaba rendido. Desde allí presenciaria la salida del sol.

¡Arriba, arriba, arriba! M. Mainfroy es un joven ingeniero hidráulico, acostumbrado a grandes y penosas ascensiones por parajes escabrosos. Y últimamente había pasado dos meses haciendo estudios en las montañas suizas. Con estos antecedentes muy fácil es colegir que el guía y yo éramos víctimas de las robustas piernas del ingeniero.

—¡Despacio, señorito!—le decía Miguel.

—¡Para todo hay tiempo!—añadía yo.

El aire está cada vez más cargado de gases y vapores. El relente del amanecer besa nuestras mejillas humedecidas por el sudor, y una claridad indecisa, misteriosa, débil promesa de luz, da el primer asalto a las sombras de la noche... Del espíritu se apodera un profundo sentimiento de inquietud, y las pupilas dilatadas por la fiebre del deseo, se

clavan en Orienté. De allí sabemos que viene la claridad, pero allí no se ve nada aún. Solamente llama nuestra atención una estrella que aparece y desaparece, corre y se detiene, oscila y se está quieta... Diríase que es la luz de un navío colocada en el mástil, pero no, aquello es el lucero de la mañana, el heraldo de la luz febea, el clarín con que se anuncia el sol...

El resplandor va aumentando, va invadiendo las tinieblas, y el cielo comienza a dibujar su arco inmenso de tonos cenicientos. Estamos en el reinado tranquilo, poético, soñador, de las penumbras, así como antes estábamos en el de las sombras... La transformación se realiza en un silencio augusto. La tierra no tiene rumores, el mar ni se ve ni deja oír sus ruidos de asmático, el viento parece haberse detenido a contemplar el amanecer. Todo está en suspenso ante el misterio de la luz...

La isla de Gran Canaria se ve ya como una sombra, va destacándose, apareciendo paulatinamente. Las aguas del oceano surgen también a la claridad del día y las nubes semejan bancos de nácar donde se quiebran los rayos de una luz pálida, fría, medrosa...

De pronto, como si brazos seculares lo empujasen en un esfuerzo titánico, aparece so-

bre las aguas el sol... ¡ Oh, es el día con todos sus esplendores vivificantes, con todos sus destellos cegadores!... El espectador, como los pájaros, siente deseos de cantar, una alegría indescriptible recorre nuestro ser haciéndonos decir interiormente: «; Qué hermosa es la vida! ; Qué bella es la existencia!»

Todo ha cambiado; las tintas negruzcas, grises oscuras, se funden con las rojas, y tanto en el cielo como en el mar y la tierra, puede admirarse la infinita gradación de los matices solares. Es la misma luz reflejándose de diversa manera en las cumbres de color escarlata, en las crestas de las olas festoneadas de rubí, en el cielo suavemente inflamado... Como hablando del Lido, dijo Taine, allí se sueña con sensaciones, no con pensamientos. ¡ Magnífico, magnífico, magnífico!...

La caldera echa humo por todas partes. El fuego sale por las grietas arrojando vapores infectos. Un ruido de enorme horno en ebullición suena amenazador... La sombra del Teide se proyecta ahora sobre la isla de la Palma, donde llegan las primeras agujas de fuego...

¡ Magnífico, magnífico!, repite el espectador en el colmo del entusiasmo...

Página literaria

CARTA DE UN CELOSO

Amada mía: Desde mis tierras de «El Sausillo» te saludo, al ocultarse el sol, respirando el ambiente de las magnolias florecidas... Solamente escucho el respirar soñoliento de «Alí», mi danés, causado de la jornada de anoche, y el arrullo de una tórtola esclava, vivo recuerdo de mi difunta madre.

Estoy dominado de una tristeza invencible, dulce como baño tibio donde hubiese pétalos de rosa; infinita como mar muerto y sin espumas; extraña como armonía de salmo repetido sin cesar en el misterio de las pagodas...

Esta tristeza ha tenido distintas etapas, como la luna en las noches de celaje. Al prin-

cipio todo fué confuso, indescifrable; diríase que mi alma había caído en la nada, en el vacío de los recuerdos y las cosas; después se iluminó, tuve conciencia, pude verte como una lontananza... Ahora siento deseos de hablarte, de decirte muchas cosas que guardo en el fondo del pecho y que te explicarán nuestra escena de anoche...

Fuí brutal, fuí primitivo, fuí cruel... Y lo malo, amada mía, es que no imploro perdones, que no rectifico... ¿Para qué pronunciar frases embusteras? Serían indignas de nuestra pasión, de nuestras almas, nacidas para la lealtad y para el bien. La hipocresía no debe estar en nosotros, porque donde ella existe no hay amor, ni virtud, ni felicidad...

Yo voy a presentarme tal y como soy: hijo de Dios, discípulo de Satanás, mezcla fatídica . Para decirlo más claro: Hombre, porque los hombres somos eso, amada mía; divinidad y barro; sombras de caverna y resplandores de cielo.

×

A tí te han dicho que mi vida fué donjuanesca, de amores livianos; que soy un curioso que ha gustado libar en todas las

fuentes; que me miré en el espejo de muchos ojos apasionados... Pues bien, amada mía, es verdad.

Hasta hoy reí cuando me hablabas de estas cosas. Ahora confieso, para explicar la escena de anoche, para que nos comprendamos en lo sucesivo, para que yo sea yo, tal cual me hizo la vida, con sus dedos invisibles de diosa incontrastable.

×

Libros y mujeres. He ahí el compendio de mi existencia errabunda. Amar y leer. Jamás pude sujetarme a la esclavitud de estudios detenidos, largos, de cualquiera de las manifestaciones del pensamiento... Soy un «dilettanti», un vagabundo de las ideas, un inquieto de las artes y las ciencias.

Así formé mi cerebro irritándolo de continuo, sometiéndolo a la gimnasia volatinera de saltimbanqui... Siempre nómada, siempre errabundo, siempre soñador.

He llegado a ser un cosmopolita, una cosa que es todo y no es nada. Puedo hablar del Arte en todos los pueblos; de la Religión en todas las razas; de la Filosofía en sus polícromas e infinitas manifestaciones; de la

Ciencia en su carrera triunfal, venciendo sombras; del Heroísmo a través de los tiempos, y no obstante, amada mía, en nada soy autoridad, porque a nada me entregué con pasión única, dominadora, persistente, fecunda.

Soy lo que en sociedad se llama un hombre ilustrado. Balumba, infernal, mezcla de retazos, fatuidad infecunda... Nada, querida mía, nada.

Y sin embargo vivo estimado. Se me tiene por hombre de valer; cuando hablo en las tertulias se me oye con devoción, no se discuten mis juicios.

Pero no soy nada, porque sólo valen los que producen, los que tienen sexo; los que, como las madres, sienten desgarrar sus miembros, con dolores de parto. Sin sacrificio no existirían héroes, ni sabios, ni mártires, ni santos... y yo no he sabido sacrificarme...

Únicamente pude haber sido artista, poeta; pero tampoco lo soy, porque sin fe y sin generosidad el Arte no vive, como no vive el amor... ¿Crees tú que Amor es algo más que fe y generosidad?... De esto sí sé algo, porque tengo el archivo de la historia, atestiguando la verdad.

Vamos ahora, amada mía, a que conozcas mi leyenda donjuanesca. Antes de nuestra unión sagrada, te debo la verdad, para que antes de depositar las ambrosias de tus amores sepas el cristal en que las viertes...

Escucha.

Yo he tenido la desgracia del oro. Lo heredé, lo hallé a mano, pude servirme de él para mis locuras y mis ansias. Sin él, quizá hubiera servido para algo a la humanidad; con él, no he sido nada. La falta de espíritu de sacrificio pudo, en cierta medida, ser reemplazada por la necesidad de lucha; pero ni eso, dueño mío, ha querido que yo fuera útil a los hombres.

¡Dinero, alma soñadora, juventud!,... Imagina cómo estarán las páginas de mi existencia galante... Son hoy vergüenza, son hoy dolor, son hoy arrepentimiento.

Yo sabía que Oriente es la cuna de la sensualidad atormentada, frenética, dominadora... Y allá me fui, a orillas del Nilo, «que corre con la augusta solemnidad de un salmo, retorciéndose como serpiente de oro»... Después, pasé al país del Eufrates...; más tarde a la India, tierra de los misterios, de los vedas sagrados, de Brahma, la substancia absoluta...

A mi cuello se ciñeron brazos de diosa tór-
nados y pálidos como columnas de marfil;
las flores cardenas, abrasadas de fuego, de
labios insaciables, me dijeron locuras; ojos
negros, como superficie de cisterna profun-
da, me abrieron el brocal radiante de los pár-
pados estremecidos...

Más tarde a Grecia, la incomparable y
única Grecia; luego a Roma, la sultana, la
poderosa, la de los emperadores y los papas...

A todos lados me llevó la sed; de todos la-
dos vine más sediento.

¡No sabes, no sabes, amada mía, porque
eres pura, lo que es sed que no se sacia, fre-
nesí que no se extingue!

De París no te hablaré. Aquello es el con-
junto de todo lo quintaesenciado y más pros-
tituido, Babel monstruosa de los idiomas del
amor.

X

Vine aquí, vine a la tierra de mis padres,
como pájaro fatigado de volar, en busca de
reposo y de sueño.

Te hallé sin buscarte, como generalmente
se logra la Uicha en este mundo de lo ines-
perado. Fortuna es ciega, y una tarde en que
yo vagaba distraído, como quien arrastra vi-

da sin objeto, quedé extasiado en la contemplación silenciosa de tus encantos.

Eres cifra y conjunto dichosísimo de mis ideales: de tez y cabello morenos, tienes de Roma el perfil augusto; de Arabia los ojos oscuros, misteriosos; de Grecia las líneas ondulantes, puras, de tu cuerpo flexible... y de mi tierra el hablar dulce, arpégico, con que mi madre me dijera: «niño mío, amado mío, locura de mi alma»...

En este joyero ideal, ¿habrá una perla?, me dije, marchando en pos de tí, aquella mañana memorable... Busqué tus ojos y permanecieron mudos, serenos, sin darse cuenta del espionaje de los míos...

Enloquecí, tú lo sabes, enloquecí de amor...

En nuestro cielo no hubo sombras...

Nunca hubo pareja más feliz; nunca, ni en el reino de las Hadas, mayor identificación de dos espíritus...

Tú para mí, yo para tí; ambos para el 'Amor, dueño del mundo...

X

'Anoche, en aquel maldito sarao, sentimos por primera vez en nuestros corazones el aguijón penetrante, desgarrador...

Fuí brutal, fuí primitivo, fuí cruel...

Dada la historia de mi vida, teniendo en consideración las prolijas experiencias de mis amores triviales... mis seducciones, mis orgías, mis locuras, yo no pude ser de otro modo, amada mía: obré con la lógica de los sucesos. Has de persuadirte de que en todo enamorado, por mucha dosis de convencionalismo social que le atribuyas, existe siempre el hombre primitivo, el emperador absoluto, el dominador exclusivo... No puede ser de otro modo. El régimen del amor es el régimen del absolutismo.

Quien ame será siempre así, y si tolera, si calla, habrá de ser a costa de sufrimientos, de abdicaciones, de cóleras espantosas.

¡Ah, amada mía! La mentira social inventó muchas fórmulas para que puedan vivir, tolerarse, dos que no se aman y que deben existir en el mismo tálamo... Como son la mayoría, imponen la ley, hacen la costumbre social, determinan los convencionalismos imperantes...

Es así; yo, que he vagado mucho, te lo digo... Yo, que he sido actor diligente de esa comedia, te lo juro...

Anoche, un petimetre perfumado, un «gentlemen», un «dandy», un andrógino, como yo les llamo, te asediaba diciéndote neceda-

des... Sobre tu cuello de cisne, puro y gentil, caía el aliento miserable de aquel imbécil, sonando a músicas de alabanzas... tú sonreías candorosa, trastornada quizá por el perfume de las lisonjas; al fin eres mujer... quizá tan solo por delicadeza cortesana...

Yo, que hice lo mismo con muchas mujeres, sufría torturas insondables.

Tuve intento de provocar a aquel bellaco...

Me contuve... Luché...

Cuando tus dedos recorrían el teclado; cuando estabas como una diosa en su trono, y el 'petimetre profirió aquellas frases de «boulevard», del hampa, no fui dueño de mí...

Amada mía: ¿puede mirarse con calma, con estoica calma, que una oruga repugnante roa ante nuestros ojos la flor de los ensueños?... ¿Puede tolerarse que se nos ensucie la fresca y pura linfa en que apagamos la sed devoradora largamente contenida?

No, amada mía; y tanto como eso, me ofendió la superficialidad estúpida de aquel hombre que estimara bastante para tí perfumes del arroyo... lo que es de todas, lo que envenena a todas... Odio lo vulgar, odio la ramplonería de las formas.

No me irrité por tí, que sé que eres firme,

que eres diamante, que eres virtud... Me irrité ante el espectáculo de que a mi vista se te alabara con lenguaje cubierto del polvo de las calles...

Mis iras no son las de Otelo; son las del artista que viera cubrir su escultura divina, su diosa radiante, con púrpuras y sedas todavía impregnadas del ambiente de las «cottes»...

Mis odios fueron los de un poeta que viera a un imbécil enlodando un lirio gentil... Los de Dios, si Dios tuviera odios, cuando una madre ofrece al vicio los labios de su hija...

Amada mía, el sol se pone, pero yo siento en mi pecho una aurora; sé que besarás esta carta; sé que me amarás más aún; sé que me comprendes...

Adiós, sueño de mis sueños. Adiós.

Benito Pérez Armas

ESCRITORES ISLEÑOS

**Tradiciones y anécdotas
canarias**

POR

BENITO PEREZ ARMAS

X X X

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

**LA TRAGICA MUERTE DEL HIJO
DEL ADELANTADO**

No están conformes la Historia y la Tradición acerca de cuál fué la causa de que el hijo mayor de don Alonso Fernández de Lugo dejara esta vida antes de tiempo. Tal divergencia engendró la necesidad de que solícitos y competentes escritores practicasen prolijas investigaciones. De ellas resulta no ser cierto que don Fernando—así se llamó el primogénito—muriese en Africa, en la batalla de las Torres, en gloriosa compañía de Pedro Benítez («El Tuerto») y Fernando de Lugo, como afirmaron Gandara, primero, y Salazar de Castro y Viera y Clavijo, después. La razón es obvia: aquella batalla se libró en 1501, y consta, de documentos irrefutables, que en 4 de Marzo de 1506 prestaba declaración aquí, en La Laguna, el referido vástago, ante el Inquisidor Tribalados. Existen, además, otras muchas pruebas, que reputamos ociosas, por ser la expuesta de las que no han menester corroboraciones.

De cuanto hemos podido averiguar, respecto al debatido asunto, inferimos que don Fernando murió en La Laguna—sus restos están en la Parroquia de la Concepción—y en circunstancias poco honorables, a juzgar por el empeño que se puso en ocultarlas.

Conocida la fullería de los que por historiadores quisieron pasar, ¿por qué no hemos de conceder crédito a la Tradición?... ¿No es de presumir que la verdad, mal encubierta de supercherías, hizo su camino de labio a labio, hasta llegar a nosotros?...

Allá va la anécdota; y como dicen los italianos: «se non e vero e bene trovato».

Don Alonso Fernández de Lugo, sus deudos, amigos y vasallos se establecieron, finalizada la conquista, en la prominencia que después se llamó «Lomo de la Concepción», por razones de orden práctico que la Historia examina y que aquí no viene a cuento. Allí edificó el adelantado su primitiva casa, y al cobijo de ella se agruparon las de los restantes pobladores de la naciente ciudad de Agüero.

Como eran gentes de fe, ganosas de merecer el amparo del Cielo, así para negocios de esta vida, como de la otra, comenzaron al poco tiempo de establecidas a levantar la

iglesia de Nuestra Señora de la Concepción. Es fama, y ello consta también de documentos irrefutables, que el propio conquistador, y los de su estirpe, arrimaron el hombro a maderas, sillares y otros elementos de construcción, en prueba del entusiasmo con que grandes y pequeños debían mirar la obra... ¡Si hoy fuera así, férvidos patriotas!

Estaba aún a medio hacer la iglesia Matriz, pero ya utilizable para el culto y las deliberaciones públicas del Conquistador y los que con él compartían el gobierno de la isla, cuando ocurrió el malhadado suceso que dividiera, durante siglos, en dos bandos y dos mitades la ciudad: Villa de arriba y Villa de abajo, cada una con sus pruritos, sus afa-nes, sus matones y sus parroquias, según luego se verá.

A fuer de hombre de acción y poblador, tuvo don Alonso tres mujeres, y la primera le dió dos sucesores (don Fernando y don Pedro), ambos garridos, inteligentes y esforzados. Vivían con su padre, recibiendo el buen ejemplo de sus moderadas costumbres, prudencia y tacto, pero al mayor (cata aquí la fragilidad del alma humana) le sacó de ra-

Con una linda joven de las que ahora dicen despampanantes.

No se daba partido, ante los requerimientos de don Fernando, porque vivía muy en sí, o mejor dicho en otro, que era un apuesto Capitán de las guerrillas del Conquistador.

Apremiado el de Lugo, por sus anhelos y los desvíos de la moza, buscó una Celestina—de las que siempre hubo para empresas de amor en que medien el oro o la privanza—y concertó, muy sigilosamente, un golpe de mano con el auxilio de dos de sus secuaces. Era el propósito hacerse con la joven, raptarla, y, según se colige, dejarle luego al Capitán lo que sobrase...

Pero he aquí que hubo soplo—quizá de la misma Celestina que percibiera doble estipendio en una sola jornada—y el Capitán se puso al acecho en cierto rincón aledaño a la calle en que la dama tenía su vivienda.

Era una noche de Otoño, oscura y lluviosa, de las que menudean en La Laguna así que las nieblas descienden al llano. Parpadó tímidamente el foco de una linterna, escudriñando en las sombras, y en cuanto se orientaron anduvieron presurosos, calle adelante, el primogénito y los suyos, portando una escalera.

Ya la apoyaban en la pared del aposento de la joven, cuando el Capitán avanzó hasta el grupo, y encarándose con don Fernando, le dijo:

—¡En poco me tienes u en ninguno, follón! ¡No hayas miedo y presto a las espaldas!

—¡Plugo a Dios que hayas venido, villano! ¡Ten la lengua y a los aceros!--contestó el de Lugo.

Comenzó el choque, con gran empuje por ambas partes, y los vasallos se ausentaron para dar nuevas del suceso.

De pronto fué mal herido don Fernando, y al caer gritó:

—¡Holgado estás! ¡Muerto soy, Capitán! Adquirida por éste la certidumbre de su triunfo huyó ligero hacia la parroquia Matriz, por una de cuyas puertas penetró merced a la llave de que con antelación le proveyera un forjador, su amigo y confidente.

Al aviso de los vasallos del de Lugo acudió tropel de hombres armados, y tal fué el tumulto que se levantara al ver el cadáver, que todos los vecinos de los contornos se congregaron en la calleja, actualmente llamada de San José.

No fué logrado el Capitán, a quien se pro-

curara en todas direcciones, pero a la amanecida se supo que había penetrado fugitivo en la Concepción.

Fuéronse los alborotadores a la casa parroquial (adosada al templo), y golpearon en la puerta hasta que la abrió el cura, Hernán García, diciendo:

—¡Idos con Dios, buenas gentes, que el capitán se acoge a la inmunidad del templo! Por derecho de asilo, sólo a Dios pertenece. ¡Largo de aquí, so delito de profanación!

Desconcertados y mohinos acudieron al Adelantado, quien, a pesar de la moderación de su alma montó en cólera, porque el dolor de padre se sobrepuso a todo otro sentimiento, y envió al cura un ultimatum por conducto de sus privados. No cedió Hernán García a la entrega del Capitán, y como alguno de los presentes osara intimidarle, repuso:

—¡Noticiad al Conquistador que si fuera tanta su demencia venga él por el refugiado, pero advertidle que antes de llevarle acaecerá mi muerte! ¡Mientras tanto es bien callar, gentes de mesnada, que las habéis con quien no se rinde más que ante su Señor!

Divulgáronse todos los pormenores del hecho, y el alma popular se puso del lado del

cura y del matador, con tal ardimiento, que don Alonso dió de mano el asunto, herido en su dignidad, o quizás atormentado de religiosas preocupaciones, (más que ganoso de evitar revueltas y motines como algunos entendieran) y se fué a vivir al otro extremo de la población, decidido a no volver a pisar aquellos lugares, ni a ver siquiera la iglesia Matriz.

Al efecto hizo edificar su segunda casa en el sitio en que hoy está la iglesia de las monjas Dominicanas; mando a torcer la calle de la Carrera—que había trazado recta, como todas las otras de la ciudad—y decidió cumplir sus deberes religiosos en la ermita de San Miguel.

A seguida se dió comienzo a la construcción de la parroquia de los Remedios—cuando la otra no estaba aún terminada y era más que suficiente para las necesidades de entonces—y don Alonso puso todos sus valimientos a favor de aquel empeño, con tal ahinco y parcialidad, que dió origen a las luchas que relata la Historia.

Y desde entonces viene el pugilato famoso: ¡villa arriba y villa abajo! ¡«Greñudos» y «Vinagres»!

LA SANTA Y EL CORSARIO

ANVERSO

Trasladémonos a los últimos días del siglo XVII. La tarde es como una caricia de luz en el patio del Convento de las Dominicas de Santa Catalina de Sena. Las preces de las monjas levantan susurros de pájaros en vuelo. Todo es paz en las almas y las cosas. María de Jesús, la Sierva de Dios, la iluminada, está practicando sus cotidianas oraciones. 'Acaso se flagela, acaso fluye su sangre en las heridas que al morir le hallaron en el pecho y las espaldas...

Triunfante de la Calumnia ya no se pone en pleito su santidad, ya todas sus Hermanas, de la Priora abajo, le tributan veneración, y su nombre, como un resplandor divino llena el Convento, rebasa La Laguna e irrumpe por todos los pueblos de las islas... Igual que Teresa de Jesús venció las acechanzas; igual que Teresa de Jesús vive sin

vivir en sí; igual que Teresa de Jesús, por la humildad, la pobreza, la resignación y el sacrificio, llega hasta su Amado y en arrobos y transportes con El se comunica, más allá de la Tierra, donde todo es Fe, Enigma y Misterio...

Aquel día la Sierva de Dios estuvo triste, ensimismada, ausente de sí, hasta poner en cuidado a la Comunidad que la creyera adolecida.

De pronto se oyó en la celda en que oraba un rumor extraño, como de lucha, que hizo crujir los maderos del piso y de la puerta. La Comunidad, angustiada, estremecida, corrió hacia el aposento de la Siervita en el instante en que apareciera diciendo:

¡Albricias, albricias, que el Señor me ha oído! ¡Albricias, albricias que el peligro pasó!...

Quiso la Comunidad conocer el motivo de tales exclamaciones, y ella repuso:

—¡Amemos al Señor! No más os digo.
¡Amemos al Señor!

REVERSO

El corsario don Amaro Rodríguez Felipé venía con los suyos, en la nave «Fortuna»,

de regreso a Tenerife. Era cuantioso el cargamento que conducía el valiente y católico navegante, de años atrás amado y protegido de la Sierva.

El gaviero que oteaba en la cofa, gritó:

—; Buque pirata! ¡Bandera turca!

—¡La de Castilla! ¡Presto la de Castilla y a las armas!—gritó el corsario.

A seguida el pendón morado, del sol que no se ponía, tremoló altivo en el «Fortuna».

...Después los garfios; el abordaje; la feroz pelea; el cuerpo a cuerpo, sin tregua ni cuartel... Eran más los turcos y los de don Amaro iban vencidos, pero entonces el corsario, creyente y caballero, imploró el auxilio de la Sierva, y ésta se le apareció y le dijo:

—¡Animo!; ¡no temas, Dios está de tu parte!

Confortado el caudillo, sus huestes lo siguieron con terrible denuedo, y la bandera enemiga se arrió en testimonio de rendición y vasallaje. Quedaron los turcos prisioneros, y el corsario continuó su marcha con la presa que el favor de la Sierva le había proporcionado...

Sin quitarla del pensamiento, ni día ni noche, como él dijera, llegó a Santa Cruz e in-

mediatamente subió a La Laguna para tributarle el testimonio de su gratitud.

Al verla cayó de rodillas, diciendo:

—¡Amada y Santa protectora: te debemos la vida! ¡Todo es tuyo, hija de Jesús!

Dióle la mano la Sierva y alzándolo, expresó:

—Levántate que ofendes al Cielo. Nada me pertenece: ¡todo es de Dios!

La Comunidad quedó sobrecogida, mientras la Priora, leyendo un papel, exclamaba:

—¡El mismo día y a la misma hora! ¡Milagro, milagro!...

Y otra vez rumor de preces, como susurro de pájaros en vuelo, volvió a sonar en el patio de las Dominicas de Santa Catalina, en la quietud dorada de una tarde imperecedera en la memoria de los puros y creyentes corazones.

LAS PARRANDAS

El viejo manuscrito, trazado por un sacerdote, en que se consigna la anécdota que voy a referir, no precisa el año del suceso. Sólo se sabe que fué en el siglo XVIII, en la última época de los alcaldes corregidores.

Era entonces la Villa de la Orotava la segunda población de Tenerife y compartía con La Laguna el honor de ser asiento y residencia de las familias más aristócratas y afincadas del Archipiélago. Hubo allí siempre una sociedad escogida, ecuaníme, temerosa de Dios, solícita del espíritu de clase y como en el presente, muy unida y emparentada.

Abajo hallábase el estado llano, las gentes de oficio, los aparceros, «cachorra» en mano, diciendo su merced, siempre que pasara el hidalgo, el caballero, la dama o el sacerdote ..

Debe manifestarse, por fueros de justicia, que a pesar de las distancias y las cercas, los de arriba y los de abajo se estimaban y con-

vivían en un ambiente de paz porque los unos eran buenos, y los otros no carecían de lo necesario para matar el hambre y espantar las penas, entre tragos de vino, cantando y bailando tajarastes, folías y saltos...

La pintoresca villa, tendida en el regazo del Valle, en anfiteatro, como si cada habitante se hubiese preocupado de que el vecino no le quitara la vista del fastuoso panorama; la de los jardines perpetuamente florecidos; la de las vías blasonadas por las que cruza el agua recién surgida de los abismos del volcán, ebria de libertad; la que arriba, en la cumbre, tiene el espectáculo de la nieve a las veces con reflejos de bronce florentino, y abajo el mar, la rompiente, la espuma, una vela, un trasatlántico... la silueta entre nubes de la isla de la Palma donde nació Tanausú y duerme la leyenda de una raza...

La egregia villa, decimos, debe ser la cuna de las folías, de nuestro canto popular, mitad suspiro, mitad beso, donde añora errante el genio del pueblo aborigen y trova amores, transida de emoción, el alma isleña...

Sea de ello lo que fuere—y perdónese nos la digresión—lo cierto es que al decir

del cura, la gente joven de la Orotava sentía antes, como ahora, vivísima pasión por las folías: ¡Ah, las parrandas, sobre todo los sábados por la noche, con guitarra y acompañamiento de «timple» después que terminaban los bailes y dormía el vecindario!...

Por los tiempos a que me vengo refiriendo era alcalde corregidor de la Orotava un aristócrata ordenancista, severo, de quien se decía que ni en la cama dejara el bastón de mando y el espadín. Era pequeño, mal encarado, bizco, muy pulcro en el vestir, solterón y fanáticamente religioso.

Un domingo, a la salida de misa, los atguaciles pregonaron un bando, a tambor batiente, prohibiendo las parrandas nocturnas: De las ocho de la noche en adelante, ni días de labor ni feriados, era lícito turbar la paz del vecindario con músicas o cantos, sin especial permiso del señor alcalde corregidor...

Ni qué decir tiene que la juventud de la Orotava quedó consternada. Durante aquel día y la semana siguiente no se habló de otra cosa, pero nadie se atrevió, ¡pobre del que tal osara!, a contravenir el bando... Silenciosas, tristes, las calles de la villa tuvieron que conformarse con el canto del agua de las acequias y el grito sostenido de los serenos

anunciando las horas y el estado del tiempo...

En la Villa Arriba, en determinado figón que el manuscrito no precisa, se reunieron una noche con grandes misterios los más afamados parrandistas decididos a trazar un plan para concluir con el bando. ¡No faltaba más! Si era menester, ahí estaba América; la expatriación, cualquier cosa, antes que renunciar a las parrandas...

Y fué así:

En cierta calleja, más empinada que la Cuesta de la Amargura, donde sólo había un farolejo de aceite alumbrando al Cristo del Gran Poder, aladaña al muro de un jardín había una casita de dos pisos. Vivía allí una señora cuarentona, de exuberantes formas, que había sido guapa y ahora era pretensiosa, a quien el corregidor hacía frecuentes visitas por razones de parentesco.

Los parrandistas estaban en la historia y más de una vez le habían cogido «el guiro» al corregidor, cuando a las altas horas de la noche, después de retirar toda vigilancia de aquellos contornos, penetraba envuelto en la capa, sin el sombrero de picos, ni la hevilla en los zapatos, previas tres toses, por la puer-

ta de la casifa aledaña a los muros del jardín...

El corregidor, en amores, como en todo, era metódico. Así, pues, el plan pudo precisarse, fijando día y hora...

Pausadamente sonaron las 12 y apareció el cuerpo menudillo y ágil del señor corregidor. Cuatro de los parrandistas estaban en la azotea: dos en la tapia, casi laminados, ocultos en una sinuosidad de la pared; los demás guardando las boca-calles...

A la primera tos el corregidor fué levantado en vilo con un lazo escurridizo, sujeto por la mitad del cuerpo y mientras tanto le arrebataban el pito que usara para avisar a los alguaciles. Un tirón más y quedó a mitad del frontis, como un pelele, echando ternos y fulminando amenazas.

—Nada te salvará, le gritaron, nos perteneces y si gritas te estrellaremos, hipócrita. Ríndete, capitula y nada te pasará.

Súbitamente-se abrió una ventana baja y la voz de la cuarentona intentó gritar ¡so...! Una mano irreverente, brutal, la quitó el carmín de los labios...

—¡So...!

La irreverencia se convirtió en escarnio.

Al fin el corregidor, el hombre inflexible, dijo:

—¿Qué queréis? ¿Qué gente sois? ¿Qué justifica esta rufianería?

—Que derogues el bando de las parrandas; que permitas cantar y tocar las folías, porque de lo contrario, muerto ahora si insistes en la orden; o difamados y vilipendiados públicamente mañana tú y tu parienta, si la produces... Elige, a elegir...

—Otorgado. Derogo el bando.

—¿Palabra de caballero o de corregidor?

—De caballero.

—Bien—dijo una voz—pues advierte que caballeros y algunos, parientes tuyos, somos nosotros también. Nada se sabrá si cumples. ¡Libertad de amor para todos!...

Desde entonces no han tenido más interrupción las parrandas, y las folías recobraron su definitivo imperio en todas las poblaciones isleñas.

ZAPATERO A TUS ZAPATOS

Epoca: último tercio del siglo pasado. Localidad: una población de Tenerife que siempre tuvo crecido golpe de gentes de buen humor con cierto sentido pagano de la vida. Personajes: Señor Manuel «Parranda»; su mujer, «La Foña», y el Indiano del «Peñón», rico hacendado de extensos cafetales en Venezuela.

Señor Manuel «Parranda» era de profesión zapatero; de ideología, republicano zorrillista; de carácter jovial y comunicativo. Trabajaba de lunes a sábado mientras había luz solar; pero a esas horas requería el requinto, y acompañado de sus amigos salía indefectiblemente de parranda. Era su única expansión, y «La Foña», después de reñir terribles batallas, se había resignado a verle partir con la unción y puntualidad de quien se consagra a un rito sagrado, y regresar los domingos, bien entrado el día, «más molido que acemite», y a las veces increpando al

Alcalde y maldiciendo de los guardias municipales.

«La Foña» había sido una real hembra y conservaba todavía vestigios de su antiguo esplendor. Su porte de matrona, y la opulencia de los senos, hinchaba aún las venas de los oficiales jóvenes de la zapatería. Era honrada a carta cabal, «comechosa», expedita de lengua y limpia hasta la exageración. Se consideraba muy por encima de su marido en achaques de administración, y hasta en rango social; pero ello no fué obstáculo a que vivieran felices, e identificados, incluso en la pena de no tener sucesión.

El Indiano del «Peñón» fué el amigo inseparable del señor Manuel «Parranda» en los años juveniles; juntos aprendieron los deportes de la lucha, el juego del palo, la caza y la natación, a que se entregaron frenéticamente hasta cumplir los doce años. Después el uno se fué a Venezuela, en busca de fortuna, y el otro a manejar el tirapié y esgrimir la lezna, en el aprendizaje de su oficio.

Al cabo de muchos años, no menos de veinte, se presentó de súbito el indiano del «Peñón» con más «morocotas» que pelos, una cadena de oro bastante para fondear un candray y varios dientes de oro. No se hubieran reco-

nocido si se encuentran en la calle. El indiano tenía en sus maneras la solemnidad que a veces presta el dinero y en sus juicios la firmeza peculiar de los hombres eficientes, prácticos, que supieron imponerse y vencer. Le llamaban del «Peñón» por ser éste el nombre de la finca en que su padre fué destripaterrones y que él adquirió al regresar para construir la lujosa residencia en que entonces viviera. Asiduamente visitaba la zapatería de «Parranda»—el amigo que más recordara en Venezuela, según decía— y le daba consejos. Era menester que se dignificase conquistando su independencia económica y que se despojara de ciertas malas costumbres. Allí estaba él para adelantarle «la plata» necesaria al primer impulso, y hasta darle su aval, si fuera indispensable. «¡Quería hacerle un hombre!».

La ambición se adueñó del alma de «La Foña» hasta convertirla en hoguera: «¡iban a ser ricos, tener casa propia y servidumbre... ¡Dios se les había metido por la puerta!».

Señor Manuel opuso algunos reparos: sus pocos conocimientos de Aritmética; sus numerosas amistades en la clase pobre... los fiados... pero tuvo que sucumbir ante los asedios de «La Foña» y las exhortaciones del indiano.

La papetería se transformó en lujoso establecimiento, de amplios armarios y anaquelos rebosantes de zapatos, botas, cueros, estambres, cordones; horinas y toda la gama de artículos que constituyen una peletería, y... naturalmente, «Parranda» se dignificó, llevando una vida ordenada, retraída, austera, sin vasos de vino, ni juergas, ni improvisaciones de coplas a que siempre fué tan aficionado, según correspondía a su nueva clase social...

Transcurrió un año. Señor Manuel se debatía acuciado de zozobras entre facturas, recibos, letras y fiados, más triste que pájaro nacido en la libertad y que condenaran a cautiverio. Por último, después de una noche de insomnio en que según confesara amaneció con la «cabeza como una olla», le gritó imperativamente a su mujer: «¡Esto se acabó! ¡Que los demonios se lleven la venta y al indiano también! Cada cual con lo que se crió. Hoy mismo empiezo a realizar... y, ¡Viva don Manuel Zorrilla!».

Así fué. En pocas semanas desaparecieron las existencias del establecimiento, saldó sus cuentas, y encarándose con «La Foña» le dijo: «Aquí tienes la lista de los fiados que es

nuestra única ganancia; cóbrala si puedes y no me des un cuarto. ¡Todo para tí!».

La zapatería volvió a su primitivo estado, la misma gran mesa central en que el maestro manejara certeramente la cuchilla; iguales banquetas con los antiguos oficiales sentados formando corro; las innúmeras jaulas de canarios, mirlos, pintados y capirotos, que aturdían de sol a sol, y el retrato de don Manuel Zorrilla, presidiendo el cónclave.

Expiraba el año, y aquella noche, para celebrar la entrada del nuevo, señor Manuel salió de parranda en compañía de varios amigos, cantando con su potente voz de barítono, la siguiente copla:

Zapatero a tus zapatos,
Y suerte al que Dios la dió;
Que yo saqué de la venta
Lo que el negro del sermón.

¡UNA CLARABOYA!

Os presento a Cristóbal Tolentino. No vayáis a creer que mi presentado es persona de alta alcurnia, distinguidas maneras y rara ilustración, porque sufriríais grave engaño. Cristóbal Tolentino es uno de nuestros esclarecidos magos o «peludos», como decimos hoy. Veintiseis primaveras hace sobre poco más o menos que el perínclito don Fausto le «hizo gente», echándole el agua bautismal.

Os juro por mi fe de escritor sincero, que Cristóbal Tolentino es todo un mozo de reños. En Tegueste, su pueblo natal, y en todas las comarcas vecinas, no hay otro que le iguale en puños y decisión. No teme él, seguro de su pujanza, echar una «cáida» con el más guapo, y en lo de repartir «piñas» o administrar «variscazos» las noches de fiesta, puede calificársele de maestro.

En honor de la verdad, y para descargo de mi conciencia, he de decir que Cristóbal Tolentino no descuella tanto como en las habi-

lidades referidas, en las de labrar los campos y hacerlos producir. ¡Qué distintas diligencias pone en los unos y los otros empeños!

Pero esto no hace al caso y no quiero que perdáis más tiempo en inútiles averiguaciones. Lo que sí he de manifestaros, es que Cristóbal Tolentino tiene un tío con bastantes «riales» y que el tal tío es un indiano fresquecito, vamos, que concluye de llegar «de ahí», de la propia Cuba. ¡Qué ufano está Cristóbal Tolentino con esto y con un sombrero de «jipi-japa» que le ha regalado su pariente!

¡Cualquiera le toque a él! Oyendo las narraciones y cuentos de su tío, ha aprendido una serie de terminachos, a cual más extravagante, y con esto y la circunstancia de saber echar la firma, previas cien muecas, no pocas gotas de sudor y trescientas contorsiones, se cree él todo un hombre de letras. Muchos de sus convecinos, ya porque son más cejeños que él, ya porque le oyen con esa veneración y respeto que tales gentes dispensan a quien la fama ha consagrado como mozo crudo y luchador invencible, creen en la ciencia de Cristóbal Tolentino. «Es el diablo este demonio de Cristóbal; de todo sabe,» sue-

len decir, al cabo de oírles como panarras, con las bocas abiertas.

Un domingo, después de oír misa, iba Cristóbal Tolentino a campo traviesa, en dirección a la carretera. Llevaba encima las mejores prendas que entraban en su caja de cedro: calzón corto de cordoncillo, camisa de casero con «puntilla de zardina», chaleco de colores, amplia faja, medias de randa bordadas, gruesísimos y chillones zapatos, y, como es lógico, el «jipi-japa» acostado sobre la oreja derecha, flamante, impoluto, tentador.

El día, a pesar de ser de Diciembre, era espléndido. El alegre valle donde tiene sus reales el simpático pueblecito de Tegueste, estaba inundado de luz vivísima, cegadora. Sólo allá, en las alturas de las montañas de Pedro Alvarez, donde el bosque es impenetrable, danzaban unas nieblecillas que ora se esparcían por toda la ladera, ora se replegaban, como si fueran formadas por el humo de un incendio lejano. De allí venía también un remujillo que ensanchaba alegremente los pulmones y presagiaba fresco así que el sol se despidiera por las montañas que esconden a la punta del Hidalgo Pobre.

Cristóbal Tolentino, que no siente las bellezas de la naturaleza sino como un buey o

una cabra, no comprendía, seguramente, toda la hermosura de aquel valle y caminaba muy orondo dándole las últimas chupadas al inevitable puro (¡y tau puro!) de los domingos y fiestas de guardar.

Cerca ya de la carretera, entró en una casa recién construída, mejor dicho, no terminada aún, a la sazón en que también entraba cierto afamado maestro de mampostería, hijo de la ciudad de La Laguna. Examinó la nueva vivienda el perito aludido y dijo en tono de suficiencia: «no ha quedado mala pieza, pero le falta una claraboya.»

Al escuchar esto Cristóbal Tolentino, ladeó la cabeza como las aves cuando miran a lo alto, guiñó un ojo y repitió en voz baja sucesivas veces: «claraboya, claraboya, claraboya...»

Aquella noche, Cristóbal Tolentino, como si estuviera obseso, siguió repitiendo mentalmente: «claraboya, claraboya». Sin duda él no conocía, ¡cosa rara!, aquella endemoniada palabreja.

Cantaban aún los gallos, a la mañana siguiente, hasta pelarse los gaznates, cuando Cristóbal Tolentino, transformado en «peludo» cotidiano, esto es, sin galas de domingo,

y provisto de manta y garrote, se echó al campo.

A la media hora de andar llegó Cristóbal Tolentino a una propiedad donde se estaban llevando a término importantes trabajos de desmonte y allanamiento de tierras. El día había ya aclarado un poco, pero aún lucían los objetos circundados de la neblina, borrosos, como difuminados.

Cristóbal dejó el camino, se acercó a los trabajadores y después de las saluciones de ritual, se echó para atrás la manta, se afianzó con las dos manos en el grueso garrote y dijo: «buena, buena pieza, pero pa mí le jallo un defeto.»

Los trabajadores quedaron inmóviles como esperando una segunda parte, el «defeto». El más viejo de todos, parando las vacas con que araba, miró a Cristóbal, haciendo la mueca de hundir fuertemente los labios como si quisiera probar que no tenía restos de dentadura, y le preguntó: «¿que defeto es ese?»

Cristóbal carraspeó entonces fuertemente y con el aplomo, la seguridad que presta la suficiencia, dijo: «jallo que le falta una claraboya.»

¡Una claraboya!

A PERPETUO SILENCIO

El diablo quiso que los dos compadres tuviesen un altercado en materia de derecho civil.

La noticia corrió por todo el pueblo con este comentario tan breve como elocuente: «se arruinan: de esta vez se arruinan».

La cuestión valía bien poca cosa; se trataba de establecer los linderos de dos propiedades contiguas; dos trozadas de tierra de pan llevar, y el uno de los compadres se empeñaba en que le correspondía cierta rinconada, y el otro sostenía en que era su legítimo y verdadero dueño. ¡Zambra jurídica al canto!

Los compadres eran dos abogados de sequero, dos rústicos atacados de la fiebre de los pleitos. Por cualquier bagatela allá te van mamotretos de papel sellado, chorros de onzas, vueltas y revueltas. Esta clase de tipos, que fueron tan comunes en Canarias, van ya afortunadamente desapareciendo. Muy pocos hoy, por puntillos de amor propio, pierden

sus caudales y se enzarzan en los abrojos de una curia hambrienta, dispuesta en toda ocasión a «cultivar» pleitos, convirtiéndolo en industria lo que debe ser noble y honrada profesión.

Los compadres se querían mucho; eran muy amigos, se auxiliaban en las cosas de la vida, pero no consentían, ¡eso nunca!, en ceder sus derechos.

Vamos, que estaban frente a frente dos pleitistas rabiosos, dispuestos a arruinarse si era menester, antes que entrar en arreglos pacíficos. Para algo se han escrito las leyes, y tan amigos, porque cada uno tenía su «punto de vista» y «su criterio», y era necesario saber quién estaba en lo firme.

Empezó el pleito en el Juzgado de la villa de la Orotava y con él los viajes por la cumbre (pues vivían en un pueblecito del sur de la isla); los gastos, las arremetidas de los procuradores, etc., etc. Los compadres no se daban momento de reposo, seguían con ansiedad todos los incidentes, todos los largos escritos de la cuestión, pero sin confesar sus secretos; hablaban de cuanto se les ocurría, y acerca del pleito, ni chistar. Mutuamente habían preparado para el día del triunfo estas o parecidas frasesillas:

—Ve usted compadré; cuando yo en asuntos de leyes digo una cosa, ni los escribanos deben contestar. Ahora arreglemos el asunto como mejor le parezca, que mi interés está ya terminado.

Al cabo de años supose en el pueblo que la cuestión iba a sentenciarse, y los dos compadres se pusieron en marcha. Iban juntos, montados en sus cabalgaduras, pero sin quebrantar el misterio, sin hablar acerca del asunto que les obligaba a dejar sus familias y suspender sus labores. Cada cual contaba con el triunfo, e iba rumiando el mismo pensamiento halagador.

Los respectivos procuradores les hicieron conocer la sentencia: a ninguno se le daba la razón; los linderos eran distintos de los que cada uno de los compadres pretendía, y «se les condenaba a perpetuo silencio».

Se quedaron chasqueadísimos, sin saber lo que les pasaba y sin decirse ni oxe ni moxte emprendieron el viaje de regreso. Ya a la vista del poblado no pudiendo contenerse más tiempo, uno de ellos, se volvió para el otro y le dijo:

—¿Qué le parece, compadre?

—¡Que ya no hay jueces, ni justicia, ni

bristō que lo fundó! ; Miá que decirlé a uno
que no «jable» más!

—Ande y que cumplá la sentencia el juéz,
—replicó el otro— ; Pues no faltaba más;
sobre mi lengua no manda el papel sellado,
y lo que siento es no poder apelar!...

La noticia fué festejada en el pueblo con
una cencerrada mayúscula y la tierra en
cuestión quedó erial para toda la vida.

¡QUE TE PIERDES, PEDRO!

I

«¡Valientes dos «cachos» de hombre! ¡Lástima que no se den una «pechada» «pa» ver cuál es el que se queda en el terrero!», exclamaban infaliblemente todos los que conocían a maestro Pedro y a tío Antonio el de Tacoronte, famosísimos valentones que manejaron sus estacas allá por los comienzos de la presente centuria.

Maestro Pedro el cantero, como lo llamaban por tener el oficio de labrante, era hombre de buena estatura, de cuerpo recio y musculoso, aunque cenceño, y de muy pocas palabras. Todavía «magallote» ya gozaba prestigio en el terruño nativo, por los tremendos garrotazos que repartía y por la agilidad con que evitaba los de sus contrincantes. Los doctores de la guapeza y los maestros en el arte de tirar el palo le habían profetizado que si continuaba la senda emprendida lle-

garía a ser todo un hombre; y él, lleno de fervor, puso cuánto estaba al alcance de sus puños y caía bajo la jurisdicción de sus alienatos, para no defraudar esperanzas tan halagüeñas.

Todas las vísperas de las fiestas le quitaba el polvo a su garrote de membrillero y como si fuera a cumplir voto sagrado, se ponía en camino, no a requebrar mozas ni a «correr parrandas», como otros, sino a ver si se presentaba ocasión de dar «unos toquitos» para ensayar una «punta» o medirle las costillas a determinado jaquetón que escupía por el colmillo.

Después de visitar varios años la festividad de San Lorenzo, en el Valle; del Señor de la Salud, en Arona; de San Agustín, en Vilaflor; de San Luis, en Chiñama; de San Antonio, en Granadilla, y del Arcángel San Miguel en el pueblo de su nombre, conquistó maestro Pedro tal reputación, que desde el convento de Abona, por oriente, hasta traspasar la casa solariega de los Señores de Adeje, por occidente, nadie se le ponía delante en son de camorra.

¡Cuidado que en aquellos tiempos era peliagudillo llegar a ese caso! Pero, como él decía, buena colección de «jetas como jemes y cho-

chufos como brembillos» le había costado...

Su fama creció de tal suerte, que siendo las bandas del Sur poco espacio para contener tanta paliza, se había desbordado, digámoslo así, por la región del Norte, amenazando invadir toda la isla.

¡Y eso era imposible! ¡Un chasnero venirle con fanfarronadas a los del Norte! ¡Era necesario «meterle el resuello pa dentro»! ¡Pues no faltaba más!

«Tío» Antonio el de Tacoronte se había encargado de ello. «¡Ire a él con «cherches» del Sur... Se necesitaba no tener vergüenza!»

Era el tal hombre de malas pulgas, que tenía sólida fama de guapo en todo el norte de Tenerife, y se ganaba la torta vendiendo por esos mundos «corriales» y «corambres» de zuela cruda.

Espoleado por el prurito, que siempre tuvo de no tolerar fama ajena y como era «ajoto», requirió su garrote de duraznero, se echó encima los bártulos del oficio, y cávalo con el «caquero» a medio lado, camino de la fiesta de San Miguel. Iba a pasar por el «brimbe» al valentón del Sur, y así lo decía tan rufo como persuadido de que era cosa de llegar a «bebérselo mesmamente» que si fuera un

jarro de agua de la pila... ¡Ya!; ¡lo tenía hecho tantas veces con otros pájaros «forfolinos» que le habían salido al encuentro!...

II

La plaza de San Miguel estaba rodeada de ventorrillos hechos con palos y muselina de a «fisca». La fiesta prometía no terminar hasta bien entrada la noche. Cerca de la iglesia, en medio de un gran corro, se bailaban isas y más isas, mientras una vieja desgredada, con voz vinosa, balanceándose a compás, cantaba el siguiente estribillo:

Por esa calle abajo
va una gallina,
con el huevo en el rabo
la muy endina.

Casi en frente varios mozos y mozas, cubiertos de sudor, se hacían rajas al son de las vihuelas, apechugando con un interminable rosario de folías. Allí estaba el famoso cantador Panchito el «iscuelero», entonando a la sazón esta copla:

Lagarto verde y pintao
sorraballao en el riscó,

Disgraciada la mujer
que te mira pal jocico.

A más distancia era el «tajaraste» lo que privaba. Unas cuantas docenas de personas de ambos sexos, sin distinción de clases ni categorías, saltaban como poseídos de espíritus malévolos o picados de la tarántula. Tales eran las risotadas y los gritos, que apenas se oía el compás de un resoplido enorme y entrecortado, estas palabras:

No le jago mal, tía Mariya,
que yo no tengo con qué;
porque lo que yo tenía
me lo ruyó un perinquén.

Todo era allí movimiento, alegría y algarazara. Los quejidos de los timplés, heridos brutalmente por manazas de cavador, resonaban por encima de todo como voces infantiles, con sonsonete pedigüeño.

«Tío» Pedro el cantero y el de Tacoronte se tropezaron en un ventorrillo que daba frente por frente del teatro de muselina pintada, donde «se echa la comedia». Ambos, sin saludarse ni cruzar palabra, permanecieron algunos minutos en pie bebiendo a sorbitos la obligada copa de mistela, y apo-

yados en sus palos de reglamento, es decir que les llegaban por el hombro.

No estaban bebidos, ni era esa la cuenta, y se husmeaban mutuamente como dos perrazos que van a decidir cuál tira mejores dentelladas.

De pronto el de Tacoronte, mirando de cabo a rabo a maestro Pedro, le dijo en tono provocativo:

—¿Usted es?

Y tío Pedro contestó en igual forma:

—¡Yo soy!

Sin más reto ni más palabras, tomaron campo enarbolando los garrotes y se armó una de «no te menées». Las gentes acudieron solícitas para ver el choque de aquellos dos maestros en el arte de jugar al palo, pero se les «maguó» el gusto, porque el chasnero, sacrificando el lucimiento de reglas y filigranas a la presteza del porrazo, le atizó uno tan soberano a su rival, que le dejó tendido, al decir de los espectadores, «con los ojos saltán-losele del casco».

Mucho se complacieron de lo ocurrido los del Sur, pero no por eso dejaron de levantar al tacorontero y de llevarlo a una casa vecina, donde con unos tragos de aguardiente y «dale que te estrego con vino de romero» lo

«empelecharon» lo bastante para que se volviera a sus patrios lares, con las manos en la quijada de abajo, «ocultando, un verdugón como una muñeca»... Iba muy amostazado y jurando tomar el desquite con creces.

Maestro Pedro, como si nada hubiera pasado, se volvió al ventorrillo a charlar con la dueña, apetitosa y sazónada fruta que muy pronto le pertenecería, pues va le habían «tirado del coro», dos de las tres veces que son de rúbrica.

Al llegar, rodeado de admiradores, su novia le dijo:

—¿Qué tal? Parece que le apretastes bien las clavijas. «Ya tiene pernil pa rato, si quíe roer...»

Maestro Pedro sonrió despreciativamente y dijo:

—«Le quise enseñar una punta, pero no pude: El hombre no vale un «jigo» y al primer viaje se fué de varetas»... «¡Pa ese norte no hay más que fanfarria y familiaraje alegador!...»

III

Cosa de un año llevaba el tacorontero en acecho de ocasión para vengarse del palo de

la fiesta de San Miguel y nunca la lograba. Un día, por fin, supo que el maestro Pedro iba a la Orotava pasando por la cumbre, y se puso en camino acompañado de dos amigos de mano dura y arma atravesada. Ya no era la cuestión ventilar un pleito de guapos, sino el propósito inquebrantable de atizarle al maestro una terrible paliza.

Era por filo más de media noche, cuando el maestro Pedro, que ni en sueños sospechaba lo que iba a sucederle, abandonó a San Miguel en compañía de su costilla y con las alforjas colgadas del indispensable palo de membrillero.

Hacia una luna espléndida, y los caminantes con el paso sostenido de los montañeses adelantaban terreno que era un bendición, por más que al apèchugar algunas cuevas se detenían con el pretexto ya de atar las correas de los zapatos, ya de encender la cachimba, a fin de cobrar ánimos y descansar unos minutos. De esta suerte, y con tales respiros, fueron venciendo algunas leguas de tierra labradía, lomos calvos, barrancos, laderas y arenales... Allá a la madrugada, cuando la aurora rompe su broche de oro, y un remujillo, cortante como un acero, afeita qué es un primor, llegaron a Guajara, sitio donde todo

viandante se detiene a dar un tiento al barrilete de vino, rubio como las candelas, y echar el «gainaz» de gofio a título de frugal e inocente desayuno... Quien a tales horas no haya pasado por aquellos lugares no sabe lo que es un panorama sublime.

Mirando hacia el sur se ve en el lejano horizonte, suspendido entre cielo y tierra, lo que los pastores llaman el «mar de los hèreños». Una serie de nubes vaporosas, de una blancura nítida, que semeja un oceano albo de agua blandamente rizada por las caricias del cierzo... Un toldo hecho por arcángeles con blondas de espuma. No puede darse nada más fantástico... La flotante masa se abre algunas veces formando túneles misteriosos, en cuyo fondo se ve ora el verde de los campos de la costa, ora las aguas azules del Atlántico, ora caseríos borrosos de extrañas perspectivas... El sol envía sus primeras agujas de fuego, que centellean como ascuas de oro, y gradualmente los tonos se van juntando, fundiéndose, hasta que se admira una blancura ardiente, inflamada, fascinadora, magnífica...

Dando unos cuantos pasos en dirección al Norte, el paisaje varía por completo, y los nervios del espectador se estremecen inevi-

tablemente en una sacudida violenta. Durante unos segundos los ojos quedan fijos, con mirada absorta, mientras el espíritu parece vagar desligado de la materia... Es la impresión del abismo que forma el gran cráter de doce leguas de circuito, en cuyo centro se levanta el inmenso cono del Teide que, visto a tan corta distancia, obliga a pensar en cómo la isla no se hundió bajo aquella mole violácea que sube hasta tocar las nubes...

Por el pie del acantilado que forma la muralla del antiguo cráter, se encuentran las Cañadas, imponente y árida extensión de terreno inculto. Ante aquellas soledades muertas, el espíritu se siente agobiado y necesariamente se medita en la pequeñez humana. Todo duerme y todo se oye, el balido de una cabra salvaje que espantada levanta la cabeza para mirarnos fijamente, y el aleteo acompasado de los cuervos que se alejan perezosos como sombras que se van disipando con la distancia...

Por tales parajes iba el chasnero y su costilla, cuando, al doblar un peñasco, se encontraron con los tres agresores.

Velozmente se hizo cargo de la situación maestro Pedro, tan pronto como hubo reconocido al de Tacoronte, y dando un salto al mis-

mo tiempo que dejaba deslizar las alforjas por la espalda, le atizó un palo a su querida mujer en el nacimiento de la oreja derecha, con tal acierto que la hizo caer sin sentido.

Este tan rápido como inesperado suceso dejó estupefactos durante unos segundos a los tres aparécidos, y maestro Pedro, aprovechando la oportunidad, tiró un palo de abajo a arriba al más cercano de ellos, derribándole por tierra. Luego, con más viveza que se dice, acudió a atajarse un garrotazo de otro de los compañeros del de Tacoronte y al mismo tiempo dejó correr su palo hasta la frente del enemigo, para darle un terrible «puntazo» y hacerle también rodar.

En seguida, saliéndose del terreno con presteza y actitud garbeante, dijo al tío Antonio:

—«Ora» los dos solos, como es de regla.

El maestro Pedro se proponía dar a su enemigo una paliza atroz, y conforme a todos los principios del arte. Por eso no le atacó en seguida sino que antes bien le dejó reponerse de la sorpresa que todo lo visto le causara. Esta conducta no era hija de la hidalguía y la generosidad, ni mucho menos, sino de esa altivez sanfarrona de los guapos, de ese garbo

soberano del que no conoce igual en achaques de valentía.

Era el tío Antonio corajudo, «cañoto» y jugador de palo largo, mientras el chasnero, listo como una centella, no cumplía con las «cuadras» en terreno fijo, y tiraba a «entrambas manos», según los principios clásicos de los guanches tinerfeños, «de trozo y punta» sin excluir los «palos corridos».

El primero de los citados contendientes pertenecía a la escuela majorera, de «juego abierto», en que domina el molinete y «palo largo», sistema mejor para defensa que para ataque, y en el que si bien los efectos son terribles cuando alcanza, la velocidad está sacrificada a la potencia y los cuerpos se descubren más de lo conveniente. El segundo, esto es, el maestro Pedro, era discípulo de la escuela genuinamente tinerfeña, en que el juego es cerrado, ligán más los garrotes, el «desande» es rápido, privan los amagos y tan pronto se hace el quite con un extremo del palo, como se ataca con el otro. Este sistema exige hombres muy ágiles, perspicaces y de gran presencia de ánimo, cualidades en verdad no muy fáciles de reunir. Ni al maestro Pedro ni al tío Antonio le faltaban, y por

eso se arremetieron con las de Caín y sin pronunciar palabra.

¡Extraño lance de honor aquel, librado en las Cañadas y en una soledad que penetra los nervios con escalofríos de horror!...

No son para referidos los detalles del encuentro; basta decir que el chasnero, por esa siniestra complacencia del gato que antes de devorar al ratón juega con él hasta causarlo, después de hacer sudar la gota gorda a su enemigo «pa demostrarle que no era nadie a su lado en cuanto a jugador de palo», le atizó un porrazo descomunal en el mismo sitio que le había dado el primero, «pa que de una vez aprendiera la punta».

Personas hay que afirman que el maestro Pedro remató la hazaña quitándole las armas a los vencidos y dándole en los tobillos sendos garrotazos a fin de que no pudieran «pisarle los talones» mientras estuviese en el camino... Lo cierto es que cuando pudo reanimar a su mujer con sorbos de vino, se puso nuevamente en marcha dejando como difuntos a los tres valentones «que habiendo ido por la na salieron trasquilados».

La noticia de lo sucedido se aventó por todo el Sur, y la gente andaba muy alcanzada de paciencia por conocer los motivos que tuvo

maestro Pedro para coménzar la célebre aventura dándole el primer golpe a su querida esposa, pues él no aclaraba el misterio y ella parecía conforme con lo sucedido, a juzgar por la sonrisa maliciosa con que contestaba a las acometidas de la curiosidad callejera...

Cierta tarde, un señor de San Miguel, a quien maestro Pedro guardaba muchos miramientos, después de darle al cantero algunos vasos de vino añejo de la pipa «santa», le formuló en términos apremiantes la pregunta que todos, como queda dicho, venían haciéndose.

El maestro se echó entonces el último sorbito, se rascó la cabeza y dijo:

—Señor, ¿«pa» qué me pregunta eso? ¿Pues su «mercé» no sabe lo que son las mujeres?... Si yo no le arrimo el toquito a la mía se me cuelga gritando: «¡Que te pierdes, Pedro, que te pierdes!» y de «sofate» nos dan una «chafeña» de palos que nos muelen los cuerpos como «asimite»... Lo cual con un «variscasito» todo tuvo remedio...

Quedóse el interpelante admirado de la perspectiva del maestro Pedro, y como contara a varias personas lo sucedido, desde aquel día se hizo proverbial la frase: «que te pierdes, Pedro»...

BIBLIOTECA CANARIA

ESCENAS MARINERAS

POB

BENITO PEREZ ARMAO

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Palabras del autor (1)

Hojeando una colección de la revista «Gente Nueva», se produce ante mis ojos, de la cara y del espíritu, algo semejante a un remolino, a un verdadero vórtice, en que desfilan caras, siluetas, caricaturas, nombres, dibujos... ¡recuerdos de cosas que tuvieron sazón hace luengos años, cuando yo era muchacho y no sabía ni de penas, ni de trojes, ni de nada que no fuera cantar como la cigarral...

¡Recordar, evocar! ¿No es como vivir una segunda existencia, tornar a percibir aromas que el tiempo disipó? Enterné los párpados para soñar despierto,

(1) De un artículo publicado en «La Prensa» por el ilustre y llorado escritor, gloria de las letras canarias.

¿No dijo Shakespeare que estamos hechos de la madera de los sueños...?

La colección venía acompañada de unas letras de **Leoncio Rodríguez**, que quería dijese yo algo de aquella generación, de aquella pléyade de amantes de las letras, que aquí, en nuestro solar isleño, hiciera sus primeras armas en el mundo del Arte.

• • •

Probemos. Ante todo vaya la excusa de pecado de parcialidad—saliendo al paso de los francotiradores de la crítica estéril— porque voy a ocuparme de difectos camaradas y de mí mismo, corifeo en aquellos inolvidables días.

Cada generación consiste en una peculiar sensibilidad, en un repertorio orgánico de íntimas propensiones, como dijo Ortega y Gasset, y por ello es indudable que nosotros constituimos una pulsación vital de las posibilidades artísticas en Canarias. Fué fugaz, es cierto, pero para proceder en justicia, objetivamente, habrá que discernir si la brevedad fué debida a la falta de ambiente, de calor efusivo del medio, o a desmayo de la voluntad, que nos hizo desertar apenas acometido el empeño. Yo creo que fué lo primero, principalmente, y buena prueba es que los peces que continuaron consagrados a las letras —José Betancort y Delgado Barreto, por ejemplo— tuvieron que buscar zonas más amplias y esti-

mulantes, y los demás hubimos de apochugar con actividades distintas, exclusivamente para vivir, «para ir pasando», sin pensar más en penachos y laureles. El artista busca la gloria, sobrevivir; eso es su impulso motor, pero antes que le supérfluo—¿qué es el Arte sino lujo del espíritu?—están las pristinas exigencias de la vida orgánica.



Releyendo ahora lo que entonces hicimos aprecio que su valer es el que tienen las iniciaciones, los balbuceos más o menos felices; pero, ¡qué ingenuidad, qué alto y noble propósito nos guiaba! Se dió entonces un caso singular—especialmente entre aficionados al Arte—, porque no tuvimos celos, resquemores, los unos de los otros, sino todo lo contrario, hasta el punto que se dijo que constituíamos una «sociedad de bombos mutuos». Si la envidia es el hambre del espíritu, como se ha escrito, nosotros debimos estar en pleno hartazgo, satisfecho cada uno del tesoro que creía llevar en el alma... ¡Oh, ilusión! ¡Oh, fantasía juvenil, cometa mágica que ya subes magnífica, ya caracoleas, como protestando del cable que te liga a la tierra de las ásperas realidades...!

B. PEREZ ARMAS

“Lúrdigo”

Ya estaba todo preparado. Iban a «corriquir» y esperaban, tendidos sobre la arena húmeda de la playa, a que cerrara la noche. ¡Buenos días aquellos para la gente de mar!

La «corriquia» es una operación muy del agrado de los pescadores de Lanzarote. Consiste en hacerse a la mar las noches de oscuro y de viento, llevando unos largos cordeles ó «liñas» que terminan en plomos erizados de puntas donde va la carnada. Los barquichuelos, ligeros como esquifes, impulsados por las velas latinas, corren siempre a un largo sobre las olas en medio de un silencio absoluto. Los peces corren también en pos de la carna-

da y al ir a comerla quedan enganchados infaliblemente...

Era menester aprovechar porque había en la Bocaina un «manterío» de «picudas» que parecía un arroyo de plata. En cuatro horas cargarían hasta meter agua por la borda. La luna salía tarde y el viento ayudaba lo bastante.

Toda la tripulación del «Pájaro», incluso Juan Camejo, alias el «Lúrdigo», estaban allí esperando el momento de salir. Después de atracarse de un «escaldón» de «gofio» y caldo de pescado, servido en las correspondientes bateas, se habían comido media docena de sandías de las que traen las revendedoras para cambiar por pescado.

En aquella playa, como en casi todas las de Lanzarote, aún se está en pleno período de permuta. La moneda es el pescado y con él se adquiere cuanto hace falta para las necesidades de la vida y las exigencias del oficio. Existe sólo una ventilla, y el «vecindario» lo forman unas cuantas docenas de pescadores que viven en casuchas de «piedra seca» y cuevas del tiempo de los guanches. El pueblo más próximo es Femés, donde no hay boticario, ni médico, ni maestro de escuela, ni muchas veces Ayuntamiento. Por aquellas costas no se sabía que existían poderes centrales

sino cuando se verificaba alguna elección; entonces aparecía el cacique o quien le representaba y «tocaba a su rebaño por delante»... ¡Desventurados los que se resistían!

×

«Lúrdigo» era un muchachote corpulento, de unos 25 años de edad, que hacía forzosamente el papel de payaso donde quiera que estaba. La vida social parece exigir víctimas, seres que por sus deficiencias y desequilibrios sirvan de chacota a los demás. Un jiboso, un perturbado, un cretino, son siempre las delicias de las gentes, sobre todo si están faltas de ilustración y no paran mientes en profundidades psicológicas.

«Lúrdigo» era la suprema diversión de los pescadores. Unas veces, cuando estaba descuidado, le arrojaban, vestido y todo, por la borda del barco, para verle nadar desesperadamente; otras le ofrecían un cigarro de pólvora que le chamuscaba las cejas y bigotes; otras le hacían cargar la «piedra de la cerda»...

El infelís sufría con resignación. De tal

suerte se había acostumbrado a semejantes bromas, que ni protestaba. Algunas veces, cuando le decían «belitre», «fragilón», babieca, exclamaba con cierto orgullo que le subía a sus pupilas de pez tamboril:

—En la mal, en la mal es donde se conoce a los hombres. Gano mi sordáa mejor que tú, que eres un maula. ¡Arsa, rayo!

Y, efectivamente, era cierto; como marino, no había otro mejor. Siempre estaba dispuesto a todo. Cuando el viento bramaba y era menester cazar la escota, él lo hacía con sus puñazos salitrosos; cuando, por el contrario aflojaba y la vela caía desmayada, se ponía a bogar como una bestia; cuando la potala se enrocaba, él era quién de un trechón la subía sobre el «kito». Nunca ofreció resistencia a las órdenes del patrón a quien obedecía ciegamente como un esclavo.

Cierta tarde, pescando «en lo alto», casi en las costas de Fuerteventura, se presentó un enjambre de toninas. Aquello era de lo que se ve pocas veces. Los delfines, atraídos por el engodo, rodeaban el barquichuelo luciendo a flor de agua sus lomos oscuros, yendo y viniendo con velocidad loca, juntándose y separándose agitados por un instinto de voracidad excitada... Ni uno habían podido pescar. Los aparejos que tenían a bordo del «Pá-

¡aro» no eran a propósito. ¡Qué desesperación! ¡Ni siquiera un bichero!...

De pronto, el «Lúrdigo» se quitó la camisa de bayeta amarilla y se lanzó, silenciosamente, por la banda de babor, armado de un cuchillo. Zambulléndose, pudo atravesar por debajo de la quilla para aparecer por estribor sacando sólo la cabeza... ¡Qué tino tuvo el maldito! Una, dos, tres, cuatro, cinco puñaladas, y otros tantos cetáceos «revirados» panza al sol, en medio de regueros de sangre oscura que manchaba la limpia superficie de las aguas...

X

Cuando el «Lúrdigo», después de meter dentro del barco la última tonina, se sentó jadeante, riéndose estúpidamente, le dijo el patrón:

—Eres un hombre de pelo en pecho. Dende hoy ganas una sordáa como cualquiera...

Poco después fué cuando se unió con Ico-sia, una mujercuela hija del vicio, que se había criado en las playas y únicamente podía aspirar a casarse con un tonto como el

«Lúrdigo». ¡Qué cencerrada la de aquella noche!... ¡Cómo resonaban los cuernos y los caracoles!

De tal enlace nació un muchacho que las gentes llamaban el «Caboso», por su exacto parecido con esos pescadillos negruzcos, cabezudos, de ojos gelatinosos, que crecen en el agua tibia de los charcos. Era muy feo aquel arropiezo que andaba casi en pelota luciendo su vientrecillo abultado y metiéndose en las casas de los vecinos, pero a «Lúrdigo» le parecía una flor. Cuando el trabajo lo permitía, se pasaba las horas muertas jugueteando con su «Caboso»—como él mismo decía—va rodando abrazados por la pendiente de la playa hasta llegar a la línea de espuma; ya bañándose en el «Charcón» donde se cogen los cangrejos «moros»; ya corriendo y saltando por la arena entre gritos y carcajadas ensordecedoras. ¡Su «Caboso», cuidado con tocar su «Caboso»!

X

Aquella tarde, según he dicho, estaba toda la tripulación del «Pájaro» aguardando el mo-

mento oportuno para la «corriquia». El pobre «Lúrdigo» era el blanco de todas las burlas. ¡Cómo le habían hecho sudar!

Agotado ya el repertorio se le ocurrió a un marino decirle:

—Deja a ese chico; suelta al «Caboso» y no lo beses tanto. ¿No sabes que es hijo del patrón?

Celebraron todos la broma con grandes risas, y «Lúrdigo» bajó la cabeza.

—Esa es la fija—balbuceó el patrón.

«Lúrdigo», apenas oyó esta frase, se puso en pie y con palabras entrecortadas por la ira, preguntó:

—¿Qué... qué... di... dice... pa... patrón...?

—Que es mío el «Caboso»; que un día en la cueva de la Caleta...

No pudo terminar porque «Lúrdigo», fuera de sí, loco, le atizó con el mango de una «guelder» tan fuerte golpe, que le hizo rodar con la cabeza abierta, echando sangre por los oídos, casi exánime...

Después cogió al «Caboso» entre sus brazos y echó a correr en dirección a su choza, llorando como un niño y gritando:

—¡Mío, el «Caboso» es mío! ¡Mentiras, sinvergüenzas, el «Caboso» es mío!...

Nadie se atrevió a tocarle. El payaso se había convertido en fiera, y todos los peaca-

deres pensaron instintivamente en el cuchillo del día de las toninas, en aquel cuchillo grande, ensangrentado, que hacía crugir las vértebras de los delfines como si fuera un arpón lanzado por los puños de un titán.

“La Gaviota”

—¡Gaviota! ¡Gaviota!... ¡Borrachina!...
¡Ranea, ranea!...

—¡Toma, toma!... ¡Pa tus besos, esclambío!... ¡Toma!... ¡Toma!...

Estos eran los diálogos que se escuchaban a cada instante entre la chiquillería de Arrecife y Felipa la «Gaviota». Tres generaciones de muchachos la habían conocido y con todos sostuvo idéntica batalla. Era la distracción de los vagos del muelle y de la pescadería.

—Este enjalmo está carenao con la caña—decían los marinos sexagenarios—y no vira la quilla. Es más vieja que la lancha de señó Miguel el práctico.

Efectivamente, por Felipa, como suele decirse, no pasaban los años. Era siempre la misma vieja alta, de constitución hombruna,

nariz rojiza y piel tostada por los soleros de las playas. Sus hijas parecían más viejas que ella y sobre todo más destrozadas por el vicio, al que se entregaron como su madre, cuando eran niñas, niñas calvas, en que la juventud aún no había hecho sonar los clarines del amanecer.

Su naturaleza lo resistía todo. De muchacha había sido morena provocativa, de formas espléndidas, torneadas sin delicadezas artísticas, pero sólidas, firmes a las caricias del vicio que a ella llegaban como las olas a un peñasco.

Durante treinta años había sido Felipa la sacerdotisa que mantuvo el fuego del amor en todos los marinos jóvenes de Arrecife. Aquellos muchachotes fuertes, de una rudeza casi salvaje, cuando regresaban de las costas africanas después de un mes de ausencia, no pensaban sino en Felipa; en la hembra cuyo recuerdo les incendiaba la sangre durante las faenas de la pesca y salazón; en la hembra garrida, de pulpa lozana y ojos agresivos.

Felipa, como las cortesanas de Alejandría, vivía en los muelles y gustaba del amor en las playas. En verano dormía oculta entre las rocas; detrás del viejo castillo de San Cristóbal; dondequiera que la arena fina y apelmazada de las riberas brindaba un lecho fresco

y agradable. Todavía, a pesar de sus años y borracheras, solía verse solicitada por jovenzuelos de quienes podía ser su abuela.

X

Muchas tardes, cuando las mareas eran grandes y los mariscos de las costas quedaban descubiertos, luciendo sus extrañas vegetaciones, Felipa, armada de un arpón de verga, se dedicaba a pulpear. Arremangada, con el agua hasta las rodillas, recorría hurgando covachas, revolviendo piedras, atisbando escrupulosamente en todos sentidos las playas de los islotes próximos al puerto. Cuando cerraba la noche, que iluminaban las aguas del Océano de modo distinto y caprichoso, continuaba cogiendo pulpos, ensartando morenas y cangrejos... Entonces era cuando los jovenzuelos la buscaban, temblando de emoción. Felipa dejaba de pulpear; los resplandores se extinguían...

El hecho ardía nuevamente; la silueta de Felipa tornaba a dibujarse entre los manchones de escarlata que sobre el mar y las rocas arrojaba la tea en combustión. La interrup-

vida faena continuaba. Para la «Gaviota» no tenía más trascendencia iniciar a un joven en las ofrendas del amor, que extrangular un pulpo. ¡las flechas de Cupido se iban con las barbillas del arpón! Eran los oficios de toda su existencia, las dos maneras de procurarse pan y aguardiente de caña.

Este último no le abandonaba nunca, y, de cuando en cuando, sacaba el «tarrito» para matar el frío.

—¡Por cada pulpo un buche!—solía decir.

Debe saberse, para completar el retrato de Felipa, que pensaba en alta voz; esto es, que sus soliloquios se exteriorizaban siempre por medio de la palabra.

—Trágatele, endino; trágatele... ¡busiga una suta, qué rejos tiene!... No te lo dije, alma de perro, que yo te lo enfilaba... ¡Lárgala, lárgala toda!...

El cefalópodo, mientras tanto, estiraba y encogía desesperadamente sus ocho tentáculos, poniendo al descubierto las ventosas, y movía locamente la cabeza convirtiendo en tiuta las aguas de los charcos. Al final de la lucha, cuando la presa ya estaba en sus manos, decía éstas o análogas frases:

—¡Bonito pértigo! Se lo llevaré al cura. Pero si no me da una fisca, que se limpie...

La compañera debe también estar entaliscápo estas cuevas. ¡Como la trinque!...

Pescado para el caldo nunca le faltaba, porque los marinos, sin duda recordando antiguos favores, nunca le negaban una cabeza de sama, unos «chirrimiles» gustosos, o un par de caballas. Bien de mañanita se presentaba en la pescadería.

—Hoy te toca a tí, niño. No me vengas con fulas y galanas, como el otro día. ¡Anda, «Cachimba»!— Como cada marino tiene sus alias, Felipa no empleaba nunca el nombre de pila.

—¡Toma, y quítateme delante, «Gaviota» de los demonios!

—¡Sale, cómetelo tú si quieres! ¡Un rascais, valiente tiesto!... ¡Ganas me dan de no mirarte más al josico!...

—¡Cállate raquera, porque te lo estrego!...

x

Por aquellos días el Ayuntamiento de Arrecife acababa de nombrar comisario a un antiguo sargento de la Guardia provincial, hombre de mala catadura y grandes energías. Llevado de sus prácticas militares no daba cuar-

tel a la canalla, como él la apellidaba, y tenía en cintura a todos los vagos, calaveras y «parrandistas» del pueblo.

Como es lógico, Felipa era una víctima del arriscado e inflexible comisario. Casi todas las noches la hacía dormir en la prevención, o «cuarto de los ratones», como allí le dicen, después de darla un par de pescozones. Por estos malos tratos, la «Gaviota» odiábale furiosamente.

—Si lo cojo pa parte sola, sin sable, le bato las costillas de un tenicazo. ¡Rayos encendíos se lo coman!

Un sábado por la tarde, en momentos en que la «Gaviota» apenas podía con su cuerpo, deambulaba por el muelle de Arrecife. La amplia explanada se hallaba atiborrada de cebollas, que muy pronto debían ser trasladadas a la bodega de un fragatón que salía para Cuba. Dos o tres camellos, tendidos en tierra, rumiaban tranquilamente, como si gozaran del éxtasis dionisiaco, con los hocicos vueltos a occidente, impassibles, viendo cómo se iba la luz del día, cómo avanzaba el crepúsculo... Felipa se ocultó entre dos montones de cebollas. Lo que es aquella noche se «jeringaba» el Comisario; allí se estaba bien, al aire libre; después se trasladaría a su cuar-

tubo o dormiría en la playa al socaire de uno de los lanchones varados...

En estas cavilaciones se perdía la buena de «la Gaviota», cuando una niña, de cinco a seis años, avanzó casi hasta el sitio del condite. Caminaba torpemente la criatura, y llevaba entre sus manos uno de aquellos tubérculos de que los muelles estaban llenos.

—¡La niña del Comisario!—pensó Felipa llena de terror.—Ese demonio debe estar por las vueltas—y se acurrucó todo lo más posible.

Pero no era así. La niña había ido al muelle en compañía de una criada, que entretenida con otras de su jaez se olvidaba de los deberes de su oficio.

Una docena de pequeñuelas, cogidas de las manos, daba vueltas y más vueltas, cantando la siguiente cancioncilla con monotonía desesperante:

Yo tengo un castillo;
matarile rile rile;
yo tengo un castillo,
matarile rile ron

La hija del Comisario, moviendo sus piernecillas, corría tras la cebolla que poco antes llevaba en las manos. El tubérculo, al llegar

a la arista del muelle, cayó al agua y la inocente criaturita también.

Nadie estaba por aquellos alrededores.

—¡Concio, que se ajoga!—gritó Felipa, y sin vacilar un instante se arrojó al agua en menos que se cuenta. Era una nadadora consumada, pero los años, las ropas y sobre todo la embriaguez, le robaban las fuerzas...

Bregó con furia un instante hasta apoderarse de la niña. Después hubo un momento de angustia, de terror instintivo. Las escaleras estaban distantes y era seguro que no podría llegar a ellas. «¡Dejar la niña, nunca, concio!» Lo mejor era ganar la borda de uno de los lanchones, a pocos metros de distancia fondeados. ¡Sí, sí, a los lanchones!...

Avanzaba un poco. Su situación era parecida a la de un barco viejo, anegado de agua, que tuviera sólo un remo para defenderse de las corrientes encontradas. Con el brazo izquierdo tenía asida a la criatura y luchaba con el derecho.

Por último, jadeante, desfallecida, casi asfixiada, llegó a la borda de uno de los lanchones, y, con impulso desesperado, pudo arrojar dentro a la niña del Comisario.

La «Gaviota» no tuvo más fuerzas. Quiso trepar, pero le fué imposible; las enaguas de bayeta roja se enredaron en el tolete o es-

cálamo del remo de proa, y el cuerpo de Felipa quedó colgando, y medio sumergido en el mar, entre convulsiones de muerte.

Unas burbujas de espuma resbalaron por la superficie del agua. ¡Eran producidas por el último suspiro de la infeliz perdida, que terminó su existencia con un hecho heroico, con un hecho que demostraba que todo en su corazón no era cieno!...

El guiñapo rojo dió el alerta a los primeros transeuntes, y el sacrificio de la pobre «Gaviota» no fué inútil: ¡Se salvó la niña del Comisario!

“La Providencia”

El patrón Leandro y «seña» Atanasia se casaron cuando aún eran dos criaturitas. Desde aquella fecha hasta el día en que nosotros les conocimos, la vida de los esposos no había ofrecido cosa digna de la curiosidad de las gentes.

—Trabajar como Dios manda, pa que no

nos falte el gofio—según decía la misma «seña» Atanasia, llena de esa interior satisfacción, tan recomendada por las ordenanzas del vivir tranquilo y honrado.

El patrón era uno de los marinos que se dedicaban a la pesca «del salado». Comenzó su carrera sirviendo en calidad de grumete, y, poco a poco, por méritos de campaña, había llegado a mandar uno de los mejores pailebots que surcan las costas africanas. Era todo un hombre aquel viejecillo, ancho de espaldas y velludo como un oso, que andaba balanceándose por las calles de Arrecife, de igual suerte que si estuviera en la cubierta de un navío. Las fatigas del mar, donde había pasado su existencia, nunca le arredraron, disfrutando de una salud inalterable. Don Saturnino, el dueño del barco que mandaba el patrón Leandro, decía siempre: «Este viejo fué hecho a martillazos cuando aún no se había descubierto el hierro colado. Hace más él que toda la marinería».

Después que el patrón Leandro entró a poseer legítimamente a «seña» Atanasia, y, cuando, al cabo de mil esperanzas desvanecidas, se llegó a convencer de que no iba a tener prole, ¡ni un «guayebe» siquiera!, todos sus anhelos se cifraron en una aspira-

ción, que por desgracia estaba muy lejana.

Soñaba con tener una goleta suya, propia, para disponer de ella a su antojo; para cruzar las aguas libremente, sentado a la popa, como un emperador en su trono.

—¡Cuidado!—se decía en sus soliloquios—yo no quiero una cachucha «revirona» que pese como una potala; yo quiero una goleta marinera, «forraa» de cobre dulce, que «jaga» burla de los vendavales y corra como «un pa-por de jumo».

El fruto del sudor de treinta años, guardado silenciosamente por Atanasia, como dicen que guardan los gnomos los veneros de las minas, se había convertido por último, «sin endrogar al patrón ni en una fisca», en un flamante pailebot de dos palos, ligero y airoso como ninguno de los de la matrícula de Lanzarote. ¡Poder de la voluntad y del ahorro; esfuerzo gigantesco de dos héroes del trabajo!...

No atormentó más su magín el hidalgo de la Mancha en buscar nombres para su dama, para sí y para su jameigo, que el pobre del patrón Leandro para bautizar a su pailebot... ¡Qué de dudas y vacilaciones! Por último llegó el momento feliz, la sacra

inspiración, y dándose un golpe en la frente exclamó:

—¡Pero qué bruto soy! ¡«La proviencía»! ¿Cómo no se me había ocurrido? ¡«La Proviencia» se llamará mi barco!...

Cuando le leyeron aquellas letras encarnadas que relucían en la popa del pailebot, el patrón experimentó cierta contrariedad. «La Providencia»? No, señor; lo que él había dicho es «La Proviencia»... Dios y ayuda costó a los carpinteros de ribera para persuadir al patrón de que aquella «d» no estaba de más, como él suponía en su ignorancia de todo otro léxico que no fuera el practicado en las playas lanzaroteñas...

¡Qué día aquel para los esposos! «La Providencia» se balanceaba ya en las aguas, con las velas arriba. ¡Todas las velas, desde el «petifoque», que se agitaba como un abanico en la punta del botalón, hasta la escandalosa, que respondiendo a su nombre metía un ruido de todos los demonios!... La bandera española, hecha por las propias manos de «seña» Atanasia, lucía en el mástil del barco sus alegres colores, y el gallardete, ligero y juguetón cual un águila, trazaba eses y más eses en los aires, como diciendo: ¡superior!... ¡esta goleta es superior!; ¡superior!...

En el islote del Castillo y en los muelles de

Arrecife no cabía más gente. Allí estaban cuantas personas podían emitir su dictamen en achaques de marinería... «La Providencia» salió rápidamente por la barra, sin rozar siquiera el lecho de arrecifes lleno de dificultades y peligros; las manos del patrón Leandro manejaban el timón, y la goleta obedecía fielmente a la voluntad de su dueño, como una corza amaestrada... ¡Había que verla!...

«Seña» Atanasia—que también se hallaba a bordo—, reía y lloraba de satisfacción al mismo tiempo, limpiándose las lágrimas con la punta del delantal... Era su situación semejante a la de las madres cuando abrazan a sus hijos tras larga ausencia. Risas y lágrimas; que también la alegría hace llorar cuando es tan grande que conmueve las profundidades del espíritu.

El patrón Leandro gozaba en silencio, y sólo de tarde en tarde se dirigía a su «Providencia», para decirle cariñosamente:

—¡Bien, mi niña; «asina» me gusta! ¡Eso es virar como se debe!... ¡Ju... fuerte tea «pa caminá»!

Todos los inteligentes se mostraron de acuerdo con su fallo. ¡Superior! El dueño del barco le había hecho caminar en todas direcciones, y a todos los vientos, desde el islote

del Quebrado hasta Puerto de Naos... Lo mismo andaba de bolina que a un largo, que en popa... ¡Magnífico!... Pues ¿y la limpieza con que orzaba apenas se lo pedían?

A la caída de la tarde el patrón aflojó las escotas y puso al paio a su «Providencia», con objeto de echar en tierra a las personas que habían asistido a la «comilona». Poco después el pailebot navegaba con rumbo a las costas africanas, y «seña» Atanasia, que desde aquel día no pensaba volver a separarse de su Leandro, haciendo una bocina con las manos gritaba a los de tierra:

—¡Hasta la vueltaaa!... ¡Hasta la vueltaaa!...

Al amanecer ya habían llegado a Río de Oro, a uno de los mejores pesqueros que existen en aquellas regiones. El mar estaba tranquilo, casi inmóvil como las aguas de un estanque, y la costa africana se extendía por sotavento al nivel de las aguas que le enviaban su tributo de espuma... La gran planicie árida, de arenas rubias tostadas por un sol rabioso, parecía la continuación del océano, cubierto de una capa de ocre salpicada a trechos del verde sucio de los matos salobres... «Seña» Atanasia se quedó asombrada ante el espectáculo que ofrecían los enormes bancos de pescado que contemplaba a su alrededor.

Echada de bruces en la obra muerta del pailebot, miraba hacia el fondo de las transparentes aguas. ¡Jesús, Virgen de la Abundancia, «qué jormigues» de pescado! ¡Perro maldito, aquello parecía mentira!... El número de los peces que se agitaban en torno de «La Providencia», como si quisieran devorar el cobre de los fondos, era incalculable. Los meros enormes nadaban perezosamente, abriendo sus rojas agallas; las «samas» de color plata bruñida, lucían sus morros abultados; los «chernes» gigantescos, de tonos plomizos y pieles viscosas, se paseaban como grandes señores; los «tasartes» aparecían y desaparecían a modo de manchas fantásticas; los «colorados» marchaban por secciones, como tropas que vistieran uniformes rojos; los «cazones», con sus cuerpos alargados y su boca de tiburón, discurrían asustando a la «granujería» juguetona; los «chuchos» agitaban sus colas temibles; las «palometas», los «bocinegros», las «chacaronas» y los «rascais» pululaban a centenares, cruzando las aguas en diversas direcciones, juntándose y separándose como muchedumbre dominada de propósitos sanguinarios... ¡«Seña Atanasia no volvía de su asombro!

Comenzó la faena. Las nasas se llenaban apenas caían en el agua. ¡Qué regalo para

la vista, y qué satisfacción para el egoísmo, contemplar aquellas grandes cestas rebosando de pescados de todas calañas! ¡ Los pobres animales, al verse privados de su salvaje libertad, abrían desafortadamente las branquias y daban aletazos contra los juncos, haciendo saltar una nube de escamas brilladoras!... Más de la mitad de los tripulantes de «La Providencia» estaban encargados de la salazón, y no daban avío a los que en pescar se ocupaban.

—Andarse diestros, muchachos,—decía el patrón a unos cuantos hombres vestidos de bayeta que abrían por el cerro a los pescados para extraerles de un sólo tirón las entrañas, ¡ Qué fuerza y qué seguridad en los cuchillos! «Seña» Atanasia, con los tripulantes menos expertos, se había encargado de la faena de balar cuidadosamente, e ir apilando, en «carreras», las numerosas víctimas que iba tragándose, como una gran fosa, la bodega de «La Providencia».

A la puesta de sol tenían a bordo más de cuarenta quintales de pescado.

En igual forma y con idéntica fortuna, continuaron trabajando al día siguiente. El patrón Leandro y casi todos los tripulantes se habían separado buen trecho de «La Providencia», para fondear las lanchas en otro

paraje, célebre por la abundancia como por la calidad del pescado. Todo transcurría en calma, normalmente. Sólo se oía el ladrido monótono del perro, que parecía protestar de que lo hubiesen dejado solo, en la triste compañía de «seña» Atanasia...

—¡Leven las potalas y a bogar con rabia! —dijo de pronto el patrón mirando hacia el Poniente. —No me gustan esos «rebojos»; el tiempo ha cambiado. «Jallo» que se nos viene encima un vendaval.

Había que creer ciegamente en las palabras del patrón. Su experiencia de cuarenta años le daba en las opiniones una seguridad matemática. «¡A bogar todo Cristo! ¡A bogar que «La Providencia» puede romper las amarras!»

Efectivamente, el tiempo había cambiado. Del Poniente venían intensas ráfagas de viento que hacían estremecer el oceano como si sobre su cristal corrieran fantasmas invisibles. Los tonos delicados de las dos inmensidades habían desaparecido. Arriba se agitaban las primeras nubes, precursoras de la tormenta. Abajo, el verde transparente, purísimo, de las aguas, se había convertido en verde oliva y las olas comenzaban a encrespase furiosas.

Los pescadores se hallaban muy distantes,

cuando «La Providencia» pudo hacerse a la vela ya el temporal era formidable. El patrón dispuso que no izaran más que los focos, y tomó rumbo al sur. Era el único posible, dado el vendaval del Poniente, y quedándoseles a sotavento la costa africana, que aparecía y desaparecía entre montañas de espuma. Lo más terrible era que «La Providencia» encallara en un bajo de arena. Tal fuerza tenía el viento, que por cada metro que adelantaban hacia Cabo Juby, se iban dos sobre la costa... ¡Desesperación horrible!

Temporal como aquel no lo habían visto nunca los pobres marinos lanzaroteños... ¡Ira de Dios, qué desdicha!

—¡No importa!—decía el patrón dando ánimo— ¡«La Proviencia» es mucha «Proviencia»!

De pronto, una ola terrible entró por la proa dando un arietazo formidable. El botazón y el palo trinquete quedaron bechos astillas. «La Providencia» comenzó a meter agua... ¡Pero qué vía de agua!

Los marineros, dominados de pánico, decidieron abandonar el buque para ganar la orilla.

—¡A echar las lanchas!—gritaron varias voces.

El patrón, sin abandonar su sitio, procuraba detener a su gente, que ya no le oía siquiera. ¡Lucha terrible y angustiosa!...

Los marinos también salieron vencidos en sus demandas. Fué imposible arrancar del timón a aquel viejo loco, ni a «seña» Atanasia, que se ocultaba detrás del cuerpo de su marido. Cuando intentaron hacerlo, blandió su enorme cuchillo, lleno aún de escamas de pescado, y gritó, enfurecida:

—¡Dejarme, cobardes, porque os rajo!
¡Dejarme!

El egoísmo se impuso, y aquellos hombres que antes respetaban ciegamente a su patrón, comenzaron a bogar para tierra... El viejo pudo aún gritarles con rabia:

—¡Gallinas!... ¡Sinvergüenzas!... ¡Cochinos!...

La tarde moría entre claridades espectrales, como un réprobo entre llamas, y el barco se hundió en los abismos... Los marinos, ya cerca de tierra, vieron, con ojos espantados, un trozo de la popa del buque náufrago, aquel trozo donde estaba el nombre que se le ocurrió al patrón Leandro en un momento de feliz inspiración... Allí estaba escrito con letras rojas.

¡La Providencia!

BIBLIOTECA CANARIA

PAGINAS HUMORISTICAS

EL PARAISO POR DENTRO

HISTORIA DE «NIVARIA»

FOR

MARCOS PEREZ

LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

EL PARAISO POR DENTRO

«Cuando quiso Dios crear al hombre, dijo: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza».

«Formó, pues, el Señor, el cuerpo del hombre, del barro de la tierra, le infundió el alma y le dió vida. A este hombre, Dios le llamó 'Adán».

«Adán, entre tantos seres, no tenía uno semejante, por lo que dijo el Señor: No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle ayuda semejante a él.»

Sumergió en un profundo sueño al bueno de Adán y mientras dormía sacóle una costilla y de ella formó la mujer, que le dió por compañera.

Por las líneas transcritas deduzco yo que

nuestro padre Adán tenía el sueño pesado

Hay que ver lo que significa sacarle una costilla mientras dormía y no dar señales de vida, como si le quitaran un duro del bolsillo.

«De la costilla formó luego la mujer, que le dió por compañera y que llamó Eva, o madre de los vivientes.»

Desde entonces Adán que, aunque tiene cara de tonto, es un guasoncito de primera, ha cogido la muletilla de decirle a Eva, con harta frecuencia: ¡ Dame mi costilla, Evita; anda, no seas así!

Reclamó Adán su costilla,
y Eva, tierna y cariñosa,
y lista como una ardilla,
le dijo: Es muy poca cosa...
pero no me hagas cosquillas.

«Adán recibió a Eva con ternura—yo hubiera hecho lo mismo—y vivían felices en la sencillez y en la inocencia.»

«Dios había puesto a Adán y a Eva en un jardín delicioso llamado Paraíso terrenal. El río Eufrates corría por este jardín; en él había toda clase de árboles hermosos, cuyas frutas eran suaves y delicadas. En el medio se levantaba el árbol de la ciencia del bien y del mal.»

Dijo Dios al hombre: «De todo árbol del Pa-

raiso podrás comer, menos del árbol de la ciencia del bien y del mal».

«El demonio, movido entonces de odio y envidia, se valió de la serpiente para tentar a Eva y le dijo: —¿Por qué no coméis del fruto de este árbol?

—Dios me lo ha prohibido,—respondió Eva; —si comiéramos de él, moriremos».

—No,—respondió la serpiente—, no moriréis, sino que seréis como Dios, concedores del bien y del mal.

Eva, engañada por estas palabras, agarró la fruta, comió de ella e hizo comer también a su marido.»

Yo me he quedado pensando, al conocer nuestro origen: ¿Y quién casó a estos abuelitos nuestros?

Es la primera vez que la loca imaginación ha ido tan lejos; nunca había enfocado mi modesto pensamiento hacia nuestro «aristocrático» origen, basándome, naturalmente, en lo consignado en el Génesis de la Santa Biblia.

Supongo yo que el árbol genealógico de nuestra existencia debe estar avergonzado y alicaído. ; La simbólica manzana, en manos de Darwin! La sangre azul, como la cochunilla,

a bajo precio. ¡Oh, el conde de la alpargata!
¡Ah, el Marqués de siete suelas!

Y, según parece lógico
y fácil de averiguar,
por el árbol genealógico...
¡se quedaron sin casar!

Esto es lo que hemos podido saber, por la Historia Sagrada y la Biblia, de nuestro origen y de nuestros primeros pasos por el mundo.

Como yo no conozco de nuestro idioma sino el nombre que se le asigna al parentesco, o vínculo familiar, de padre, abuelo, bisabuelo y tatarabuelo, o tercer abuelo, de aquí en adelante no sé qué nombre se dará a los ascendientes más lejanos, y no digo nada a los promotores de nuestra desgracia. Si al tercer abuelo se le dice tatarabuelo, si tuviéramos que citar nuestro parentesco con Adán, tendríamos que estar tocando la corneta quince días seguidos: tataratataratataratabuelo...

Desde luego os prometo, amables lectores, que cuando de ellos trate, lo haré con el mayor respeto y la consideración más distinguida. No os guardo el menor rencor por haberme traído a este pícaro mundo, sobre todo cuando ya estoy al final de la jornada; pero hubiera estado más en razón, creo yo, que

se me hubiera consultado antes del ayuntamiento propagador de la especie. Seguramente hubiera rehusado el honor, prefiriendo seguir en principio informe. Para otra vez será.

Respetable lector, si lo hubiere: Yo no sueño nunca, o más verídicamente, casi nunca; pero faltando a las «ordenanzas municipales», la noche del día 23 de Agosto, con sol en Virgo, según reza el Almanaque de los Obispados de Canarias, soñé que me encontraba de golpe y porrazo en el propio Paraíso, en ese lugar amensísimo donde Dios colocó a nuestros primeros padres. El traje de Adán, que fué a quien primero ví, no me preocupó gran cosa, pues yo había conocido ya en este mundo a Juan poca ropa, y había presenciado también el acto de cortarle el «atajante» al célebre Manuel Pajarito. He visto, además, allá en mi juventud ya lejana, fotografías de pronóstico grave. Había oído hablar varias veces del traje de Adán, con las manos en los bolsillos: de la hoja de parra y de otros usos y costumbres paradisiacos. Así es que la indumentaria masculina no me cogió desprevenido.

Como yo, por razón de mi oficio, estoy cansado de ver ropa, me consideraba en la Gloria o muy cerca, al no ver allí ningún chaleco, pantalón ni americana por los alrededores.

Como digo antes, el primero que se presentó ante mi vista fué Adán, con los brazos cruzados sobre el pecho. Su actitud pacífica y su cara de simple, me dieron valor para romper el silencio y preguntarle en forma de gramática Ollendorff:

—¿Tiene usted pan?

—Yes.

—¡Ah! ¿Es usted inglés?

—Oui.

—¿Se está usted burlando de mi?

—Sí.

Al notar Eva que el diálogo iba subiendo de tono, se acercó a nosotros y ante la presencia de la dueña de la casa que lucía un bello traje paradisíaco, la escena cambió por completo. Eva, después de la consiguiente reverencia, me hizo señas de que tomara asiento, señalándome una piedra cercana, de regulares dimensiones.

Ya sentado, y para cambiar el tema, me hizo algunas preguntas acerca de las costumbres terrenales.

—Las modas de hoy en la mujer, —le dije— se acercan bastante a la que usted lleva poca ropa y cuerpo erguido. Hay artistas de «pudor moderno», que hasta la hoja de parra les da calor.

Al oír a Eva expresarse correctamente en español, quedé encantado.

—¿Cómo es la moda actual, en nuestro planeta, de los sombreros de señora?

—Pues, mire usted. Las modas femeninas actuales en los sombreros, cambian a compás con los gobiernos. En menos de tres años, he conocido cuatro.

Adán, que no gusta de sombrero, se alejó un poco de nosotros, y de cuando en cuando se bajaba y cogía algo del suelo, que yo no pude distinguir, pero al acercarse a nosotros nuevamente, me dijo mostrándome unas piedrecitas.

—Esta tarde, a la hora de cenar, tomaremos una «sopa de piedras», que se va usted a acordar de mí, como cocinero, en mucho tiempo. Ya verá usted cosa sabrosa.

Miré a Eva, con cara de incredulidad y ella confirmó lo que había dicho su esposo, añadiendo:

—Ya verá usted muy pronto cómo hasta de piedras hace un gran guiso; ya verá usted.

Desde aquel momento, aproximadamente las tres de la tarde, se metió Adán en la cocina, una choza como casi todas las de nuestros campos.

Al poco rato aparecieron las primeras señales humeantes, que fueron poco a poco to-

mando incremento hasta llegar al humo denso y copioso. Eva me miró sonriente, como queriéndome decir con su inteligente mirada: Ese humo lo ha producido mi marido, que es muy inteligente; antes de dos horas presentará la «sopa de piedras» que, como usted podrá comprobar y saborear, es un plato succulento, sustancioso y agradable al paladar.

Como al buen callar llaman Sancho, aguanté mi curiosidad cuanto pude, hasta que «tocaron el tambor» para ir a la mesa.

Al fin, se presentó Adán con una vasija humeante en las manos, que exhalaba un olor vivo y agradable, que se extendió rápidamente por todo el Edén.

Esperaba que trajesen una mesa rústica, con sus correspondientes sillas de igual categoría, pero ¡ca!, ¡estaba muy equivocado! Eva colocó en el suelo, después de limpiarlo perfectamente de hojas secas con una rama de palma, una estera o cosa así confeccionada por sus lindas manos con tallos lisos y flexibles de ciertas plantas típicas de aquel aménisimo lugar y adornada luego con primorosos dibujos en relieve, confeccionados con plumas de aves de Paraíso y otros pájaros de hermosísimo plumaje y de extraordinaria variedad.

Al centro de la que llamaremos «estera

paradisíaca», colocaron un trozo de tronco de árbol, de dimensiones iguales al redoblante de una banda militar, completamente en rústica, como las obras modernas. Sobre ese tronco sin labrar, se colocó la vasija del guiso.

Los tres asientos consistían en tres trozos de tronco de árbol, exactamente iguales al del centro de la mesa o estera. En unos platos de gran diámetro y profundidad sirvió Adán, primero a Eva, luego a mí, y últimamente se sirvió él. Lo mismo que en la Tierra, salvo cuando se tiran los platos a la cabeza.

Ya servidos los tres, esperé a que Adán se tirara a fondo, que ya había empuñado su hermosa cuchara de palo, único utensilio ayudador que había al alcance de mi vista.

Los platos estaban abundantemente servidos; bien es verdad que por ninguna parte aparecía otro manjar. De manera, pensé yo, que si el guiso es bueno, hay que reengancharse; de lo contrario, quedarse con ganas.

Siguiendo la costumbre establecida aquí abajo, en la Tierra, esperé a que los de la casa empezaran, y cuando esto hubo ocurrido, comí de lo lindo y con gran apetito, pues el guiso resultó inmejorable. Tenía que ser así, ya que los componentes eran de la mejor categoría y calidad: Papas, jamón, gallina, morcilla, chorizos,, repollo, tocino y judías, con

el aditamento de las especies consiguientes. Para un «pote gallego», sólo le faltaba el nab

Adán y Eva, al oír mis continuados elogios al plato, no dísimulaban su regocijo. El primero eructaba ruidosamente, lo cual no producía a Eva la menor contrariedad; ella también lo hizo luego, pero en tono menor. Yo procuré imitarles, acordándome de que los moros, cuando son invitados, para demostrar el agrado con que han comido, se regüeldan estrepitosamente, y así demuestran al anfitrión lo satisfechos que han quedado y cuán a gusto han comido.

Así como a los diez minutos de desaparecida la sopa, empezó un «trío tiroteador», que dejaba muy atrás a los cohetes de la célebre «Entrada» del Cristo de La Laguna.

Adán nos sirvió en sendos vasos de barro cocido un buen vino blanco, una especie de manzanilla paradisíaca que quitaba el hipo.

A las cuatro «gabardinas», empecé a sentir ganas de cantar, como era uso y costumbre en tiempos remotos. Me vino a la memoria un zortziko con que nos halagaba el oído don Mariano Estanga, en aquellas noches, de grato recuerdo, del extinto «Salón Frégoli», que empieza así:

Aunque la oración suena

yo no me voy de aquí,
la del pañuelo rojo
loco me ha vuelto a mí.

.....

Quando yo esperaba una formidable rechifla, se pusieron en pie «todas las personas asistentes al acto», y una por una me dieron la enhorabuena y me estrecharon la mano. ¡Cuánto honor!

Pasado algún tiempo, cuando ya estábamos con las bromas de sobremesa, me ocurrió hacerle al Sr. Adán, la siguiente pregunta:

—Tengo gran curiosidad por saber la influencia que hayan podido tener en su preciosísimo guiso las piedrecitas que ha puesto usted en el exquisito plato que acabamos de comer.

Adán, entre sonriente y burlesco, me contestó:

—Esas piedras se lavan ahora muy bien, y sirven luego para cuantas sopas iguales a la de hoy se quieran hacer. Las piedras no sirven más que para dar el nombre a la sopa y para reírnos ahora de la broma y nada más.

Y el padre Adán empezó a reírse a mandíbula batiente, al mismo tiempo que me ofrecía un vaso de aquel sabroso vino, que, como decía nuestro padre orgullosamente, estaba cultivado por él y pisada la uva con sus pro-

pios pies. Era por lo tanto, vino paradisíaco, por los cuatro costados.

Le advierto a usted, añadió, que la embriaguez que produce este vino es distinta a la de todos los otros vinos, y quince codos por encima también del renombrado champán; proporciona un sueño plácido, dulce, y siempre alegre, a tal punto que el despertar produce mal humor en el ánimo. Algo así como cuando a un niño le quitan los zapatos nuevos.

Ha de saber el lector que Eva no se quedaba a la zaga en las libaciones.

Cuando ya estábamos a veintiocho grados sobre cero y cuando menos me lo esperaba, ví con la mayor de las sorpresas que Eva se presentaba con unos palitos perfectamente colocados en sus manos y de otra parte Adán con una caña con agujeros, en forma de primitivo clarinete.

Mi sorpresa aumentaba por momentos. ¿Por dónde irán a salirse estos señores?, me pregunté para mis adentros. Pensé si irían a bailar un tajaraste Pero, no. Adán se destacó por peteneras y Eva por unas sevillanas, cantadas con irreprochable estilo:

¡ Viva Sevilla, ¡olé!, viva Triana!,
es que me dejo llevar

por dulces palabritas de amor,
 y luego que me dejan plantá
 me dicen con salero: perdón,
 que de lo dicho no hay na.
 ¡Viva Sevilla, ¡olé!, viva Triana!,
 que si me hablan de amor
 me vuelvo mochaes,
 pues yo no tengo la culpa
 de que sean los hombres tan especiales.

Aquellas sevillanas me supieron a gloria;
 y al terminarlas, después de las consigüentes
 enhorabuenas a los cónyuges bailadores me
 dió Eva unas palmaditas en el hombro. ¡Esto
 está que arde!, exclamó con muchísimo sa-
 lero.

¿Cómo habrán podido llegar hasta ellos
 todas estas frases, estos bailes? Y cuando
 iba a preguntárselo a Eva, me despertaron
 dos prosáicos golpes dados en la puerta de
 mi alcoba, acompañados de la consabida fra-
 se despertadora: «¡El agua caliente!» Y lue-
 go, el golpe que produce una cafetera abu-
 rrida al colocarla cerca de la puerta.

HISTORIA DE "NIVARIA"

He prohibido una linda perrita que, antes de estar bajo mi protección, se llamaba «Gitana», pero al pertenecerme la confirmé con el nombre de «Nivaria», que según los historiadores fué como se llamó la isla de Tenerife en sus primeros tiempos. Transcribo a continuación la conocida cuarteta de don Nicolás Estévez:

Cuanto más alto se ponga
de Horacio Nelson la estatua,
más alto verán los siglos
el nombre de mi Nivaria.

Yo ignoro si hubo incursiones de gitanos

en Canarias; de mí puedo decir que sólo tengo de gitano las tijeras...

Esta perrita, que cuenta solamente un año de edad, es una de las más bonitas y limpias que se contonean por el pueblo. Es blanca, con «remiendos beige» por babor y estribor, y sólo mide cincuenta centímetros de eslora, con un peso, sin contar la inteligencia, de siete kilos, doscientos cincuenta gramos.

El rabo es cosa seria; todo blanco, «como las espumas de los mares fuertes», alcanza dieciseis centímetros de largo por seis de diámetro. El pelo de «Nivaria» es corto, excepto el del rabo, que es más largo y sedoso, y cae hacia abajo... como todo lo que cae: pero el rabo, en total, mira al cielo, aunque no le hacen caso. Hay personas que cortan el rabo a sus pobres perritos; otras les cortan las orejas, y otras, más inhumanas aún, lo dejan en condiciones de cantar de tiples en las catedrales. ¡Qué dolor pasará el rabo, cuando le cortan el perro!

Los inteligentes en perrerías dicen que es de raza «Foxterrier», pero no de pura sangre, pues según de público se murmura, siendo su madre joven la engañó un perro vecino que escaló el muro de la azotea, cometiendo el atropello consiguiente, con las

agravantes de allanamiento de morada y nocturnidad.

«Nivaria», a pesar de su corta edad, tiene en su historia tres hechos de gran «importancia y notoriedad», en los que expuso su vida «heroicamente», como se leerá luego.

Cuando apenas contaba tres meses, hallábase cierta noche en medio de la calle 25 de Julio, en cuclillas, compungida y estreñida, cuando se presentó inopinadamente un «taxi» que le pasó por encima, pero con tan buena estrella, que las ruedas quedaron por los lados y salió ilesa de este suceso. No hay que decir nada del grito que dimos «sus padres». ¡Parece mentira que se pueda llegar a querer a un perro tan entrañablemente!

Aquí viene de perilla la frase del filósofo inglés: «¡Cuanto más conozco las personas, más me gustan los perros!»

La pobre perrita se quedó con los ojos en blanco y en posición supina, y como no se movía, creímos que estaba muerta. Más tarde, quejándose amargamente, decía entre sollozos: «El auto no tuvo culpa ninguna; toda fué del chófer». ¡Cosa más rara!

Que no tocó el muy bruto la bocina ni siquiera al dar la vuelta de la esquina.

El chófer tuvo la atención de parar el au-

to, tomar la perrita en sus manos, y después de examinarla detenidamente, decir con voz campanuda y énfasis médico autoritario, devolviéndonos la perra: «¡No está muerta!»

Y luego, incontinentemente,

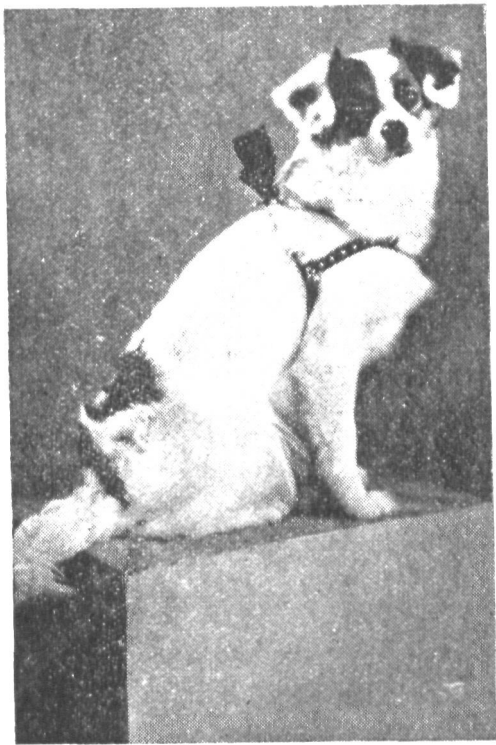
Miró al soslayo... fuese y no hubo nada.

Después de este desgraciado accidente he dicho varias veces a mi mujer, con semblante risueño: «Qué ojo clínico tan certero, el de aquel chófer tan bruto». A Dios lo que es de Dios y al chófer lo que es del chófer.

«Miss Chocolate», que es como en broma llamamos a «Nivaria», «en familia», porque es una cadena sin fin para el cacao con azúcar, la llevamos siempre amarrada por temor a los atracadores... ¡Hay perros tan descarados!

Cuando la sacamos de paseo tenemos gran gusto y cuidado de engalanarla con lo mejorcito de su ropero. Cada día lleva en el collar un lazo de distinto color (365 al año), que nos ha resultado una especie de «sigueme pollo» para los perritos de su edad y sexo diferente. Yo le recito con frecuencia esta cuarteta de «Las Campanadas»:

No te fíes de los hombres
aunque los veas llorá,
que son como los tomates
que vieuen por temporás.



Me tiene disgustado que, cuando pasa un perro de su gusto, vuelve la cabeza y le dice con disimulo «le espero en Eslava tomando cafe». Por lo demás, es monísima, cariñosa y «trabajadora», eso sí. Estos «foxterriers» poseen esa condición; son muy trabajadores, no pueden estar quietos, todo lo que cogen a su alcance lo pulverizan. Son unos pulverizadores de primera magnitud. Ahora bien: hay que perdonarles ese defecto, si así puede llamarse, por estas dos razones que la propia perrita aduce en su defensa cuando se le pelea o castiga por romper alguna cosa: «Yo no tengo culpa en salir a mis padres; ya se sabe que «lo que se hereda, no se hurta»; y, por si ese retrán es poco, «el que a los suyos se parece, en nada desmerece». Si yo fuera hija del «louto de la Cuesta», haría tonterias; y si fuera hija de una mona, «monerías».

La segunda razón, aunque no tan poderosa como la primera, si se analiza detenidamente con vistas al pasado, no es menos de tenerse en cuenta. Verdaderamente en las casas antiguas, a más de sus dueños, que, como las sanguijuelas llenas estamos para quitar, en las mesas, en los armarios y en toda la casa se nota la falta de una familia completa de «foxterriers». No hay más que

fijarse en los sombreros, faldas, sombrillas, maletines, blusas, chalets, botas, etc. etc., que salen a relucir en Carnestolendas. Esta es la segunda razón que alega «Nivaria» en abono de su acción destructora.

El hociquillo de «Nivaria» es una preciosidad, digno de ser esculpido por Benlliure. Sus andares son de cupletista de fama; se balancea tan airoosamente, que a veces me pregunto: «¿Es «Nivaria» o es la Giralda que la ha transportado Don Joaquín?». Siempre va cantando por la calle, y su canción favorita es aquella que tan bien cantaba sesenta años atrás Emilia, madrileña, no recuerdo el apellido, que empieza así:

De la patria del cacao,
del chocolate y del café
vengo, amigo, enamorado
y acaso pronto volveré.

Vaya otro «checho de armas», inesperado, de «Nivaria»:

En la casa del Sr. Acea, a más de inodoros de todas clases, incluso con radio, tienen un gato o gata—no me dió tiempo a mirar la partida de bautismo—, que puede clasificarse de indómito, feroz y carnívoro. Debe ser «remixto» de tigre de Bengala y gata unicolor. No suena yo hasta aquel día que

un gato era tan feroz. Le di un palo en la cabeza y por toda contestación salió de nuevo a media calle a buscar la perra, y...

Salió Juanito Toledo
con su espada toledana
y el gato dijo, sin miedo:
ni me voy, ni me estoy quedo,
porque no me da la gana.

Tercero y último hecho de armas. Digo de armas, porque el apellido de «Nivaria» es de Armas.

Cierto día que bajábamos por la calle de Viera y Clavijo, con la perrita amarrada, conforme disponen las Ordenanzas Municipales, un perro-lobo, o mejor un lobo-perro, sin bozal, y además sin llevarlo su dueño o conductor, atado en contra de lo ordenado por el Excmo. Ayuntamiento, se abalanzó enfurecido sobre «Nivaria», sin haber mediado palabras de ninguna clase de idioma. La perrita, ¡pobrecilla!, sólo contaba entonces nueve meses de edad y treinta centímetros de alzada, perteneciendo, además, como su nombre lo indica, al sexo débil. En cambio, el «valiente» contrincante era un perrazo de estatura Primo Carnera, con tacones de goma. La embestida fué bestial; la acción, cobarde y villana. Pe-

garle a una mujer es una cobardía; pero a una niña de nueve meses es una cobardía elevada al «cuadrúpedo».

No hay que decir que «Nivaria» no pudo repeler la inesperada agresión de aquel pe-rrazo que, de cerca, y mordiéndola cruel-mente, le parecería un miura... sin cuernos.

Cuando el dueño, que miraba tranquilo desde la acera de enfrente, vió que su «va-liente» perro pegaba duro, que había de-mostrado «su valor» pegando a una «niña», se acercó gozoso, cogió al perro por el pes-cuezo, pues tampoco tenía collar, y lo se-paró.

Terminada la reyerta, seguimos calle aba-jo, y tanto «los padres» como la hija nos quedamos tristes cabizbajos y pensativos; la verrilla, como es natural, más fatigada y afligida que nosotros y sin pronunciar pala-bra. De pronto, se vuelve hacia nosotros, con el entrecejo arrugado y los puños cerrados, y nos dice:

— En cuanto trinque al perro lobo... ¡zás!, le hiécho un ojo.

— ¿Y después... después, qué?—le pre-guntamos.

— Después... ¡me echo a correr!

Nos reímos a mandíbula batiente por la graciosa idea, después de recibir tan elo-

cuenta «traquinas». Lo chusco del caso nos hizo cambiar de semblante y endulzar la aflicción interna.

He formulado un expediente para esclarecer y aquilatar estos acaecimientos ocurridos en la «rúa pública».

La perrilla se baña diariamente; se resiste cuanto puede, pero, «a la fuerza ahorcan». Cuando está en «maillots», en expectativa de baño, riase el lector de todas las bañistas de buen cuerpo. ¡Ni la Caramanchimay, si volviera al mundo!

Holanda y Carmen, distinguidas y antiguas dependientas de «La Cibeles», son las dos mejores amigas de la perrilla, que también está colocada en la misma tienda. Es la encargada de desmenuzar todo lo viejo. ¡El mejor día la coge conmigo!

Estas pobres amigas, Carmen y Holanda, tienen que sufrirle a «Nivaria» sus diarias impertinencias de niña mimosa, pero el cariño lo perdona todo. Ninguno nos podemos quejar con razón, porque todos hemos contribuido con nuestro óbolo—¡carambita con el «óvalo»!—a sus defectos de educación. Bien es verdad que «Nivaria», que es gran cazadora,

Cuando cobra alguna pieza
liebre, conejo o lechón

se las trae con prestesa...
pero siempre es un ratón.

La buena de Carmita se ha encargado voluntariamente de bañarla y vestirla. ¡Cómo no! Hay que ver á «Nivaria» antes del baño con su «maillot» azul con rayas blancas. (Matrícula de Tenerife).

En el baño se la ve siempre con cara compungida y enjabonada hasta lo más alto de la cola, que se le queda terminando en punta, como un lápiz recién afilado. A veces, lloriqueando, le dice a la paciente Carmita: «El día que yo sea más grande que tú, te voy a meter en el aljibe a ver si te gusta.» Carmita se ríe a carrajada limpia.

Después del baño la pone un rato al sol, con su pequeñísimo albornoz con capucha, y parece una linda morita tomando el sol.

Cuando está tiritando de frío ha cogido la costumbre de cantar esta copla de «La Leyenda del Monje»:

Diente con diente estoy dando.
¡Qué será de mí, Dios mío!
porque estoy titiritando,
titiritando de frío.

En el sexo fuerte también cuenta con muy buenos amigos de todas las clases sociales: El Excmo. Sr. D. Antonio Alonso,

cuando encontraba a «Nivaria» le hacía muchas caricias y le endulgaba tal número de piropos, que la perrilla, «mujer» al fin, se envanecía.

Citaré los que recuerde: ¡Ay, la Nivaria! ¡qué bonita está!, ¡qué limpia!, ¡qué perrita tan linda! ¡cómo salta!»

«Nivaria», que es una saltadora, halagada con tanta lisonja, saltaba de gusto y corría alrededor del general, tan desafortadamente, que parecía un caballito de circo.

Con marcada intención he dejado a la amiguita a quien dedico este modesto trabajo, para el final, como se dejan los postres, para endulzar el paladar.

¡María Rosa Cordero! Siempre que la miro me quedo con la boca abierta; y lo más gracioso es que a ella le pasa lo mismo, «a pesar del calor que hace aquí», y es que comemos diariamente, a dos metros de distancia, en el renombrado «Hotel Acacia». Así es que nos encontramos muchas veces con la boca abierta. Mirada de ojos nublados, mirada de abuelo. Aquí de Campoamor:

Aquellas cuyas madres amé tanto, me besan hoy, como quien besa a un santo.
- Esta niña, pues sólo cuenta trece años de edad, si no es aún completamente bonita,

no tardará mucho en serlo. No tiene a quien salir fea. «De tal palo, tal astilla.»

Eres un lindo capullo
del jardín de la inocencia,
sin odio, envidia, ni orgullo;
la vida así es un arrullo,
lo mejor de la existencia.

Cuando María Rosa esté comprendida entre los diecisiete y veinte superará en belleza a sus hermanas María Josefa y Milagros, que son dos lindas madrileñas, de perfectas facciones y esbelto cuerpo; pero María Rosa es la simpatía andando: «gracia plena», adornada con el mayor atractivo de las personas: una esmerada educación. Al oirla, no solamente disfrutaban sus amantes padres, sino también los comensales del «Hotel Aca-cia».

Con gran placer, amiga María Rosa, te dedico este «colorín dominguero» en demostración de afecto y simpatía.

María Rosa, hemos llegado
hasta el principio del fin.
¿No te gustó el colorín?
Pues me dejas colorado,

El Càrnaval de antaño en Santa Cruz

BIBLIOTECA CANARIA

El Carnaval de antaño
en Santa Cruz

ROB

MARCOS PEREZ



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Aun conservo latente bajo el cuero cabelludo de mi cabeza sin pelo,—el que llevo, que no sé a quien perteneció en vida, es producto de una operación de compraventa de un artefacto, casi solideo, conocido entre los calvos con el nombre de bisoné—el recuerdo tan grato de aquellos viejos Carnavales, en que la alegría rebosaba en todos, viejos y jóvenes, dentro y fuera de las casas.

De otra parte, me entristece la desaparición de tantos y tan buenos amigos con quienes compartí tan agradables días de solaz y descanso.

Era costumbre en aquellos Carnavales, que cada casa, con arreglo a sus disponibilidades, presentara su mesa con los mejores manjares que podía y vestida con las galas de las grandes solemnidades. Si era mesa de casa rica, veíase siempre de cuerpo presente, colocado en una bandeja y cubierto, bien por una alambarrera o por una blanca servilleta primorosamente marcada, un hermoso jamón, de cerdo desconocido.

El condenado al sacrificio, «en segunda vuelta», asomaba con miedo un trozo de hueso a guisa de culata de revólver en bolsillo de matón. Quesos de Camembert, Port Salut, Gruyere y hasta Roquefort, a pesar de su continuo mal... humor, se veían también ordenadamente colocados, sobre el trincherero de las casas pudientes.

¿Y repostería? Desde el gato moka, con su sabroso gusto a buen café, hasta las copitas de huevos moles, que se quedaba uno relamiéndose los labios hasta la Semana Santa,

A estos selectos manjares les hacían guardia de honor los ricos vinos del Marqués de Misa, Rioja Clarete, Jerez Raya, Anicete María Brizard, y, asomando su largo pescuezo dorado, como el orgulloso ser racional que mira por encima del hombro a los que consi-

dera inferiores en jerarquía, al acreditado
Moet Chandon, esperando su turno, al final



de la fiesta, para dar la máxima alegría al acto.

Naturalmente que no en todas las casas las mesas eran tan abundantes y lujosas como la reseñada; las había de segunda clase, de tercera preferente, y hasta de pan, queso montañero y vino de la Victoria. Añádase a lo dicho una complacencia y buena voluntad interminable en todas las familias. Téngase en cuenta que en la que entraba una «partida» de diez o doce «guardias de asalto», de quince a veinte años de edad cada «quisque», un queso de cuatro kilos lo dejaban en el esqueleto, de una «sentada».

Puntos carnavalescos

Recuerdo, entre los más importantes, a los siguientes:

Victorino, jardinero de la plaza del Príncipe, de pelo rubio y ensortijado, que se lo dejaba crecer de un Carnaval a otro. ¡Un año sólo para vestirse de mujer, en camisa, y lucir su buena cabellera! Tenía la voz fina, de tenor «campestre» del campo, y cantaba delante de las parrandas calle-

¡eras de aquellos alegres días. Victorino se acompañaba su canto con una «huesera», instrumento que se compone de unos diez canutos de caña de unos 20 centímetros, enhebrados por los extremos a guisa de escalera de gato que se cuelga del pescuezo y se pasa de arriba abajo y de abajo arriba, con una sola castañuela y... dale que es tarde. El sonido se parece algo al de un saco de nueces cuando están de purga.

También fueron muy nombrados en los Carnavales: Juan Ponce y Calderín. El primero, maestro zapatero, dueño de la zapatería «La República», San Francisco número 10, accesoria. El segundo, Francisco Calderín, era hombre hábil; hoy, descubierta ya la navegación aérea, hubiera hecho una fortuna en poco tiempo. Se dedicaba a componer aireadores. En aquella época casi todas las damas tenían un lujoso abanico. Cuando éstos eran blancos y de lujo, sus varillas eran siempre de nácar. No hay que decir que, cuando se caía alguno al suelo, había que llevarlo a soldar a casa de Calderín.

Estos dos amigos tenían la particularidad de no hablarse en todo el año; sólo unos cuantos días antes del Carnaval se ponían de acuerdo en lo que habían de hacer. Tenían

buena sombra para inventar algo original y propio de esa fiesta. Un domingo de Carnaval amanecieron en la Plaza del Mercado, cada uno acostado en su catre de viento, y debajo de cada cama el servicio correspondiente al caso, adornando el asunto con chistes a propósito para criadas y mal criadas.

Otros «puntos» notables

También era nombrado en la época a que me refiero, Manuel Alvarez. Salió un año de efervescencia política, llevando del ronزال una burra, que, según decía en su chistosa peroración, al ordeñarla segregaba por su glándula izquierda leche liberal y conservadora por la derecha.

«¿De cual quiere usted»—preguntaba a algunos con irónica intención.

Peñita, el pintor de brocha gorda, de más cercanos tiempos, también tuvo sus buenos Carnavales. Recuerdo que en uno de ellos se afeitó la cabeza, las cejas y el bigote, y luego se doró con purpurina del pescuezo arriba todo, hasta la coronilla. Cuando se le preguntaba: «¿Peñita, qué disfraz es ese

que traes?», contestaba muy serio. «Perilla de escalera de casa rica.»

Otro punto «carnavalero» fué Pepe García, el tuerto, conserje de nuestro Gobierno civil en aquella época. Un día se vistió con la siguiente indumentaria: Una camisa de mujer, sin nada más encima ni debajo, un pañuelo por la cabeza, sin careta, y jugando al trompo. Hasta aquí la cosa no tenía nada de particular, pero cuando se bajaba a coger el trompo, quedaba la castidad bajo cero. A las tres agachadas, terminó jugando al trompo en la cárcel.

Benito y su culebra

En aquellos tiempos había en Santa Cruz un negro llamado Benito, hombre de buena conducta, aunque de baja estofa. Se dedicaba a barrer las calles.

Tenía la costumbre en los carnavales de «matar la culebra», juego muy generalizado en Suramérica entre la gente de su raza.

La culebra consistía en una mala imitación del reptil, hecho con tela negra y con dos cuentas negras imitando los ojos; no le

faltaba más que el veneno para hablar. Ponía en el centro de la calle la culebra. ¡Lagarto! ¡Lagarto sea!, y los chicos se encargaban de hacer el corro enseguida.

Benito se ayudaba con un palo, más corto que un bastón, con el que, en sus graciosos recitados y cantos, movía la culebra, dando vueltas a su alrededor, fingiendo miedo y diciendo entre otros recitados: «Mírale esos ojos; mírale esos dientes. ¡María Santísima!, dame «való», San Antonio bendito, dame «fuezas». Y después de muchos rodeos y circunloquios mataba la culebra, dándole un palo en la cabeza. Después salía, calle adelante, con toda la chusma, y Benito a la cabeza, mostrando al público la culebra muerta. El negro cantaba:

«La culebra se murió...»

Y el coro decía: «¡Jo! ¡Jo!, ¡Jo!»

Benito vivía «cariñosamente» con Elisa, que de un susto que recibió su mamá cuando le traía de París, se quedó «ebanizada», cual Benito. Cuando éste llegaba a su casa y encontraba a Elisa malhumorada, por celos u otros motivos, le preguntaba en jerga «ebanista»: —«¿Elisa, tú ta «fandangá?»



Chapuz y el Griego

Chapuz fué otro negro, que trajo al país [D. Lucas Padrón, y vivió muchos años. Salía con su acordeón tocando por las calles, de noche y siempre solo. En los carnavales se vestía de máscara; pero nunca se tapó la cara con antifaz ni careta.

Luis el Griego: No sé de dónde le vino lo de «griego»; si era o no era apodo, pero me figuro ocurriría como con las cuerdas romanas, que no han visto a Roma.

Luis salía en los carnavales y en otras noches que se lo pedía el cuerpo, pero siempre solo, de guitarra terciada y tocando invariablemente un pasacalle, llevando el paso a compás, y así se andaba toda la población; luego a la cama. Tampoco he podido averiguar si se tomaba algún buche «a pie junto», o si paraba la vibuela para la absorción. Téngase en cuenta que Luis el Griego, aunque tocaba de oído, lo hacía con gusto y afinación.

Añoranzas

Creo firmemente, tal vez por lo arraigado que llevo en el alma todo lo concerniente a

mi país, que aquellos carnavales tan propiamente llamados tinerfeños, no han debido desaparecer.

Recuerdo aún aquellas alegres reuniones de amigos que nos echábamos a la calle el domingo, desde que salía el sol, con el correspondiente bigote y pistoleras, pintados con una tapa de corcho quemada al «fósforo», un gorro decorado alegremente, una botella con agua natural al «baño de maría», colgada en el lado izquierdo de la cintura y una jeringa en la diestra, y ríase usted de nuestros bomberos de ahora que nunca encuentran agua. Nosotros encontrábamos siempre agua para «jeringar» a las gentes.

Un recuerdo de Delfina Hardisson

He de manifestar, ante todo, que fué Delfina la mujer más bella de Santa Cruz. Todas las personas que la recuerdan estarán conformes con mi opinión.

Aquellos ojos azules, tan dulces y tranquilos, que parecían dos trozos de nuestro incomparable cielo, y aquella su bondad inalterable

convidaban a ponerse de rodillas a sus pies y decirle: ¡Dios te salve, Delfina!

Cierto día de Carnaval, no recuerdo de qué año, nos vistió de máscara la buenisima Delfina. Entre los amigos estaba Sabino, que hubiera podido cambiar los ojos y la nariz con su hermana, sin que nadie se apercibiera. Nos vistió, digo, de criadas zarrapastrosas, según frase nuestra, y lo hizo con el mayor esmero y complacencia. Luego llamó a Abelardo, simpático criado de lengua barba y ojos azules, y le dijo: —Traiga para estos señores unas copas de vino de la «pipa número uno».

Todos nos miramos enseguida con una mirada del número dos.

Cuando fuimos por la noche a devolver los vestidos que si bien pasados de moda, eran de buenisima seda, no los hubiera conocido ni la modista que los confeccionó. Todos venían hechos tiras. Pues bien, la nunca bien llorada Delfina se reía como deben reirse los ángeles, y ordenó que se nos obsequiara con otras copas del «número uno». ¡Qué bella y qué buena era!

Los empolvados

También había otra costumbre, muy anti-pática por cierto, que consistía en empolvar la cara a las jóvenes.

En esos días, nuestras madres tenían el buen cuidado de ponernos una ropita, ya dada de baja, de dril blanco o blanco con pintas... de tinta de escribir, y algún que otro remiendo en los pantalones, «allí donde la espalda pierde su honestidad». Pues bien; los bolsillos de la americana que eran siempre de parche—en esto estoy fuerte—los llenábamos de polvos de arroz, a veces más polvo que arroz, y tan pronto divisábamos a una chica de buen «trapío», que hubiera de cruzarse con nosotros, nos racionábamos de polvos y al primer descuido de la joven se le pasaba la mano empolvada por la cara, dando vuelta por debajo suavemente; una especie de halago.

Esta costumbre de nuestro antiguo Carnaval venía siempre aparejada con la natural protesta femenina, porque los polvos les estropeaban la ropita carnavalesca, que tantos hilvanes, puntos y pesetas había costado. Las que agradecían el halago y lo otro... eran las

jamoncitas que estaban en posesión de licencia absoluta.

Hemos tenido la suerte de que este desagradable juego haya desaparecido,

Los huevos tacos

Las guerrillas de «huevos tacos», que tanto entretenían a los jóvenes de ambos sexos, eran el principal aliciente del Carnaval. Ellas, desde las ventanas, y ellos desde la calle, armaban un animado tiroteo de parte y parte, que había que verlo. Tan pronto se les acababan las «balas» a los jóvenes, iban a llenar sus bolsos a los puestos de venta. Al fin llegaba el armisticio por sus pasos contados; asomaba la bandera blanca—léase pañuelo—símbolo de paz, luego venía el «pour parler» consiguiente. «¿Se puede pasar?», y más tardaban ellos en preguntarlo que ellas en contestar que sí. ¡Y se armaba el lío! Margarita a tocar el piano, y todos los demás a bailar como peonzas. ¡Pobres pianistas cuando no tenían relevo!

En estas reuniones de entera fraternidad, los pollos tímidos, con algunas copitas abajo,

y el «fumillo» arriba, se atrevían a declararse más fácilmente, porque «la vergüenza» concedía una tregua hasta el miércoles de Ceniza. Hay muchos viejos hogares en Santa Cruz, cuyo origen, si se escarbara un «tántico», se remonta a algunos de aquellos celebrísimos Carnavales.

Volviendo a los «huevos tacos» y a las guerrillas producidas por éstos, que tanto entusiasman a la juventud, y más aún a los extraños al país, no puedo olvidarme en el presente momento de «la que se armaba» en el balcón del extinto Hotel Camacho. Tanto los ingleses como las personas de otras naciones se pertrechaban de «huevos tacos» y entablaban un duro combate, aunque siempre en amistosa contienda.

Esto no quiere decir que cuando menos uno se lo esperaba, un descamisado, con poca educación y mucha puntería, le dejara un ojo con orla negra, como una esquela mortuoria.

Se cuadraban a un metro o dos de distancia y si el «óvalo blanco» llegaba de punta al globo del ojo, le hacían perder a uno los Carnavales y hasta el ojo.

Algunas veces había que lamentar también las fechorías o malas intenciones de los que

añadían arenilla al aserrín de los huevos para hacerlos más peligrosos.

Los «huevos tacos» no divertían sólo a las jóvenes, sino que proporcionaban entretenimiento a nuestras abuelas durante todo el año.

Recuerdo de una anciana de ¡103 años! que se pasaba sus últimos días confeccionando «huevos tacos». La tarea empezaba por el «picadillo» y seguía con el corte de las tapas de zaraza. Cuando ya había cantidad de materiales, se llenaba el huevo con «picadillo» y aserrín, luego se les tapaba la boca y últimamente, cuando la fábrica era de categoría—entonces no había huelgas—se pintaban con añil y anilina, dominando siempre el dibujo rectilíneo. Recuerdo que mi abuela los alejaba un poco de la vista para contemplar su obra, como pudo hacerlo Velázquez al pintar «Los Borrachos».

Canciones populares

Vamos ahora a recordar unas cuantas canciones que hemos oído repetir un sinnúmero

de veces en los distintos Carnavales pasados, desde 50 años atrás hasta la fecha.

Voy a empezar por un recuerdo para mi buen amigo Juan La Rosa Quintero. Me parece estarle viendo en la vanguardia de la «partida» de «La Gabarra», con guitarra atravesada y cantando su canción favorita:

«Soy de los guanches de Tenerife
único hijo, raza inmortal,
desde Fernández y sus secuaces
con subterfugios pude escapar.»

Citaremos a otro buen amigo de «La Gabarra», Ruperto Alba, que cantaba un bonito estilo de folías. Esta que anoto es una quintilla que cantaba con frecuencia:

«Al bosque voy aburrido
y cuando del bosque vengo
canto mi refrán sabido:
¡tuve hogar y lo he perdido,
tuve patria y no la tengo!»

Un chascarrillo

Para cambiar el disco referiré el siguiente chascarrillo carnavalino:

'Al pasar junto a mí una máscara masculina, en uno de los pasados Carnavales, martes, y a las diez de la noche, algo alicaído el mascarón y en plan de tomar la horizontal, pero todavía con arrestos poéticos, me dijo:

«Adiós Blas...
qué grande estás.»

Un amigo mío que usa de día y de noche bigote blanco y ropa negra, y todas las personas que oyeron el pareado desde las ventanas—calle de San Lorenzo—se rieron de lo lindo, porque, verdaderamente, hubo oportunidad.

Ha venido a mi memoria por sus pasos contados, el recuerdo de un señor perteneciente a la clase media, que, como Juan Gualberto Gómez, en Cuba, llevaba siempre el paraguas bajo el brazo—me va saliendo esta reseña con sabor a semblanza, pero es que no quiero decir el nombre; así resulta más interesante para los «guayabitos» de en-



tonces—. El buen señor animaba el Carnaval, no por él, que era una persona decente y seria, sino por los chicos, que tan pronto le tenían a su alcance, le decían «Nariz de...» (una cosa fea; no se puede decir), y el buen señor se enfurecía extraordinariamente. No sabía refrenar su ira, no se callaba, y ya sabemos cómo son los chicos en tales casos, y cada diez minutos nos brindaba una película callejera; desenvainaba el paraguas que blandía desafortunadamente, al compás de su peroración. Aquel pobre señor se expresaba con una fraseología pintoresca. Vaya «un botón de muestra». Cierta día, para decir que la gallina había puesto un huevo, lo dijo así: «La esposa del gallo, ha dado a luz, sin novedad, un óvalo blanco.»

Siguen los cantares

Vamos ahora a recordar al lector otras de las coplas que más en boga estaban entonces:

«Con el capotín, chin, chin, chin
que esta noche va a llover,

con el capotín, chin, chin, chin,
mañana al amanecer.»

Y por si le parece poco, ahí va esta otra:

«No me mates, con tomates,
mátame con bacalao,
no lo pongas de remojo,
que a mí me gusta «salao».

En estos tiempos a que me vengo refiriendo, cosa que seguramente el lector habrá olvidado, se fumaban cigarrillos de papel de brea, de berro y de garbanzo. La frase «dame un cigarro», se pronunciaba miles de veces al día entre los «pipiolos». Niuguno disponía de dos cuartos, pero todos queríamos fumar. No sé si el amigo Ojeda recordará unos cigarrillos puros muy finos, con una paja interior, de origen italiano, que estuvieron de moda cuando funcionaba en nuestro Teatro Principal una compañía de ópera italiana, cuyos artistas fueron los introductores.

Va otro recuerdo cantado:

—Ursula, ¿qué estás haciendo?

—Yo, mamá, cogiendo lapas.

—Cáscaras, cáscaras, cáscaras,
cáscaras, cáscaras, cáscaras.

¿Y qué me dice el lector de esta preciosa
dad?:

«Qué me importa la risa en tus labios
para darme la vida o la muerte,
si dichosa he tenido la suerte
de que tú me llegaras a amar.»

¡Ahí va otra:

«Un bergantín velero
los mares cruza, con rapidez;
no le temo al mareo
para ponerme, niña, a tus pies.»

¿Y esta?:

«Ojos que te vieron ir
por esas mares afuera,
cuándo te verán venir
para alivio de mis penas.»

¿Y de esta otra, qué me dice usted?:

«Abre me la puerta,
señora casera,
que esta noche vengo
con la borrachera.»

Siguen los cantares antiguos:

«Aurora de mi vida,
prenda de mi corazón,
mitiga mis pesares,
alivia mi dolor.»

«¿Qué te pide a tí el cuerpo,
jardín de flores?
A mí me pide el cuerpo
gratos licores.»

¡Ahí va un manojito:

«Por un beso y un abrazo
que en la escalera te dí,
anda diciendo tu madre
que yo me muero por tí.

Que yo me muero es mentira;
pero que te quiero, sí,
por un beso y un abrazo
que en la escalera te dí.»

«Tengo un niño chiquitín
que se llama Nicolás,
si lo quieres conocer
sube al cuarto y lo verás.»

«La camisa de la Lola
un chulo se la llevó,
la camisa ha aparecido
pero la Lolita, no.»

En los antiguos Carnavales venía siempre de la isla del Hierro la «Danza herreña», con unos seis «manganzones» vestidos de no sé qué, y que bailaban no sé cómo. En el medio había un herreño que aguantaba el palo, y los otros creo que iban amarrados por una muñeca, haciendo un trenzado en el palo que con los distintos colores vivos de las cintas resultaba bien. Y el del medio, siempre aguantando el palo.

Vamos con el último manajo:

«Querida Lola, si vas al muelle,
tu linda cola brillando va;
los marineros se vuelven locos
y hasta el piloto pierde el compás.»

«Aquí estamos los obreros
luciendo la blusa azul,

pörquē áquel que nō la lucē
todos le llaman gandul.»

«Adiós muchachos canarios,
ya se marchan las gallegas,
porquē ya la «Vicentilla»
se está poniendo á la vela.»

«Abreme la puerta Olvido
que aquí aguardando te espera
el que ha de ser tu marido
cuando tu madre se muera.»

«Todo aquel que juéga pierde
y el que bebe se emborracha,
y al que se acuesta en el suelo
le pican las cucarachas.»

«Adiós, calle del Pilar,
la de los lindos balcones;
adiós mi doña Dolores,
la de don Juan Aguilar.»

«Adiós puente y adiós Cabo,
adiós, San Telmo glorioso,
adiós Virgēn del Buen Viaje
y, adiós Hospital famoso.»

«Ya se van los Carnavales,
cosa buena poco dura;
hay queda Manuel Visera
recogiendo la basura.»

Terminaremos con este, que se cantaba ya
en los últimos Carnavales:

«Me puse a lavar un negro
a ver qué color tenía,
y cuanto más lo lavaba
más negro se me ponía.»



DEL TIEMPO VIEJO

SANTA CRUZ ANECDOTICO

POR

MARCOS PEREZ



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

Mis primeros pasos periodísticos

Hará unos treinta años escribí un artículo titulado «¡Oh, los cocheros!», que remití lleno de temor al periódico de esta localidad «El Progreso». Tuve la suerte de que el director lo aceptara y lo diera al público, con la firma de «Rufo». Quitado el miedo, me atreví con el segundo artículo, que también publicó el mismo periódico en el editorial del día 8 de Octubre de 1909, con la misma firma.

Pasado algún tiempo, el día 19 de Mayo de 1915, mandé a «La Prensa» mi tercer artículo, uno de los mejores, creo yo, titulado

«Ruidos y cosas de mi calle», y firmado por «Un vecino». El primero que me dió la enhorabuena fué el buen amigo «Crosita», pero yo no la acepté, diciéndole rotundamente que declinaba el honor, pues el tal artículo no era mío.

Alentado por la acogida que tuvieron estos modestos trabajos, estuve por desarmar mis tijeras y regalárselas a un trasquilador cualquiera, pero vino a mi memoria aquel refrán, «zapatero a tus zapatos», y me quedé con mis chalecos.

Después me dediqué a escribir unos artículos de menor cuantía, dedicados a las criadas de servicio y militares sin graduación. Estos escritos ya iban firmados con el pseudónimo de «Marcos Pérez», que la simpática «Prensa» publicaba los domingos en quinta plana, adornados con una viñeta que representaba la entrada de la antigua Alameda del Muelle, con sus tres arcos de medio punto y dos estatuas representando una «El mal gusto» y la otra a un cuñado suyo llamado José.

En un concurso regional de coplas celebrado por el Ateneo de La Laguna, tuve la suerte de que me premiaran mi cuarteta con una

figura de bronce, representando a Mercurio, regalo de don Domingo Cabrera Cruz. **H**aquí el cuerpo del delito:

Arrotró me cantó a mí,
folías le canto yo;
ella, desde que nació,
y yo, desde que murió.

En mi «hoja de servicios» cuento también con un primer premio en un concurso en broma de parodias a la «Baja del Secreto», de don Benito Pérez Armas. El concurso tuvo efecto al aire libre, en la bonita finca del querido amigo, ya fallecido, don Bernabé Rumeu. Componían el tribunal: don Benito Pérez Armas, don Mario Arozena y don Bernabé Rumeu, vestidos con hopas rojas y gualdas, propiedad de «Salón Frégoli». No hay que decir que aquello fué canela de Ceilán. Uno de los números, fuera de concurso, fué «El hombre hércules», por el inolvidable y llorado escritor tinerfeño, don Manuel Delgado Barreto, que dobló, hasta ponerla punta con punta, una verga de un catre aburrido que apareció en el «Circo Romano».

Solamente este número valía la pena de

quedarē sin dormir toda la noche para coger sitio.

Como parte interesada en este concurso me silencio hablar de los trabajos literarios; sólo diré que de las muchas fiestas con luz artificial que he «gozado»—así decía una mujer llorando—, es la que más se me ha quedado grabada en mi «boardilla», ya como una bola de billar.

Y dicho esto a modo de introito, he aquí, en las siguientes páginas, algunos de los trabajos que me parecen «más recomendables». Y que el lector me perdone la inmodestia.

“Celebridades” callejeras

Sr. D. Leoncio Rodríguez.

Mi distinguido amigo: No sabe usted, mi buen amigo, cuanto me ha pesado haberme comprometido con usted a hacerle este trabajo «histórico-anecdótico-chicharrero». Esto es lo que el vulgo llama meterse en camisa de once varas; es lo mismo que si me hubiera comprometido a echarle medias sueltas a unos zapatos. En mi vida me he visto en tal aprieto.

Mi compromiso consiste en refrescar la memoria de mis coetáneos, haciendo una re-

seña de aquellos puntos callejeros que, al estilo de «Samburgo», tuvieron en esta capital una «personalidad» más o menos destacada.

La índole del tema me obliga a poner en guardia contra él a los lectores que no sean del país, porque ¿qué puede importarle a un señor de Ciudad Real, o de Castellón de la Plana, que yo le hable del «Picudo», de «Potaje» o de «Ficha»? Nada. Encontrarían este artículo soporífero. Por eso les pongo en guardia.

Y dicho esto, ¡Alá me ayude!

X

Empecemos por la «Venta de seña Pino», con sus nuégados, melcochas y manises, garbanzos y castañas tostadas. La de «Eosa la Preciosa», que pagaba la misma contribución porque vendía los mismos artículos. La del «Señor Santiago», donde se alza hoy el Banco Hispano Americano, en la que se vendían y se hacían jaulas y cometas. Este comercio era de más categoría que los dos anteriormente citados. Se vendía de todo, menos arsénico.

Decían del señor Santiago que había sido cambiado por una cabra en la costa de Africa.

Bajo de estatura, abultado de tripa, pelo blanco, y por toda indumentaria un pantalón de dril moreno, prendido de unos tirantes, unas pantuflas y siempre haciendo jaulas y cometas. ¡Desgraciado del chico que, engañado por otro, fuera a preguntar al señor Santiago si tenía arsénico! ¡Aviado estaba!

Todos los estudiantes que en La Laguna cursaron el Bachillerato cincuenta años atrás, recordarán al también famoso «Miguel Goleta», cuyo gabinete era el sitio de reunión de muchos estudiantes. Su charla era atrayente y distinguíase, entre otras cosas, como oculista.

También de La Laguna, donde residía, era el célebre platero conocido por «Camabalalucha», hombre de poca cultura, pero muy ingenioso. Se cuenta de él que estando en la puerta de su platería con el anteojillo puesto en el ojo derecho y pulimentando una sortija, acertó a pasar por la acera de enfrente un señor aparejado de levita, chistera, pantalón a rayas, leontina con eslabones de gran tamaño, y por colgante un guardapelo en donde cabían las barbas de Sansón. «Camabalalucha», al ver con el ojo libre a aquel señor, que distaba mucho de ser elegante, y que con su paso largo dejaba ver por en-

tre la abertura trasera de los faldones de su levita un posterior abultado, se sonrió maliciosamente, se quitó la lente, unió la lengua al paladar, le citó y el señor del paso largo volvió la cabeza. El platero le llamó con la mano «diestra» y siguió tranquilamente pulimentando la sortija.

—¿Me llamaba usted?—le preguntó el de la «bimba».

—Yo no—dijo el platero.

—¡Como me hizo usted señas con la mano para que viniera!...

—Pues haberme dicho con el dedo índice que no...



«Luis el Ciego», hombre serio, enemigo de copas, siempre solo, tocador de guitarra, recorría casi todas las noches la población al compás de un pasodoble. Al día siguiente, la misma seriedad, la misma guitarra y los mismos pasodobles.

«Chapuz», de raza negra, tocador de acordeón, era también un solitario empedernido. Recorría la población, haciendo música; era criado de don Lucas Padrón, que tenía su domicilio donde hoy se halla enclavado el

«Círculo de Amistad». Ya al final de su vida cambió de instrumento; se dedicó al clarinete, y esto lo mató.

«Manuel Visera», bajo de estatura, barba larga y voz gangosa de clarinete en fa. Fué primero zapatero; más tarde dejó el oficio para dedicarse a cambullonero. Su especialidad era la venta de pájaros de Africa, y siempre que se ponía a tono decía «que más valía una hora de cambullón que una semana de oficio.»

Acostumbraba tomarse la «última» y algunas veces la reúltima en la bodega de don Joaquín Barrientos, frente al hoy café «La Alegría».

Cierta noche, al salir de la bodega, tuvo que apoyarse en la pared por falta de equilibrio. Acertaron a pasar por allí en ese momento cuatro amigos de buen humor y pocos años. Se escondieron bajo el muro de la plaza del Teatro, hoy desaparecida, y empezaron a decir bromas pesadas, casi insultos, al bueno de Manuel, para oír sus contestaciones, siempre graciosas. Pero Manuel no estaba para firmar, ni articulaba palabra; entonces los jóvenes que querían tirarle de la lengua, redoblaron los insultos hasta nombrarle a su madre. Con esto ya no pudo «Visera», y di-

jo esta frasē, quē sē hizo célebrē: (el lector puede, si quiere, cambiar la palabra niño por otra más propia) «¿A la madre...del niño de quién?».

Me parece estar mirando al gran «Visera», con su luenga barba, siempre descuidada, y aquellos fondillos más descuidados aún... ¡Y qué «vocce, mio signore!»

«Blasillo», muy popular en el muelle, era el encargado de sacar del mar los ahogados. Hombre de copas, pero no muchas, cuando estaba en humor, cantaba esta cuarteta:

¡Ya Caracas tiene
lo que no tenía,
la pila de mármol
y la monarquía!

Veíasele con las manos en los bolsillos siempre en el muelle, paseándose de arriba a abajo. Una tarde, al reconocer dentro de un bote que desembarcaba pasaje, a un antiguo compañero de presidio, le endilgó la siguiente cuchufleta.

—¿A qué vienes por esta tierra? Aquí está todo entre «vridieras».

«Gerardo», conocido por «Súpito», italiano, apareció por estas tierras arpa en ristre

y aquí se quedó y casó. En aquella época, toda reunión nocturna contaba invariablemente con «Súpito» y su arpa. Cuando no había música, componía paraguás. Cuando no había ni una cosa ni otra, como los agricultores miraba para el cielo. De las nubes le venían las composiciones de los paraguas. Cuando entraban vapores con pasaje cambiaba de profesión, empuñaba la lira, recorriendo calles, plazas y cafés. Su trabajo lo contrataba en la siguiente forma: Por tocar, «medio duro»; por tocar y cantar, «un peso». En su canto nunca faltaba lo siguiente:

«En un contrato la pública terra
con Garibaldi se fuiso la guerra...»

¡No aprendió nunca las folías! Cuando tocaba en bailes las chicas del honor ultrajado le pedían siempre «La polca de los tres golpes».

«El Carlista». Hacía y componía zapatos por la mañana, y defendía a la República por la tarde. Se enfurecía cuando le llamaban «Carlista». Se paseaba por la población, muy bien vestido y mejor calzado, con sus manos atrás y con un palo en ellas, que nunca llegó a la categoría de bastón. Como su manía era defender la República, cuando le llamaban «Carlista» «perdía los estribos», se ponía

colorado como un cangrejo y con voz chillona decía cuanto le venía en gana.

X

Vaya un recuerdo también para este manojote de rosas, sin mayor personalidad: «La Pulida», «Los esposos Chocolate», «El Picudo» y «La Picuda», «vecinos» de la playa principal y domiciliados en las lanchas inútiles. Había personas desocupadas que iban a sentarse en el corredor de los Baños de Ruiz, sólo para oír sus pleitos. Como los «domicilios» estaban unidos, cuando peleaba un matrimonio el de al lado protestaba poniéndose de pie en la desvencijada lancha, y como el público no veía sino las cabezas y el accionar de los brazos parecían los «cristobitas» que tan de moda estuvieron en aquella época.

Otro tipo callejero fué «El Barraco», padre, que cargaba sacos de papas, y que al preguntarle lo que se le debía por su trabajo, contestaba siempre: «Como un burro, una fisca.»

«El Barraco», hijo, digno imitador de su padre, era aficionado a la milicia. Se ponía su cogotera de papel, empuñaba la carabina

de Ambrosio, y daba voces de mando, en medio de la calle. Otras veces salía con un aparato que él llamaba «metros copio», a sacar el plano de la población, que todavía está por hacer.

¿Y qué fué de los nobles Tragaduros? Digamos algo de Antonio, aquel que estuvo establecido en la calle de Santa Rosalía, en un pequeño negocio de carbón, al menudeo, y otras baratijas de menor cuantía.

A pesar de ser el negocio tan sucio y la casa tan pequeña, eran numerosas las personas que la frecuentaban, sobre todo sirvientas, y algunas sin sobretodo. Ocurrió una desgracia de familia; Fernanda, la esposa de Antonio, falleció. Pasado algún tiempo, el viudo se encontró en la calle con un antiguo cliente de la casa, que ignoraba el triste acontecimiento. Al ver a Antonio de corbata negra y con cara compungida, le preguntó:

—¿Por quién llevas luto, amigo Antonio?

—Por la pobre Fernanda, don Manuel—. Y lloriqueando le hizo una lata relación de las excelentes cualidades de su esposa; pero al despedirse, y aquí está la miga del cuento, le dijo:

—Ya sabe usted, don Manuel, que mi mu-

jer ha muerto, pero el «negocio» sigue como antes...

X

«Ramón Potage»: Tuvo fama en su juventud de cargarse una caja de azúcar moreno de las que se importaban entonces de Cuba, y transportarla desde el sitio de venta al de compra. Sólo él hacía esta demostración extraordinaria de fuerza.

Ya viejo, «se cargaba» él solo, sin caja, y con caña también de la Habana. Murió antes de implantarse la ley seca. Era hombre de buena sombra; andaba últimamente con la ayuda de un palo largo. Al pararse abría los pies un poco y con el palo puesto delante hacía una especie de banco de tres pies para evitar los bandazos. Cuando los chicos le llamaban «Potage», él contestaba con este cantar:

«No marchites al laurel
marchito y que se ha secado,
mira que ha sido buen palo
y vuelve a reverdecer.»

Estábamos una tarde sentados en un banco de piedra con espaldar de hierro, de los

que quitaron hace pocos años de la Plaza de la Constitución, cuando se presentó Ramón con el palo en la mano y renqueando: «A ver, niños, si me dan la limosna.» Cada uno le dió lo que pudo; había entonces piezas de cobre de un cuarto y de dos. Pero si se le daba un cuarto, Ramón lo miraba, y le decía al que le seguía en turno: «A ver, niño, si mejoras la ofensa».

De tiempos atrás son también «Pistolita», municipal de pequeña estatura, pero que daba mucho juego a la juventud, y el «Señor Durán», también municipal, que gozaba con hacer daño. El Sargento de la guardia era entonces Alvarado, peninsular, un buen hombre; en cambio, el cabo de serenos, Agustín, era más duro que señor Durán. Otro punto de menos cuantía, pero muy conocido, era «Blas el Cuíco»; de regular estatura, siempre con un palo corto en las manos.

Va otro ramillete de «puntos» de menos cuantía, cuyos nombres también sonaron antaño: «Lamparón», «Agua Sucia», «Tatiña», «Mariquita la boba», «Cho Berruga», «No hay pan partido» y «Contreras», peninsular, que tocaba lo que él llamaba el mortero y,

hacía un ruido con la nariz como el «ronquido de los de Jaén».

X

«Manuel Pajarito», ¡oh, inolvidable cantor de tiempos atrás! A todos los que le conocimos en sus buenos tiempos de andanzas callejeras no se nos borrará jamás el recuerdo de su simpática figura y de aquella vestimenta «sui generis», saco al hombro y palo en mano. ¡Quién no oyó su canto socorrido!

«Estrella feliz, fatal,
fatal estrella infeliz,
Fernando preso en París
siendo una persona «rial».

¡Quién no recuerda también aquella preparación que hacía antes de cantar, poniendo la mano derecha en forma de trompetilla acústica! Decía que cantaba mejor que don Manuel, el sochantre, y esta era su diaria obsesión. ¡Pobre «Pajarito»! Cuando enfermó por última vez costó gran trabajo llevarlo al Hospital. La primera medida que tomaron las Hermanas de la Caridad, fué bañarlo; Manuel se opuso tenazmente. «No me bañen,

decía, que la cáscara guarda el palo». Tenía la manía de no recibir, como limosna, plata, sino cobre. Esto demuestra palpablemente que no estaba bien de la cabeza.

X

«Isidoro Gopar», conserje de la Escuela Especial de Náutica, poeta de la clase penúltima, trabajaba en colaboración con doña Luisa Origel.

También fué conserje del Casino «La Tertulia», instalado entonces en la casa que hoy ocupa el Casino Inglés, en la plaza de la Constitución. Estando Isidoro en el zaguán entraban una mesa de billar de gran tamaño; sacó el pañuelo de colores que usaba como medio de inspiración cuando iba a versificar, y le endilgó la siguiente cuarteta, que demostrará claramente la concepción espontánea del vate:

«Mí qué mesa se presenta
en el casino «La Tertulia»,
que no cabe por la puerta
entre las doce y la una.»

Compuso también un romance dedicado al triunfo de la Candelaria, que era de lo «me-

«jorcito» de su repertorio. Sólo recuerdo este verso:

«El guanche se enfureció,
quiso tirarle un tenique
y la Virgen lo miraba
y lo contuvo cual dique.»

Roque Morera, natural de Graa Canaria, era un poeta callejero, improvisador oportuno y «cargador» sempiterno. No trabajaba, pero vivía y bebía en perpetua improvisación. No recuerdo si murió en Santa Cruz, pero convivió con nosotros muchos años.

Cierto lunes santo, hallándose Roque en una esquina al paso de la procesión del Huerto, dióse cuenta de que la cruz la llevaba cierto industrial, y aunque éste era muy respetable y querido en el pueblo, le sorprendió el caso, porque en aquella época pertenecía a la Hermandad de la Orden Tercera lo más distinguido de la población, y le improvisó la siguiente cuarteta:

¿Es posible, buen Jesús,
que habiendo nobles terceros
permitas que un zapatero
vaya cargando la cruz?

Por mucho tiempo estuvo en boca de todo el pueblo la salada copla.

«Fatuto», hombre de talento natural, sin cultura, orador callejero, y de grandes aficiones a la política. Ultimamente los muchachos le hacían muchas perrerías y algunos que ya no eran muchachos se divertían con él, para verle y oírle enfadado.

José Obeja. Pertenecía no sé a qué pueblo del interior de esta isla; su indumentaria consistía en el traje que antes vestían nuestros campesinos, y por abrigo la clásica manta, sombrero flexible o «cachorra» y palo largo, de los que también usan nuestros «magos». Era hombre falto de entendimiento. Se dejaba ver por Santa Cruz con poca frecuencia, y venía para recaudar algunos cuartos por su humilde trabajo. José Obeja, tenía, efectivamente, olor a obeja. Lo recuerdo perfectamente. Los «chicos» de aquella época, hoy abuelos, le daban uno o dos cuartos para que cantara, cantar que empezaba invariablemente con esta quarteta:

El carbonero, madre,
que tiene un pitito...

Después seguía con otros de la misma calaña, que más vale no recordarlos. Y creo que lo mejor de su repertorio era cuando

hablaba en inglés. Dicho sea con perdón de Lloyd George. Los chicos le decían: —«José, habla en inglés». Y él, «incontinenti», muy serio y mesándose su lengua barba negra, decía: «Arre, se, malplí, fort, ¡oh, del buen pan!, ¡oh, del buen vino!, ¡oh, de la niña bonita!» Y nada más, éste era el inglés.

«Benito el Negro». Natural de Cuba, mataba la culebra. Era casado con Elisa, también de luto perpetuo. Recuerdo una frase de Benito, cuando le parecía que Elisa estaba enfadada: «Elisa, ¿tú ta fandanga?».

«Ficha». Otro «licenciado» de la época, andaluz de nacimiento. Cuando se le preguntaba: «¿Por qué estuviste en presidio, Ficha?».—«Por poco más de casi «na», contestaba siempre, pero nadie pudo saber la verdad. Se murió con el secreto. Era ya hombre viejo, sin dientes, y hablaba escapándosele el aire. Un respetable amigo, ya fallecido, que se llamó don Ezequiel, lo imitaba a las mil maravillas.

X

Había en aquella época una castañera, Prudencia, que se situaba frente a mi casa, en la esquina de la venta de seña Carmita, la del señor Santiago, hoy Banco Hispano Americano.

Los artefactos del negocio castañoero se componían entonces de un brasero y tostador de barro cocido, confeccionado en el pueblo de San Andrés, con el aditamento de un abanador de palma, para darle aire al brasero, padeciera o no de asma. Estos mismos abanadores son los que llevan en la mano las máscaras de baja estofa, que padecemos en nuestros carnavales. Es el distintivo del mal gusto.

Sigamos a Prudencia. También era imprescindible, en los útiles del trabajo, un cuchillo viejo de esos que arquean ya por el filo, que servía para cortarle las barrigas a todas las castañas. Nadie que viera a Prudencia podía suponerle tan malas entrañas. La castañera se sentaba en una pequeña banca de madera, frente al brasero, pues era naturalmente, la encargada de abanar el fuego, volver las castañas y sacarlas cuando estuvieran tostadas—algunas veces a medio tostar—que de todo había en la parra del Señor, y al cesto con ellas.

«¡A mis castañas «calentitas», como cabezas de gato!», pregonaba Prudencia, tan pronto sentía rumores juveniles por los alrededores. Las castañas estallaban en son de protesta por el sacrificio a que habían sido

sometidas. Bien es verdad que, al que ellas cogieran luego por debajo, lo hacían estallar también... de risa.

X

Vaya, por último, un recuerdo para «Luis el Francés», buen trabajador del muelle en su mocedad, muy serio en sus tratos, muy honrado, pero que padecía el flaco de cogérle con los municipales. Tan pronto se le acercaba uno, se sentía Uzcudun y los recibía a «piña limpia». Voy a copiar unos párrafos de una carta de Luis a un amigo mío, que es la mejor biografía que de él se puede hacer:

«Mi respetable amigo: Me encuentro en la cárcel; esto ya no es vivir; no quepo en mi pueblo, en mi querido Santa Cruz, donde tantas «zarzuelas» he corrido. Tan pronto me descuido un día y me tomo unas copas, ahí tengo enseguida, no un guindilla, sino todo un pimentero. ;Qué hace este hombre, don Bernabé!

Me tienen tan acosado que la mitad de la vida me la paso en la cárcel; hasta el punto de que, cuando me echan, le dejo a guardar las babuchas al Sr. Cambronero. Me duermo, y sueño siempre con ellos. Cuando tenga el

gusto de verle le enseñaré la cabeza para que vea cómo me la han puesto; tiene al medio un «gongo» que parece el vaciado de la cazoleta de un sable de municipal. Según he podido observar todos los municipales saben solfeo y toman por pentagrama mis costillas...

Como se acercan los Carnavales y creo estar en libertad para entonces, he pensado lo siguiente: Salir vestido de muerto, y, naturalmente, con una guadaña, que tendrá por mango la tibia guanche más larga que pueda encontrar. Con una huesera me iré acompañando la marcha de Traval que se titula: «La muerte de la perdiz»; llevaré el paso al igual que Luis el Griego (que Dios tenga en su lugar descanso) y al primer municipal que me interrumpa le daré un tibiazo en la olla para desparramarle los malos pensamientos.

Otra característica de Luis, cuando estaba en copas, era comprar en la imprenta de A. J. Benítez un almanaque de las islas Canarias.

Ya el lector supondrá los centenares de almanaques que tendría.

El señor Barriuso



Allá por los años de 1878 a 1884 hubo en Santa Cruz un respetable señor, don Juan Barriuso, propietario de una famosa bodega, que contribuyó grandemente a colocar el nombre de nuestros vinos en el extranjero a gran altura. Aún se conservan en Santa Cruz y en algunas bodegas de los pueblos del interior de nuestra isla, añejos vinos de esta casa, tan densos y licorosos como melaza. Estos vinos se guardan como oro en paño y sólo se dedican a encabezar otros más jóvenes y darles vigor y añejez.

Lástima grande que nuestros vinos, que antaño ocuparon un sitio preferente en el menú de los más lujosos banquetes de Europa,

hayan sucumbido juntamente con la cochinilla por la desordenada ambición de algunos cosecheros desaprensivos, que no descansaron hasta dar en tierra con estas dos fuentes de riqueza con que contaba entonces nuestro país.

Este sin igual tinte, por su firmeza, su incomparable color, y sobre todo, por su salubridad, tiene hoy un extraordinario consumo en la fabricación de... (nadie mejor que un guayabito de labios de carmín pudiera sacarnos del apuro). ¿Es posible que tenga tanto consumo la cochinilla a causa de la fabricación de lápices para pintarse los labios? Pues, sí, señor; según noticias adquiridas muy recientemente, ni Francia ni Alemania permiten que se fabriquen esos lápices, cuyos componentes sean de origen mineral; han de ser forzosamente con sustancias vegetales para no perjudicar la salud.

Lector: Me permito aconsejarle, por si algún día se dirige usted a una señorita para decirle una lindeza, algo que le sea grato ponderando las gracias de su rostro. Al llegar a la boca, dígame usted: «Labios de coral, de carmín, de púrpura»; pero ¡por Dios! no le ocurra decirle: «labios de cochinilla», porque seguramente perdería su amistad.

Volviendo al señor Barriuso, sepa el lector que era persona de talento poco vulgar; tenía una vasta cultura y estudió las mejores gramáticas de entonces, tanto de nuestros autores españoles, como también de los suramericanos de más renombre, como Cuervo, Rivodó, Amunátegui y otros.

Si con don Juan hablaba alguna persona que incurriera en falta gramatical, ya estaba citándole el caso, el verbo, o parte de la oración a que había que ajustarse.

Cierto día fué un señor de la Orotava a hablarle de un asunto, y le dijo poco más o menos: «Ya había leído yo su telegrama, cuando llegó su carta». Contestación de don Juan: «Como usted me habla en pretérito pluscuamperfecto», etc., etc. Con esto queda radiografiada la debilidad gramatical de don Juan. Poseía también la misma facultad de Menéndez Pelayo, una excepcional memoria, y llamaba extraordinariamente la atención por la precisión de sus citas, que alcanzaban a muchos años atrás y las hacía con los datos más minuciosos y exactos. Todavía hoy, cuando alguna persona descuella en la facultad de retener lo pasado, se le dice: «Tiene más memoria que don Juan Barriuso.»

Discúlpeme ahora el lector si lo he traído

hasta aquí engañado; todo lo dicho anteriormente ha sido sólo para venir a finalizar con una anécdota del respetable don Juan Barriuso.

Cierta tarde, al despedirse el Sol, «tan rubio y tan cortés», hallábase don Juan sentado en una silla de su bodega, leyendo «Los Sucesos», periódico que se editaba en la calle de San Lorenzo, y que llegó a conquistarse cierta popularidad en aquellos tiempos, ya remotos. Vaya un cariñoso recuerdo para don Sebastián Ramos, su administrador, que fué persona muy querida de mis padres.

Es muy corriente en las bodegas que debajo de la «canilla» de algunos toneles o barricas se tenga la precaución de poner un plato pequeño para recoger la gota, cuando sea menester este cuidado. Al quitar don Juan la vista del periódico observó que un ratoncillo, de apenas dos pulgadas de largo, se acercó al plato, subió sus pies delanteros y probó del vino que goteaba del tonel, que por cierto era dulce, y al que se conocía entre los trabajadores de la bodega, y en toda la isla, con el nombre de «Pipa número uno», pues era cosa selecta y sólo se vendía para encabezar vinos y darles añejez y calidad.

Pero volvamos al ratoncillo. ¿Quién no ha

oído alguna vez hablar del ratoncito Pérez? No es que yo quiera presentar a este ratón como el propio Pérez, pero tampoco habrá quien me demuestre que no fuera descendiente de aquél. Sea quien fuere, sin llegar al árbol genealógico, porque no estoy muy fuerte en arboledas, lo cierto es que el ratoncillo bebió el sabroso néctar, y se fué para su casa lamiéndose los labios al igual que hacía en tales casos el inolvidable Visera. ¡Pero lo que es el vicio! A los cinco minutos el ratón sale nuevamente del agujero y se dirige otra vez al plato para echarse otro trago. Terminó de beber, bajó sus patillas, y se dirigió al agujero. Esta vez ya no estaba «muy católico», y se alejó parodiando aquello de la «Marina»:

A beber, a beber y a apurar
las copas del licor.

¡El vino había hecho de las suyas! Los tirantes de los pantalones se le habían escurrido de los hombros y así, con los arneses caídos, parecía un borriquito recién desenganchado. La lengüilla la sacaba con frecuencia para lamerse los bigotes, talmente como una persona cuando se halla en estado lamentable. Por momentos se le iban acentuando

los síntomas de la embriaguez; se subía los tirantes y se le volvían a caer, y siempre dando traspiés, hasta que, al fin, y esta es la frase culminante de este cuento que, con especial gracia hacía algunas veces el caballeroso y culto don Juan.

En uno de los vaivenes le vino al simpático Perecito un ímpetu de matonería; hizo un esfuerzo para mantenerse firme y derecho, y luego, arremangándose las mangas de la camisa y apretando los puños con gran coraje, cuadróse como el púgil más consumado, y con la gracia del mejor andaluz, dijo: «¡Que me traigan un gato!»

El final, como el de todos los matones:

Luego de pasar un rato,
don Juan imitando un gato,
dijo: ¡Miau!

El ratón echó a correr
como un caballo de plaza,
se le vió entrar en su casa
y no se le ha vuelto a ver.

La antigua Alameda

En el año de 1787, reinando Carlos III, y siendo Comandante General el Excmo. Marqués de Branciforte, careciéndose de un sitio aparente que sirviera de solaz y recreo, se construyó la Alameda de la Marina a expensas de las personas acomodadas. Hay en dos lápidas de mármol una inscripción que así lo comprueba:

«Ha sido costeada por la generosidad de las personas distinguidas de este vecindario, movidas del buen gusto y deseos de reunir su sociedad en tan propio recreo. Y estimuladas de la eficacia con que se dedica y contribuye el citado Comandante General a la hermosu-

ra, adelantamiento y mejora de la Plaza y población.»

«Este paseo tiene su entrada por un frente sencillo, formado por tres arcos, coronado por las Armas Reales de España y ostentando a cada lado dos estatuas de mármol blanco de tamaño natural, que representan la primavera y el verano.»

«Durante mucho tiempo fué éste el paseo más frecuentado en esta ciudad por ser el único de su clase que existía.»

X

No me es posible dejar pasar tranquilamente aquellas dos estatuas de mármol blanco y de tamaño natural sin decirles algo; se lo merecen. Y siento que estén prohibidos los piropos, porque al ver el garbo de «La Primavera» se le sale a uno de la boca un ¡olé! con toda su alma.

Por suerte nuestra y por honor al arte escultórico, esta pareja de fenómenos ha desaparecido de la vista pública. Una de ellas, «La Primavera», me recuerda a un latonero de cuerpo contrahecho, ya fallecido. Tuve gran alegría cuando me enteré de que las estaban quitando a causa de la reforma de la

Alameda, pero, ¡oh, desilusión!, me las volví a encontrar en «octava baja», en los jardines de la Plaza del Príncipe.

Al contrahecho, visto de cerca, lo encontré cara de disgusto, como queriendo decir: «Dispénseme, pero yo no tengo la culpa». Seguramente que estas esculturas no serían obra de Canova.

Cuando la reforma de la Alameda de la Marina, dejaron del antiguo arbolado tres tamarindos y unos cuantos laureles de la India, («*ficus indicus*»), no sé con qué fin.

X

Cincuenta años atrás había una partida de buenos amigos—el que más contaría la preciosa edad de quince años—que nos reuníamos todas las mañanas, apenas amanecía, para bañarnos por la «Playa principal». ¡Principal, eh!

Los amigos que habitaban más lejos eran los encargados de ir llamando a los demás bañistas, por medio del silbido, ¡como los gomeros! El silbido de entonces, que hasta esto ha variado, decía poco más o menos así: «Tatioi tatio»..., música de Dimas. Tan pronto oíamos esta convenida señal nos asomába-

mos a la ventana más que de prisa, desgredados y legañosos, a demostrar al silbador que habíamos oído.

Era tanta la locura nuestra por los baños, que muchos nos acostábamos con los calzoncillos de baño puestos. Antes de entrar en el agua estábamos una hora u hora y media jugando en la playa; hacíamos hoyos y balas de arena; y después nos declarábamos la guerra. Ríase el lector de la gran guerra europea. Allí se podía estudiar balística y toda la ciencia de las guerras «anfibia».

x

Antes de entrar en la playa era costumbre inveterada tirar unas cuantas piedras a los tamarindos, cuyos frutos al llegar al suelo sonaban como castañas pilongas, ruido que nos producía gran alegría. Para esta operación había que dejar de guardia a uno de nuestros camaradas por temor a que viniera señor Domingo, el jardinero, que siempre se presentaba de garrote en mano.

Alguno de nosotros, que no vivía muy lejos de los tamarindos, se levantaba a veces cuando aun no se habían apagado las luces del alumbrado público.

Traía consigo una caña de pescar de gran tamaño, propiedad de su padre, que era íntimo de don Agustín Cayol, los dos grandes aficionados a la pesca, y empezó a dar palos de ciego en los tamarindos, que caían en gran número y con gran contentamiento del «pescador».

Había que tener mucho cuidado con algunas piedras que se quedaban en los tamarindos en anteriores intentonas. De ahí tantas cicatrices que ostentábamos orgullosos, en la cabeza, como los alemanes después de un desafío.

X

Y ya que de la Alameda del muelle hablamos, recordemos algunos episodios de que han sido testigos estos lugares.

En mi juventud, ha ya cosa de medio siglo...y pico, cuando no se conocían en Santa Cruz otros medios de locomoción que los ómnibus de Buenafuente, el coché del «Pequeño», y los camellos de don Pedro Zeruto, soñé algunas veces que, jugando a «morito salero», el moro corría detrás de mí, y al verme «trincado», tomaba vuelo, y a la altura de tres o cuatro metros me quedaba mofándo-

me del moro. ¡Vaya usted a saber si de esta pequeñez infantil han venido luego esas guerras horribles entre moros y cristianos!

En la época a que me refiero se hicieron dentro de nuestro puerto las pruebas de un aparato inventado por un señor apellidado Traval, músico mayor a la sazón de la Banda municipal de La Laguna. Era peninsular, de simpática figura, de trato afable y ojos azules y vivos.

La máquina tenía por objeto hacer andar a una lancha, sin remos ni vela. Llegó por fin el emocionante día de las pruebas. El muelle lo ocupaban algunas miles de personas, sobresaliendo, como siempre, nuestras bellas mujeres, ataviadas elegantemente conforme a la moda de entonces. La lancha elegida para tan señalado honor fué «Graciliana», que se hallaba atracada al muelle, en el sitio que hoy ocupa la marquesina, entonces «plati-llos anchos».

Le habían hecho en la popa un agujero para dar salida al exterior a un árbol o eje de hierro, en cuyo extremo se atornillaba la hélice. Dentro de «Graciliana» iba el resto del mecanismo, tan sencillo como el meollo del señor inventor.

No hay para qué decir el número de millas

quē andaba «Graciliana» en una hora, ni tampoco los aplausos y vítores que recibió el señor Traval quē, como era costumbre de entonces, se presentó de chistera, y con sus bigotes engomados.

Al día siguiente corría de mano en mano la siguiente cuarteta, hecha por algún guason:

Trabaja sin disimulo
Traval cuando le da gana,
pues le ha puesto a «Graciliana»
una máquina en... la popa.

X

En 25 de julio de 1880, festividad de Santiago, y como número de sus fiestas, se inauguró también en la bahía de esta capital, un velocípedo marítimo que podía llevar seis pasajeros, ideado por mi buen amigo A. J. Benítez y Juan Valerio, hábil platero de aquella época.

Después de varias pruebas con éxito satisfactorio, salieron al medio día para el valle de San Andrés, haciendo su regreso por la tarde.

Las embarcaciones, a remo, que seguían

al velocípedo se retrasaron media hora en cada recorrido.

En aquella época, como no existía estímulo por parte de ninguna sociedad, y mucho menos esa gran afición de hoy a los deportes, el aparato fué desmontado y almacenado, pasando así al olvido.

Años más tarde se ha visto que aquellas modestas invenciones náuticas, que tantos aplausos merecieron entonces, fueron un anticipo feliz de nuevos y más perfectos aparatos.

Evocando estos recuerdos de tiempos que ya no volverán, acudí a nuestra mente la clásica exclamación: «¡O tempora, o mores!»,

La calle de San José

Dejemos atrás la Alameda con sus tamarindos, y sigamos hacia arriba por la calle de San José. En el edificio donde hoy se halla instalado el Centro de Telégrafos se estableció antes el «Hotel Camacho». Su simpático dueño era mi buen amigo y compadre (él llamaba compadre a todo el mundo) don Luis Camacho, a quien todos recordamos con simpatía.

Don Luis, de nacionalidad portuguesa, era un barbián de cuerpo entero, y un entusiasta de nuestro país, que consideraba como el suyo propio. De ahí aquella frase suya, cuan-

do sufría alguna decepción o ingratitud, que no fueron pocas: «Yo, que hasta les he enseñado a comer pescado con cubierto»...

Efectivamente—en eso no había duda—en ningún hotel anterior al de Camacho se conocía en aquella época el cubierto para trinchar el pescado.

La costumbre cundió, y hoy hasta el más modesto tinerfeño es un refinado «gourmet».

Nuestro amigo no pudo hablar con corrección el español, ni esto le preocupó gran cosa; la mala pronunciación, unida a algunas palabras portuguesas que por su similitud añadía a las españolas, daban por resultado un potaje hispano-lusitano, que no tenía desperdicio.

Recuerdo que unos amigos que guardaban a don Luis un verdadero afecto, fueron al Hotel Tacoronte, recién inaugurado al público, e idearon hacerle algo que le fuera agradable. La ocurrencia consistía en unas letras de cartón, como de unos quince centímetros, que, colocadas en orden, dijeran: «Hotel Camacho». Estas letras se las trabaron en la parte posterior del pantalón, cubiertas con la americana.

Con la anterioridad consiguiente se habían llevado a cabo los ejercicios o ensayos para

el momento de la llegada a Tacoronte. Debo hacer constar que se hicieron varias pruebas en la serventía contigua al Café de Bernardo Perera, seguidas de un buen consumo de patatas fritas y cerveza, hasta el punto de que cuando se terminaron los ensayos, el bueno de Bernardo decía con sorna: «Debieran inventar otra bromita por el estilo.»

El amigo que mandaba la «fuerza» era el simpático Pepe Martín Neda, con unas voces de mando que dejaban atrás al gran Napoleón.

Las voces eran las siguientes:

Primera voz.—¡Alinear! Obedeciendo a esta orden, todos los números, mejor dicho las letras, se ponían ordenadamente en fila.

Segunda voz.—¡Guardar distancias, mar! A esta voz se corrían hacia la izquierda hasta ponerse cada letra o persona en su sitio correspondiente.

Tercera voz.—¡Suban saco, mar!— A esta voz se subían a un tiempo todas las americanas, hasta la cintura.

Cuarta y última.— ¡Viento en popa! Casi que no necesita explicación esta voz, pero consistía en doblar el cuerpo hacia delante por la cintura y presentar el posterior como para recibir algún azote.

Estos militares «de Caracas» se colocaron previamente en la orilla de la carretera, dando espaldas al hotel. Después del consiguiente último ensayo, se trajo al bueno de don Luis a una de las ventanas y quedó sorprendido al ver aquellos veteranos y apuestos soldados.

Ejecutadas con toda precisión las cuatro voces de mando, el simpático don Luis no cesaba de aplaudir, e hizo repetir la suerte distintas veces, llamando a todas las personas que se hallaban en el hotel, que no eran pocas, para que presenciaran la broma que le dedicaban sus amigos.

Aquel día fué para don Luis uno de los más memorables de su vida.

X

Sigo calle de San José adelante, y me detengo a contemplar el sitio donde estuvo la venta más «chicharrera» de Santa Cruz, a la que quiero dedicarle un pequeño recuerdo, tal vez el último.

Aquella venta, situada en la calle de San José, esquina a la de Peligros, ha desaparecido a causa del consiguiente derribo para la construcción del nuevo edificio del Casino, un

«trascielos» que ya es admiración de propios y extraños.

Aquella típica venta, donde la gente trabajadora de nuestro muelle se «atizaba» a pie junto delante del mugriento mostrador, un chicharro frito, y un peludo sin freir, para salir luego, calle abajo, enfilados al muelle, escupiendo anilina y quitándose con los dedos, no muy limpios, alguna espina rezagada en el intersticio de dos muelas, ya no existe; la demoledora piqueta ha dado en tierra con la venta en cuestión. ¡Adiós, pues, sabrosos chicharros fritos!

XI

Ahí donde están hoy instalados los grandes almacenes de Tejidos y Novedades «Le Printemps», de don Cándido García Dorta, hubo treinta años atrás una relojería que sólo ocupaba la puerta de la esquina por la calle de San Francisco. Después se reformó esta casa, cambiando por completo su antiguo aspecto.

El dueño de la relojería y maestro relojero de ella, era Feliciano Trujillo, natural de La Laguna, y una de las personas más simpáticas y de más gracia que he conocido.

Tenía este buen amigo la costumbre de dar a un contado número de pobres mendicantes una limosna semanal, generalmente los sábados.

Sucedió que una vez no pudo Feliciano dar la «perra» de costumbre a uno de los pobres, por no tener calderilla en el bolsillo, y dijo-le que a la siguiente semana le daría una «perra» más. Volvió el pobre por la propina, y como Feliciano le diera la misma excusa, diciéndole que para el otro sábado le pagaría las tres semanas juntas, el mendigo, mirándole airado y mientras se llevaba el saco al hombro, exclamó en tono despectivo: «Mire, señor, busque otro pobre, que yo no vuelvo más».

Aquel gesto de indignación y orgullo del mendigo fué motivo de gran regocijo para Feliciano, que desde entonces no cesaba de referir la frase:

—Busque otro pobre.»

“La Gabarra”

Sea por la falta de distracciones que se dejaban sentir en Santa Cruz, sea porque las luchas políticas de cacicatos y rivalidades sirvieron, si no para otra cosa, para estrechar, entre los elementos de uno y otro bando, los lazos de amistad y compañerismo creados por la comunidad de empeños e ideales, el caso es que la vida en Santa Cruz se caracterizó en los pasados tiempos por su ambiente de cordialidad y unión.

Había, sí, luchas y rivalidades de barrio, y, aún dentro de cada uno de ellos, de camarilla contra camarilla. Pero cierto también que esta fuerza servía para sostener latente el espíritu de camaradería.

En aquellos tiempos se luchaba, se discutía, se reñía y se andaba a golpes por un «quítame allá esas pajas», por minucias e infantilidades que apenas si en verdad merecían ocuparse de ellas; pero también, cuando el momento llegaba de ver amenazado un privilegio, o solo un derecho del pueblo amado con exaltada adoración, los grupos sabían fundirse en el anhelo común de defensa y reñir las más enconadas batallas en la tribuna, en la calle, donde fuera.

El recuerdo de aquella famosa «Gabarra», de tan grata memoria, no nos dejará mentir.

La «Gabarra» y los «tripulantes»

Nació, precisamente, al conjuro de uno de aquellos chispazos de rivalidad que con tanta frecuencia estallaban entonces entre las dos más importantes islas del archipiélago.

Fué primero una reunión amistosa y jaranera de buenos santacruceros. Se congregaban, primeramente, en la célebre relojería del no menos célebre don Feliciano Trujillo, donde se fraguaron las más ruidosas algazaras. Como en todas las tertulias de entonces, fuera cualquiera su importancia o significación, el tema favorito era la enco-

nada lucha política, de privilegios y rencillas, entablada entre Tenerife y Las Palmas.

Otras tertulias, sin embargo, se limitaban a debatir puntos de vista diversos y, cuando más, a adoptar acuerdos de defensa, que más tarde se llevaban a las columnas de la prensa y hasta muchas veces al Congreso de los Diputados, crisol donde todas las exaltaciones nacionales se fundían en un loco hervor de desencadenadas pasiones.

La «Gabarra» era otra cosa. La «Gabarra» discutía también, pero cuando la discusión llegaba a su punto culminante y era preciso obrar, la «Gabarra» obraba. Si se trataba de castigar algún exceso o desafuero cometido con mengua y daño del país, entraban en juego las estacas, y ¡ay del infeliz que hubiera llegado a incurrir en el desagrado de los «efusivos» y exaltados «tripulantes»!

Aún se recuerda el caso de aquel célebre auditor, a quien un «gabarrista» abrazó por equivocación, provocando una agresión tan violenta como infundada, y la «revancha» de los restantes «tripulantes», que costó a muchos de ellos pasar una temporadita en los salones enrejados del viejo convento de San Francisco.

«Uno para todos y todos para uno»

Tal podía ser el lema de la famosa «Gabarra». En más de una ocasión se demostró así.

Con motivo de una algarada promovida por algunos de sus elementos, en la casa de ciertas conocidas damiselas de la época, —cuyo nombre no viene al caso, pero cuya fama ha rebasado los años que de entonces nos separan, llegando hasta nuestros días—, algarada en la que un sereno que tuvo el mal acuerdo de intervenir llevó la peor parte, resultando doblemente herido en la dignidad del cargo y en la cabeza, varios «tripulantes» se vieron mezclados en un proceso, obligándoseles a ir a declarar a la Audiencia de Las Palmas.

Media «Gabarra» hizo entonces causa común con sus compañeros, y cuando llegó el momento de marchar aquellos a la vecina isla, allá fueron todos, fletando para hacer el viaje un remolcador, —precisamente el «Alianza», famoso por otras diversas cosas en los anales de la época—. El regreso de los procesados coincidió con la celebración de las «Fiestas del cable» y revistió caracteres de verdadero acontecimiento. En una de las nuevas gabarras, —las tres primeras, «Cable», «Unión» y «San Pedro», acababan de ser

puestas en servicio—, salvo la otra parte de los «tripulantes», que había quedado aquí, a recibirlos, y todos reunidos entraron, muelle arriba, cantando a coro aquello de

Llegó la media «Gabarra»
a esta ilustre capital,
a unirse con la otra media
y el «amarre» celebrar.
¡ Cantemos, brindemos,
bebamos la mar,
a salud del pueblo
que supo triunfar!...

«El Abejón».—Los ilustres «gabarristas»

Existía en aquella época en Las Palmas un periódico defensor de los anhelos divisionistas, en plena efervescencia a la sazón, titulado «El Látigo», y para contestar a sus campañas fundó la «Gabarra» en esta capital otro semejante que llamó «El Abejón», vertiéndose en sus columnas todo el sano humor de aquellos jóvenes, plenos de vigor y entusiasmo.

Componía la redacción de «El Abejón» toda la «plana mayor» de la «Gabarra», en la que figuraban algunos hombres tan populares entonces como bien recordados o res-

petados hoy. Unos, muy pocos, viven; los más rindieron a la muerte su obligado tributo, rodeados del aprecio de su pueblo, por el que lucharon incansablemente entre risas, cantos y algún que otro alboroto callejero.

De momento recordamos los nombres de don Adolfo Benítez, don Eduardo García, don Antonio Izquierdo, don Agustín Corbella, don Francisco La Rosa, don Tomás Alujas, don Antonio Mendizábal, don Juan La Rosa, don Isidro Miranda, don José Martí, don Ernesto Meléndez, don Ildelfonso y don Pedro Maffiotte, don Lucas Martín, don Ruperto Alba, don Toribio Pérez, don Feliciano Trujillo, don Alejandro Tugores y don Juan Benítez.

Una anécdota para terminar

No tiene gran importancia. Pero ella nos dirá mejor que nada, cómo era de estrecha la amistad y el compañerismo de aquellos hombres, los mismos que desde el Paraíso del Teatro Principal se peleaban con los «bobos» de las butacas, por si a unos gustaba «La Méndez» y a otros «La Barreto», haciendo de las dos tiples de una compañía de zarzuela pen-

dón y oriflama de la más reñida lucha de opi-
niones que se pueda concebir.

Y vamos a la anécdota para terminar. Fué en una fiesta de los Campitos. Unos desalmados agredieron, hiriéndolo con una piedra, a cierto negrito, hijo de un zapatero, también negro, de esta capital. Se dijo que habían sido algunos «tripulantes» de la «Gabarra» los autores del hecho. Y los de la «Gabarra» se empeñaron en demostrar que eran totalmente ajenos al reprochable hecho.

El negrito se moría. Pero mientras vivió no faltaron cada noche, a la cabecera de su lecho, dos miembros de la «Gabarra», designados por riguroso turno para velarle, ni le faltaron tampoco medicinas y atenciones.

Por cierto que una noche... Dormía el negrito con sueño agitado; velaban dos «gabarristas», venciendo, a duras penas, la somnolencia que les embargaba, y el negro grande, padre del herido. De pronto, uno de los «gabarristas» vió como el negrito suspiraba profundamente, y se quedaba quieto, muy quieto...

—Compadré—musitó, tocando en una rodilla al compañero de «vela», pero sin mirarle—; ¡se nos muere el «cazón»!

Un suspiro y un sollozō le hizō volvēr la cabeza. ¡Y entonces se dió cuenta de que quien estaba a su lado era el negro padre!

... ..

El negrito se murió. Y a su entierro, en el que nada se regateó, fué la «Gabarra» en pleno, en muda protesta por la injusta acusación de que se hiciera víctima a algunos de sus «tripulantes».

Salón Frégoli

«Salón Frégoli» había adquirido tal renombre como organizador de espectáculos, que al solo anuncio de que esta Sociedad preparaba un baile o una cabalgata, todo el pueblo anticipaba que había de constituir un gran triunfo; bien es verdad que para ello no se omitía gasto alguno.

Esta fama, conquistada a fuerza de trabajo, de entusiasmo y de cariño a este pueblo, diéronsele aquellos célebres bailes de «Mariposas», «Japonés» y «Arabe», con el importante complemento de sus cabalgatas anunciadoras, de feliz memoria.

Vaya un cariñoso recuerdo de los pocos socios fundadores del «Frégoli», que quedamos,

al amigo Juan Benítez, cuyo fallecimiento nos privó, no solamente de un buen amigo, sino también de un elemento principalísimo para aquellos espectáculos.

Juan Benítez, temperamento de artista, era, además, de inteligente, extremadamente habilidoso. Fué él quien ideó el adorno de nuestro Teatro Principal, para el que se llamó «Baile de Mariposas», cuyo éxito colocó a «Salón Frégoli» en primera fila entre las sociedades de esta capital. Aún quedan gratos recuerdos de aquella fiesta, y algunas de las mariposas que sirvieron de adorno a nuestro Coliseo, muestran satisfechas sus diversos colores y sus largas antenas en salas y antesalas de muchas casas de nuestra población.

X

En sus tiempos de mayor auge se celebraron en el local social unos «Juegos Bruta-les» en que actuó de Mantenedor el ilustre literato González Díaz. En la memorable fiesta leyéronse trabajos literarios en broma, que hubieran hecho desternillar de risa a Pérez Zúñiga, y se exhibieron pinturas que hubieran sorprendido gratamente a Velázquez. Había un retrato de Juan Marín, de

gran parecido, que tenía crucés hasta en los faldones.

De Fernando Martínez Monje, capitán de Infantería entonces, y después general, había un cuadro de grandes dimensiones, que representaba «Una corrida de toros en el fondo del mar». Los cangrejos tomaban asiento en la grada de sol, y los calamares a la sombra; un tiburón presidía la corrida; en el fondo del mar, en el ruedo, estaba el «gallo padre» dando el quiebro de rodillas. El cuadro había que irlo a ver cuando la mar no estuviera «picada».

Por la sábana, digo, por el cuadro, ofrecieron cinco mil pesetas; nada más que ofrecerlas, por supuesto. ¡Vaya una sábana!

La Reina de la fiesta, que fué lo mejor del espectáculo, era un simpático socio, dueño hoy de uno de los mejores cafés de esta capital, vestido, naturalmente, con traje femenino.

A la mitad de la fiesta, el presidente, don Sergio Logendio, dijo al terminar la lectura de un trabajo literario:

—Se suspende el acto cinco minutos, porque la reina quiere orinar.

Nos pusimos todos en pie, y la reina, re-

cogiéndose el vestido coquetonamente, atravesó el salón con solemne apostura,

X

José Cambray hizo una noche el simulacro de una corrida de toros, con un toro solo. Qui- so imitar a Pedro Manjón, que dió en nues- tra plaza tres corridas de cuatro toros, con ocho toros solamente.

En «Salón Frégoli» había unas ropas trans- formables, hopas, o cosa así, que se adaptaban a cualquier forma, como las del célebre trans- formista «Frégoli». Los tacos del billar eran caballos y nosotros los picadores. No hay que hablar de la elegancia y braceo del matador andaluz, a la salida de la cuadrilla. El brin- dis de Cambray a la presidencia y la ti- rada de la montera «a la media vuelta» al ter- minar el brindis, no se me olvidará nunca. ¡Olé, por los niños de Jerez!

Por haber nombrado antes al contratista de toros Manjón, voy a hacer un pequeño parén- tesis para referir el siguiente caso de gracia. Cierta día en que fué don Pedro a la casa de huéspedes donde se alojaba su cuadrilla, lle- gó precisamente en el momento de estar al- morzando y al notar que los toreros le ponían

sifón al vino, hizo venir al dueño de la casa y le participó delante de todos los comensales, con ceño adusto y señalando a la mesa que ocupaban los toreros: «Aquí no se sifonea nadie». Frase que quedó por muchos años en Santa Cruz cuando se celebraban comidas íntimas, después de marcharse del país el señor Manjón.

Eduardo García, otro buen amigo, pertenecía a la tripulación de la célebre «Gabarra» y era también socio de Salón Frégoli. Por las noches, al ir para su casa, sita muy cerca de nuestra sociedad, entraba algunas veces y se sentaba un rato a charlar con nosotros. Una de aquellas noches, a poco de llegar al Salón, le vestimos de obispo, con mitra y todo, y los demás socios presentes en la tertulia organizaron una procesión alrededor de la Plaza de la Iglesia, cantando a coro con música de guitarra la célebre marcha fúnebre de Pówer. Lo más pintoresco y original del caso, fué la incorporación del guardia municipal del barrio, que marchaba seriamente, sacando el pecho y cogiendo el paso, como si se tratara de la procesión de la virgen del Carmen, que era nuestra patrona.

Los días de toros, teníamos la costumbre de ir todos juntos a la Plaza en una guagua

—que siempre pagábamos— sin dejar, por supuesto, al simpático conserje, Manuel Sedoféito, que se encargaba de la merienda, compuesta generalmente de jamón, salchichón, langostinos, queso, pan y «algún otro bocadillo»; pero lo que nunca faltaba era una sandía helada, para contrarrestar la sangradora de Cambray y otros exaltados amigos. Nunca llevábamos manzanilla, sino toronjil.

X

«Salón Frégoli» no abría sus puertas por el día. No había para qué; todos sus socios estaban cumpliendo con exactitud su obligación cotidiana. Después de terminada la faena, satisfecho el estómago y la conciencia tranquila, nos íbamos acercando al «Salón», donde pasábamos un par de horas en completa broma y agradable solaz. El tiempo lo distribuíamos entre los distintos juegos con que contaba «Frégoli»: billar, tresillo, ajedrez, damas, ronda, con sus correspondientes envites, «chico fuera», machucas y «buches a la orden». También había una magnífica mesa dodecagonal, construída en Chicago, donde jugábamos a la «veintiuna», a las «siete y media», y al «burro inglés».

Este último hubo que suprimirlo de golpe y porrazo, porque se hizo «respingón».

Después de la función en el Parque Recreativo, Bandet llevaba al Salón las mejores artistas que han desfilado por esta capital, y allí nos deleitaban con los cuplés de más fama y novedad.

Las noches deliciosas que pasábamos en el «Frégoli» trascendían al «publiquito selecto», con todos sus detalles, antes de las diez de la mañana del día siguiente. A las once, no había ya quien conociera lo ocurrido. Unos por envidia, otros por tener la lengua sucia, y otros por falta de un análisis de sangre, porque hay quien tiene la sangre mala y «otras» que tienen mala sangre, que no es lo mismo, es el caso que nos ponían que no había por donde cogernos. Todos los amigos «fregolinos», cosa rara, experimentábamos con ello un gran placer. Con la conciencia tranquila, el deber cumplido y la guitarra afinada—eso sí, había en esto un especial cuidado—las críticas nos proporcionaban muy buenos ratos.

Gente de buen humor y divertida, tan pronto teníamos noticia de que un «caballero» o una «señora» nos traían en lengua, lo comunicábamos a una comisión nombra-

da para estudiar y dilucidar estos casos. La comisión se encargaba luego de buscar el árbol genealógico de los murmuradores.—¡qué arbolitos algunos!—y una vez averiguados los antecedentes «penales» de cada uno, se procedía a redactar su hoja de servicios y, —aquí va lo más chistoso—se le ponía música y la cantábamos a coro todos los sábados.

Nunca hablamos mal de nadie
ni falta que nos hacía,
cantábamos por la noche,
trabajábamos de día.

Plaza de la Constitución. San Francisco

De ayer a hoy

La Plaza de la Constitución ha sido reformada recientemente y con gran calor discutida esa reforma en la prensa de la localidad por prestigiosas plumas. Como siempre ocurre en estos casos, a unos les gusta y a otros no. Si se tratara de una libra esterlina todos la hubieran encontrado muy bonita.

Al piso de esta plaza han dado en llamarle «Tabla de planchar» o tabla de la ley, con la que también se parece; a mi, repito, me gusta la reforma, y, además, ha traído aparejadas otras varias en los edificios circundantes y algunos de nueva construcción.

Lo que francamente no me pareció tan bien fué la elección de esos árboles de treinta nudos que le han puesto.

Al principio se pensó en plantar magnolias, pero no sé qué inconvenientes se presentaron que se desistió de ello. Por otra parte, algunos dicen que, como país cálido, lo que conviene son árboles de sombra.

Yo les digo a estos últimos: ahí tenemos la Plaza del Príncipe con su hermosa arboleda. Acábase de hacer de ella un pequeño bosque, que no pase el sol, póngase en cada jardín un jugo de agua, que no he visto ninguno en este pueblo, césped en los jardines y bancos cómodos donde se pueda descansar y tomar gratamente el fresco.

La Plaza de la Constitución déjenla ustedes para después que se oculte el sol.

Triunfo de la Candelaria

Este monumento fué erigido bajo los auspicios del nunca bien ponderado y religioso capitán don Bartolomé Antonio Méndez Montañez, y fué tallado por el célebre escultor italiano Canova.

Hasta no hace muchos años se hallaba la Plaza de la Constitución circundada de co-

lumnas entrelazadas con cadenas de hierro, simbolizando el nombre de Plaza Real, que llevó en segundo lugar, pues primitivamente se le conocía con el nombre de Plaza de la Pila, a causa de una fuente que había al centro y que hoy se conserva en los jardines de «Villa Benítez».

El monumento conocido con el nombre de «Triunfo de la Candelaria», patrona de esta isla de Tenerife, representa su aparición a los guanches, nuestros antecesores, y sirve de coronamiento a una esbelta pirámide.

Antes había en el basamento cuatro alegorías, simbolizando las estaciones, representadas por cuatro angelitos. Dos fueron mutilados a sablazos por unos oficiales de la fragata de guerra inglesa «Boadicea», el 26 de marzo de 1825. Los angelitos no hicieron caso alguno a la agresión, a pesar de haber perdido uno de ellos un brazo.

El brazo no apareció, suponiéndose se lo llevaron para ponérselo a Nelson.

La casa donde nació Teobaldo Power

Según frases del malogrado doctor Beyro, en los funerales de Teobaldo Pówer, era la única casa solariega de Santa Cruz de Tene-

fe. En ella nació el llorado pianista, que se deleitaba en sus estudios de piano, dando margen a que los paseantes formaran grupos que escuchaban con religioso silencio los conciertos del autor de los «Cantos Canarios».

También en ella nació y vivió largos años, el Excmo. Sr. General de la Armada, don Pablo Lugo Viña y Oliver, por cierto uno de los hijos más olvidados de este pueblo.

Por su patriotismo, historia militar y carácter recto y justiciero, merecía los honores de que, por lo menos, su nombre figurase en una de nuestras calles o plazas.

Este hijo de Santa Cruz y gran patricio fué uno de los pocos marinos de nuestra armada que llegó a ostentar en su pecho la Cruz laureada de San Fernando. Sus gloriosos hechos de armas se cuentan en número crecido. Para dar a conocer el temple de su carácter, vaya un caso:

Se cuenta de este bravo militar que, al sublevarse la escuadra en Cádiz contra doña Isabel II, el barco de su mando, con asombro de los demás y del almirante Topete, íntimo amigo de don Pablo, fué el único navío que no arrió el pabellón isabelino. Al ser requerido insistentemente y hasta amenazado, hubo de replicar enérgicamente, al llegar el

propio almirante al costado de su barco: «que él no podía faltar al juramento de honor dado a la Reina a quien sólo obedecería», participándole al señor Topete, que al pisar la cubierta le consideraría prisionero de guerra. Después de varias intimaciones y pasados algunos días, abandonó su navío, con toda clase de honores para él y el pabellón que se arriaba.

Antes de faltar a su juramento abandonó la carrera militar y se reintegró a su tierra nativa, como un simple ciudadano, permaneciendo así hasta la Restauración.

El loro de doña Paca

De la casa que habita actualmente don Antonio Brage sólo recuerdo ver en las accesorias y en distintas épocas los comercios del señor Noda, de don Blas López, doña Tomasa de Armas, don Ramón Trujillo, don Antonio Calzadilla, don Rosendo Gaspar, la tabaquería de Paco Zamorano y la relojería de José García, más conocido por «Pepe». Al presente, casi todos estos locales están alquilados a indios morenitos. ¡Si «Pepe» levantara la cabeza y lo viera!

En la accesoria que hacía esquina a la ca-

sa donde hoy se halla instalado el Casino y de la que sólo queda la mitad, estaba tiempo atrás la tabaquería de Doña Paca, en donde se vendían unos tabacos, , «especialidad de la casa», cuya forma no era circular, como es costumbre, sino un cuadrilongo de 2 por 1 centímetros. Su precio era de ; un cuarto! Se conocían en el pueblo por «entablados», y también solían pedirse diciendo: «Un Echegaray», como recuerdo a «La muerte en los labios» del célebre autor.

El que se fumara un sólo cigarrillo podía que se salvara; pero al que se fumaba dos seguidos no le quedaba tiempo ni para otorgar testamento.

La dueña de esta tabaquería tenía la costumbre de colgar, en el dintel de la puerta que daba a la plaza, una jaula con un loro, seguramente andaluz, como su dueña, porque hablaba más que todos los oradores del 69, juntos.

San Francisco.—Un poco de historia

Mucho de lo que nos dice la historia referente a la Iglesia de San Francisco y su to-

re, ha corrido las vicisitudes propias del tiempo y manera de pensar de los distintos párrocos que han regentado este templo. Anotaremos cuanto sepamos referente a este asunto.

Los azulejos mozárabes que dice la historia cubrían la cúpula de la torre, fueron sustituidos a causa de que muchos de ellos fueron rotos el 1.º de enero de 1891, en que un viento huracanado arrancó de cuajo la virgen de la Concepción que coronaba la torre, y, al caer primero sobre la cúpula, como la virgen era de mármol y de mucho peso, hizo el destrozo consiguiente, rompiendo gran número de azulejos, por lo que fué necesario, al hacer la restauración, cambiarlos en total. Algunos ejemplares de los ladrillos mozárabes quitados se exhiben en nuestro Museo Municipal, considerándoseles de gran valor por su manufactura y antigüedad.

Después de este suceso, que dejamos señalado, siendo beneficiado de esta iglesia don Antonio Verde y León, hombre que tenía por lema «A rey muerto, rey puesto», inició una suscripción entre sus fieles que dió por resultado mandar a buscar otra imagen, para sustituir a la virgen caída. La Milagrosa fué

la encargada de este caso de allanamiento de cúpula.

La Milagrosa, fundida en bronce, resultó de un tonelaje tan exagerado, de tanto peso que desistieron de subirla a la cúpula por las dificultades que ofrecía su colocación, al mismo tiempo que el temor a que la torre se deshiciera como un merengue fresco.

Esto, Fabio, milagroso no será,
pero se acerca mucho a la verdad.

Vicisitudes

Siendo beneficiado de San Francisco el gran patricio don José Mora y Beruff, se enjalbegó la torre con leche; fui testigo presencial del caso. Se decía entonces que en esta forma resistiría mejor la acción del tiempo. Efectivamente, ha resistido hasta hoy, pero de ama seca: se le fué la leche.

Conste, lector amable, que la iglesia que nos ocupa está en pie, gracias a los buenos servicios que mi inolvidable amigo Manuel Santaella y yo prestamos como bomberos, utilizando unos baldes de agua, cierta noche en

que subíamos por la calle del Tigre y vimos que ardía la puerta de tea de la izquierda, de las tres que ostenta al frente. Omito una exacta relación de este hecho heroico, temiendo que cierto publiquito mal intencionado crea que voy en busca de una cruz y me cuelguen la que crucificó a Cristo, que es la única que me falta.

¿Quién recuerda ya aquel muestrario de oficinas que había en tiempos ya lejanos en el piso alto del ex-convento? Vaya un respetuoso recuerdo para el señor Sansón, honorable viejecito y competente empleado. Aún recuerdo verle en sus últimos días dando acompasadamente en el suelo con su bastón en forma de cayado; ruido que se apreciaba a gran distancia por las noches. Para los hermanos Tapia, siempre encargados de medir quintos; don Francisco Mandillo, de tacón alto y pantalón abotinado; don Fernando De Martini, con sus perros perdigueros, sin ser cazador. Un abrazo para todos y les ruego que tengan buscada una habitación económica que no sea húmeda, por el reuma, porque, como dicen los militares, estoy en expectativa de embarque.

En el piso bajo de esta torre, en el zaguán pudiéramos decir, estaba el heroico cañón

«Tigre», cirujano de Horacio Nelson, el 25 de julio de 1797, y ahora instalado en el nuevo Museo, cuyas escaleras hubo que apuntalar para subirlo. Si nosotros fuésemos norteamericanos, por ejemplo, ¿dónde estaría emplazado el célebre cañón?

El Casino Principal

El Casino Principal, según don Felipe Poggi y Borsotto, es la sociedad de recreo más antigua que existe en esta ciudad de Santa Cruz, pues tiene 99 años de fundada. Se creó en enero de 1840, en una sala de la casa número 4 de la Plaza de la Constitución. Contó con 52 socios fundadores, que pagaban cuarenta reales de vellón de entrada y diez de cuota mensual, y al trasladarse en el año 1850 a la casa número 2 de la propia plaza, se hizo una suscripción entre los socios, para la adquisición de los muebles y arreglo del local. Allí permaneció hasta abril de 1860, en que se trasladó a la casa número 11 de la citada plaza, con entrada por la calle de la Marina número 1, y Peligros núm. 2, por no ser suficiente la que tenía arrendada.

En la década de 1880 a 1890, el Casino, que había permanecido siempre—y afortunadamente continúa—al margen de toda política local, fué objeto de agrias censuras, por haber abandonado esta obligada neutralidad, al menos aparentemente. Motivó esta campaña, de acerba crítica, la fiesta que en sus comienzos diera la distinguida sociedad para solemnizar el haber sido nombrado ministro de Ultramar el entonces diputado por Las Palmas, don Fernando León y Castillo; y aunque excusaba a los promotores de aquella fiesta—comida y baile—la intención habida de limar asperezas, para obtener más amable trato, éste no se logró, porque aquel político-paisano, desde que ocupó el primer alto cargo público, tuvo la obsesión—según frase aguda, pero muy apropiada, de un gobernador de no grata recordación para Tenerife—de empeñarse en «salar medio cocido», refiriéndose a que los favores los hacía solamente para lo que más tarde, y ya sin pudor, se bautizara con el nombre de Grupo Oriental.

La «aristocracia de vara de medir»

Se extremó, por otra parte, la severidad en la admisión de socios, por una selección

molesta, que mermó notablemente su número, provocando las iras de un periódico republicano, «El Memorandum», cuyo director, el inolvidable Pulido, publicó con tal motivo una cáustica poesía, aludiendo a la aristocracia de «vara de medir y presupuesto».

Por fortuna terminó pronto este período, pero ni las condiciones excepcionales del presidente de la junta,—hombre de gran sociabilidad—ni su entereza, pudieron evitar que llegara una precaria situación económica; y aunque en 1892 se entregó la dirección del Casino a persona tan experta y respetada como el doctor Domínguez, para evitar la bancarrota, esta junta no pudo desarrollar su plan, porque el «ministerio relámpago», que así se le bautizó, dimitía antes de los tres meses de haber tomado posesión, a causa de unos tiquis-miquis originados por la celebración de un baile «protestante» en el Teatro que el elemento «coburgo» se empeñó en realizar. No obstante la efímera duración de su gestión, esta junta dejó como luminoso recuerdo el célebre «Baile de la Nao», no superado ni igualado siquiera hasta hoy por ningún otro, y en el que el ilustre Concas, uno de los mejores amigos que ha tenido Tenerife, predijo al final de su elocuente

brindis—con veinte años de anticipación—la nacionalización de Tetuán.

¡Oh, el reglamento!

Vaya ahora una anécdota relacionada con el Casino.

Actuaba en nuestro Coliseo una compañía dramática dirigida por el primer actor Wenceslao Bueno.

Se le ocurrió al bueno de don Wenceslao, o a don Wenceslao bueno—que en el presente caso el orden de los factores no altera la anécdota—, asistir al tan nombrado baile que el Casino da a sus socios los lunes de Carnaval. Por desgracia mía, fui elegido por el señor Bueno para que le presentara a algún miembro de la Junta. No me valió decirle que yo no era socio y no podía complacerle en su deseo. Al fin me convenció. ¡Era yo tan fácil de convencer en los Carnavales!

Don Wenceslao fué al Hotel Panasco, se vistió con el «traje de luces» y de allí nos dirigimos al Casino. Antes de ir se me había disipado algo el «jumillo carnavalesco», presintiendo lo que había de ocurrir. Yo iba vestido de general de Caracas, pero ni esa me valió.

Al llegar al zaguán, pues de allí no pasamos a pesar de mi jerarquía militar, mandé a decir con un mozo a una de las personas conocidas que pertenecía a la Junta, si tenía la bondad de bajar. Intento inútil: la persona no aparecía; primer sudor. Mandé entonces nuevo recado a otro miembro de la Junta, que tampoco bajó; y así sucesivamente hasta cuarto. Como día de Carnaval, de aquellos celebrísimos Carnavales de feliz memoria, con ñames, torrijas, «tumbo» y muchas etcéteras, yo había llegado a punto de caramelo; mas, a pesar de ello, un sudor se me iba y otro se me venía, no sabiendo como disculpar aquella escena tan desairada que las personas más sensatas y cultas de mi pueblo brindaban a un forastero a quien no se podía señalar otro «estigma» sino que vivía de su honrado trabajo. ¡No era zorrocloco!

El amigo Bueno, comprendiendo el motivo de aquel desaire, me mostraba muy excitado una tarjeta suya en la que se leía su título de abogado y primer actor dramático. Tenía en mis manos la tarjeta y haciendo que la leía sólo pensaba lo que había de decirle cuando levantara la vista. En tan preciso momento, y como caído del cielo, se nos presentó el gran Crosita.

Amablemēte, cortésmentē, como él sabía hacerlo, nos atendió y nos recitó el tan discutido y cacareado artículo del reglamento, causante de todo.

Fué aquel un pequeño respiro para mí, que no sabía cómo salir del atolladero.

Al fin, el amigo Crosa,
que quiero como a un hermano,
dijo, alargando la mano:
«General, coja la boza».

Al salir, miré al cielo, tan limpio, tan bello, y tan igual para todos, y me sonreí interiormente de estas pequeñeces terrenales...

Andanzas y añoranzas

BIBLIOTECA CANARIA

ANDANZAS
Y AÑORANZAS

POR

ANGEL GUERRA



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Mi espíritu es andariego. He sido, por azares de la suerte, un peregrino incansable que ha ido de aquí para allá, a través de distintos países y de culturas diversas, en busca de visiones nuevas como de nuevas ideas. Es un tesoro de imágenes que va en el fondo de mi alma; que conmigo vive y conmigo muere. Polvo luminoso, pero al fin y al cabo, polvo del camino. Pero ¿de qué algo más noble puede irse tejiendo la existencia que de impresiones que no se borran, de sueños que parecían imposibles y se realizarán y de recuerdos que surgen de pronto en nuestro interior para evocar las fugitivas horas de un día feliz o para rememorar la melancolía infinita de los días sin paz y sin amor?

Yo, avanzado de edad, comienzo, casi, a vivir de los recuerdos. Y a medida que avanza el tiempo, mi espíritu retrocede, desandando lo andado, y paso de los encantos de la

juventud con todas sus ansias y sus locuras para refugiarme en las lejanías piadosas de la niñez. Y por un milagro de trasplatación espiritual, vuelvo a vivir, con plenitud de alma, en el rincón humilde del suelo nativo, del cual nunca me han desarraigado ni los azares de la fortuna ni las andanzas de la vida.

Sí; he corrido bastante mundo; he visto muchas cosas que han saciado mi curiosidad o han satisfecho mis sueños. Pero, yo no he amado jamás más que a mi tierra natal. He visto otros cielos, he contemplado otros campos, he andado otros mares, pero en ninguno he encontrado el encanto como familiar, subjetivo, entrañablemente íntimo que encontré en los de nuestro hogar atlántico, una hermosura sin par que acaso no esté en la realidad de las cosas sino que la engendra y la sublima el amor desbordado dentro de nosotros mismos.

De mis viajes yo conservo algunas impresiones inolvidables. Entre todas dos, por la mucha que dejaron en mí, se destacan con más poderoso relieve.

La entrada de Venecia. Por los canales en tinieblas de aguas muertas, la góndola se deslizaba como un ataúd errante. Sólo el grito del gondolero se oía de vez en cuando

para avisar su paso en las revueltas de los canales. Ni una luz ni una voz en aquella quietud de cementerio. Y así avanzábamos. De pronto, al desembarcar en el gran canal, junto a la plaza, la explosión luminosa parece un sortilegio fantástico. Aguas abajo pasan las góndolas iluminadas, y de ellas salen los ecos de la música y de las canciones en un rumor de serenata. Todavía parece que el son de las mandolinas y el eco de la voz de los cantores desgranar la eterna melancolía de su música en lo más hondo de mi corazón, que no las ha olvidado.

Llegada a Tetuán. Al caer de la tarde, presuroso de emoción, yo me acercaba a la ciudad blanca. En la limpidez del aire se destacaban las líneas de los airosos minaretes y entre el verde esmeralda de la campiña el caserío destacaba su albura immaculada. El viejo encanto de la ciudad misteriosa, con todo el colorido y la sensualidad árabe, se nos ofrecía a los atónitos ojos y más aún a esa ensoñación imaginativa que nos hizo amar siempre, soñándola todavía sin conocerla, la vida de una raza, toda intimidad, que se recluyó entre los recios paredones de sus casas vulgares al exterior, pero que dentro ocultan para solo ellos disfrutarlos, la esplendidez de sus jardines, la maravilla de sus patios m-

riscos, donde el agua canta en los surtidores, y el prodigio de sus salones con alicatados multicolores y sus tapices maravillosos.

Yo entré en Tetuán con la emoción y la devoción de un peregrino, que hacía un viaje de ofrenda y de evocación.

Nada ha igualado en mí la intensidad de esas dos impresiones. Ni la alegría nocturna de París, ni el tráfago urbano verdaderamente ensordecedor de Londres, ni aún siquiera el vagabundeo por la Roma de los Césares y de los Pontífices.

Sin embargo, hay una impresión que las domina todas.

Es la visión de Arrecife, una noche de luna, desde la borda de un barco. Tenía yo entonces siete años. Es la primera vez que yo dejaba mi isla nativa. Más allá del limpio cristal de las olas quietas, la ciudad humilde, blanca a la claridad lunar, parecía dormir. Las luces del muelle parpadeaban, como si ladrasen.

Yo contemplaba todo aquello a través de mis primeras lágrimas de la vida. Y a medida que se iba desvaneciendo la visión real, más honda, impercedera quedaba la visión espiritualizada; mientras yo seguía el rumbo del barco que era también el rumbo de mi destino.

Cariño eterno

¡Pobre vieja! Me llamaba «su niño». Yo tendría entonces seis años; estaba en la edad de las alegrías infantiles, que tan pronto se van, y no vuelven. No aseguro si había servido en mi casa; solamente recuerdo que me estrujaba, estrechándome entre sus brazos secos, y que siempre me tuvo un cariño inmenso.

Cuando salía de la escuela, siempre iba a verla. Mientras ella sentada en la silla de nogal, a la puerta de la casa, con su traje negro y sus cabellos blancos hilaba los copos de lino con una actividad incansable, yo revolvía por el patio, husmeando con curio-

sidad inocente entre aquellos tiestos de albahaca que llenaban de perfume el aire; cortaba las flores de la madreSelva que trepaba por las grietas de la vieja pared o me entretenía en azuzar al gato que dormitaba sobre las cenizas del apagado hogar en la cocina sin techo.

Los primeros frutos de la higuera que abría en el huertecillo sus brazos escuálidos eran para mí, yo solo los saboreaba, y ella me miraba regocijada comerlos, con delectación, como si fuese mi madre. Y cuando la vid, que sombreaba a la entrada de la casa, dejaba colgar los frescos racimos, y la uva se doraba, como la mies al sol, yo los desgranaba, picando como pájaro hambriento. ¡Con qué alegría me miraba corretear entre las plantas. niño inquieto, como una mariposa enamorada. Algunas veces creí verla llorar. Sin duda pensaba que yo algún día sería hombre, la travesura infantil se convertiría en seriedad hinchada, mi cariño hacia ella desaparecería con las primeras aventuras de la juventud, otras mujeres y otros afectos le robarían el mío, y ella, la pobre vieja, olvidada y miserable ya no podría llamarme «su niño».

Algunos años después me alejé del pueblo.

La tarde antes de la marcha fui a despedirme de la pobre vieja. Estaba como siempre, con el vestido negro y los cabellos blancos, hilando a la puerta, bajo el parral ya seco, cuyas hojas caían y volaban por la tierra con rumor melancólico de almas muertas.

No sé lo que dije, ni qué hablamos. Sé que lloró, que al traspasar yo la portada del ancho patio volví la vista atrás para despedirme de todo aquello, cuna y nido de mi niñez, y ví la higuera amarillenta, las madresevas sin flores, la cocina sin techo, el gato roncando sobre las frías cenizas, y la vieja, la infeliz mujer, restregándose los ojos, donde las lágrimas se agolpaban ruidosamente.

La vi y me llené de tristeza. Ella se quedaba sola, pensando quizá que volverían las flores y en los tiestos se secarían; que las uvas habían de pudrirse en los pámpanos, sin que nadie las hurtara y que ella, vieja, enferma, huérfana en el mundo, no había de verme a ver. Y allí la dejé, sentada en la silla de nogal, hilando, quizá esperando mi retorno, tal vez aguardando la muerte.

Regresé. Ya era hombre. Mis sentimientos habían cambiado, y sobre el labio sombreaba el bozo. Era domingo, y a la puerta de la iglesia esperábamos ver salir en tropel

de la misa de alba, al rayar la mañana fresca con reflejos suaves de una luz indecisa, las muchachas, relampagueantes, los ojos negros bajo los pliegues airosos de la clásica mantilla.

Y allí cerca, una mendiga extendía su mano flaca implorando una limosna. Noté que me miraba; mas al fijar mis ojos en ella volvía el rostro como huyendo mi mirada.

Terminó el desfile. Volvíamos los muchachos bromeando y, al pasar junto a la mendiga, por más que envolvió precipitadamente el rostro bajo el mugriento pañolón, reconocía al punto. Era la pobre vieja. En aquel momento más que eso: mi niñez, mis alegrías, todo lo que había amado. Abrí mis brazos y la abracé estrechamente. Oí entonces sollozos roncacos, creo que mis ojos se humedecieron, y hasta, débilmente, como un grito de agonía ahogado, a mis oídos llegó aquella voz dulcísima de la infancia: «¡mi niño!»

El nido vacío

Parecía una cunita vacía. Yo lo ví colgando de una rama desnuda, en un árbol esquelético, sin hojas, desprovisto de sombra, de calor y de verdura. Movidó por el viento invernal, el nido medio deshecho, que colgaba, se mecía con vaivènes rítmicos de cuna. Las pajas amarilleaban de la lluvia, resacas pero humedecidas, y alguna, desprendida, revolaba como una hoja seca, en silencio, misteriosa, lánguida; mientras el aire la sostenía, como en los brazos maternos un niño, la pajuela corría, se paraba, avanzaba, retrocedía como en un juego infantil, hasta que loca,

con giro rápido, caía al suelo para hundirse en el surco.

¿A dónde habían ido los pájaros? ¿Quién sabe!

Como quien muda de casa, en primavera, bajo el dosel de verdura del árbol en flor, calentaron el nido, en él arrullaron sus primeros amores, en su seno misterioso se dijeron no sé cuantas cosas, y al llegar el otoño, con las primeras ráfagas frías, cuando ya no había ni siquiera una hoja con que abrigarse, huyeron no se sabe adónde, dejando el nido sin calor, como un lugar abandonado.

Yo no sé qué pasó por mi alma; ignoro qué impresiones tan extrañas sentí al ver el nido deshecho, colgando de la rama desnuda, que al instante pensé en tantas cunas vacías, en tantos hogares desiertos, en tantas almas heladas, cunas sin niños, hogares sin padres ni familia, almas sin ilusiones ni esperanzas. Miraba entonces a mi pasado, registraba la historia anterior de mi vida, y sentía la soledad, la inmensa desolación del que se encuentra solo, huérfano, y hasta echaba de menos las pajas del nido, las vigas del viejo hogar deshecho, el humo que no subía; sondeaba mi alma, volvía, cerrando los ojos, la mirada hacia dentro, y me encontraba con la misma tristeza del nido vacío, que abandonan los

pájaros y las alegrías infantiles no resonaban ya tiernas, dulces, como antes, en la primavera de la vida, y mi corazón lo sentía latir, lento, melancólico, con el vaivén del nido en el árbol.

* * *

Desde mi ventana, que da al campo mustio, ensombrecido por celajes grises de una tarde invernal, le veo gallardo aún, desprovisto de algunas ramas. Es un castaño de grueso tronco, de retorcida veta, corpulento, abriendo sus ramas en lo alto, como un mártir en la cruz. Bajo el hacha del leñador van cayendo, cayendo poco a poco las ramas, y cada golpe del hierro suena áspero, hiende la corteza como un cuchillo la carne, deja unas fisuras blancas, como los bordes de una herida lavada, y bajo la presión brutal del brazo que maneja el hacha, yo veo el árbol estremecerse, como si sintiera el dolor de la cuchillada.

Nada, ni las ramas crugen, ni la corteza abierta arroja gotas de resina.

No sé por qué me ha parecido este árbol un símbolo también, y también una enseñanza. Me he acordado de los que sufren en silencio, de los abnegados heroicos, que ni se quejan,

ni lloran; almas grandes que pasean por el mundo su majestad de desterrados, mudos ante los golpes, silenciosos al ultraje.

¡Cuántas veces, bajo el ramaje florido del pobre castaño, antes de envejecer, cuando todavía era pródigo y fecundo, el mismo leñador durmiera la siesta en verano! Por debajo de sus ramas, varias generaciones han pasado respetuosas, agradecidas, y les daba frutos en otoño, leña en invierno, sombra en verano, verdura en primavera.

Y ahora, viejo, carcomido, estéril ya, inválido para la fecundación, cae bajo el hacha que maneja una mano brutal regida por una voluntad ingrata, cae bajo el hacha como bajo la cuchilla del matarife la res cansada que es degollada en el matadero.

Y como el árbol que se estremece con los golpes del hierro del leñador, yo siento mi corazón agitarse también medroso, trémulo, pero silencioso y resignado, como si el pobre-cillo ya se sintiese envejecer.

Hogar ajeno

Cuando me lo dijeron sentí una gran pena. Se marchaban los vecinos, los que vivían pared por medio de mi casa. Los demás inquilinos los llamaban los «buhos». Eran dos, hermano y hermana, ambos viejos. Silenciosos, un tanto huraños, parcos de palabra en todo momento, apenas si cruzaban el saludo con los que encontraban en la escalera. En la vivienda que habitaban jamás se percibía el menor ruido.

Y yo estaba contento. Siempre me ha gustado la soledad y el silencio, propicios al estudio y al trabajo. No soy misántropo; pero siempre he huído voluntariamente el muenda-

nal ruido, así como los afectos frívolos. Una gran pasión no la he sentido nunca, ni aún en los días de la juventud, ya remota. En mi corazón, ni siquiera en mi memoria, ha dejado huella el perfume de un primer amor de mujer. Otros, cuando se han despojado de todos los cariños humanos, han puesto su predilección sentimental en las flores, en unos pájaros, en un perro fiel que le sirva de compañero o en uno de esos gatos domésticos, mimosos y perezosos, que vienen a dormitar a vuestros pies como en un regazo materno.

Porque nada tuviera, el cielo quiso privarme desde muy temprana edad del calor de la familia, que bien puedo decir que nunca conocí. He vivido solo—con una vieja sirvienta—, y espero que solo he de morir.

Así, mi casa tiene todo el aspecto de un cenobio. Para mí, en eso ha estribado siempre su mayor y mejor encanto. Confinado casi de día y de noche en mi cuarto de estudio, pudiera decirse que éste ha sido mi celda y mi cárcel. Alguien añadiría que también la tumba en que me he enterrado vivo. Los libros han sido mis únicos compañeros, hablándome de muchas cosas, pero no rompiendo jamás ni el silencio de mi casa ni la soledad de mi pensamiento. La calle, perdida en un rincón casi

desierto de la vieja ciudad, contribuya a esa paz conventual que me habíais impuesto.

Se comprenderá la inquietud que experimenté ante la noticia de que «los buhos» emigraban. ¿Quién vendría a reemplazarlos en la vivienda de al lado? Anhelaba que nadie la quisiera, que continuase deshabitada para siempre.

En mi ardiente deseo, ni siquiera me paraba a reflexionar que eso era de todo punto imposible.

Mi sirvienta me trajo una mañana la mala nueva.

—Tenemos ya vecinos, señorito.

—¿Cómo?

—Sí. Ya está tomado el cuarto.

—¿Y quién viene?

—Un matrimonio.

—¿Joven?

—Creo que sí. A él lo he visto en la portería. Tendrá unos treinta años.

—¿Con hijos?

—Una niña.

Mi primera impresión fué de cólera. Mejor era marcharse también. Pero ¿dónde encontrar mejor acomodo? Acaso en otra parte estaría peor. Pensaba en que ya no podría pasar mis días entregado a las tranquilas lecturas ni podrían ya transcurrir mis noches en

paz, con las cuartillas delante, en las que iba volcando mis pensamientos como el agua los cangilones de una noria al son metálico de la pluma nerviosamente movida.

Me resigné.

Después de todo eran pocos. Sin embargo, ¿cómo había de echar de menos a aquellos dos camaradas huraños, con los cuales había convivido tanto tiempo sin conocernos, como si habláramos idiomas diferentes y habitásemos puntos distintos del planeta! Tal vez por eso los estimaba, y por eso es muy posible que me estimaran ellos.

Llegaron los otros. Lo conocí en aquel ruido de muebles que me irritaba hasta la violencia y en aquellos golpes en las paredes colgando cuadros. Y también por aquellas voces que yo percibía claramente, turbando mis solitarias cavilaciones.

—¡Papá!... ¡Mamá!

Y en otras ocasiones una voz femenina gritaba:

—¡Lita!... ¡Lita!

Así debía llamarse la niña. ¿Cuántos años tendría? Pequeña debía ser. Sus pasos cortos, inseguros, tropezando a cada instante de mueble en mueble, a veces rodando por el suelo entre gritos de miedo o entrecortados

balbuceos de llanto, hacíanme sospechar que estaba en sus primeros ensayos andariegos.

Otras veces reía como una loca. Sus carcajadas infantiles parecían contagiar a la madre, que también reía alborozadamente, terminando en una lluvia de sonoros besos.

Todo eso producía en mí una sorda irritabilidad. Me distraía enojosamente, cortando el hilo de mis lecturas o deteniendo el curso de mis ideas, que desde los puntos de la pluma pugnaban por ir al papel.

A punto estuve muchas veces, exasperados los nervios, de gritarles un insulto a través de la pared.

De noche mi tormento aumentaba. Como para poner a prueba mi paciencia, la alcoba de la niña la habían instalado en la habitación contigua a mi despacho.

Y cuando más enfrascado hallábame en mi trabajo, la pequeña, despertándose sobresaltada bajo la impresión acaso de algún sueño terrible, ¡terrible a esa edad de los miedos cándidos y de las visiones dulces!, lloraba, hipando inconsolable.

Al instante oía la voz del padre, que, con acento de caricia, decía:

—¡Lita!... ¿Qué tienes?... ¡Duerme!

Pero la niña seguía llorando.

Entonces yo sentía unos pasos sordos que

sē acercabañ. Luēgo unos cuantos besos y la niña que iba poco a poco acabando su lloro en un gemido débil, blando, agonizante.

Después, dulce, henchida de ternura, una voz de mujer entonaba a media voz una canción de cuna, que expiraba a su vez lenta, melancólicamente, como si el sueño la rindiera antes de acabar los últimos ritmos.

Imposible... Tiraba la pluma con ira. Paséabame agitado, violento, por la habitación, arrojando los libros con desesperación. A la mañana siguiente, todavía con el resquemor al vivo, decíale a mi sirvienta:

—Aquí no se puede vivir. Esa gēntuza no me deja trabajar...

—Señor, ¿qué hacer?

—Que la portera les diga que guarden silencio.

—Es la niña, tal vez...

—Sí. Que la peguen para que callē.

—¡Pobrecita! ¡Es tan linda!...

—¿Linda?... Una mal educada.

—¡Si la viera usted!

—Lo que quiero es no oirla.

—Dírelo, puesto que lo manda... ¡Tan mona!

Más me irritaba todavía esta conmiseración de mi criada. Cosas de viejas, que vuelven a querer con locura a los niños.

Los días pasaban.

Sin duda, me fui habituando a soportar las impertinencias de la vida familiar de los vecinos. Y comparando, sentía el orgullo de mi soledad y de mi quietud en un hogar desierto, es verdad, pero gratamente silencioso.

Al fin podía trabajar. Ni llantos ni voces turbaban mis tareas ni de día ni de noche.

Tanto me había acomodado al nuevo orden de cosas, que ya extrañaba no sentir la voz infantil llamando:

— ¡Papá!... ¡Mamá!

Es más. Casi me enfadaba cuando no sentía animado y a veces turbulento, el rumor de vida de la casa inmediata.

¿Qué harían?... ¿Dónde estaban? Como si yo pudiese intervenir en las cosas de un hogar ajeno, a punto estuve muchas veces de golpear en la pared, gritando:

— ¡Lita!... ¿Por qué no juegas?

Cuando el silencio se prolongaba mucho, llegué a sentir sordos remordimientos. Acaso supieron mis enojos por el alborozo infantil y los padres habían amedrentado a la pobre niña para obligarla a que callase. Tal vez le dirían que yo era un hombre irascible, una especie de monstruo, y la criaturita me llegó a temer con ese miedo gracioso con que los niños temen al coco. Y me sentía avergonza-

do de mí mismo. ¡Quién podría haberlo pensado unos meses antes! Algo había cambiado en mi interior. Sin duda la entrada en la vejez tornábame, a despecho de mi carácter y de la rudeza de mi sensibilidad, otra vez infantil.

Lo cierto es que cuando salía a la calle, casi desdeñaba pararme ante los escaparates de las librerías. Antes los buscaba, recreándome en las cubiertas de los tomos nuevos, con encantamiento de enamorado. Los deseaba para escudriñar y develar el misterio que envolvían, como se puede querer con deseo el alma de una mujer que se ama con pasión.

Maquinalmente, como si me moviese un resorte interior, mis pasos se encaminaban siempre hacia los bazares de abigarrados objetos y hacia las tiendas de juguetes. ¡Y qué mundo más extraño! Todas aquellas figurillas, variadas y pintorescas, recobraban vida en mi imaginación representando la eterna comedia humana. Mis ojos se recreaban con curiosidad insaciable; pero también mi espíritu tenía unos momentos de solaz divagando las más extrañas locuras.

Algún amigo, al verme tan atento, decía-me tocándome en la espalda con acento burlesco:

—¿Buscas algo para tus hijos?

Y reía irónico.

Aquella risa me dolía como si me apretasen en una herida que sangraba. Antes hubiese contestado yo con una carcajada. Ahora, no. Parecía sentir toda la esterilidad dolorosa de mi vida, señalándome el vacío horrible de mi corazón.

Entonces pensaba en ella, en Lita. ¿Por qué no era mía? Yo la hubiese amado con todo el caudal inmenso de ternura que sin saberlo los años habían ido depositando en el fondo de mi ser. Mis manos, encallecidas por la pluma, hubiesen aprendido de pronto la suavidad de las caricias; mis ojos secos, a los que nunca se había asomado en lágrimas un dolor profundo, hubiesen en un minuto sabido cómo se llora de tristeza o de alegría.

¡Lita! Cómo se había agarrado ese nombre a mi alma, aunque mis labios no lo pronunciaron nunca.

Miento. Sí lo pronuncié una vez, una vez sola.

Me había asomado un momento al balcón al oír que la niña estaba en el suyo. Allí estaba. Por entre unos rosales en flor surgía su cabecita, de rostro mimoso, de cabellos rubios, rojos los labios como cerezas nuevas. Miraba en aquellos ojos negros, vivos, como ascuas de fuego, el paso de un carro tirado

por buēyes, que marchaba lento, con su enorme carga de leña.

¿Qué pasó?

La llamé por su nombre:

—¡Lita!

Y la niña huyó chillando, presa del pánico.

Acaso mi repentina aparición—ella que no me había visto nunca—la turbó, cogiéndola desprevenida. Yo pienso que fué mi áspera voz que por más que quise no acertó con esa entonación acariciadora que sólo tiene la voz de las madres.

Dentro oía yo sus sollozos medio ahogados.

—¿Qué tienes?

—E..., e...

—Pero ¿qué?

La madre cubrirla de besos. Yo los sentía bajo la pesadumbre de mi falta como botones de fuego en el corazón.

—Dime...

—¡El coco!

Caf en un sillón, como desplomado, la cabeza entre las manos, y un sabor amargo, de pena y vergüenza, me subía a la boca.

Me temía. Era lo irremediable y había que renunciar para siempre a la infantil camaradería con que, ¿por qué no decirlo?,

yō soñara en los desvelos de mis noches sin par.

No se asomó más al balcón. No la volví a ver más. ¡Ay! ¡No la volvería a ver nunca!

Y ahora, por eso mismo, pensaba en ella constantemente. Desde mi despacho, aburrido como si ya no tuviera rumbo mi vida y comprendiera con tedio toda la soledad trágica de mi existencia, no hacía más que espiar sus pasos, tomar parte espiritualmente en sus juegos, alegre cuando ella reía, triste, con tristeza infinita, cuando lloraba.

De pronto se hizo un silencio profundo en la casa vecina. Aquel silencio mi corazón lo adivinó antes que mi pensamiento.

Lita está enferma.

—Mi sirvienta, entre aterrada y dolorida, me lo dijo un día al servir la mesa,

—¡Qué pena! La niña de al lado está muy malita. Dicen que tal vez se muera.

—¿Cómo?... Pero ¿qué tiene?

—Una cosa muy grave. Se ahoga...

No pude comer.

—¿Quiere otra cosa?

—No. No tengo ganas.

—¿Se llama al médico?

—No es cosa de médico. Pasará...

La horrible verdad me había sacudido con

brutalidad cruel. Sin embargo, la esperanza, sobreponiéndose al temor, me hacía pensar, como desechando a violencia, estrujándola, una visión de pesadilla.

—No es posible.

Derrumbado en el sillón de mi despacho, rumiaba a solas mi tristeza. Desde allí percibía rumor de conversaciones rápidas, y de vez en cuando un gemido débil, como un suspiro.

¡Qué horas de angustia para mí! Creo que en unos cuantos días mis cabellos acabaron de encanecer. Interiormente me sentí por completo envejecido. Los minutos me parecían eternidades, y en una semana pudiera decir que viví siglos.

Aunque parezca mentira, velé a la cabecera de la enferma. El alba me sorprendía en el mismo sitio y las sombras de cada noche me encontraban sin haber dormido. Estaba atento al menor rumor, a sorprender el más mínimo movimiento de la enferma como si cuidándola cariñosamente hubiese estado junto a ella en la estancia vecina.

Aquello duraba. Los informes de mi sirvienta eran desesperados; pero yo siempre seguía con una ilusión encendida en el alma, como una lámpara votiva.

Se salvaría.

No fué así.

Ni recordarlo quiero.

Un grito ronco, largo, como el alarido de una bestia herida, me anunció la catástrofe.

—¡Lita!

Era la voz de la madre, salida del fondo de las propias entrañas desgarradas.

Me llevé las manos a los ojos, y por primera vez en mi vida los sentí humedecidos. Tuve que morder con los dientes aquel grito absurdo, que como un borbotón violento de sangre del corazón pugnaba por salirme a los labios en aquel momento de locura.

—¡Hija!

Sólo entonces comprendí el valor de esa palabra, para mí sin sentido, que no expresaba un dolor de mi naturaleza, sino el delirio sentimental de mi espíritu. Únicamente esa palabra podía expresar la explosión de mis recónditas ternuras que buscaban salida.

Callé.

Mi tormento fué rudo; largo mi calvario. Sentía los lloros, compartiéndolos, disputándolos, celoso, como si la pena de la inmensa desgracia fuese sólo mía.

¿Cuánto duró aquella larga noche y aquella mañana más larga aún?

Sentí cómo martillaban los clavos, que parecían hundirse, no en la caja de la muerte, sino en mi corazón; oí los adioses últimos, los sollozos de despedida, el beso postremo sobre unos labios lívidos o sobre unos ojos apagados, que fueron grandes, hermosos y negros.

Después rumor de gentes en la calle, de gentes indiferentes que charlaban esperando cumplir un deber. Ruido de carruajes, y ¡en uno iba ella! entre rosas como la ví un día para no verla más entre los tiestos del balcón, a donde no volverá a asomarse nunca.

¡Nunca!...



He cerrado mi cuarto de estudio; he abandonado el trato de los libros, que nada dicen que consuelen las tristezas y las soledades de la vida; he colgado la pluma, que no sabe más que mentir sin acertar jamás a traducir las silenciosas tragedias de las almas.

¿Para qué engañarse con ilusiones fementidas? No he conocido de cerca más que una

gran verdad: la del dolor; y ahora tengo un recuerdo que me hará compañía siempre, que no me dejará ya vivir solo: la imagen espiritual de Lita, la pobre niña, que fue mi primero y mi único amor en la vida.

HUMORISTAS ISLEÑOS

EL LAZO AZUL

¡Si pestañeara!... — Carta a
"Marcos Pérez"

POR

LUIS MAFFIOTTE



LIBRERIA HESPERIDES.— (CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

Autosemblanza de Luis Maffiotte

Nació en Las Palmas de Gran Canaria el 20 de Noviembre de 1862, a las dos y diez minutos de la tarde, dato éste de la hora muy importante, y que debè ser cierto, porque lo reza la partida de bautismo; bien es verdad que asimismo apunta que ya entonces se había muerto su abuelo paterno, sin embargo de que no murió hasta el 65. ¡Para que se fie nadie de partidas de bautismo!

De chico hizo poco más o menos lo que

todos los chicos habidos y por haber. Además se quedó sin padre a los ocho años, y a los trece ya estaba pegado a una mesa de oficina, dándole a la pluma y empezando a cobrar un sueldo, operaciones ambas que no se han interrumpido hasta la fecha.

Al cumplir los 18 años cumplió también voluntariamente lo dispuesto en el Art. 25 de la Ley de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército de 20 de Agosto de 1878, pidiendo al Ayuntamiento su inscripción como recluta. Sirvió luego a la patria con las armas en la mano, sin que se le presentara ocasión de utilizarlas.

Cursó en el Instituto de Canarias algunas asignaturas del Bachillerato, y aunque no le suspendieron nunca, suspendió él sus estudios oficiales para dedicarse a leer novelas, escribir en los periódicos de Santa Cruz de Tenerife («La Ilustración de Canarias», «Las Novedades», etc.) y pronunciar discursos en el «Gabinete Instructivo» de la propia capital. También hizo versos, naturalmente.

Después de once años de immaculados servicios, obtuvo un destino en el Ministerio de Hacienda. Sin vacilar arregló su maleta, y el 15 de Marzo de 1886 entró en la corte de las Españas por la gran puerta de Atochā con una credencial de 6.000 reales, el «Alma-

naquë del Empleado» y una cantidad en oro... que no pasaba de diez duros. Drama no trajo ninguno.

A los siete años, en 1893, cuando ya había ascendido dos veces, creó Gamazo el cuerpo pericial de Contabilidad del Estado, sacando a oposición 49 plazas de tenedores de libros, dotadas con sueldos desde 14.000 hasta 24.000 reales. Se presentaron 271 individuos; obtuvieron plaza 40: él sacó el número 3, número simbólico, o, como dice Chateaubriand, «fracción que no ha sido engendrada y que engendra las demás fracciones...». Sea lo que fuere, lo cierto es que a aquel número le corresponden 6.000 pesetas de sueldo, que el interesado cobra con admirable puntualidad.

Dedicado en cuerpo y alma a la Bibliografía (que por algo es tenedor de libros) desde 1895 reúne materiales para escribir una «Biblioteca de Canarias», a la que ya ha empezado a dar forma. De vez en cuando adereza artículos sueltos sobre la misma materia, y en el «Diario de Tenerife», dirigido por su gran amigo Patricio Estévez, publicó en 1897 veinticuatro «Cartas bibliográficas», que piensa reunir en un volumen.

Se parece a Cervantes en su afición a leer, «aunque sea los papeles rotos de las calles»; a Don Quijote en lo de ser gran madrugador,

bien que no amigo de la caza; a Mesonero Romanos, en que le nombran secretario de cuantas sociedades forma parte, por lo que ha decidido no pertenecer en adelante a ninguna. Sentirá irse al infierno, porque allí de seguro tendrá que desempeñar la Secretaría.

Suelen decir de él sus amigos que es serio y juicioso. Lo de serio, será o no será; pero lo de juicioso es innegable: como que tiene las cuatro muelas del juicio.

Aborrece las disputas, los toros y la lotería; le gustan los libros, la buena mesa y la conversación. Su bello ideal consiste en una casa de campo, un mediano pasar y 20.000 volúmenes en su biblioteca.

. LUIS MAFFIOTTE

El lazo azul

I

Los intermedios en «Santa Cecilia» eran un espectáculo variado y brillante. El salón profusamente iluminado y adornado con elegancia, las flores aromáticas y las mujeres hermosas, las miradas y las sonrisas, todo mezclado y revuelto, constituía un bello concierto que distraía el ánimo abatido de los que padecíamos de «arranquitis» crónica.

Allí una linda señorita dirigía una dulce mirada hacia el galán, que apoyado en la puerta de cristales, correspondía con otra no menos amorosa; más allá una vieja contaba a otra, entre bostezo y abanicazo, los amores de

su hija con el comerciante de la esquina; junto a ella un chiquillo revoltoso se burlaba de la respetable calva de un vecino que dormía el sueño de los justos, apoyada la frente en ambas manos; en fin, todos procuraban distraerse, según los medios que les sugería su más o menos clara imaginación.

En el grupo que debajo del reloj y entre los dos arcos que separan el salón del vestíbulo, se formaba en las noches de concierto, acostumbraba yo a introducir mi «simpática» personalidad, siendo siempre bien recibido por aquellos buenos amigos. Allí nos burlábamos lindamente del prójimo; y en aquella pared protectora encontrábamos apoyo seguro para resistir, sin caernos, los flechazos que nuestras respectivas chicas nos asestaban de vez en cuando. En una palabra, y para no cansar a ustedes, diré que aquello era una alegre reunión de muchachos, donde se reía, y se hablaba, y se criticaba, y... se amaba.

II

Una noche... La orquesta concluyó en aquel instante de tocar no sé qué sinfonía,

y una salva de aplausos coronó los esfuerzos de los artistas. Padrón saludaba al público, y los músicos abandonaban sus sitios respectivos, pues con aquella pieza concluía la primera parte del concierto.

Pepe, que entre los amigos era el más entusiasta por el divino arte, con el fuego y la elocuencia que le eran peculiares, ponderaba las excelencias de la tocata que acabábamos de oír. En su discurso se mezclaban los alegros y andantinos, jugando el principal papel los crescendos y rittardandos. De repente enmudeció; púsose pálido como un cadáver y, sin decirnos ni media, desapareció entre la multitud que llenaba el vestíbulo.

— ¡Pepe! — exclamamos a coro —: ¿a dónde vas?

Como era buen muchacho, y como, por otra parte, nos extrañó mucho su repentina salida, le buscamos, aunque inútilmente. Nada escapó a nuestras pesquisas: el salón de descanso, las habitaciones de estudio, todo lo registramos, hasta que, no hallándole en todo el edificio, nos lanzamos a la calle, recordando en aquel momento un sitio que nuestro amigo visitaba muy a menudo.

Efectivamente, el «Hotel Machado» se honraba con la presencia de Pepe, que, solo y

sentado junto a una mesa, miraba estúpidamente un enorme vaso de cerveza.

Al ruido que hizo la puerta, se estremeció, y cuando se fijaron en nosotros sus miradas, cubriose de lívida palidez su rostro.

En vista del estado deplorable en que se hallaba mi amigo, me acometió un miedo tan tremendo que hubiera perdido el equilibrio a no pasar por mi mente el recuerdo de una chica... Pepe tenía calentura. Sus dientes chocaban y sus ojos se revolvían en todas direcciones. Por último, tres de los presentes le llevaron a su casa, dejándole en cama, entregado a los solícitos cuidados de su familia. Los demás nos volvimos al concierto; pero yo no oía ni veía nada, y sólo cuando concluyó el espectáculo, volví en mí y abandoné el salón.

Al día siguiente sufrí una reprimenda de mi novia, justamente irritada por no haberla mirado durante la segunda parte del concierto.

III

Tres noches después nos hallábamos reunidos varios de los amigos alrededor de una me-

sa en el «Café de Luis», tomando... agua fresca. Con objeto de hacer tiempo para marcharnos a la Alameda, pedimos un dominó, e íbamos ya a jugar cuando, con la sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos, entró Pepe. Le miramos asombrados, y pasada la primera impresión que nos causó su presencia, después de dos días de fiebre, le saludamos enterándonos del estado de su salud; algún indiscreto se permitió interrogarle acerca del origen de su extraña enfermedad; pero las cejas de Pepe se frunció, suprimiéndose en el acto esta clase de preguntas.

—¿Cómo va ese partido?—preguntó.

—Ahora, precisamente, nos disponíamos a empezar—le contesté.

—¡Suspéndase todo procedimiento! ¡Pedro, trae manzanilla!

Una especie de... me acometió. Hacía tres meses, por lo menos, que no gustaba el dulce néctar pedido.

Pedro, que es la séptima virtud personificada, venía trayendo las botellas, que fueron abiertas en un abrir y cerrar de ojos. En lo que el diablo se entrega uno de los suyos, el vino desapareció por completo.

—¡Excelente vinillo!—gritaba uno entusiasmado.

—¡ Viva Pepe!—exclamaba yo agitando una copa vacía—. ¡ Viva el gran Pepe!

—Manzanilla, ¡ más manzanilla!—rugió éste, que por lo visto se hallaba «en cuartos».

... ..
Yo necesitaría la pluma de Dumas, o ser Dumas en persona, para poder describir con todos sus detalles la escena que siguió a la segunda petición de Pepe. Las botellas se sucedían con rapidez y los gritos eran cada vez más atronadores, pareciéndome aquello una orgía a lo Byron, en que el papel del poeta británico estaba a cargo del héroe de mi historia.

El mismo Luis me confesó a los pocos días, que estuvo a punto de plantarnos en la calle a puntapiés.

IV

Los primeros rayos del sol me despertaron. Teníamos por lecho, unos, los bancos, y otros, el santo suelo de la Alameda. Cuando yo abrí los ojos y comprendí lo que había pasado, me quedé pensando en las humanas flaquezas, y comparaba nuestra vida, acordándome de

Bécquer, a una larga cadena con eslabones de hierro y oro.

—He aquí—decía para mi capote;—he aquí media docena de muchachos honrados que duermen la mona tranquilamente. Un obrero atraviesa la calle próxima cargado de herramientas y dispuesto a trabajar con el laudable fin de ganar un pan para sus hijos; por allí asoma una criada medio dormida que va a «mercar» y tal vez a sisar. En fin, la población se anima por grados y, no obstante, nosotros permanecemos aquí, presentando con nuestras académicas posiciones un cuadro digno de Goya...

Hasta aquí llegaba yo en mis filosóficas reflexiones, cuando sentí que una mano se apoyaba en mi hombro. Me incorporé. Pepe, despierto como yo, había llegado arrastrándose hasta mí, pidiéndome por señas un cigarro.

—No tengo,—le dije registrando mis bolsillos.

Un gesto de disgusto fué su contestación, y ya se disponía a descabezar un sueñecito, cuando una idea iluminó mi mente.

—Pepe, levántate.

—¿Para qué?

—Ven conmigo, que Manolo nos dará amoniac.

Mi amigo señaló a Manolo, que, como era de la «parranda», dormía como los demás.

—No importa,—dije riendo—; acompáñame.

Nos incorporamos con trabajo, y saliendo de aquella improvisada alcoba, empezamos a cruzar calles diversas sin rumbo fijo. Ya el aire fresco de la mañana había disipado los manzanillescos vapores que nos ofuscaban, cuando, acordándome de la escena del concierto, interrogué a mi amigo:

—Oye, Pepe,—le dije—; ¿crees que soy verdaderamente amigo tuyo?

—Y ¿quién lo duda?

—Pues explícame las causas de tu misteriosa enfermedad.

—¡Nunca!—exclamó como si mi pregunta hubiese despertado en él algún amargo recuerdo.

—Vamos, hombre, sé razonable. Yo conozco que algún pesar te aqueja: ¡ábreme tu pecho!

—No, amigo mío, no; murmuraba tristemente.

—¡Pero, Pepe!...

—En fin,—dijo resuelto—; ¡óyeme!

V

—No te burles de mí; que si los motivos de mi dolor a mí me causan honda tristeza, creo que a tí sólo te harían reir de buena gana.

—No temas que yo halle en tus penas algo que produzca mi hilaridad; tú me conoces bien; yo sé lo que tú eres, y... no se hable más del particular.

—Hace dos meses...

Y Pepe lanzó un suspiro. Yo estaba impaciente.

—En el último baile del Círculo, —continuó mi amigo—, me hallaba, como recordarás, en extremo aburrido. No tenía novia entonces, y ya tú sabes que faltándome ese entretenimiento...

—Pero, Pepe,—le interrumpí—; ¿tú, qué sueles amar a lo Abelardo, te atreves a llamar al amor simple entretenimiento?

—¡Todo en el mundo acabó para mí!

—¡Los lazos...!

—¡Cállate!—gritó Pepe colérico—; ¿no ves, insensato, que la causa de mis pesares es... un lazo? Escucha, y dime después si debo o no pegarme un tiro.

—Habla.

VI

Y he aquí la historia que, entre suspiros y ahogados sollozos, me contó mi desventurado amigo:

—En el último baile del Círculo, después de un par de horas de aburrimiento, distinguí a dos máscaras que se dirigían hacia el lado donde yo me hallaba. Una era alta, bien formada, y llevaba un dominó color de chocolate «a la francesa»; parecía, por los gestos que yo la veía hacer, que animaba con sus palabras a la otra, la cual miraba en todos sentidos como con temor y ansiedad al propio tiempo. Yo no sé lo que esto significaba ni he podido averiguarlo nunca; pero una idea me asaltó, y queriendo ponerla en práctica me acerqué a ellas. Creí que se trataba de alguna aventura amorosa, y quise divertirme a costillas del prójimo. ¡Oh, qué desgraciado fui!

—Luz de mis ojos, dije a la que miraba de aquella manera particular; ¿quieres dar conmigo un par de vueltas por el salón?

«Con voz que era una cantiga armoniosa» me respondió la máscara:

—Con mucho gusto; pero ¿y mi compañera?



Esta, que hacía señas a un señor calvo y de abdomen desarrollado, dijo:

—No importa; yo tengo aquí a D. Ramón.

Y tomando el brazo del otro que llegaba en aquel instante, se separó de nosotros.

Mi pareja me miraba de un modo extraño. Parecía que sus pupilas despedían rayos brillantes de voluptuoso amor, que llegaban hasta el fondo de mi alma, iluminando sus más escondidos senos.

La orquesta preludió un vals de Strauss.

—¿Quieres bailar?—pregunté a mi pareja; y como se negase a tomar parte activa en aquel ejercicio, yo insistí, hasta que, después de un momento de vacilación, accedió a mis deseos.

—Chico—siguió diciendo—; yo no te puedo explicar con claridad lo que me pasó aquella noche. Yo apretaba dulcemente la flexible cintura de mi sílfide, embriagándome en aquella mirada que enloquecía. Sus manos temblaban ligeramente, y algunos suspiros se escapaban de su pecho.

Y me miraba...

Aparte de un ligero pisotón que me hizo ver elevadas a la quinta potencia las luces del Círculo, ningún percance nos sucedió; y cuando, concluido el vals, oprimía aún su talle gentil y estrechaba su mano, la mutua mi-

rada que cambiamos me hizo vislumbrar en
lontananza una vida de amor, como el que yo
había soñado...

Aquella mujer era un angel de belleza; sí,
porque sus ojos azules, su alabastrina gar-
ganta, su breve pie y su mano aristocrática;
el perfume de su aliento, y el rubio, sedoso,
abundante cabello que rizado naturalmente
caía sobre sus mórbidos hombros, a la mane-
ra que la lluvia de oro de que nos habla la
Mitología... todo me demostraba que aquella
mujer era mi ideal; y convencido de que en
mis brazos oprimía, tornada en realidad, la
ilusión que ha engalanado mis juveniles años,
sin cuidarme de la estúpida multitud que lle-
naba los salones... ¡oh! caí a sus pies deli-
rante, loco, murmurando con voz ahogada:

—; Te amo!

Ella me atrajo dulcemente; yo no sé lo que
me pasó; pero cuando pude darme cuenta de
lo que me rodeaba, me hallé sentado junto
al angel de mis sueños, en una banqueta del
salón.

—Oye,— me dijo con aquella voz cuyo
timbre me llegaba al alma—; yo... te amo;
pero,—añadió conteniéndome al ver que yo
me exaltaba—, nuestro amor no es realizable.
Causas que no debo ni puedo descubrir, impi-
den que yo ponga en tí mi cariño. Pero, no

importa: yo siempre pensaré en tí, y solo te ruego—en esto lanzó un suspiro— que no olvides esta noche que tan gratos recuerdos de ja grabados en mi memoria.

—¡Oh! ¡Dime quién eres, que yo te ame y soy capaz de arrostrarlo todo por tí!

—No puedo decirte quien soy, pues correría un grave peligro. Mira: algún día me presentaré yo en el teatro o en el paseo, con un lazo azul celeste—a Pepe se le saltaron las lágrimas—, en el hombro izquierdo. Por este distintivo podrás reconocermé; pero, por Dios, no bagas nada que pueda comprometerme...

—¡Ah!, no temas, alma de mi alma; no temas que sea imprudente...

—Adiós, adiós;—dijo levantándose y estrechando mi mano—; me llaman.

¡Adiós, vida mía!—murmuré tristemente.

La seguí con la vista hasta que desapareció en el gentío, y ella, por su parte, volvió varias veces la cabeza, clavando en mí aquellos ojos que me esclavizaban. En tres noches no pude conciliar el sueño; pero aunque nunca hallé a mi desconocida, me iba tranquilizando. Sin embargo, en paseos, teatros y conciertos, miraba los hombros de todas las mujeres que veía.

Aquella misteriosa máscara era el sueño

de mi vida; y si no fuera por que alimentaba la esperanza de verla algún día, me hubiera muerto de tristeza.

Llegó la noche del concierto...

Recordarás que yo te encomiaba los «andantinos» de «Pique Dame»; cuando de pronto, mis ojos descubrieron, entre un millar de femeninas cabezas, un lazo azul celeste sobre un hombro medio velado por finísimo tul...

Clavé mi vista en el lazo y miré a su dueña... Era... ¡mi madre!

¡Si pestañeara!...

(Ante un bello retrato de mujer, publicado en «La Ilustración de Canarias»)

Es verdad. Si pestañeara no quedaba un ejemplar del presente número, ni para muestra.

Porque somos nosotros muy aficionados al bello sexo, y una cara como esa cara, no es muy cara que digamos: cuatro reales el ejemplar.

Cuatro reales, por supuesto, sin pestañear; pestañeando valdría mucho más.

Y no es porque en nuestro país no abunden

las chicas guapas. ¡Qué disparate! Pero aunque aquí, entre nosotros, se vean caras como esa cara, siempre viene bien, muy bien, una más. Lo que abunda no daña.

Dije que aquí sobran las chicas bonitas, esto es, las caras como esa cara, y sospecho que no dije bien: todas las que por aquí he visto valen tanto, si no más; al menos yo no he podido tropezar con ninguna fea.

Me explicaré.

En primer lugar, no comprendo lo que significa la palabra «fea». Lo único que sé es que es una fea palabra.

Y en segundo lugar, desde el momento en que una mujer es fea, al decir de algunos, será fea y será todo lo que ustedes gusten: pero no será una mujer.

¿Por qué? Porque no se concibe, porque no puede concebirse que haya mujeres feas.

¿Qué quiere decir «mujer»? Belleza, hermosura. Para mí esa palabra no tiene otro significado, por más que todas las Academias de todas las lenguas habidas y por haber me aplasten con su respetable peso.

¿Qué es la belleza, qué la hermosura? La proporción entre las partes y el todo, o entre el todo y las partes.

Luego si la mujer significa belleza, hermosura, ¿quién es el guapo que se atreve a de-

¿cir en mi presencia? mujer fea, esto es, bella
za fea, fea hermosura?

Demostrado como queda, con las anteriores reflexiones y muchas que me callo, yo bien sé por qué, que no hay mujeres feas, réstame decir al que tiene la calma extraordinaria que se necesita para leer lo que yo escribo, por qué creen algunos a puño cerrado en la existencia de la mujer fea.

Fulano ve a Fulana en su casa, en la calle o en el paseo. Fulano está enamorado de unos ojos azules, de una tez blanca, de un cabello de oro. Pero Fulana es morena, y tiene los ojos negros como la conciencia de un avaro. Pues Fulana, en el concepto de Fulano, es fea. ¡Habrás visto barbaridad semejante!

En cambio, Fulanito se halla cautivo en las dulces redes de unos negros ojos y de una tez morena, y al ver a Fulana, no se quedará enamorado, pero afirmará y sostendrá que Fulana es bonita.

Otro ejemplo: Mengano es antipático y pobre. A Mengano, pues, no le hacen maldito caso las mujeres, que pasan por él como perro que pasa por viña vendimiada.

Pues su propio despecho le dice a Mengano

que las mujeres son feas. «Están verdes», decía la zorra de la fábula no pudiendo atrapar las codiciadas uvas.

Conque ya ustedes ven que la «fea» sólo existe en la imaginación de Fulano, porque está enamorado como un adoquín de una rubia y cree feas todas las morenas; o en el amargo despecho del pobre o antipático Mengano que recibe calabaza tras calabaza, desaire tras desaire.

Peró para mí, la rubia y la morena, la albina y la etíope, la china y la inglesa, todas, todas, todas me gustan como al Joven Telémaco.

Y lo mismo que yo digo, dicen todas las personas... Iba a decir «sensatas», pero esto sería compararme (¡inaudito atrevimiento!) a las personas sensatas.

Conste que la «fea» es un mito, un absurdo, un disparate; conste que mis paisanas son todas guapas; y conste que espero en cualquier terreno al que lo contrario afirme.

Fíjense, fíjense en la inimitable gracia con que está prendida esa mantilla; en ese mirar sereno; en esa expresión... ¡Ay! ¡Si pestañeara...!

Me han encargado la descripción, mejor dicho, que diga a ustedes algo acerca de esa di-

vina maja. Y lo que yo puedo hacer es recomendar a ustedes la lectura de «El 19 de Marzo y el 2 de Mayo», de Pérez Galdós, en cuyo libro se encuentran majas descritas por la maestra pluma del insigne novelista; o los «Sainetes» de D. Ramón de la Cruz, donde hay «Grigorias» y «Juanillas» y «Remilgadas» y «Bastianas» a escoger.

Lo único que sé decir es que a mí se me hace la boca agua, señores; que no sé lo que me pasa; que me la comería, sí, me la comería... ¡si pestañeara!

Carta a "Marcos Pérez"

Madrid, 11 de Febrero de 1934.

Querido Blas: Gran sorpresa, y bastante agradable por cierto, me ha causado recibir tu muy cariñosa carta del 21 de enero. Hace ya tantos años que no tengo noticias directas de ningún amigo del tiempo viejo (como que casi todos han desaparecido), que al leerla, se presentaron a mi mente, a través de las mil telarañas que la adornan, los grandes recuerdos de la calle del Tigre, con Pepe Oramas en la esquina de abajo, los Cachimbos a la mitad, mi casa enfrente de los Ca-

chimbaz y por encima de nosotros tu casa y familia. También asomaba de vez en cuando la jeta por la esquina de arriba Anselmo Benítez, tan joven entonces. ¿Cómo olvidar al viejo Ney, ni aquellos alborotos y griterías, los baños en la playa del muelle, las nadadas a los platillos y a los anchos, las certeras pedradas a los tamarindos de la Alameda y hasta los cogotazos con que de vez en cuando nos amenizaban la existencia los mayores en edad, saber y gobierno?...

Pues sí, Blas de mis entretelas (ésto de las entretelas es cosa de tu negociado); devoré con ansia tus cuadros de «Santa Cruz anecdótico»; los hallé tan bien trazados, con tanta sencillez, amenidad y gracia, que me parecieron obra de un experto escritor; y como no podía atinar quién fuese «Marcos Pérez», se lo pregunté a Frasco, que me resolvió la incógnita. ¡Bien, muy bien querido Blas!

X

Por no haber tenido desde un principio el cuidado de guardarlos, pues ya se acer-

gritarte: «¡Machánguili!» Lo primero no puede ser, por no haber ya seña Carmita ni su venta, con los cuartos falsos clavados en el mostrador. Lo segundo, ¡quién sabe!

X

De la trayectoria de mi carrera a través de medio siglo y de la que, según me dices, te causaba alegría cuando tenías alguna noticia, más vale no hablar. ¡Qué lucha, amigo Blas, qué lucha! He soportado envidias miserables, zancadillas, pejugueras de mil clases durante ese larguísimo tiempo; pero yo me propuse llegar a lo más alto sin desmayar, venciendo los obstáculos que se atravesaran en mi camino, para llegar desde una triste plaza de escribiente (vulgo cagatinta) hasta un sillón de Ministro del Tribunal de Cuentas, y lo conseguí, sin olvidar un punto el decoro y la decencia, con lo que logro dormir tranquilo y sin remordimientos, porque, además, he hecho todo el bien que he podido, sin hacerle mal a nadie. ¿Podrán todos decir lo mismo?

Y cuando yo pensaba que ya nada tenía que hacer en este planeta, sino vegetar tranquilamente como un vulgar yerbajo, los paisanos de todos colores se acuerdan de este

cura que, sin comerlo ni beberlo (yo como poco y no bebo nada), me encuentro metido en el tráfigo de la política activa. ¿Hay, pues, que seguir trabajando? Pues a trabajar. Así como así yo no he hecho otra cosa en mi vida y aunque tenga ya 35 años y medio (en cada pata) seguiré sacándole «guasca» al cuerpo hasta hincar el pico.

IX

Y por hoy, nada más. A los «muchachos» de nuestra generación que todavía comen pan, si conservan la dentadura o han comprado otra nueva, salúdales con cariño de parte mía; como recuerdo los muertos, me acuerdo de los vivos y hasta me parece verlos como eran entonces (1886), por más que se hallen hechos una «equis», a la manera del negro Ramón Blardony, o medio apollados, según la estampa adjunta. En cambio de ello, quisiera que se acordaran alguna vez de mí. Tú lo has hecho ahora, queridito Blas, por lo que te envía un fraternal abrazo tu agradecido amigo

LUIS

